

[ENARRATIONES IN XII PSALMOS.]

ADVERTENCIA SOBRE LAS EXPLICACIONES DE LOS DOCE SALMOS.

Ya hemos indicado en varias ocasiones que San Ambrosio incluyó exposiciones de algunos salmos en libros anteriores (Advertencia en el libro de Tobías, Libro de Interpelación y Apología de David), y además lo observaremos también en el volumen siguiente (Oración por la Muerte de Teodosio). Consideraba de tal utilidad, e incluso necesidad, instruir a su pueblo con este tipo de explicaciones. Sin duda, no fue por otra razón que se sintió impulsado a explicar estos doce salmos. Los explicó en diferentes tiempos y ocasiones, en parte predicando, en parte dictando, cuando ya no podía hablar públicamente debido a su salud. Sin embargo, no siguió la secuencia del Salterio, ya que la última explicación que elaboró fue la del salmo 43. De ahí se entiende que esta colección de doce salmos, que presentamos según el orden de nuestros manuscritos, no puede ser de Ambrosio. Quizás fue compilada por alguno de sus discípulos, e incluso por el mismo Paulino, quien recogió la última explicación dictada por él. Si todo lo que el Santo Prelado escribió sobre este tema está contenido en esta colección, es incierto. En efecto, entre los autores antiguos (Jerónimo, Epístola 89, en la nueva edición de Agustín 75; Casiodoro, libro sobre las Letras Divinas, capítulo 4) que escribieron algo al respecto, no encontramos en ningún lugar cuántos salmos explicó.

Algunos han creído que de la prefación que precede al primer salmo se puede deducir correctamente que nuestro Doctor había decidido ilustrar con comentarios todo el Salterio. Sin embargo, como esa prefación contiene solo una imitación de Basilio, de quien no se recuerda nada similar, y consta de un solo sermón dirigido al pueblo, en el cual amplifica las alabanzas de los salmos en general, pero no se compromete a más: no nos parece que esa razón deba ser muy insistente. De aquí pensamos que se puede deducir algo más sólido, ya que al explicar el salmo 36 promete una explicación del 57 (Número 32), que no dejó: y que no pudo explicar completamente el 43, impedido por la lucha de su última enfermedad. Sin embargo, el Santo Varón unió la exposición del primer salmo a esa bellísima prefación en una serie continua; como entendemos por la transición con la que están conectadas. Pero también observamos allí que él habló en su Iglesia después de los acostumbrados cantos de los salmos; y que junto con otros oyentes estaban presentes catecúmenos. Lo cual quizás no malamente indica que fue pronunciado durante la Cuaresma. Aunque no podemos determinar con certeza el año, podemos acercarnos de alguna manera a su conocimiento. En efecto, esa homilía no solo es posterior a los libros sobre la muerte de su hermano Sátiro y sobre la Fe de la Resurrección que se citan en ella, sino también fue pronunciada después de que se instituyera el canto popular en la Iglesia de Milán. Pues él mismo declara suficientemente que el canto del pueblo comenzó antes de que este salmo fuera explicado por Ambrosio; ya que después de mencionar la salmodia de mujeres, vírgenes, ancianos, niños, reyes, soldados, añade: cuando se lee el salmo, él mismo es el creador del silencio. Todos hablan, y nadie interrumpe (Prefación, número 9). Estas cosas ciertamente indican claramente el fervor de un reciente instituto; por lo que no creemos que esta obra deba ser rechazada más allá del año 390.

Las explicaciones del salmo 35 y de otros cinco siguientes presentan el mismo carácter oratorio. No hay duda de que todas fueron pronunciadas al pueblo; pues la frecuente mención de la Escritura que fue leída en la Iglesia el mismo día antes de que hablara Ambrosio lo demuestra suficientemente (En el Salmo 35, n. 20; En el Salmo 36, número 2 y en otros lugares). Y como el piadoso pastor buscaba únicamente el progreso de su rebaño en sus homilías; por eso en estas busca y sigue con especial cuidado el sentido moral. Sin embargo, donde se presenta un lugar para desarrollar el sentido místico, no lo omite en absoluto. No

obstante, con su habitual modestia, mientras en ambos sentidos añade su opinión a las de otros, siempre permite al juicio de los oyentes decidir qué parece mejor. De ahí aquella célebre: Porque nuestro deber es buscar la verdad, el tuyo es elegir qué seguir (En el Salmo 38, n. 22). Pero allí no solo se manifiesta el estudio de formar las costumbres hacia la virtud; además se aplica la máxima diligencia para que las mentes sean imbuidas de los dogmas de la fe ortodoxa. Por esta razón combate a varios herejes, como los novacianos, apolinaristas, y sobre todo a los seguidores de Arrio. Allí también no solo explica y confirma con singular claridad los misterios de la Trinidad y la Encarnación: sino que también explica la doble voluntad y operación de Cristo (En el Salmo 39, número 16, y en otros lugares), de modo que apenas esperarías algo más excelente después de la aparición de los monotelitas. Esta exposición de misterios tan sublimes hace que pensemos que solo asistieron bautizados; especialmente porque allí no se observa nada que pueda referirse adecuadamente a los catecúmenos. Sin embargo, tampoco allí deja de refutar, cuando surge la ocasión, ciertas acusaciones comunes de los idólatras.

Quien compare no superficialmente estas mismas explicaciones, especialmente sus inicios, entre sí, encontrará tal coherencia y parentesco en ellas; que, una vez descubierto a qué año debe asignarse una de ellas, creará que la edad de todas le es completamente conocida. Así que no será difícil reconocer que no fueron elaboradas o pronunciadas sino después del 8 de septiembre del año 393; ya que es evidente que se hace mención en el salmo 36 de la victoria (Explicación en el Salmo 36, número 19) que ese día, con la ayuda divina, Teodosio obtuvo sobre el tirano Eugenio. Y esta definición temporal la confirman muchas cosas. Primero, nuestro Santo aquí habla de la defección de Sarmatio y Barbatiano del instituto monástico como de un asunto no reciente: Hace tiempo, dice (Explicación en el Salmo 36, número 49), que salieron de los monasterios. La fuga de estos apóstatas se refiere al año 389 según un cálculo más preciso. Luego, cuando dice: Surgieron arrianos apoyados por el poder real, que pensaban que el templo del Señor les había sido entregado, amenazando con amargas persecuciones (Explicación en el Salmo 37, número 19 y número 43); no es en absoluto oscuro que se refiere a la persecución de Justina. En tercer lugar, ¿no parece advertir a Teodosio por la masacre de los tesalonicenses con estas palabras: Imiten, emperadores, el ejemplo divino, etc. (En el Salmo 40, número 38)? Pero tampoco mereceríamos que alguien nos acusara de absurdo si dijéramos que allí hay algunas cosas que encajan hábilmente en el nunca suficientemente alabado arrepentimiento de ese mismo príncipe. Todo esto ocurrió antes del año 389. Finalmente, cita sus comentarios sobre Lucas como si no hubieran sido compuestos hace mucho tiempo (En el Salmo 38, número 1); ya que repite la exposición de ese lugar, como si deseara de que aún estuviera presente en las mentes de los oyentes.

Dado que las cosas son así, creemos que no habrá nadie que insista obstinadamente en que estas mismas explicaciones deben referirse a la persecución de Justina. Sin embargo, no ignoramos que Ripamontio en la Historia de Milán, publicada por orden del beato Carlos en la década I, afirma que en el mismo tiempo se libraron algunas batallas entre ortodoxos y arrianos, en las que ocurrieron muchos milagros similares a los que se describen en el salmo 36. Pero la autoridad de este autor, que se basa solo en algunas antiguas imágenes, inscripciones, o finalmente en los nombres de ciertos lugares, no es tan grande como para anteponerla al consenso de todos los escritores que atribuyen los mismos prodigios únicamente a la guerra contra el tirano Eugenio. Pues que el santo Varón mencione la petición de los arrianos que se hizo algunos años antes, ciertamente no debería parecer más sorprendente que el hecho de que no omitiera la mención de los libros sobre la Penitencia mucho más antiguos (En el Salmo 40, n. 24), e incluso de un evento que él mismo presenció cuando era niño.

Ahora pasemos a la explicación del salmo 43, que es la última de las obras de nuestro Doctor. La dictó a su diácono y amanuense Paulino pocos días antes de morir, ya lleno de Dios, a quien pronto iba a disfrutar; como se presagiaba por el escudo de fuego que el mismo Paulino vio suspendido sobre su cabeza. En esta obra ciertamente consignó algunos ejemplos singulares de virtudes (Paulino en la vida de Ambrosio); pues no solo muestra la máxima modestia al confesar su desconfianza en su propio ingenio al explicar las Escrituras: sino también su máximo celo por la fe católica, por la cual luchó contra los herejes, especialmente los arrianos, hasta su último aliento; además de su extraordinaria caridad hacia su rebaño, por cuya instrucción finalmente murió. También deducimos de ese mismo Paulino (Ibid.) que esta última escritura de Ambrosio debe atribuirse a las fiestas pascales del año 397; ya que, según la opinión más probable, dejó de vivir en ese tiempo. Sobre esto se hablará más extensamente en otro lugar.

Las últimas cuatro explicaciones, una de las cuales es citada por Agustín, al igual que las otras, consisten en sermones, lo que indican suficientemente el estilo y los pasajes de la Escritura citados que fueron recitados en la Iglesia en esos mismos días (En el Salmo 45, número 15 y en otros lugares). Pero también es muy creíble que cada una de ellas contenga un solo sermón, ya que los versículos de los salmos se recorren rápidamente, y la exposición de los últimos es mucho más breve que la de los primeros; para que los oyentes no se sintieran abrumados por una demora demasiado larga. Además, su carácter no es en absoluto diferente: ni en ellas, como en las anteriores, se mencionan las versiones de Aquila, Teodoción o Símaco, excepto en la última, de la cual se hace mención una sola vez y casi de pasada. Y de aquí quizás no se deduzca absurdamente que la misma edad que una, también sea la de las otras. Por lo tanto, dado que es evidente que la explicación del salmo 61 fue pronunciada poco después de la muerte de Graciano, la segunda embajada de Ambrosio a Máximo, y la victoria de Teodosio sobre este tirano, se sigue que todas ellas apenas pueden decirse posteriores al año 390, al que varios historiadores atribuyen muchas de estas lucubraciones de Ambrosio.

Ambrosio en la prefación y en la explicación del primer salmo tomó prestado, a su manera, muchas cosas de Basilio, algunas de las cuales hemos indicado en sus lugares; también siguió a Orígenes en algunos aspectos, como observó San Jerónimo (Lugar citado anteriormente). Ciertamente, quien compare las explicaciones de ambos sobre los salmos 36, 37 y 38, encontrará no pocas cosas trasladadas de las de Orígenes a las de Ambrosio. Pero además descubrimos en él ciertos dogmas bastante afines a los errores de Orígenes sobre el juicio, la resurrección (En el Salmo 1, número 54, y en el Salmo 36, número 54), así como sobre la purificación por fuego de todos los elegidos. Sin embargo, como hemos anotado en otro lugar (Advertencia en el libro y en otros lugares), esto se debía al honor de hombres ilustres; para que no se sintieran reacios a proponer sus opiniones aún no claramente proscritas por la Iglesia, aunque enseñen y aprueben la opinión opuesta cuando se presenta la ocasión. Y como sabemos que esto mismo lo hizo en este mismo tema, especialmente por lo que enseña en la exposición del salmo 118, sermón 20, versículos 2 y 8, es muy probable que sobre estos dos puntos no haya sentido de otra manera que lo que más tarde fue explicado más claramente por Agustín (Libro XX, de la Ciudad, capítulo 8, libro XXI, capítulo 26) su discípulo, y que posteriormente todos los teólogos abrazaron con consenso común.

EXPLICACIONES DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE DOCE SALMOS DAVIDÍCOS. (C)

EXPLICACIÓN DEL PRIMER SALMO.

1. Dado que Dios ha propuesto como el mayor incentivo para la virtud el deleite de la futura bienaventuranza: también el diablo ha ideado que el deleite del error sea un fuerte estímulo. El primer hombre, Adán, colocado por el Señor Dios en el paraíso de la delicia, es testimonio de ambas sentencias; para que disfrutara de la eterna delicia, para provocar a la virtud a la futura descendencia. Pues no era desconocido para Dios que ese lugar daría lugar al error, y que la esperanza de salvación debía ser propuesta a los demás, para que se esforzaran por ser restaurados al lugar arrebatado al género humano. Y el mismo, engañado por la persuasión de su esposa, a través de la apariencia de la serpiente que prefiguraba el señuelo del deleite. Así, aprovechando la ocasión, el adversario obró mi muerte a través del deleite. Por lo tanto, lo que la gracia divina había otorgado para la vida, se convirtió para mí en muerte, y el enemigo tuvo un acceso más fácil al consentimiento del hombre; pues para la caída presentó la apariencia de la naturaleza. Pues las obras de su creación deleitaron al Señor: deleitaron los primeros comienzos de la naturaleza, que al ver el Señor dijo: Muy buenas (Gén. I, 31).

2. Los ángeles alaban al Señor, le cantan las Potestades de los cielos, y antes del mismo inicio del mundo los Querubines y Serafines con la suavidad de su voz melodiosa dicen: Santo, santo, santo (Isaías VI, 3). Incontables millares de ángeles asisten, y los ancianos y una gran multitud como voces de muchas aguas cantan Aleluya (Apoc. XIX, 1 y ss.). Se dice que el eje mismo del cielo gira con una cierta suavidad de perpetuo concierto, para que su sonido se escuche en los extremos de la tierra, donde están ciertos secretos de la naturaleza. Y esto no parece ajeno al uso de la naturaleza; puesto que la voz enviada con un aplauso más grato resuena en los bosques, o en las montañas, y devuelven con un sonido más suave lo que han recibido. Incluso en las mismas rocas y piedras, la naturaleza encuentra lo que deleita. La apariencia de unos, el uso de otros, deleita o agrada. Las mismas fieras y aves se deleitan con la amenidad del lugar o la modulación de la voz. También a los niños lactantes la severidad es terror, o las caricias son placer. Por lo tanto, el deleite es natural.

3. Por eso el santo David, que advirtió de dónde el hombre, y por qué fraude fue derribado (pues si hubiera mantenido la gracia de aquel deleite eterno y celestial infundido por el Señor, y no hubiera sido capturado por las seducciones mundanas, nunca habría sufrido las injurias de una miseria tan lamentable), así que, buscando restaurarlo y reformarlo, instituyó para nosotros el oficio de cantar, como un ejemplo de la conversación celestial.

4. Pues aunque toda la Escritura divina exhala la gracia de Dios, sin embargo, especialmente el dulce libro de los salmos; ya que el mismo Moisés, que describió los hechos de los mayores con un lenguaje llano, cuando condujo al pueblo de los padres a través del Mar Rojo con una memorable admiración, viendo al rey Faraón sumergido con sus tropas, elevando su ingenio a cosas mayores (porque había logrado cosas mayores que sus fuerzas), cantó un cántico triunfal al Señor (Éxodo XV, 1 y ss.). María también, tomando un tamboril, exhortaba a las demás diciendo: Cantemos al Señor; porque gloriosamente ha sido honrado; el caballo y su jinete arrojó al mar (Ibid. 20). El mismo Moisés, cuando leyó la ley del Señor, para fijar su memoria en los corazones de los oyentes, habló a través de un cántico diciendo: Escucha, cielo, y hablaré: Que mi palabra descienda como la lluvia, y mis palabras caigan como el rocío, como la lluvia sobre la hierba, como la nieve sobre el heno (Deut. XXXII, 1 y ss.).

5. Por lo tanto, Dios se deleita no solo en ser alabado con un cántico, sino también en ser reconciliado. De ahí que Moisés usó principalmente el cántico cuando testificaba al cielo y a la tierra; para que el mundo escuchara más ávidamente su salvación cantada con el sonido de la gracia celestial, y la observancia de la Ley se impregnara en las mentes humanas con la

dulzura de la sagrada suavidad. Finalmente, las tablas de la Ley, antes de ser confirmadas con un cántico, fueron rotas y destruidas por la indignación de Moisés. Pero cuando fueron consagradas con tal sello, la ira humana no tuvo lugar, porque la santificación la excluyó con la sagrada suavidad. Así que el cántico del Señor desciende más suave que el rocío del cielo, e infunde la fe de los hombres como la hierba con una cierta lluvia de gracia espiritual. Estos dos cánticos en los libros de Moisés, como dos ojos del mundo, y luces del cielo, iluminan todo el cuerpo de su obra.

6. Pero David fue elegido principalmente por el Señor para esta tarea; para que lo que en otros parece raro y sobresaliente en el resto de la obra, en él brillara de manera continua y constante. Leemos un cántico en el libro de los Jueces (Jueces V, 2 y ss.), los demás, al estilo de la historia, se recorren, en los que se expresan los hechos de los mayores. Isaías escribió un cántico (Isaías XII, 1 y ss.), para suavizar los corazones de los lectores; en los demás rugió con la terrible trompeta de la corrección. Ni siquiera sus enemigos pudieron reprocharle el cántico, quienes lo persiguieron hasta la muerte por otras palabras. Daniel uno (Dan. III, 52 y ss.), Habacuc uno (Habacuc III, 2 y ss.). El mismo Salomón, hijo de David, aunque se dice que cantó innumerables cánticos; sin embargo, dejó uno que la Iglesia ha recibido, el Cantar de los Cantares. En los demás, por lo tanto, se puede advertir cada uno.

7. La historia instruye, la Ley enseña, la profecía anuncia, la corrección castiga, la moralidad persuade: en el libro de los Salmos está el progreso de todos, y una cierta medicina de la salvación humana. Quienquiera que lo lea, tiene con qué curar las heridas de su propia pasión con un remedio especial. Quienquiera que desee ver, como en un gimnasio común de almas, y en un cierto estadio de virtudes, encontrará diversos géneros de combates preparados, elija para sí mismo lo que entienda que es más adecuado, para que más fácilmente llegue a la corona. 740 Si alguien desea revisar los hechos de los mayores, y quiere imitarlos, dentro de un solo salmo (Salmo LXXVII, 8 y ss.) recibe toda la serie de la historia paterna comprendida; para que adquiriera el tesoro de la memoria con la brevedad de la lectura. También parecen más fáciles las cosas que se explican brevemente. Cuán grande es también la altura de aquello que distinguió con un breve intervalo las adversidades de las ofensas, y subrayó las segundas de la reconciliación; para que al mismo tiempo conocieras cuánto perjudicaba la ofensa de la incredulidad, cuánto confería la fe pronta. Si alguien explora la fuerza de la ley, que toda está en el vínculo de la caridad (pues quien ama al prójimo, ha cumplido la ley), lea en los salmos con cuánto afecto de amor, para rechazar el oprobio de todo el pueblo, se expuso solo a graves peligros; en lo cual reconocerá una gloria de caridad no inferior al triunfo de la virtud. Si alguien teme las severas correcciones, escuche al que dice: Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor (Salmo VI, 2); y aprenda cómo debe moderar la censura del juez airado. Si alguien desea conocer el ejemplo de la paciencia, lea en los salmos: Si he devuelto mal a los que me retribuyen mal (Salmo VII, 5); y advierta que previó con el espíritu el precepto evangélico, lo anticipó con la virtud. Tienes, por lo tanto, aquel proverbio: Porque el hombre manso es médico del corazón (Proverbios XIV, 30). Si además alguien quiere estar armado contra los ataques de la malicia espiritual, ¿qué más que saber que debe cantar? David cantaba siendo joven; y ahuyentaba el espíritu maligno de Saúl, que antes lo atormentaba.

8. ¿Qué puedo decir sobre la virtud de la profecía? Lo que otros anunciaron a través de enigmas, parece haber sido prometido a este solo de manera clara y abierta, que el Señor Jesús nacería de su descendencia, como el Señor le dijo: "De fruto de tu vientre pondré sobre tu trono" (Salmo 131, 11). En los salmos, pues, no solo nace Jesús para nosotros; sino que también asume aquella pasión salvadora del cuerpo, descansa, resucita, asciende al cielo, se

sienta a la derecha del Padre. Lo que nadie se atrevió a decir entre los hombres, este único Profeta lo anunció, y luego el mismo Señor lo predicó en el Evangelio (Lucas 24, 44).

9. Además, todos los escritores de los salmos pusieron en sus escritos ejemplos o algunas palabras de los antiguos: los salmos no tienen nada más que lo que es propio de ellos. ¿Qué hay, pues, más grato que el salmo? Por eso, David mismo dice bellamente: "Alabad, porque es bueno el salmo: a nuestro Dios sea la alabanza agradable y decorosa" (Salmo 146, 1). Y verdaderamente; el salmo es la bendición del pueblo, la alabanza de Dios, la aclamación de la plebe, el aplauso de todos, el discurso de todos, la voz de la Iglesia, la confesión sonora de la fe, la devoción llena de autoridad, la alegría de la libertad, el clamor de júbilo, la resonancia de la alegría. Mitiga la ira, aleja la preocupación, alivia la tristeza. Armas nocturnas, enseñanzas diurnas; escudo en el temor, fiesta en la santidad, imagen de tranquilidad, prenda de paz y concordia, como una cítara que de voces diversas y dispares expresa una sola melodía. El amanecer del día resuena con el salmo, el ocaso lo repite.

El Apóstol manda a las mujeres guardar silencio en la Iglesia: pero también claman bien el salmo: este es dulce para toda edad, apto para ambos sexos. Los ancianos, dejando la rigidez de la vejez, lo cantan; los veteranos tristes responden en la alegría de su corazón; los jóvenes lo cantan sin envidia de la lascivia; los adolescentes lo entonan sin peligro de la edad resbaladiza y sin tentación de placer; las jovencitas lo cantan sin menoscabo del pudor matronal; las niñas, sin pérdida de la modestia, con sobriedad y gravedad, modulan un himno a Dios con la suavidad de su voz flexible. La infancia se deleita en sostenerlo, la niñez se alegra en meditarlo, que declina aprender otras cosas. Es un juego de doctrina mayor, que cuando se enseña con disciplina seria. ¿Cuánto se esfuerza en la Iglesia para que haya silencio cuando se leen las lecturas? Si uno habla, todos murmuran; cuando se lee el salmo, él mismo es el creador del silencio. Todos hablan, y nadie murmura. Los reyes resuenan el salmo sin la altivez del poder. En este ministerio David se alegraba de ser visto. El salmo es cantado por los emperadores, aclamado por los pueblos. Cada uno se esfuerza en clamar lo que a todos beneficia. En casa se canta el salmo, afuera se recita. Se percibe sin esfuerzo, se guarda con placer; el salmo une a los disidentes, asocia a los discordantes, reconcilia a los ofendidos. ¿Quién no perdonará a aquel con quien ha emitido una sola voz a Dios? Gran vínculo de unidad, ¡reunir en un solo coro a todo el número del pueblo! Las cuerdas de la cítara son dispares, pero una sola sinfonía. En muy pocas cuerdas a menudo los dedos del artista yerran; pero en el pueblo, el espíritu artífice no sabe errar. El salmo es el comercio de la obra nocturna, el salario del descanso diurno, la instrucción de los principiantes, la confirmación de los perfectos. Ministerio de los ángeles, milicia celestial, ofrenda espiritual. Las piedras mismas responden al salmo: se canta el salmo, y hasta los corazones pétreos se ablandan. Vemos llorar a los endurecidos, conmoverse a los despiadados.

10. En el salmo compiten la doctrina y la gracia al mismo tiempo. Se canta para el deleite, se aprende para la instrucción. Pues los preceptos más violentos no perduran: pero lo que has percibido con suavidad, una vez infundido en el corazón, no suele escaparse. ¿Qué no se te presenta al leer los salmos? En ellos leo el Cántico para el amado, y me inflamo con el deseo sagrado de la caridad (Salmo 44, 1); en ellos reconozco los lagares del misterio divino (Salmo 8, 1 y otros); en ellos repaso la gracia de las revelaciones, los testimonios de la resurrección, los números de la promesa (Salmo 50, 3 y siguientes); en ellos aprendo a evitar el pecado, desaprendo a avergonzarme de la penitencia de los delitos. Un rey tan grande, un profeta tan grande me ha provocado con su ejemplo, para que me esfuerce en atenuar el pecado cometido, o en evitar el no cometido.

11. ¿Qué es, pues, el salmo, sino el instrumento de las virtudes, que el venerable Profeta, pulsando con el plectro del Espíritu Santo, hizo resonar en la tierra la dulzura del sonido celestial? Al mismo tiempo que él, en las cuerdas y acordes, es decir, en los restos muertos de voces diversas, modulaba las diferencias, dirigía la melodía de la alabanza divina hacia lo celestial; ciertamente nos enseñó primero que debemos morir al pecado, y luego, en este cuerpo, discriminar las diversas obras de las virtudes, por las cuales la gracia de nuestra devoción llegaría al Señor; para que, ocupados en la intención de las cosas celestiales, ninguna lujuria de los vicios terrenales se infiltrara, y al mismo tiempo el alma resplandeciera con la suavidad de la gracia celestial. Con razón, pues, el Señor alabando al ministro de tan gran don, dice: "He hallado a David conforme a mi corazón".

12. Dicen también que los más expertos en tocar la cítara cantan internamente, como cuentan las fábulas sobre el citarista Aspendio; y que las causas de las modulaciones y ciertos secretos de los ritmos están en la parte superior del salterio. Por tanto, David nos enseñó que debemos cantar internamente, salmodiar internamente, como también cantaba Pablo, diciendo: "Oraré con el espíritu, oraré también con la mente; salmodiaré con el espíritu, salmodiaré también con la mente" (1 Corintios 14, 15), y formar nuestra vida y acciones según la visión de los superiores, para que el deleite de la dulzura no despierte las pasiones del cuerpo, con las cuales no se redime nuestra alma, sino que se agrava; ya que el santo Profeta recordó que salmodiaba para la redención de su alma, diciendo: "Te salmodiaré con la cítara, santo de Israel: se alegrarán mis labios cuando te cante; y mi alma, que redimiste" (Salmo 70, 22). Pero ya entremos en los comienzos de este salmo que se nos ha propuesto.

ENARRACIÓN.

13. (Vers. 1) "Bienaventurado", dice, "el varón que no anduvo en el consejo de los impíos". ¡Qué principio tan apto, tan oportuno! Pues así como aquellos que han recibido la responsabilidad de algún certamen solemne suelen proponer el premio, alardear de la nobleza de la corona, para que los que van a competir se reúnan con mayor empeño, y luchen con más decidido esfuerzo: así nuestro Señor Jesús propuso la gloria del reino celestial, la gracia del descanso perpetuo, la bienaventuranza de la vida eterna como incentivos para la virtud humana. También el emperador, cuando avanza hacia la guerra, promete donativos al soldado y promociones de dignidades en los números militares, para que la esperanza de la recompensa robe los trabajos y oculte el temor del peligro. Como un heraldo, pues, del gran emperador, el santo David exhorta a los soldados, llama a los atletas, expresa el premio diciendo: "Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos". Comenzó con el premio, para aligerar el peso del futuro combate; adelantó la recompensa, para que cada uno, saltando con el corazón las preocupaciones y trabajos de las cosas presentes, se apresurara con ávida prisa a ganar la bienaventuranza de las cosas futuras. "Bienaventurado", dice, "el varón". ¿Qué más se pudo dar al hombre, que nada más se pudo atribuir a Dios con autoridad apostólica (1 Timoteo 6, 15 y 16)? Pues bienaventurado, y solo poderoso, y rey de reyes, y señor de señores ha sido llamado Dios. Él solo es poderoso, él es rey de reyes, él es señor de señores, sin embargo, no supera el poder de la bienaventuranza. Nos concedió la participación común de su apelativo, que fue estimado digno de honor divino.

14. Consideremos ahora por qué razón dijo "Bienaventurado el varón", y no más bien, bienaventurados los hombres: cuando ambos sexos son llamados a la gracia. ¿Acaso excluyó a las mujeres de la participación de la bienaventuranza, porque solo llamó bienaventurado al varón? De ninguna manera; porque tampoco excluyó Dios a las mujeres de la participación de la creación, porque primero creó al varón. Pues Dios dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre; a imagen de Dios lo creó;

varón y hembra los creó" (Génesis 1, 26 y 27). En el hombre se señala a ambos: en el varón se expresa el sexo. Pero así como cuando se dice hombre, se comprende a ambos: así cuando se nombra al varón, se entiende también a la mujer de quien es varón. Por lo tanto, "Esta será llamada mujer, porque del varón fue tomada" (Génesis 2, 23). Se añade que, puesto que la naturaleza es la misma, sus operaciones no pueden ser diferentes: y aquellos cuyo trabajo es igual, su recompensa también es igual. Por lo tanto, al decir la Escritura varón, no omitió al compañero de la unión; porque al decir hombre, no calló al compañero de la naturaleza. Así como allí leemos que el hombre fue hecho, y aunque sea una sola naturaleza, sin embargo, no podemos negar que el sexo principal fue creado primero: así también aquí, cuando leemos varón, reconocemos también al sexo igual en la porción principal. Por lo tanto, los estudios de virtud son iguales, porque la prerrogativa de la creación es igual. ¿Por qué discutir sobre el sexo, donde no se te piden combates del cuerpo, sino del alma, que no tiene sexo? No disciernas, pues, el honor allí, ni dividas la recompensa, donde no se discierne el sexo. Sin embargo, no es imprudente que se llame primero al ejercicio a quien fue posterior en la caída. Quien comenzó mal, debe seguir, no preceder; para que, al menos después de la experiencia, sea más modesta. Eva omitió malamente el orden de la naturaleza, debió esperar al que precedía. Astutamente la serpiente comenzó por el posterior; por eso el Profeta se vuelve al superior, a aquel que no habría caído, si no hubiera seguido al posterior.

15. Por lo tanto, primero nos revocó de la caída, antes de provocarnos a la palma de la victoria. "Bienaventurado", dice, "el varón que no anduvo en el consejo de los impíos". Mira dónde eres llamado bienaventurado, oh hombre: no en las riquezas, no en los poderes y honores, no en la nobleza de linaje, o en la belleza y hermosura, no en la salud del cuerpo, en las cuales nada es bueno por naturaleza; pues no solo tienen fácil cambio a lo contrario, sino que también ofrecen servicio al pecado a quien no sabe usarlas. ¿Quién es justo por el dinero? ¿Quién es humilde en los poderes? ¿Quién es misericordioso por la nobleza? ¿Quién es casto por la belleza? Estas cosas son más seductoras para el pecado que fructíferas para el progreso de la virtud.

16. ¿Qué significa entonces que prefirió decir: "No anduvo, y no se detuvo", como si fuera del pasado; cuando pudo decir: Bienaventurado el varón que no anda en el consejo de los impíos, y no se detiene en el camino de los pecadores, y no se sienta en la silla de pestilencia? Observa la doctrina; pues no es inmediatamente bienaventurado quien no es impío o pecador, debido a la incertidumbre del final. No en vano está escrito: "Antes de la muerte no alabes a nadie" (Eclesiástico 11, 30). Por lo tanto, mientras alguien esté en esta vida, no puede ser alabado con una predicación definida, ya que aún puede caer en error; pero aquel que ha concluido su vida sin ofensa, con razón es considerado con el apelativo de bienaventurado, quien disfruta de la compañía de los bienaventurados.

17. Pero tal vez digas: ¿Por qué razón entonces en otro lugar dijo: "Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre" (Salmo 40, 1)? Pues no dijo bienaventurado al que entendió, sino al que entiende; porque quienes obran el bien, encuentran en la misma obra en qué ser probados, obteniendo la recompensa de su obra en la misma obra. Siendo así, el fruto de la bienaventuranza es la buena obra de la conciencia. Pero quienes se abstienen del mal, no si una o dos veces han evitado la culpa, son inmediatamente bienaventurados; sino si han podido evadir el contagio de la culpa durante todo el tiempo de su vida.

18. Ahora surge la cuestión de por qué prefirió llamar bienaventurado, no a quien ha cumplido algún deber de piedad, sino a quien se ha abstenido del consejo de los impíos. Pues parece más digno de alabanza quien ha cumplido el deber de la virtud, que quien ha evitado el pecado. Ya que ni el buey, ni el caballo, ni la piedra suelen estar en pecado, ni sentarse en

la silla de pestilencia. Pero aquellos no tienen el fruto de la bienaventuranza, que no tienen el sentido de la virtud. Pues, ¿cómo alcanzan el premio de la ley, quienes no tienen el afecto de seguir la ley? Veo, pues, que la sentencia está propuesta sobre los racionales, es decir, sobre nosotros. Para nosotros, el inicio de los bienes es la abstinencia de los pecados; ya que leemos: "Apártate del mal, y haz el bien" (Salmo 36, 27). Este es el orden de la disciplina, para que te esfuerces en los inferiores hacia los más perfectos; no te asustes por la magnitud de los mayores, que debes ser provocado por el comienzo de los menores. La Escritura nos enseña que el ascenso de la piedad es semejante a una escalera (Génesis 28, 12), por la cual vio el santo Jacob, varón de ejercicio, a los ángeles del Señor subiendo y bajando; quien nos fue propuesto para que a través de él conociéramos que debemos avanzar gradualmente en el grado de la virtud; y así poder contender desde lo bajo hacia lo alto, si avanzamos por pequeños pasos hacia lo que parece más alto a la naturaleza humana. Ten siempre estas escaleras propuestas ante ti. No temas, oh hombre, ascender estos grados de disciplina. El primer grado está cerca de la tierra, el siguiente es similar al anterior. Así, por grados iguales se asciende a lo alto. No desprecies, oh hombre, ese primer grado como si fuera el más vil. Ese primer ascenso te separa de la tierra; pisas el aire cuando has levantado el pie del suelo. Estando en la virtud, al levantarte has dejado la tierra; dejas la tierra si evitas la culpa. Por lo tanto, el comienzo del progreso hacia la virtud es abstenerse del pecado.

19. Para que sepamos, sin embargo, que esta es la disciplina de la doctrina, escucha a la Ley diciendo: "No cometerás adulterio, no matarás" (Éxodo 20, 14 y 15); pues estos preceptos parecían convenientes para los imperfectos. Por lo tanto, el mismo Señor Jesús, sabiendo que era imperfecto quien le preguntaba qué obras debía hacer para alcanzar la vida eterna, le respondió: "No cometerás adulterio, no matarás, no robarás", etc. (Mateo 19, 18). Luego, al decirle que había hecho todas esas cosas, añadió cosas más perfectas diciendo: "Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo" (Mateo 19, 21). Y enseñó que hay tanta diferencia entre la declinación de los males y la imitación de los bienes, que rechazó estas cosas quien juzgaba aquellas fáciles para sí. Pero porque no había ascendido a aquellas, por eso no pudo adaptarse a estas. Pues si hubiera amado al prójimo, podría no haber negado a los pobres el auxilio de su patrimonio. Por lo tanto, sube el primer grado de la Ley, para que puedas llegar a la cima celestial del Evangelio. Por eso creo que, como si estuviera bajo la Ley, siguiendo la costumbre de la Ley en el primer salmo, el santo Profeta, desde su propia persona, más bien denuncia lo que debe evitarse, que propone lo que debe seguirse. En el cuadragésimo salmo (Salmo 40, 1 y siguientes), que está inscrito desde la persona del Salvador, se hace más bien una exhortación a la virtud que una depresión del error; pues habla de la pasión del Salvador (Salmo 40, 6 y siguientes). Y por eso el dispensador del Evangelio también, como podemos estimar, cuando escuchamos decir: "Bienaventurados los misericordiosos" (Mateo 5, 7); y en el salmo de su propia pasión, y en el Evangelio, coronó la misericordia. Pero abordemos ya la explicación del salmo, y contemplemos la virtud profética.

20. "Bienaventurado", dice, "el varón que no anduvo en el consejo de los impíos, y en el camino de los pecadores no se detuvo, y en la silla de pestilencia no se sentó". Podemos decir que hay tres especies de pecados, que creemos expresadas aquí: de pensamiento, de operación, de permanencia; y se significa que es bienaventurado aquel que no ha pensado lo que es malo. Pues, ¿cómo puede ser bienaventurado quien, con sus pensamientos acusadores, será vencido en el día del juicio? Aunque haya engañado al hombre, evitado al testigo, escapado del acusador; sin embargo, no podrá evitarse a sí mismo como su propio acusador, a quien debe temer más; porque tendrá tanto acusador como reo confeso. Por lo tanto, es bienaventurado quien no ha pensado lo que es malo, y no ha obrado el pecado (porque a

veces pecamos sin pensar; pues del mucho hablar no escapamos del pecado), y no ha perseverado en el pecado. O así: quien no ha pensado lo que es error, o no ha permanecido en ese pensamiento, o ciertamente no ha perseverado en esos pensamientos, que ha advertido llenos de error. Pero si estas cosas convienen correctamente, quien lo lea lo juzgará. Pues quien una vez ha pensado mal, no debió permanecer en ello, ni perseverar. Pero aunque no haya perseverado, no pudo ser bienaventurado; porque permaneció en lo que pensó mal. Aunque no permaneció, sin embargo, por el hecho de haber pensado mal, debe buscar un intérprete clemente si tiene el fruto de la bienaventuranza. Finalmente, porque nadie puede decir que tiene el corazón limpio, sea que el pensamiento sea venial, ¿acaso es venial la operación de los pecados? Finalmente, si la permanencia es venial, ¿acaso es también plena de bienaventuranza, por no haber perseverado en el crimen? Luego, quien no ha pensado lo que es impropio, ¿cómo pudo permanecer en el pecado, o perseverar? Para que sea bienaventurado quien ha guardado estos tres correctamente, ciertamente el orden es diverso. Primero es que no haya perseverado en el pecado; segundo, que no haya permanecido en él; tercero, que no haya pensado lo que es error. Pues quien no ha perseverado, pudo sin embargo permanecer; quien no permaneció, pudo pensar; pero quien ni siquiera pensó, es verdaderamente bienaventurado.

21. Por lo tanto, también consideré que no debía omitirse otra tradición, para que afirmemos que se han hecho tres grados en orden correcto; para que quien quiera ser bienaventurado, no ande en el consejo de los impíos, es decir, no camine en sus pensamientos; luego, no se detenga en el camino de los pecadores; tercero, no se siente en la silla de pestilencia. Tú, pues, que en la Iglesia has sido hecho cristiano, o que te diriges hacia la gracia, abstente de los consejos de los impíos, para que puedas decir: "No pierdas con los impíos, Dios, mi alma, y con los hombres sanguinarios mi vida" (Salmo 25, 9). Ni pienses lo que es impío. ¿Qué son esas cosas, sino las que se conciben en injuria de Dios? Pues la piedad es primero hacia Dios, segundo hacia los padres. Y ciertamente el enemigo frecuentemente inserta diversas cosas en nuestras mentes: y por eso el Profeta cautelosamente consideró que las cogitaciones más que las infusiones imprevistas debían ser consideradas como crimen. ¿Te has abstenido, pues, de los consejos de los impíos? Correcto; pero no inmediatamente bienaventurado. Cuida también de no detenerte en el camino de los pecadores.

22. ¿Con qué examen se colocan las palabras de la divina Escritura? Porque todos estamos bajo el pecado, no se te exige lo que está más allá de la naturaleza, que no cometas pecado; porque ni siquiera un infante de un día está sin pecado; sino que no permanezcas en el pecado en una estación prolongada. No todos son impíos; por eso se te llama a apartarte de todos los pensamientos y conjuraciones de los impíos; pero todos son pecadores; por eso se te advierte que dejes de pecar. Si fue un desliz de la edad más joven, el proceso de madurez debe corregirlo. Por lo tanto, no vayas a cosas más graves, no te detengas en las más leves. Tienes esto dicho por el Señor en Isaías: Sal de Babilonia, huyendo de los caldeos (Isaías 48, 20): esto es: Y si entraste en la confusión de los vicios, sal. No debiste entrar; pero entraste, obligado por la ley de la carne, y cautivo en la ley del pecado, sal, sal al menos tarde, despoja de ti el pesado servicio. No pudiste no entrar en el pecado por fragilidad: se te da salir del pecado por sobriedad. Sal, pues, de Babilonia, huyendo de los caldeos. Babilonia es confusión, que no mantiene el orden de las virtudes; confundidos por las seducciones de la mente, pecamos. Los caldeos son los que exploran el curso de los astros con un vano estudio de superstición, y siembran los errores de la impía gentilidad. Huye de ellos, para que no te atrapen, para que no te aten con el pesado lazo de la cautividad. Abraham fue caldeo, pero huyó de los caldeos, y antes de la Ley; tú naciste bajo la Ley, huye de los impíos. Él rechazó

la herencia de los padres, para poseer la de la fe; tú abandona la sucesión del cuerpo, adquiere la herencia de la devoción.

23. Pero si no permaneciste en el pecado, tampoco así eres bienaventurado; aún tienes de qué carecer. Muchas son las seducciones, muchos los desvíos de la virtud: graves son los estímulos de los placeres, grave el combustible de la avaricia, el deseo de poderes, la ambición de honores, que como un veneno contaminan las mentes de los hombres, y con una cierta plaga pestilente de vicios las almas. Esta es la cátedra de la pestilencia sobre la cual se sentaron los escribas y fariseos, que imponen a los hombres cargas pesadas, pero ellos mismos no quieren moverlas con un dedo. Estas cátedras expulsó el Salvador del templo de aquellos que se jactaban de su honor, buscaban el primado de las dignidades; de aquellos que usaban el sacerdocio o el primado del honor para el lucro; de aquellos que, indulgentes con la gula, de ninguna manera prestaban la debida custodia a la continencia. Esta es la verdadera pestilencia. Finalmente, los hijos de Elí eran hijos de pestilencia. En esta cierta sede de vicios, la Escritura nos prohíbe inclinar el cuello y reclinar las fuerzas de todo el cuerpo. Observa, pues, las propiedades.

24. Y en el camino de los pecadores no se detuvo, y en la cátedra de la pestilencia no se sentó. No hay duda de que se llama camino al curso de esta vida; ya que la misma Escritura dice: En este camino en el que andaba, escondieron un lazo para mí (Salmo 141, 4). Y: Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, mientras estás con él en el camino (Mateo 5, 25). Porque ya que corremos el curso de esta vida, tenemos un sendero por el cual caminamos cada día, hasta que lleguemos al final. Aunque no parezcamos ir corporalmente, avanzamos. Pues así como en los barcos los que duermen son llevados por los vientos a los puertos; aunque no hay sentido de navegación para los que descansan, sin embargo, el curso los impulsa al final y los empuja ignorantes: así, con el espacio de nuestra vida fluyendo, cada uno es conducido a su propio fin, con un curso oculto. Por eso se dice: Levántate, tú que duermes (Efesios 5, 14); porque tú duermes, y tu tiempo camina: y mira que no pase el tiempo mientras duermes mucho. Por eso, aunque duermas, que tu corazón vigile, que tu corazón no sea herido; si tu corazón no está ocioso, tus tiempos no son ociosos. Estás en el camino, oh hombre, camina para que llegues; no sea que la noche te sorprenda en el camino, no sea que se consuma el día de la vida, antes de que aceleres el progreso de la virtud. Eres un viajero de esta vida; todo pasa, todo queda atrás. Todo lo ves en este camino, y pasas. Viste la amenidad de los árboles, el verdor de las hierbas, la pureza de las fuentes, y cualquier cosa de este tipo que deleita los ojos; fue agradable mirar, deleitó un poco atender; mientras atiendes, pasaste. De nuevo, mientras caminas, caíste en un camino rocoso y escabroso, en las concavidades de las rocas, en los precipicios de las montañas, en la densidad de los bosques. Te cansaste un poco, de nuevo pasaste. Tal es esta vida, cuyos prósperos no permanecen, ni sus adversidades son duraderas. Por lo tanto, como colocado en el camino, ni los éxitos te exalten, ni los adversos te quiebren, ni los plausibles te detengan, ni los tristes te retengan. Apresúrate siempre al final, apresúrate para que llegues. Sin embargo, elige el camino antes de correr.

25. Hay dos caminos: uno de los justos, otro de los pecadores: uno de equidad, otro de iniquidad, del cual dijo el Profeta: Y ve si hay camino de iniquidad en mí (Salmo 138, 24). No solo, pues, nuestra vida es un camino, sino que también en nuestra vida misma hay un camino de virtud, o de iniquidad. Cuida, pues, que la avaricia no coloque sus pasos en ti, y seas camino del crimen; que la maldad, que la lujuria, y seas camino de iniquidad desgastado por los flagelos. Te es lícito elegir a quién seguir, ya sea a los justos o a los injustos. El camino de los justos es más estrecho, el de los injustos más ancho: aquel de sobriedad más estrecho, este de embriaguez más ancho, para que pueda acoger a los fluctuantes; este tiene las seducciones de este siglo, aquel tiene las recompensas futuras. En estos el fruto es más

presente, en aquellos la esperanza es más tardía; porque lo que es placentero, no difiere la expectativa duradera, sino que tiene la realización presente; pero lo que es serio, se busca con trabajo, porque apenas se capta con un pensamiento bendito; porque ojo no vio, ni oído oyó, lo que Dios ha preparado para los que lo aman. Dificilmente solemos creer lo que no vemos: y por eso el alma se agita, y aquí y allá como si llevara ciertos ojos, lleva sus pensamientos. Entonces se le presentan diversas especies de cosas, y se le ofrecen. Si se inclina hacia lo eterno, elige la virtud; si hacia lo presente, prefiere el placer. Grave e injusta es la lucha contra las delicias de lo presente. Aquí está la libertad de los deseos, allí la servidumbre de las injurias, hacer lo que no quieres, y abstenerte de lo que deseas; aquí el banquete, allí el ayuno; aquí la intemperancia de los gozos, allí la perseverancia de las lágrimas; aquí la danza, allí la oración; aquí los cantos dulces, allí los gemidos graves. Está escrito: El corazón de los sabios está en la casa del luto, y el corazón de los necios en la casa del banquete (Eclesiastés 7, 5 y 6). Pero pocos escuchan esto, menos lo siguen. Atrae más a los hombres la dulzura del pecado, que fluye al presente y engorda el afecto del oyente, que la tristeza de la virtud, que envuelve la esperanza de la fe como con una corteza de trabajo amargo. Bienaventurado, pues, y admirable, quien colocado en la elección de tales caminos, no se deja inclinar por las seducciones del placer; para que establezca su paso sobre lo fangoso y torcido. No se le dice: ¡Ay de ti que dejaste los caminos rectos, yendo por los caminos de las tinieblas (Eclesiastés 8, 16)!

26. Conocimos, pues, cuál es el camino de los pecadores, en el que el Profeta nos advierte que no debemos detenernos; pero también lo enseña el Eclesiastés, que dice: No te detengas en la palabra mala (Ibid. 3), esto es, no persistas en las palabras malas, igualmente en las obras reprobables. Cómo en los bienes se debe estar, el mismo santo Profeta lo prescribe diciendo: Estaban nuestros pies en tus atrios, Jerusalén (Salmo 121, 2). En Jerusalén se debe estar, de Babilonia se debe huir. Y a Moisés se le dice: Pero tú, quédate conmigo (Deuteronomio 5, 31), quien huyó de Egipto, y permanecía de pie con el Señor. Y en el Evangelio (Mateo 20, 9), los que estuvieron hasta la hora undécima, recibieron igual salario que los que trabajaron. Y las vírgenes que permanecieron hasta la llegada del esposo, merecieron entrar juntas a las bodas; pero las que se fueron, y después regresaron, son excluidas por la autoridad de la sentencia del Señor (Mateo 25, 10). Aprendimos, pues, a no estar en el camino de los pecadores, sino a estar en el oficio de la virtud; porque está escrito: Pero tú, por la fe estás (Romanos 11, 20).

27. Ahora consideremos qué significa: Y en la cátedra de la pestilencia no se sentó. Y ciertamente hemos dicho antes, que no se reprueba el simple sentarse en un trono como está en uso. ¿Qué envidia tendría para la culpa? Pero como los ojos del Señor están siempre sobre los fieles de la tierra; como colocados bajo la vista del emperador, y como puestos en un cierto ministerio, debemos estar de pie. El soldado en campaña está de pie, no se sienta; el soldado en armas no se reclina, sino que se excita y se erige. Por eso se dice a los soldados de Cristo: He aquí ahora bendecid al Señor todos los siervos del Señor, que estáis en la casa del Señor (Salmo 133, 1). Pero al contrario, la iniquidad se sienta en el talento de plomo, porque fija en el pecado, no puede separarse de él. Porque los envejecidos en el error, y adheridos con esmero a los flagelos, se dice que se sientan, los que no quieren levantarse, ni escuchar al que dice: Levantaos después de haber estado sentados (Salmo 126, 2). Finalmente, este mismo Profeta dice en otro lugar: Se sentaron los príncipes, y contra mí murmuraban (Salmo 118, 23). ¿No sabemos que la costumbre inveterada de pecar tiene tanta fuerza, que excluye la naturaleza, que aunque es curable para la salud, sin embargo, con las pasiones fortalecidas por el tiempo, se encuentra incurable? No permanezcamos, pues, en los vicios; sino que cada uno, aunque haya sido, salte de la culpa, como está escrito (Proverbios 5, 3) de la mujer

adúltera. No fijas en ella tu ojo, sino salta, no te detengas; salta antes de que los años de juventud te encuentren. Pero, lo que es más grave, muchos no se avergonzaron de la lujuria del cuerpo ni con la canicie blanqueando, y hasta la edad de la vejez prolongaron una vida manchada. Porque la plaga de la culpa concebida en las entrañas, con el paso del tiempo se acumula. Cuida, pues, de los consejos de los impíos, que tales consejos no penetren en tu mente; no sea que se diga de ti: ¿Alguien ató fuego en su seno, y no quemará sus vestiduras (Proverbios 6, 2)? Porque quien una vez encendió en el seno de su mente la llama ardiente del pecado, pronto quemará las vestiduras de su cuerpo. Y así como el fuego que salta sobre la paja, se adhiere y permanece, hasta que consume todo lo que ha prendido: así una pequeña chispa de pecado, si es excitada por algún combustible de vicios, provoca un gran incendio. No te detengas, pues, en el pecado. Finalmente, pusiste el pie sobre el abismo de la culpa, pronto retira el pie; no sea que la contaminación suba sobre tu planta, y engañado por una caída más fácil, te sientes sobre el lodo.

28. Por lo tanto, se deben evitar los primeros vicios, para que luego no se propaguen en más y más graves. Porque así como aquellos que se revuelcan en el lodo, cuanto más se revuelcan, más se ensucian: así quien una vez se ha salpicado con el lodo de la maldad, si no salta rápidamente de él, se cubre cada día con el fango de su deshonor por la conversación fangosa. Así, con el grave olor de esa tierra y del abismo infame, se contrae una cierta pestilencia de las almas, y con el aliento de las saludables reflexiones corrompido, la plaga de las pasiones ardientes avanza lamentablemente. De aquí se infunde un veneno letal en las mentes, de aquí se infiltra la enfermedad en los cuerpos, las languideces en las almas. Porque hay un mal languor, el languor del error, el languor de la avaricia, el languor de la insaciable codicia. Estas son las riquezas, como dice el Eclesiastés: Hay un mal languor que he visto bajo el sol, las riquezas guardadas para el mal de quien las posee (Eclesiastés 5, 12). Dime, oh Eclesiastés, ¿por qué causa es malo este languor? Responderá, porque muchos son devorados por la avara esperanza. La insaciable voracidad de la codicia es. No sabe saciarse de plata, quien codicia la plata (Ibid. 9). Las riquezas distienden, no llenan: Y si alguien se saciara de riquezas, no hay, dice, quien le permita dormir. Y en verdad todos sus días en tinieblas, y en luto, y en mucha ira, y en languor, y en ira (Ibid. 11 y 16). Porque ¿cómo puede dormir, quien ejerce la cuidadosa custodia del oro, quien teme las pérdidas, quien piensa en las ganancias, quien calcula los intereses, quien cuenta los almacenes? Mal languor, pues, que quita el buen descanso de la mente. Es mal languor la lujuria, la libido, la concupiscencia, la delectación, la ambición secular, que rápidamente corrompe la salud de la sobriedad. Toda corrupción de este mundo es pestilencia. No toquéis, pues, no la toquéis. Es plaga, contamina; es enfermedad, mancha. No gustéis lo que es todo para la corrupción por el mismo uso, como dijo el Apóstol (Colosenses 2, 21 y 22), quien también clama en otro lugar: La raíz de todos los males es la avaricia (1 Timoteo 6, 10); excita enfermedades, inserta dolores. Finalmente, quienes la apetecieron, se insertaron en muchos dolores (Ibid.). Esta es la pestilencia, que a menudo no hace ni calientes, ni fríos, sino, lo que es peor que los calientes y los fríos, tibios; para que sean vomitados de la boca del Señor Jesús, a quienes por graves pecados rechazó. Esta es la que no excita las enfermedades de pocos, sino de todos. Toda cabeza en dolor, todo corazón en tristeza (Isaías 1, 5 y 6). Desde los pies hasta la cabeza, úlceras de pecadores. Toda cabeza en dolor, cuando los que se estiman sabios, son atormentados por el dolor de la avaricia; porque el sentido del sabio está en su cabeza. Lo cual también puede referirse a los preeminentes de la Iglesia: Todo corazón en tristeza, cuando pensamos en lo carnal, y con las voluptuosidades corporales cavamos la agudeza de nuestro corazón. Por eso dice el Señor (Ezequiel 11, 19) a tales, que les dará un corazón de carne.

29. Desde los pies hasta la cabeza se extiende la plaga terrible de las enfermedades, cuando sufren el contagio, cuando compadecen a otros, si alguien es defraudado por el efecto de la libido, no pudo vencer la modestia de la viuda, invadir el campo; y todos mutuamente transfieren las languideces. Cuántas veces se lamentan los ancianos de que no pueden beber mucho tiempo? Cuántas veces se duelen de que dejaron de fornicar, cuando tienen la voluntad de fornicar? Cuántas veces entre las charlas de los ebrios las virtudes son objeto de burla, los pecados de alabanza, la honestidad de escarnio, la continencia de risa, la misericordia de vanidad! Estos son los males que transfieren sus males a muchos. De pocos la corrupción llega a todos. Se sientan en los consejos denigrando a los sobrios, eructando embriaguez; se sientan en las tabernas compitiendo en embriaguez. Entre ellos la meretriz llena de vino, sonriendo a este, quemando a aquel, e inflamando a todos con el ardor de la libido. Si pasa un hombre decente, se avergüenza, es criticado por cada uno; si es un libertino, es alabado por todos, y como una enfermedad pasa a las almas de cada uno; porque quien es célebre en los flagelos, lleva a muchos a la imitación del error. Así, mientras imitan el pecado ajeno, hacen suyo el mal. No te sientes entre ellos, a quienes el santo Profeta evitaba. Imita a aquel, huyendo ciertamente, no sentado, que dice: No me senté en el consejo de los malignos, y con los que hacen iniquidad no entraré (Salmo 25, 4). Explica, David, por qué los evitabas. Muestra estas partes, para que también nosotros podamos evitarlas, no sea que nos infectemos con su contagio: Se corrompieron, dice, y se hicieron abominables: no hay quien haga bondad, no hay ni siquiera uno (Salmo 13, 1). Generalmente, pues, puede referirse a todos los flagiciosos: finalmente, especialmente a los que se burlan de los buenos, a quienes Aquila llamó *χλευαστὰς*, porque estos son verdaderamente males, que al ridiculizar a los buenos, operan mucho error en las almas, y corrompen las mentes. Cuántas cosas dijo de las que el hombre bienaventurado debe abstenerse! Y aún añade otras.

30. (Vers. 2.) Pero en la ley del Señor estaba su voluntad, y en su ley meditará día y noche; esto es, bienaventurado aquel que hace esto con consejo, razón, prudencia; porque también un pequeño puede abstenerse de lo que se ha dicho, no por virtud, sino por imposibilidad e ignorancia de pecar. También puede convenir a un animal irracional, que no tiene fuerza de consejo, ni sentido de error. Esto es, pues, lo cuarto que sigue, en lo que se define al hombre bienaventurado, diferenciándolo del animal; porque el hombre sabio está sujeto a la ley por voluntad, no por necesidad. Porque importa mucho; porque en la voluntad, está el fruto de la recompensa; en la necesidad, el servicio de la dispensación. Así nos enseñó el Apóstol diciendo: Si lo hago de buena voluntad, tengo recompensa; si de mala gana, se me ha confiado una dispensación (1 Corintios 9, 17). El orden conveniente, pues, es que primero ames la ley, segundo que medites. Quien ama, hace los mandamientos de la ley por voluntad; quien teme, observa a regañadientes. Esta disciplina de enseñar también la justicia de Dios en la Ley la hemos recibido. Así está escrito: Escucha, Israel: El Señor tu Dios, un solo Dios es (Deuteronomio 6, 4). Y: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán en tu corazón, y en tu alma: y las enseñarás a tus hijos, y hablarás de ellas sentado en casa, y andando por el camino, y en el descanso, y en la vigilia. Y las atarás como señal en tu mano, y serán collares ante tus ojos: y las escribirás sobre los dinteles de tus casas y en tus puertas (Ibid., 5-9). Y más adelante: Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor tu Dios, sino que ames al Señor tu Dios, y andes en todos sus caminos (Deuteronomio 10, 12)? También la Sabiduría dice: Anhelad, pues, mis palabras, amadlas, tendréis disciplina (Sabiduría 6, 12). La sabiduría es clara, y nunca se marchita, y fácilmente es vista por los que la aman, y encontrada por los que la buscan. Legítimamente, pues, somos enseñados por el santo Profeta a tener voluntad en la Ley, meditación según la Ley. La voluntad en la Ley no solo está en el estudio, sino también en el hecho. Primero la voluntad, segundo la operación. Finalmente, el Señor al que le decía: Si quieres, puedes

limpiarme, respondió: Quiero, sé limpio (Mateo 8, 2 y 3); para mostrar que nuestras operaciones deben tener la voluntad previa. Finalmente, la ley busca voluntarios; porque la ley del Señor es irreprochable, convirtiendo el alma: nadie se convierte, sino quien se convierte por voluntad. El voluntario esconde y roba el sentido del trabajo.

31. Por lo tanto, medita día y noche en la Ley; en lo cual no se requiere tanto una lectura continua, sino un afecto por guardar la Ley. Aquel que medita plenamente es quien se convierte en ley para sí mismo, enfocándose en la ley escrita en su corazón. Sin embargo, Aquila mencionó solo el día, no la noche. Esto no es tanto una discrepancia con los demás, sino una referencia diferente; ya que quien medita en la Ley siempre está en la luz, no tiene noche. En efecto, aquel cuyas obras brillan, ciertamente no puede caminar en tinieblas; porque su justicia resplandece como la luz. Que nuestra vida medite en la Ley, que la medite nuestra conversación, que la medite nuestro actuar, que la medite nuestro entendimiento de los misterios celestiales. La Ley es un ejemplo y sombra de las cosas celestiales, sombra de los bienes futuros, que quien cree en la Ley reconoce en el Evangelio. Medita en la oscuridad y en el día, es decir, tanto en la adversidad como en la prosperidad. La Ley manda amar a tu Señor. Quien ama, debe mantener el afecto de un amor duradero en cualquier estado. Un padre ama a su hijo, lo ama incluso cuando lo reprende, lo ama incluso cuando lo castiga con la vara; porque quien perdona la vara, odia a su hijo. El Señor también nos castiga y nos ama. Así que, incluso cuando cometemos algo que merece corrección, Él nos ama, quien también recibe al ofendido. Porque el Señor castiga a todo hijo que recibe. Y tú, cuando eres castigado, ama; porque eres castigado para ser recibido. Pues, ¿qué grande es amar al Señor tu Dios cuando tienes abundancia de todo, cuando disfrutas de lo deseado, cuando te alegras con honores, riquezas e hijos? Incluso a un hombre de quien hemos recibido un beneficio, solemos devolverle la gratitud. Finalmente, cuando Job fue alabado por el juicio celestial, el diablo respondió (Job 1, 10 y 11): No es de extrañar que sea agradecido con Dios, quien tiene tanta abundancia de prosperidad; pero debe ser probado si pierde todo eso y sigue siendo un devoto servidor. Esta es, por tanto, la primera virtud, no quebrarse en la adversidad, no envanecerse en la prosperidad. La Ley te enseña a no relajar tu intención en la aflicción, ni caer en la desesperación; y cuando eres victorioso, no digas: Mi fuerza y mi poder me han dado esto (Deut. VIII, 17); sino que debes reconocer que todo se debe a la misericordia divina.

32. Isaías clama: No se avergonzará quien está en angustia hasta el tiempo (Isaías VIII, 22). Bebe esto primero (Isaías IX, 1). ¿Qué significa, bebe esto primero? Dejemos de lado lo místico, sigamos lo moral que enseña la letra. Habla de las graves contriciones y vexaciones del pueblo debido a sus errores; y era necesario que las precedieran para que siguiera la misericordia. Bebe, pues, primero la tribulación; porque es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios; bebe, para que el sentido de la tribulación se infunda en tu corazón: bebe con el afecto paciente del dolor del que sufre. Pues cuando te vuelvas y gimas, entonces reconciliarás al Señor contigo, a quien has ofendido. Bebe esto primero; para que estés en dolor y angustia. La alegría infunde error rápidamente. El pueblo, hecho gordo y grueso, se levantó para jugar y se apartó del Señor. Te conviene tener un corazón contrito. Bebe esto primero, para que tu sacrificio sea aceptado por el Señor. Que el Apóstol te enseñe qué significa: Bebe esto primero, es decir, el cáliz de la tribulación. Porque la tribulación produce paciencia (Rom. V, 3 y 4). No puede haber paciencia sin que antes haya tribulación. La tribulación, dice, produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza; y la esperanza no defrauda. Bebe primero la tribulación, para que después se te sirvan los cálices de tantas virtudes. Y para que sepas que la tribulación se bebe, has oído al Profeta decir hoy: Nos diste a beber vino de compunción (Salmo LIX, 5). Y más adelante

dice: Y nos darás a beber lágrimas en abundancia (Salmo LXXIX, 6). Pide bebida en medida, no más allá de la medida; para que no pueda soportarlo. Finalmente, con qué buen afecto lo pediría, lo probaba con su ejemplo, quien mezclaba su bebida con llanto (Salmo CI, 10), para inclinar la misericordia del Señor hacia él.

33. Bebe, pues, esto primero, para que bebas también lo segundo (pues es tiempo de insertar lo místico) bebe primero el Antiguo Testamento, para que bebas el Nuevo Testamento. Si no bebes primero, no podrás beber lo segundo. Bebe primero, para calmar tu sed; bebe lo segundo, para saciarte de beber. En el Antiguo Testamento hay compunción, en el Nuevo hay alegría. Observa cómo el Señor enfrentó las artimañas del diablo por sus siervos. Él engañó a uno con el alimento del fraude, para atrapar a todos en uno; pero Jesús redimió a todos con el alimento de la salvación, para reformar en todos incluso a aquel que había sido engañado. Él ideó la copa de oro de Babilonia, para que quien más bebiera, más sed tuviera; y como la bebida no podía agradar, seducía a beber con el precio del oro. Ofreció de su vino, al que incluso buscó el apoyo del metal. Pero el Señor Jesús derramó agua de la roca, y todos bebieron. Quienes bebieron en figura, quedaron saciados; quienes bebieron en verdad, se embriagaron. Buena embriaguez, que infunde alegría, no trae confusión; buena embriaguez, que estabiliza el paso de una mente sobria; buena embriaguez, que riega el don de la vida eterna. Bebe, pues, este cáliz, del cual dijo el Profeta: Y tu cáliz embriagador, ¡cuán glorioso es! (Salmo XXII, 5). No te perturbe que la copa de Babilonia sea de oro; porque tú también bebes la copa de la sabiduría, que es más preciosa que el oro y la plata. Bebe, pues, ambos cálices del Antiguo y del Nuevo Testamento; porque en ambos bebes a Cristo. Bebe a Cristo, porque es la vid; bebe a Cristo, porque es la roca que vomitó agua; bebe a Cristo, porque es la fuente de vida; bebe a Cristo, porque es el río cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios; bebe a Cristo, porque es la paz; bebe a Cristo, porque de su vientre fluirán ríos de agua viva; bebe a Cristo, para que bebas la sangre con la que fuiste redimido; bebe a Cristo, para que bebas sus palabras; su palabra es el Antiguo Testamento, su palabra es el Nuevo Testamento. La Escritura divina se bebe, y se devora la Escritura divina cuando el jugo de la palabra eterna desciende a las venas de la mente y a las fuerzas del alma. Finalmente, no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios. Bebe esta palabra, pero bébela en su orden. Bebe primero en el Antiguo Testamento: haz pronto para beber también en el Nuevo Testamento. Y como si él mismo se apresurara, dice: Galilea de los gentiles y partes de Judea, pueblo que camina en tinieblas, vean una gran luz; los que habitan en la región de la muerte, la luz brillará sobre ustedes (Isaías IX, 1 y 2). Bebe pronto, para que una gran luz te ilumine; una luz no cotidiana, no del día, no del sol, no de la luna; sino aquella luz que excluye la sombra de la muerte. Porque quienes están en la sombra de la muerte, ciertamente no pueden ver la luz del sol y del día. Y como si te preguntaras de dónde viene tal esplendor, tal gracia, responde: Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado (Isaías IX, 6). Niño, porque nació de una Virgen; Hijo, porque nacido de Dios es el autor de tal luz. Un niño nos ha nacido. A nosotros, que creemos; no a los judíos, que no creyeron; a nosotros, no a los herejes; a nosotros, no a los maniqueos; nos ha nacido, porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; nos ha nacido, porque tomó carne de la Virgen, porque nació hombre de María. La carne nace para nosotros, el Verbo se nos da. Lo que es nuestro, nació entre nosotros: lo que está por encima de nosotros, nos fue dado.

34. Hemos avanzado bastante, creemos, pero no en vano; para enseñar que incluso en las tribulaciones debemos amar al Señor, y no apartarnos de Él, ya que a menudo la tribulación sigue a la alegría, y la alegría a la tribulación. Finalmente, quien no se quiebra con la tribulación, y sigue la ley, es bienaventurado.

35. (Vers. 3.) Y será como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto en su tiempo. Y su hoja no cae, y todo lo que haga prosperará. ¿Qué es esta bienaventuranza que se compara con un árbol, si no entendemos en el paraíso, ese lugar de los bienaventurados, el árbol de la vida en medio de otros árboles producidos de la tierra? Pues entre muchos árboles que eran hermosos a la vista y buenos para comer, también este árbol fue producido por la tierra, y estaba en medio del paraíso; para que los demás árboles florecieran con su verdor. ¿Qué decimos que es este árbol, sino aquel por el cual nos vino la salvación? Y correctamente la tierra lo produjo, porque una Virgen lo generó, que era tierra según la sentencia del Autor, que fue dicha a él: Eres tierra, y a la tierra volverás (Gén. III, 19). También se lee bellamente en medio de otros árboles; porque estaba en medio de los apóstoles que aprendían, o porque estaba en medio de la mente y el corazón, como él mismo dice: En medio de ustedes está, a quien ustedes no conocen (Juan I, 26). Y en otro lugar dice: Pero yo estoy en medio de ustedes (Lucas XXII, 27). Finalmente, también Salomón dijo de él: Es árbol de vida para todos los que lo alcanzan (Prov. III, 18). Quien es bienaventurado, será imitador del Señor Jesús, que es el árbol de la vida, el árbol de la sabiduría, plantado en el vientre de la Virgen, por voluntad del Padre; de quien se planta para permanecer para siempre, para dar fruto en su tiempo. Pues esta plantación no pudo secarse, que tenía en sí la abundancia de la gracia espiritual. Finalmente, Jesús lleno del Espíritu Santo regresó del Jordán. Estos son los cursos de agua de los que se dice en el Evangelio: Ríos de agua viva fluirán de su vientre. Esto lo decía del Espíritu que iban a recibir los que creerían en él (Juan VII, 38).

36. Hay también otra tradición, porque hay aguas de las que Jeremías nos prohíbe beber diciendo: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para que bebas el agua de Geón? (Jeremías II, 18). Hay también el río Tigris que fluye junto a los asirios. Hay también el Éufrates que se dirige a Babilonia. Hay también el Pisón, que en latín se llama cambio de boca, rodeando la tierra de Evilat, donde hay oro, y el oro de esa tierra es bueno; y la piedra carbunclo, y la piedra prásina. Con razón se cambia la boca allí, para que no se mantenga la fidelidad de las promesas: sino que haya engaño en la boca, donde hay buen oro; porque la avaricia rompe la fe, y no mantiene la simplicidad de las palabras. También los adornos preciosos cambian la mente y el ánimo; para que haya una cosa en el pecho, y otra en el discurso. En esas regiones de los ríos estuvieron cautivos los judíos, llevados a Egipto, y a los asirios, y a los babilonios, donde junto a los ríos de Babilonia se sentaban, y lloraban la calamidad de su desgracia; y como este mismo Profeta testifica (Salmo CXXXVI, 1 y ss.); allí colgaron sus instrumentos, y dejaron toda alegría, donde soportaron cosas más graves. Finalmente, las otras diez tribus fueron llevadas a los asirios; pero las dos, Judá y Benjamín, como de un delito más grave, fueron llevadas a Babilonia. Pues la hija adúltera del sacerdote es castigada más severamente que las demás; porque deshonoró con vergonzoso oprobio la gracia del linaje sacerdotal.

37. Así como ellos estuvieron en tentaciones gravísimas: así nuestro Salvador se expuso a muchas tentaciones; para que no pasara por alto ninguna de nuestras pruebas de tentación. Por lo tanto, se dice correctamente que fue plantado junto a los cursos de estos ríos, no en los mismos cursos; para que lo entiendas como cercano, no sumergido. Su primer enfrentamiento fue con la carne y la sangre. Finalmente, dice: Padre, pasa de mí este cáliz: pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres (Mateo XXVI, 39). Se le presentó la tentación de las riquezas, cuando el enemigo le ofreció todos los reinos de la tierra, si postrándose el Señor lo adoraba. Tienes los cursos de dos ríos, Geón y Pisón. Tuvo lucha contra los príncipes del mundo: tuvo en la misma pasión combate contra los tentadores, a quienes la interpretación hebrea llama persas, que presentaban falsos testimonios. Contra aquellos que decían: Desciende ahora de la

cruz, y creeremos en él (Marcos XV, 32); lo que el diablo sugería. Tienes los ríos Tigris y Éufrates.

38. El Apóstol también comprende que tenemos una lucha cuádruple diciendo: Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo; contra las maldades espirituales que están en los lugares celestiales (Efesios VI, 12). Estos son los ríos que salen del paraíso. Por lo tanto, creo que quien desea regresar al paraíso, debe cruzar estos cursos de agua. Lo que no expresó en vano el mismo santo Profeta, demostrando que a quienes soportan todas las tentaciones, ya se les debe el descanso del paraíso. Así que dice: Los cursos de agua descendieron de mis ojos (Salmo CXVIII, 136). Pues así como hay una espada de fuego en la entrada del paraíso; para que quien regrese, regrese por el fuego, queme sus pecados, pruebe su oro: así quien regrese, regrese por estos cursos. Con razón dicen los santos: Pasamos por el fuego y el agua (Salmo LXV, 12). De estos cursos también dice Isaías: Si pasas por el agua, los ríos no te cubrirán (Isaías XLIII, 2). ¿Qué ríos? Escucha a David hablando de aquellos que se apresuraban al paraíso: Quizás nuestra alma habría pasado por el agua intolerable (Salmo CXXIII, 5).

39. Aunque algunos también interpretan de estas cuatro tentaciones aquello: Sobre el áspid y el basilisco caminarás, y pisotearás al león y al dragón (Salmo XC, 13). Que caminó en la encarnación, pisoteó en la pasión, o en la entrega del reino pisotea, que entregará al Padre, cuando haya anulado todo principado. Bellamente Aquila dijo μεταπεφυτευμένον, es decir, trasplantado, porque primero fue plantado en la Virgen, luego trasplantado al paraíso; como dijo al ladrón: En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas XXIII, 43).

40. Este árbol, por lo tanto, dará fruto en su tiempo. Los árboles terrenales no se dice que den fruto, sino que lo llevan; pero el árbol de la vida y de la sabiduría da fruto, es decir, lo otorga y lo dona. Nuevamente surge la pregunta: Si es un árbol de sabiduría, ¿por qué dará en su tiempo, y no siempre? No sea que nos resulte gravoso pensar esto de Cristo; pero tú que has leído que el Señor constituirá un administrador fiel y prudente (Lucas XII, 42) sobre su familia, para que les dé en su tiempo la medida de trigo, ciertamente en su tiempo, no siempre, no debes turbarte. La sabiduría puede dar fruto siempre; pero porque es sabiduría, debe dar sabiamente, dispensar prudentemente, si cuando merecemos o podemos recibir la medida plena. Así como aquí el tiempo extremo del fruto, así también allí dará buen fruto en las naciones; para que podamos recibir y guardar la comunión de su resurrección. Ahora no podemos, no soportamos el mundo odioso. Aquí hay corrupción, y era necesario evitar que corrompiéramos los buenos frutos que el árbol de la vida daría; porque aquí son corruptibles, allí son incorruptibles: cuando los muertos, dice, resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 52 y 53). ¿Qué, entonces, aprovecharía recibir lo que la muerte habría de quitarle al que muere? La sabiduría, por lo tanto, sabe a quiénes y cuándo debe dar, que no pierde la hoja de su árbol. Y por eso, consideremos cuál es el fruto de la sabiduría, qué es la hoja.

41. El fruto es interior; la hoja, que protege al fruto ya sea del sol abrasador o del frío. El fruto parece ser la fe, la paz, la doctrina, la excelencia del verdadero conocimiento, la buena intención, la razón de los misterios. Estos frutos los guarda una buena vida: una mala vida, incluso si los recibe, los pierde: Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué tú narras mis justicias? (Salmo XLIX, 16). En los místicos está el fruto, en los morales la hoja en la contemplación de los misterios celestiales. Pues las virtudes sin fe son hojas; parecen verdes, pero no pueden ser útiles. Son agitadas por el viento, porque no tienen fundamento. ¡Cuántos gentiles tienen misericordia, tienen sobriedad; pero no tienen fruto, porque no tienen fe! Las hojas caen

rápidamente, cuando el viento sopla. Y algunos judíos tienen castidad, mucha diligencia en la lectura, y diligencia; pero están sin fruto, y se mueven como hojas. Estas quizás son las hojas que el Salvador encontró en aquella higuera, pero no encontró fruto (Mateo XXI, 19).

42. Los místicos salvan y liberan de la muerte: los morales son adornos de belleza, no ayudas para la redención. El mismo Señor enseña en su Evangelio que los místicos son superiores a los morales, diciendo de María, que sentada junto a los pies del Señor escuchaba su palabra, mientras Marta se apresuraba en el servicio, y se quejaba de que su hermana no la ayudaba en el servicio de la mesa: Marta, Marta, María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada (Lucas X, 41 y 42). Si aquella que servía a Cristo en la mesa no se comparaba con la que deseaba escuchar la palabra; ¿a quién podremos comparar al que trabaja con el estudio del conocimiento eterno? Sin embargo, de tal manera, que ni a la operación de aquella le falte la fe, ni a la cognición de esta, como a María, le falte la operación; para que no haya hojas sin fruto, ni fruto sin protección natural, y quede expuesto a la injuria.

43. También podemos entender que, al cubrirse con hojas, Adán y Eva buscaban vestiduras corporales, ya que se profetizaba la resurrección del cuerpo del Señor; porque la carne, que antes solía perecer como las hojas, no perecería en Cristo; y de todos los justos, que según el Evangelio formarían su vida y acciones a imitación del árbol de la sabiduría nacido de la Virgen. Pues el griego dice: ὁ τὸν καρπὸν αὐτοῦ δόσσει; lo cual puede referirse al bienaventurado, μακάριος καρπὸν δόσσει, en griego; en latín se dice así: porque el bienaventurado dará fruto, en su resurrección, cuando pueda dar eternamente. También puede ser, ὁ τὸν καρπὸν αὐτοῦ ὑπὲρ ξύλον, refiriéndose al árbol, cuyas obras prosperarán. En esto hay un testimonio evidente de que se dice del Salvador. ¿De quién, sino de Él, pueden alabarse todas las obras y tener un final próspero? Aquila, sin embargo, dice: dirigirán, lo cual parece referirse a cualquier hombre a quien el Señor dirige con favor celestial. Porque del Señor son dirigidos los pasos del hombre, y David, el profeta, pidió que su oración fuera dirigida ante la presencia de Dios (Salmo 140, 2). Pero el mismo Señor dirigió sus obras, para que no se torcieran en ningún desvío de error.

44. (Vers. 4.) Sigue: No así los impíos, no así; sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra; esto es, no como el hombre bienaventurado, que es bienaventurado porque no anduvo en el consejo de los impíos, porque no se detuvo en el pecado, no se sentó en el consejo de los pestilentes, que desean o creen piadosamente, o viven para pervertir; que tuvo su voluntad en la Ley, y meditará en ella; o, como Aquila puso, resonará en la Ley: para que los preceptos de la Ley resuene en su vida, sus costumbres resulten como las de aquellos cuyo sonido salió por toda la tierra. Tal vez aquí el sonido de la doctrina de los hombres salga; pero allí donde se dará ver cara a cara, parecerá hacerse una expresión más plena de la palabra. No, pues, como este bienaventurado que hizo estas cosas, que será como un árbol plantado, cuyas obras prosperarán, así será el impío. Por eso repitió, ya sea quien escribió, o quien después añadió (como algunos piensan) para que la sentencia repetida se hiciera más firme diciendo: No así los impíos, no así, que serán como el polvo; pues son terrenales, y como el polvo es arrojado de la faz del viento, así también ellos serán arrojados y dispersados por el Espíritu Santo, que acostumbra soplar como viento del sur sobre la tierra fértil y el alma fecunda y saludable.

45. A este viento se le dice en el Cantar de los Cantares: Ven, viento del sur (Cant. IV, 16), para que con la suavidad del aire más clemente se ablanden los campos de nuestro corazón, que, endurecidos por el hielo invernal, negaban su seno a las semillas que debían recibir. Es bueno para nosotros que sople este viento, que conduce a puerto seguro las naves de Tarsis

que llevan al verdadero Salomón lo que parece necesario para su templo. Pero entonces soplará este viento, si aquel viento del norte, pesado, ha dejado de soplar. Por eso, ya sea la Iglesia o el alma piadosa dice: Levántate, viento del norte, y ven, viento del sur (Ibid.); esto es: Tú, viento del norte, retírate, y ven, viento del sur: sopla en mi jardín; para que no disperses las flores, sino que las conserves. El alma, pues, llena de flores de piedad tiene un jardín, o ella misma es el jardín, que lleva frutos: el alma que está abierta a la impiedad tiene polvo, que es infecundo para el fruto. El Señor hizo a aquella fructífera; pero ella misma se ha recogido el polvo de la impiedad.

46. ¿Por qué te jactas, oh lleno de impiedad? ¿Acaso porque eres poderoso en honores y abundas en riquezas? ¿No adviertes que eres polvo, y que serás dispersado y disuelto? Vi, dice, al impío superexaltado y elevado como los cedros del Líbano; y pasé, y he aquí que no estaba (Salmo 36, 35 y 36). ¿Por qué te glorías, porque muchos servicios te rodean, muchos amigos cubren tus lados, muchos caballos te siguen, de los cuales nos cuentas la genealogía, y como si fuera el linaje de tus mayores? Presumes de riquezas, porque alimentas a tus compañeros en banquetes. Ojalá alimentaras a los necesitados; ojalá no a los ministros de tus bromas, sino a los ayudantes de tus votos. Te jactas de que al salir se te cede inmediatamente, y los hombres te evitan como a una fiera o bestia. ¿Acaso piensas que esto es algo? ¿No oyes que todas esas cosas pasan como una sombra? ¿De qué sirven las togas consulares, o las palmas triunfales brillantes de oro? Saldrás desnudo: nadie allí reconocerá al cónsul. ¿De qué sirven las innumerables posesiones? Son públicas, no tuyas. Hoy las tienes tú, mañana otro. Cuando tú salgas, otro entra. Apenas has movido el pie, otro ha puesto el paso. ¿Cuántos antes de ti estuvieron allí, cuántos después de ti dominarán, y piensas que esto es privado? ¿A quién han redimido las riquezas de la muerte? Más bien, ¿a quién no han llevado las riquezas a la muerte? ¿A quién han revocado sus riquezas del infierno? ¿A quién ha excusado el poder del castigo? El polvo es la impiedad, como el polvo es el poder de los impíos: trae oscuridad, no puede dar salvación. Tan pronto como el espíritu comienza a soplar con fuerza, lo dispersa y disuelve: perturba el aire, desnuda el suelo; como el polvo es arrojado, se desvanece como humo, se derrite como cera.

47. De aquí muchos han planteado una cuestión no menor, si la Escritura divina parece afirmar que la naturaleza perecerá; especialmente porque en otro lugar dice: Los desmenuzaré como polvo ante la faz del viento, y como lodo de las calles los borraré (Salmo 17, 43); y en otro lugar: He aquí que se confundirán y avergonzarán todos los adversarios; serán como si no existieran (Isaías 41, 11). Primero, entonces, pregunto si consideran que la impiedad es según la naturaleza, o fuera de la naturaleza. Si afirman que es según la naturaleza, es seguro que su opinión es errónea. Por lo tanto, digan si el pecado conviene a la naturaleza, o no. Pero es seguro que pecar es desviarse de lo que es según la naturaleza. ¿Qué hay, pues, más absurdo que decir que parece menos ser impío que pecador; cuando es lo más amargo de todo lo que parece hacerse en injuria de Dios? Si actuar impiamente no es fuera de la naturaleza: vivir impiamente es, por tanto, según la naturaleza, y no debe considerarse pecado, ni digno de reproche; pues nadie es reprendido por obrar según la naturaleza. De donde se concluye que la impiedad es fuera de la naturaleza. ¿Cómo, pues, con la perdición de la costumbre, ἀπολλησομένης φύσεως, esto es, la Escritura introduce naturalezas que perecerán, cuando la impiedad no es ciertamente natural, sino fuera de la naturaleza? Porque lo que no tiene, no lo pierde: ni puede perecer aquella sustancia que no fue. Pues el polvo movido, o se transfiere a la sustancia del agua, o al aire, o al fuego, esto es, a menudo parece pasar a otra naturaleza. No, pues, se desvanece en la nada, sino que pasa a otra cosa.

48. ¿Qué impide, entonces, que aquel que es desmenuzado por la virtud y razón de la palabra como polvo, no se disipe en la nada, sino que se transforme en algo mejor; para que de

terrenal se haga hombre espiritual, y como lodo de las calles sea borrado, para que se quite todo lo que parece áspero y sucio, y permanezca todo lo que es llano y limpio? Y lo que dice de los adversarios de Jerusalén: Son como los que no son; ciertamente pudo decir: No serán. Pero cuando dijo: Se confundirán y avergonzarán; ciertamente entiendes que serán por sustancia, y por el progreso de la conversión, pero no serán como adversarios, lo que fueron. Así que por el defecto de la maldad no serán, serán cambiados en fe y devoción. De hecho, en otro lugar se dice desde la persona del pecador: Y soportaré la ira de Dios, porque he pecado, hasta que justifique mi juicio (Miqueas 7, 9). Porque Dios, deseando convertir al pecador, lo castiga y quema, para purificarlo. De donde dice: Y me sacará a la luz (Ibid.). Pues el fuego también quema la cera, y se derrite, para purificarse: y nosotros somos probados por el fuego: y el humo, consumida toda la materia, se purifica, y la naturaleza no pasa. Así que el alma purificada de toda mancha, se desvanece en lo que es, no en lo que no es; de donde dice Balaam: Muera mi alma como el alma de los justos (Números 23, 10); para que muriera su caída, y cierto uso de la maldad: pero pasara a la costumbre y vida de los justos; porque Dios quiere que todo esté a salvo. De donde también Salomón dice: Dios no hizo la muerte, ni se alegra en la perdición de los vivos (Sabiduría 1, 13). Hizo el alma para que sea: creó al hombre en incorruptibilidad, a quien hizo a su imagen: pero los hombres, desviándose del don de la naturaleza, se hicieron sujetos a la muerte, para que como terrenales se corrompieran. Pero Dios, a través de tribulaciones, obliga a la penitencia, para que por la penitencia se queme y consuma aquel mal accidental de la maldad, y perezca; y aquel lugar del alma, que era posesión del accidente de la impiedad, esté abierto a la recepción de la virtud y la gracia. Es seguro, sin embargo, que la naturaleza del alma es preciosa, que hecha a semejanza de Dios admite la recepción de toda virtud; como quien no ha sido privado de la compañía del conocimiento supremo.

49. Ahora creemos que queda lo que está en boca de muchos, de qué manera Dios, en cuya voluntad ni el gorrión más vil cae, y ante quien los cabellos de la cabeza están contados, dijo por Isaías: Así todas las naciones como una gota de un cántaro, y como el polvo de la balanza han sido estimadas, y como saliva serán estimadas (Isaías 40, 15). Así, pues, perecerán todas las naciones como una gota de un cántaro, y como la saliva perece, y no sirve para ningún uso. Pero tú que sabes que Dios nuestro no tuvo a las naciones por nada, hasta el punto de decir a Abraham: En ti serán bendecidas todas las naciones (Génesis 12, 3); y por David habló al Hijo diciendo: Te daré las naciones por herencia (Salmo 2, 8); y más adelante: Todas las naciones le servirán (Salmo 71, 11); que has leído, porque Dios ofreció a su Hijo por toda la gente, para salvar a los pecadores (Romanos 8, 32); debes considerar aquí la fuerza de la sentencia divina. Pues en la contemplación de las criaturas celestiales, que son muchas (como el cielo que es mucho mayor que la tierra, hasta el punto de que por muchos la tierra ha sido estimada como un punto en comparación con el cielo), de los Ángeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Tronos, Dominaciones, miles, y decenas de miles, e innumerables miles; en la contemplación, pues, de estos, las naciones han sido estimadas como una gota de un cántaro, cuya es toda la plenitud. De esa plenitud celestial, pues, como una gota que cae han sido estimadas las naciones. ¿Cómo podrían parecer grandes, cuando la misma tierra en la que están las naciones, es la porción más pequeña del mundo, y de todas las cosas que Dios ha hecho, las naciones son como una pequeña inclinación de la balanza? Al mismo tiempo, reconoce por esta balanza que Dios ha hecho todo con justicia, y que en las mismas naciones hay algo naturalmente, en lo que parecería haber al menos un pequeño peso de justicia, y la misma saliva como una porción interior de todo el cuerpo.

50. Así que aquí se predica más bien la misericordia: porque quien vino a buscar lo que se había perdido, no despreció aquella gota como vil, y levantó el peso de la balanza; y dando a

aquella saliva la sustancia de un buen cuerpo, se dignó a congrega a todas las naciones en un solo cuerpo de la Iglesia. Entre las naciones, sin embargo, e Israel puede contarse no exento de su divina justicia; porque el mismo Moisés dijo de Israel: He aquí un pueblo sabio, y tenaz en la disciplina, una gran nación (Deuteronomio 4, 6). Y para que sepas que la bondad de Dios ha redundado sobre nuestro mérito, el Apóstol, interpretando este lugar profético, dice: Dios encerró a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos (Romanos 11, 32 y siguientes); y añadió: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, y se le será recompensado? El Profeta, sin embargo, al introducir este lugar, dice: Así todas las naciones como una gota de un cántaro han sido estimadas (Isaías 40, 15), y lo demás, para que reconozcas que este entendimiento concuerda con la interpretación apostólica.

51. (Vers. 5.) Pero ¿qué más evidente que el hecho de que no parece introducir naturalezas que perecerán, cuando el mismo santo Profeta añadió: Porque no resucitarán los impíos en el juicio. No dijo: No resucitarán; sino que dijo: Resucitarán, pero no en el juicio. Pero quien resucita, es ciertamente, y permanece; pero porque no creyó en Cristo, ya está juzgado; y por eso no viene al juicio, a quien ya le espera la pena del juicio realizado. Y de la resurrección hay muchos testimonios de las Escrituras divinas, que no hemos omitido en los libros de consolación y resurrección. De lo que dijo: No resucitarán los impíos en el juicio; según el Evangelio es una sentencia absoluta, porque no todos serán juzgados. El Apóstol, sin embargo, dice: Porque todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo (II Corintios 5, 10). Muchos creen que estas cosas son contrarias; pero no advierten que el Salvador habló de los infieles y los impíos, que no creyeron en el Señor Jesús. Pues así dijo: El que cree en mí, no será juzgado, pero el que no cree, ya ha sido juzgado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esto es el juicio, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas (Juan 3, 18, 19). Está claro, pues, de quiénes se dijo, esto es, de aquellos que no creyeron en el Señor Jesús. El Apóstol también, aunque dijo todos, ciertamente lo dijo de aquellos que creyeron, pero que darán cuenta de sus actos en el día del juicio. De hecho, él mismo dice en otro lugar (Romanos 2, 15), que el testimonio de nuestra conciencia se revelará en el día del juicio, cuando nuestras pensamientos se acusarán mutuamente, como está escrito, o se defenderán, y se manifestarán los secretos del corazón. Pero ¿qué más evidente que lo que dice en otro lugar: Todos ciertamente resucitaremos, pero no todos seremos transformados (I Corintios 15, 15)? Porque los justos serán transformados en incorruptibilidad, permaneciendo la verdad del cuerpo. Daniel también dice: El juicio se sentó, y los libros fueron abiertos (Daniel 7, 10). Así que muestra que habrá juicio, especialmente cuando en otro lugar dice: Muchos que duermen en el polvo de la tierra se levantarán, estos para vida eterna, y aquellos para oprobio y confusión eterna; y los entendidos resplandecerán como el resplandor del cielo, y de los justos muchos brillarán como estrellas (Daniel 12, 2 y 3).

52. ¿Qué es este juicio de jueces sentados, y qué libros abiertos, sino los de nuestra conciencia, como libros que contienen la serie de nuestros pecados? Aunque esto mismo es vil estimarlo como algo similar al juicio humano. El juicio de Cristo es diferente, donde la misma conciencia se delata, que no puede ocultarse al árbitro de los secretos: donde las pensamientos brillan ante aquel que aún a los que piensan decía: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Mateo 9, 4). Cuando hablaba a los judíos, hablaba a todos; para que nadie pensara que podían ser ocultos los que lo engañaran, para que nadie pensara que, encerrado por paredes, podría escapar del testigo del error oculto. Por eso también el

Evangelista testifica diciendo: Pero Jesús conocía sus pensamientos (Lucas 6, 8). ¿Cómo, pues, dice: Los libros fueron abiertos? No ciertamente escritos con tinta, sino con las huellas de los delitos, y la mancha de los crímenes. Se abrirá el libro de tu conciencia, se abrirá el libro de tu corazón, se recitará nuestra culpa. Hay allí un libro, donde hay una tabla; más bien, hay libros inscritos, donde hay tablas inscritas, que la doctrina apostólica inscribe con el Espíritu Santo, como leemos, diciendo Pablo: Nuestra carta sois vosotros... inscrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo: no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón (II Corintios 3, 2 y 3). Así que hay tablas del corazón inscritas con el Espíritu Santo, estas se recitarán. Si has obrado bien, la Escritura permanecerá. Cuida de no quitar la gracia del Espíritu Santo; cuida de no borrar, y escribir con tinta tus crímenes, para que venga el día del juicio, y diga el Juez: Que se reciten los libros, que se reciten las tablas de sus hechos; y te diga: Yo escribí tus tablas, ¿por qué borraste mis letras? Yo escribí mis dones, ¿cómo borraste mis regalos, y escribiste tus oprobios? ¿No leíste que escribo? ¿No te dije por boca de mi Profeta: Mi lengua es pluma de escriba que escribe velozmente (Salmo 44, 2); pero el juicio es del Verbo.

53. Así que muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán, los que hicieron bien, para resurrección de vida: los que hicieron mal, para resurrección de juicio (Juan 5, 28 y 29). Lo que Daniel dice: para vida eterna; esto el Salvador: para resurrección de vida, dijo. Asimismo, lo que dice Daniel: para oprobio y confusión; el Salvador dijo: para resurrección de juicio. Por lo tanto, no nos conviene venir al juicio, y no nos conviene no venir; para que no parezcamos ya condenados, o en esta mancha de vicios soportemos el peso de tan gran juicio. El Profeta ruega que el Señor no entre en juicio con su siervo (Salmo 142, 2); ¿cuánto más debemos temer nosotros el juicio del Señor? Supón que el Señor misericordioso perdonará: ¿cuántas cosas se revelarán que creía ocultas? ¿Qué vergüenza, qué confusión será para mí, cuando yo que profesaba enseñar a otros, sea sorprendido en aquello en lo que acusaba a otros?

54. Y por eso, dado que el Salvador estableció dos tipos de resurrección, y Juan en el Apocalipsis dijo: Bienaventurado el que tiene parte en la primera resurrección (Apoc. XX, 6), estos vienen a la gracia sin juicio: pero aquellos que no vienen a la primera resurrección, sino que se reservan para la segunda, serán quemados hasta que completen el tiempo entre la primera y la segunda resurrección: o si no lo completan, permanecerán más tiempo en el suplicio. Por lo tanto, roguemos para que merezcamos tener parte en la primera resurrección. Hay quienes resucitaron en la pasión de Cristo; y estos son verdaderamente bienaventurados, que recibieron la gracia de Cristo y escucharon su voz, de la cual está escrito: Viene la hora cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán (Juan V, 25). Y: Entraron en la ciudad santa (Mat. XXVII, 53). Creo que esto significa más aquella ciudad celestial que esta Jerusalén, que dejó, que reprendió, porque en esta entraron con los pies, pero en aquella celestial con méritos.

55. Pero también cuidémonos de levantarnos aquí del sepulcro de la tierra. Hay quienes, viviendo, están rodeados de sepulcros y llenos de muertos, cuya garganta es un sepulcro, no hablando palabras de vida, sino de muerte. Si aquí resucitamos de entre los muertos, también resucitaremos allí: si aquí no fuimos huesos secos, sino que recibimos el rocío del Verbo, la humedad del Espíritu Santo, y allí viviremos; así aquí Jesús nos despertará con su gran voz, como despertó a Lázaro, y a través de sus discípulos nos desatará de las ataduras de la muerte, y nos llevará a Betania, donde estaba Lázaro, es decir, a la casa de la obediencia, y aquí nos invitará a su banquete; y allí nos recostaremos con él, y allí siempre banquetearemos con él, y allí nos perfumará el ungüento, que solo el traidor lamentaba que se derramara.

56. (Vers. 5.) Por lo tanto, los impíos no resucitan en el juicio. esto es, en la porción de aquellos que van a ser juzgados; ni los pecadores resucitan en el consejo de los justos. Ves que los impíos resucitan, y no resucitan en el juicio de los justos, porque los pecadores, aunque no resucitan en el consejo de los justos, resucitan sin embargo en el juicio. De donde se ve que los que han creído bien, y han ejecutado su fe también con obras, no son juzgados, sino que resucitan en el consejo de los justos: pero los pecadores que no pueden resucitar entre los justos, resucitarán en el juicio. Tienes dos órdenes. Queda un tercero de los impíos, que porque no creyeron, ya están juzgados; y por eso no resucitan en el juicio, sino para el castigo: porque amaron más las tinieblas que la luz (Juan III, 19); y por eso su juicio es el castigo, y tal vez el castigo de las tinieblas. Y podría entenderse que aquellos que tienen malas obras, creyendo sin embargo en Cristo, queriendo vivir rectamente; pero vencidos por las seducciones de los pecados, amaron más las tinieblas que la luz: es decir, amaron ambos, pero más las tinieblas. Pero porque antes mencionó a aquellos que no creyeron, creo que debe entenderse así que amaron las tinieblas, y no la luz; porque la luz es Cristo. Por lo tanto, los que no creyeron en la luz, es absurdo que se crea que amaron la luz, a la que no conocieron. Porque no conocieron, ni entendieron, caminan en tinieblas como está escrito (Sal. LXXXI, 5).

57. (Vers. 6.) Sigue: Porque el Señor conoce el camino de los justos, y el camino de los impíos perecerá. Observa el sentido: No resucitan los impíos en el juicio: porque el Señor conoce el camino de los justos. Conoce ciertamente sus caminos, cuyos pasos dirige; porque son los pasos de los hombres, que son dirigidos por el Señor. Son dirigidos por el Señor también los caminos del hombre. Estos caminos los conoce el Señor, que son rectos, que tienden a aquella vida del que dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). Este es el buen camino: pero el camino del mundo es tortuoso. No se digna conocer ese camino. Porque reconoce a aquellos que son suyos, que hacen sus obras: pero a los que obran iniquidad, el Señor les dice: Apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad, no os conozco (Luc. XIII, 27). No por ignorancia, sino porque son indignos del conocimiento de Dios, no son conocidos.

58. Hermosamente dice: Y el camino de los impíos perecerá. El latín separó, para decir camino, y como si distinguiera el camino de la vía; pero el griego dijo vía en ambos casos. Sin embargo, no en vano el latín, porque también el Señor: Yo soy el camino, dijo; no dijo: Yo soy el camino. Pero dijo que el camino de los impíos perecerá, no los impíos. Conserva su sustancia, que si se convierten, solo perderán el camino de la impiedad, que ni desde el principio fue, ni será. Lo que es accidental, por lo tanto, perece: lo que es sustancial, permanece. Pero los impíos perecen de la misma manera que se dice: El alma que pecare, esa morirá (Ezeq. XVIII, 4): para que mueran por el agujón del pecado, no por la disolución de toda su sustancia.

EN EL SALMO XXXV COMENTARIO.

PREFACIO.

1. El Profeta, al querer decir en el siguiente salmo cuál es la forma del justo, antes expresó la forma del injusto. Porque no podemos conocer cuál es la forma de la justicia, si no conocemos cuál es la figura de la iniquidad; porque son opuestas y contrarias entre sí. Pues en una hay una simple disposición de la naturaleza, en la otra una astucia engañosa de la maldad: una presenta imágenes de virtudes, la otra pretende intercambios de vicios. Y este orden lo enseña la misma razón; y si se han de tomar testimonios de los contrarios, los

mismos doctores de la filosofía lo han confesado, al seguirlo. ¿Quién duda que David fue mucho anterior a los tiempos de Platón, a quien no solo no vio su maestro, sino ni siquiera los abuelos de sus abuelos pudieron verlo: ya que él estuvo al principio del reino de los judíos (que se propagó a través de innumerables siglos), y este después de los tiempos de la cautividad, cuando el reino de su gente ya había sido disuelto. Por lo tanto, él mismo que tiene el principado de toda la sabiduría secular, al decir que no se puede comprender la forma de la justicia, a menos que antes se discuta la serie de la injusticia, puso un ejemplo de que aquellos que quieren buscar oro, primero se embadurnan de lodo. Así que el oro es la justicia, la iniquidad es el lodo. Lo cual también se dijo antes por los nuestros, sin duda, cuando está escrito: Como el lodo de las calles los borraré (Sal. XVII, 43). Y verdaderamente lodo; porque mancha a aquellos que se le acercan. Evitemos, por lo tanto, la injusticia, para no mancharnos con sus inmundicias de lodo, y no se hunda en su abismo no nuestro pie exterior, sino, lo que es más grave, nuestra mente. Y la filosofía dice que busca oro; pero maneja lodo, que busca la divinidad en estatuas; pero el bastón romperá las vasijas del alfarero. Nosotros buscamos oro, con el cual limpiemos nuestros cuerpos, llevando en nuestro cuerpo la mortificación de Jesucristo; para que también la vida de Jesucristo se manifieste en nuestro cuerpo. Buen oro, es la sangre de Cristo, rica para el precio, abundante para lavar todo pecado. Hemos dicho el orden, consideremos el título.

2. (Vers 1.) Al final, dice, al siervo del Señor el salmo de David. En todo el cuerpo del salterio, este es el único título que testifica que escribió el salmo al siervo del Señor. Veamos quién es este siervo del Señor: qué significa la serie del salmo: ¿a quién está dirigido este salmo? Escuchemos a quién habla: Señor, dice, en el cielo tu misericordia, y tu verdad hasta las nubes. Tu justicia como los montes de Dios, tus juicios un abismo profundo (Sal. XXXV, 6 y 7). ¿A quién se dice esto, sino al Hijo de Dios? Porque estas cosas no son de potestad humana, sino divina. Pero, ¿qué significa que el título declaró que este salmo se dice al siervo del Señor (Sal. LXXXIX, 1), cuando prefirió llamar la oración de Moisés hombre de Dios, que del siervo del Señor en el título posterior? Por lo tanto, no entiendo cuál fue el consejo del Profeta, o más bien del mismo Señor Salvador, que habló en el Profeta. Verdaderamente sus juicios son como un abismo profundo, para reservar la honra al siervo, y atribuirse a sí mismo la condición de siervo. Me parece entender, me parece haber captado algo de la gracia espiritual. Contra la injusticia, como dijimos, este salmo está escrito: y por eso se agrava más la injusticia de los infieles, que no quisieron recibir a Cristo Jesús como Señor, cuando él asumió la servidumbre por ellos. Porque, ¿qué es tan injusto, como haber sido ingratos a tantos beneficios; que a quienes él daba la salvación, ellos derramaron su sangre? Finalmente, en otro lugar, cuando hablaba de su pasión, para aumentar la envidia de la impiedad judía, así dice: No apartes tu rostro de tu siervo: porque estoy atribulado, escúchame pronto... (Sal. LXVIII, 18). Pobre y doliente soy yo (Ibid., 30).

3. Ven, Pablo, intérpretenos, ¿cómo es que el Señor del cielo y de la tierra se dijo pobre, y cuál es esta pobreza? Tú ciertamente lo llamaste rico: ¿cómo es que es el mismo rico y pobre? Escuchemos el testimonio de Pablo. Sabéis, dice, la gracia de nuestro Señor Jesucristo; que por vosotros se hizo pobre, siendo rico; para que vosotros con su pobreza os enriquecierais (II Cor. VIII, 9). Ven también tú, Isaías, intérpretenos cómo se dijo doliente Cristo, que solía sanar los dolores de las heridas. El médico vino para curar a los enfermos: ¿qué tenía él mismo que doliera? Escuchemos también el testimonio de Isaías. Por nosotros, dice, duele: y nosotros lo estimamos en dolores (Isaías LIII, 4). Expresó el afecto del médico, que aunque él mismo no tenía ninguna herida que doliera, sin embargo, se compadeció de los heridos. Por lo tanto, en el salmo el Señor reprocha a los judíos: Yo por vosotros pobre, yo por vosotros doliente, y vosotros me habéis infligido manos impías diciendo: Qitemos al

justo, porque es inútil para nosotros (Sab. II, 12). Arrojemos madera en su pan (Jeremías XI, 19). Bien dijo pan por su carne. Él trajo alimento, ellos devolvieron suplicio por beneficio. No es de extrañar, por lo tanto, si tienen hambre, quienes se negaron el alimento de la vida eterna. Hermosamente también unieron estas dos cosas: Arrojemos madera en su pan. Los judíos no sabían lo que decían, y hablaban un misterio. El paraíso nos devolvió la Cruz de Cristo. Este es el árbol que el Señor mostró a Adán, diciendo del árbol de la vida, que estaba en medio del paraíso, que debía comerse: pero del árbol del conocimiento del bien y del mal, no debía comerse. Erró Adán, no guardó los mandamientos, probó lo prohibido. Por el árbol comenzamos a tener hambre; porque la carne tomó su alimento. Por eso el Señor en Cristo unió la carne y el árbol, para que cesara el hambre antigua, se devolviera la gracia de la vida. Bendito árbol del Señor, que crucificó los pecados de todos. bendita carne del Señor, que ministró alimento a todos.

4. De la pobreza y el dolor del Señor hemos presentado, como creo, testimonios adecuados de los santos, de los cuales uno vio y dijo, el otro fue elegido para decir. Por lo tanto, de aquellos que fueron probados, presentemos nuevamente testimonios sobre la servidumbre del Señor; más bien, lo que él mismo dijo de sí mismo en ambos. Escuchemos, por lo tanto, lo que dice: Así dice el Señor, que me formó desde el vientre como siervo para sí mismo para reunir a Jacob e Israel para él (Isaías XLIX, 5). Advertimos, por lo tanto, que para la congregación del pueblo, asumió la forma de servidumbre. Escucha, judío, y de la gracia refieres la contumelia; y lo llevas a la infidelidad, por lo cual más bien debiste haber creído. Vino a llamarte, y le injurias. Desde el vientre se dijo siervo. Escucha, arriano, desde qué vientre: retrocede un poco: Desde el vientre, dice, de mi madre, el Señor llamó mi nombre (Sal. XLIX, 1). ¿Qué nombre es el suyo, escuchemos, con el que el Padre lo llamó? He aquí que la virgen concebirá en el vientre, y dará a luz un hijo, y su nombre será llamado Emmanuel: que se interpreta, Dios con nosotros (Isaías VII, 14; Mateo I, 23). Porque, ¿qué otro nombre sino el Hijo de Dios es el de Cristo? Toma otro. Gabriel había dicho también a José sobre María: Dará a luz un hijo, y llamará su nombre Jesús (Ibid., 21). Toma la voz de Dios: Y tú, Belén de Judea, no eres la menor entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un Príncipe que gobernará a mi pueblo (Miqueas V, 2). Observa el misterio: del vientre de la Virgen salió el mismo siervo y señor; siervo para obrar, señor para mandar; para que el reino de Dios se arraigara en las mentes de los hombres. En ambos casos uno, no otro del Padre, y otro de la Virgen; sino el mismo que antes de los siglos del Padre, él mismo después asumió carne de la Virgen. Por eso, entonces, se le llama siervo, y señor: siervo por nosotros; pero por la unidad de la sustancia divina Dios de Dios, Príncipe de Príncipe, igual de igual; porque no engendró a uno degenerado (Mateo III, 17), en quien se complació recordar.

5. Grande, dice, es para ti ser llamado mi siervo, para establecer las Tribus de Jacob. Conserva en todas partes los vocablos de su dignidad. Grande Dios, y grande siervo: ni en la carne pierde el nombre de su grandeza, cuya grandeza no tiene fin. Y con razón, seguro, siendo en forma de Dios, como dice el Apóstol, no consideró el ser igual a Dios como usurpación: sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma como hombre: se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 6 y sig.). Este es, por lo tanto, igual como Hijo de Dios, este tomó la forma de siervo en la carne, este gustó la muerte, cuya grandeza no tiene fin; porque el fin de la Ley es Cristo para justicia a todo creyente: para que todos creamos en él, lo adoremos con íntimo afecto. Buena servidumbre, que hizo a todos libres: buena servidumbre, que adquirió un nombre sobre todo nombre: buena humildad, que hizo que en su nombre todos doblen la rodilla, de los celestiales, terrenales, e infernales; y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre. En este fin, por lo tanto, se dirige

este salmo, para que también nosotros seamos siervos para la justicia, no soberbios para la arrogancia. Porque la servidumbre es el salario de la libertad: pero el salario de la muerte es la arrogancia. Pero ya abordemos la misma serie del salmo.

COMENTARIO.

6. (Vers. 2.) Dijo el injusto, para delinquir para sí mismo. No expresó lo que dijo, y por eso creo que debe entenderse así, porque cualquier cosa que diga el injusto, es pecado. Porque toda injusticia es pecado; ya que donde el órgano es defectuoso, ¿cómo puede no ser defectuosa la melodía? El parto de una materia degenerada es descolorido. Por lo tanto, cualquier cosa que hable el injusto, es iniquidad, que se refiere a su propio autor, como el parto de la víbora, que primero desgarró a su propio progenitor, como es frecuente decir (De Tobías, cap. 12, num. 41, y abajo Sal. XXXVII, num. 8). Por lo tanto, delinque para sí mismo. Nada más sublime que esta sentencia creo que se ha dicho. En aquellos que se atribuyeron la sabiduría del mundo, no leí nada así, no conocí nada así. Y no es de extrañar, puesto que ellos hablaron con ingenio humano, esto lo infundió el Espíritu de Dios, el Espíritu de verdad: porque el injusto delinque para sí mismo, se genera heridas a sí mismo, se hiere a sí mismo. Porque así como las espinas nacen en la mano del borracho, como afirma la Escritura (Prov. XXVI, 9): así también nacen en el discurso del injusto, que lo hieren al hablar. Habla el injusto, y su conciencia interior es herida; porque en todo discurso que habla, no está libre de fraude. Porque, ¿de quién es más grave la pena, que de uno mismo, cuando por cada palabra da penas? La serpiente infunde veneno a otros, el injusto a sí mismo; porque se le devuelve lo que ha derramado. Por lo tanto, el injusto es inútil para otros, y nocivo para sí mismo: pero la vida del justo es fructífera para otros, y dulce para sí mismo. Porque dice Salomón: Hijo, si eres sabio, para ti serás sabio, y para tus prójimos; pero si te vuelves malo, solo tú sufrirás el mal (Prov. IX, 12).

7. Advertimos, por lo tanto, que la justicia nace más para otros que para sí misma: espera el bien común, no el suyo; y considera el bien ajeno como su propio beneficio. Bienaventurada y preclara justicia, cuyo bien aprovecha a todos: de uno a menudo se extiende a muchos, y llega a todos. Justo David, que perdonaba al enemigo, y prefería su inocencia, que proteger su vida; para que no se vengara en perjuicio público, y diera ejemplo a otros de atacar al príncipe incluso en malas causas, cuando él mismo hubiera tomado venganza del insidioso. Justo Abel, que de sus ovejas que el Señor le había dado, pensó que debía ofrecer primicias al Señor; y por eso agradó más a Dios, porque no tardó, probó su devoción. Pero esto el impío no pudo soportar, transgresor de la justicia, raíz de iniquidad; y por eso mató a su hermano, porque su ofrenda fue más aceptada por Dios que su propia ofrenda. Pero aquel muerto hablaba a Dios en la voz de su sangre, este vivo era rechazado de la faz del Señor; y aunque aún no había castigo del Señor, lo atormentaba la conciencia de sus pecados. El miserable se escondía temblando y temiendo; y aunque aún no había verdugo, su propia vida injusta lo torturaba. Había recibido una señal, para que nadie lo matara: no para disfrutar de la dulzura de la vida, sino para que la muerte no le quitara la aflicción: para que sufriera diariamente al temer a su verdugo. Mereció, en efecto, que se le prohibiera el verdugo; pero sin ninguna interrupción él mismo era su propio verdugo, él mismo el verdugo.

8. ¿Qué castigo es mayor que temer lo que no puedes evitar, ni escapar de lo que temiste? De ahí que David, expresando de manera excelente la grave convención de la conciencia pecadora, diga: Reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí (Salmo 50, 4). Pues se nos presenta la imagen vengadora de nuestro pecado, y no permite que su reo esté tranquilo, imponiendo una miserable servidumbre: y nos arrastra a sus cadenas, de modo que

no podemos desatarnos; porque voluntariamente se vendió a sí mismo, cuando era libre de no aceptar el yugo de los delitos y de conservar la libertad de la inocencia. Así, mientras oramos, el pecado se presenta; cuando el sentido se relaja en el sueño del cuerpo, el pecado regresa. Siempre nuestro error se nos presenta como un mal acreedor, o como un usurero desvergonzado que reclama al deudor. Por eso el Señor dice: Quien comete pecado, es esclavo del pecado (Juan 8, 34). Pero el justo sabe cómo desatar las cadenas de sus pecados, no espera al acusador, sino que se adelanta para aliviar toda su culpa confesándola; para que no tenga de qué acusarle el adversario. Por eso la Escritura te dice: El justo es el acusador de sí mismo al principio de su discurso (Proverbios 18, 17). Pues arrebató la voz al adversario, y como si fueran dientes preparados para la presa de la acusación hostil, los aprieta con la confesión de sus pecados. Judas Iscariote habló para delinquir contra sí mismo. ¿Qué dijo? Aquel a quien yo bese, ese es: prendedle (Mateo 26, 48). Esto dijo, y con su propia boca se condenó a muerte. ¿Cuántos torturadores creemos que había en él, para que él mismo se convirtiera en el ejecutor de tan grave castigo, y se ahorcara con una soga?

9. El injusto habló para delinquir contra sí mismo. El justo dijo: He aquí que yo, pecador, he actuado mal, ¿y qué ha hecho este rebaño? (2 Samuel 24, 17). Y todo el pecado fue perdonado. Así que el justo habló, y le fue provechoso. Caín dijo: ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? (Génesis 4, 9), y se mintió a sí mismo. Ananías dijo que había entregado todo el precio de su campo vendido, y se mintió a sí mismo, quien pudo ofrecer menos sin fraude. Por eso dice excelentemente: Y la iniquidad se mintió a sí misma (Salmo 26, 12). Pues primero se miente a sí mismo, cuando miente para su propia ruina; delinque contra sí mismo, quien se roba a sí mismo la dulzura de la inocencia. ¿Qué fruto es más dulce que la pureza y la simplicidad del corazón? ¿Qué alimento es más sabroso que aquel que disfruta el alma de buena conciencia y la mente del inocente? Pero la iniquidad, como un cierto talento de plomo, según testifica la Escritura (Zacarías 5, 7), pesa sobre la conciencia. Y con razón dice David: Como una carga pesada se han agravado sobre mí (Salmo 37, 5). Y Salomón: Como uva agria a los dientes, y humo a los ojos, así es la iniquidad para todos los que la usan (Proverbios 10, 26). Un castigo grave que impide el alimento, cubre la vista; y, lo que es más, vierte una oscura niebla sobre los ojos de la mente interna, para que el injusto no pueda ver lo que es verdadero. Por eso delinque contra sí mismo, quien se roba a sí mismo lo que es precioso.

10. Así que el injusto habló para delinquir contra sí mismo. Pero el justo habla para beneficiar a otros y a sí mismo; aquel habla para la perdición, este habla para la salvación. De los justos y fieles se ha dicho: Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Romanos 10, 10). La lengua de aquel hiere, pero la lengua de los prudentes sana. Por eso, cuando David reprochaba al rey Saúl, que olvidado del beneficio, ingrato por la salvación, lo perseguía hasta la muerte, a quien tantas veces ya había visto ser salvado; y buscaba su vida, quien había ofrecido su vida por la salvación del rey, dijo que no perecería el fruto de su justicia, quien no había matado a su insidioso cuando el Señor lo había entregado en sus manos (1 Samuel 24, 14). De los injustos salió la iniquidad, el veneno fue derramado por las serpientes, el veneno y las armas de la iniquidad perecieron.

11. Por eso está escrito: El injusto habló para delinquir contra sí mismo. ¿Qué dijo? Pondré mi trono sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo (Isaías 14, 14). Las palabras no tienen efecto, pero el pecado sí. Es una pompa vana de jactancia; pero el espíritu criminal de soberbia no teme violar la majestad divina con insulto. Pues si algún temor de Dios estuviera en su afecto, no habría creído con audaz atrevimiento que podía llevar a cabo cosas llenas de engaño ante la vista de Dios, como si Dios no pudiera conocer lo oculto, quien es el escudriñador de lo interno. Dios ve todo; no hay nada que se le escape, nadie que lo engañe:

para quien todo es presente lo que ha de venir, y manifiesto lo que está oculto. Pues si este sol mundano a menudo introduce su luz en las habitaciones cerradas de las casas; cuánto más Dios supremo, eterno, penetra también los secretos recintos de la mente humana, y todo el consejo de los ángeles con su conocimiento, y lo anticipa. ¿Qué hace entonces el injusto, sino buscar iniquidad y odio para sí mismo?

12. Así está escrito: No hay temor de Dios ante sus ojos: porque actuó con engaño ante él, para encontrar su iniquidad y odio. ¿Qué encontraría? Pues todo el que busca, encuentra: así que si se busca el mal, se actúa para encontrarlo. Pero así como es loable aquel que encontró el bien que buscó, así es digno de ser encontrado aquel que trabajó para encontrar el mal que buscó; pues debemos emplear nuestro esfuerzo en cosas buenas, no en delitos y crímenes. ¿Qué es entonces sino la máxima estupidez y demencia, buscar odio, encontrar iniquidad con malas artes, que nadie bueno ha buscado?

13. Consideremos cómo los impíos buscan su iniquidad y odio. Herodías estaba unida en legítimo matrimonio con el tetrarca Felipe, abundante en las riquezas del poder real: quien recibió a Herodes, que se dirigía a Roma, como hermano de su marido, por derecho de hospitalidad y afinidad; con quien pactó su unión, y no mucho después, dejando a su marido, cambió los derechos de su consorcio. ¿No buscó iniquidad y odio, quien abandonó el matrimonio para encontrar adulterio? Y porque el santo Bautista reprendía constantemente las nupcias ilícitas diciendo a Herodes: No te es lícito tenerla por esposa (Marcos 6, 18), quien dejó a su marido contra la Ley, y se unió al hermano de su marido como si fuera según la Ley; se enfureció la adúltera, deseando matarlo. Pero al darse cuenta de que no podía fácilmente inclinar a Herodes a la muerte del justo, ideó cómo lograrlo. Era el cumpleaños de Herodes, que solía celebrar con excesivo lujo, como es costumbre de muchos reyes. Adornó a su hija para que en el banquete del rey bailara como un regalo real. Y cuando agradó a Herodes, lo que debía desagradar a su tío, le ofreció que pidiera como recompensa por la deshonra de su danza lo que quisiera. Ella consultó a su madre, y por su impulso pidió la cabeza del Bautista. Herodes, vencido, porque se había comprometido con un juramento a dar lo que su propia sobrina pidiera, ordenó matar a Juan y traer su cabeza. La cual, llevada a la joven, ella la entregó a su madre. Es verdad, entonces, que se buscan iniquidad y odio: puesto que esa mujer, lo que no podía obtener con una simple petición, lo logró con las malas artes de un fraude ideado.

14. ¿Qué diré de Judas el traidor, que buscó la avaricia y encontró el sacrilegio, diciendo: ¿Qué me daréis, y yo os lo entregaré? (Mateo 26, 15). No satisfecho con los despojos de los pobres, llegó a la plenitud de los crímenes más graves, mezclando los piadosos sacramentos de la caridad con delitos, cuando dijo: Aquel a quien yo bese, ese es: prendedle (Mateo 26, 48); para que verdaderamente no se pueda dudar de que se dijo de él: Las palabras de su boca son iniquidad y engaño. Llevaba besos en los labios, vertía veneno en los corazones; meditaba amargos castigos, traía el símbolo de la gracia.

15. Bien hizo la profecía en añadir de él: No quiso entender para hacer el bien; pues no pecó por naturaleza, sino por voluntad. De hecho, era apóstol, escuchaba diariamente los mandamientos divinos, aprendía el misterio celestial; pudo entender para hacer el bien, si hubiera querido. Veía sanar a los paralíticos, devolver la luz a los ciegos, resucitar a los muertos; ¿no debía entender que era Dios quien podía hacer tales cosas? Pero no quiso entender, porque el hombre avaro y atento al dinero apartó el vigor de su mente del conocimiento de la divinidad. Pues cada uno que se sumerge en delitos, no quiere entender lo que son los mandamientos celestiales, para no ser apartado de los vicios. Mira a aquel que huye de entender, quien dice: Las tinieblas me cubren, y me rodean las paredes: ¿quién sabe

si el Señor ve? (Eclesiástico 23, 26). Pues no quiere buscar y encontrar que Dios ve y conoce todo; para no ser retraído del crimen por el miedo. Mira al rey Acab pidiendo a Nabot su viña; reconoce a aquel que responde: Lejos de mí ceder la herencia de mis padres (1 Reyes 21, 3). ¿No debía entender que respondía justamente? Pero no quiso entender para hacer el bien, y no buscar lo ajeno. ¿No debía entender que Elías servía al verdadero Dios, cuando veía que por la palabra de Elías el cielo estaba cerrado por tres años y tres meses; y que por sus oraciones las lluvias eran enviadas, para que todo lo seco fuera regado? Pero no quiso entender, para no condenar la perfidia, seguir la fe.

16. (Vers. 5.) Además, Meditó iniquidad en su lecho, donde debía buscar la verdad. Pues en los lechos deben compungirnos nuestros pecados, no cometerse en ellos, como dice el Profeta: Lo que decís en vuestros corazones, y en vuestros lechos compungíos (Salmo 4, 5).

17. Se mantuvo, dice, en todo camino no bueno: y no aborreció la maldad. Pues no sin razón medita lo injusto, quien está en el camino del error, y ama la maldad, que debería aborrecer. Dijo más, se mantuvo; como si ya desde hace tiempo en el camino de la iniquidad, permaneciera en una larga estación. Pues bienaventurado es aquel (Salmo 1, 1), que no se detuvo en el camino de los pecadores, no aquel que no deja de estar en él. Y por eso los primeros preceptos del santo profeta David son, huir de la impiedad, no estar en el pecado, meditar en la Ley; para que entiendas lo que es bueno, y separes lo justo de lo injusto. En todo, pues, debe considerarse la raíz de la generación, para que no la infecte desde el principio un jugo inútil, y los vicios de las almas son mucho más graves que los de los arbustos. Por tanto, hay que tener cuidado sobre todo, para que no se arraigue en el ingenio humano el uso de la maldad, y toda edad futura degenera; pues el árbol malo produce frutos malos. Pues si a menudo hacemos lo que no queremos, y no podemos evitarlo; y lo que aborrecemos, eso hacemos, vencidos por una cierta delectación del delito, o por la insidia del pecado: ¿cómo podemos evitar lo que amamos? Estamos atados incluso contra nuestra voluntad, ¿cómo podemos no ser retenidos voluntariamente? Apenas se libera Pablo de los errores luchando en la contienda diaria, para que, despojado de las cadenas de la cautividad, sea salvado por la gracia de Cristo; ¿y tú piensas que asistiendo a los delitos puedes llegar a los méritos de las promesas celestiales? La corona se busca luchando, no resistiendo; se adquiere con esfuerzo, no con oposición. También a los que luchan se les deben pedir los sufragios de la misericordia divina, para que la corona de justicia sea otorgada por los méritos de los trabajos.

18. (Vers. 6, 7.) Consideremos, pues, qué sigue. Señor, dice, en el cielo está tu misericordia; y tu verdad hasta las nubes. Tu justicia es como los montes de Dios; tus juicios son como un abismo profundo. ¿No siguió Pablo este lugar para decir: ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Romanos 7, 24 y 25). Pues donde la mente humana se turba, y las duras y ásperas contiendas nos fatigan, se debe pedir la ayuda del Señor. Por eso, vuelto al Señor, lo invoca e implora, para que asista como ayudador a los que trabajan. Por tanto, se debe pedir misericordia del cielo, y recoger la verdad de Dios de los oráculos de los profetas, que como nubes cubren los misterios del conocimiento divino. Pues Dios ha puesto las tinieblas como su escondite; para que primero recibas la lluvia de la fertilidad mística, y entonces, infundido con el rocío celestial, reconozcas el resplandor de la luz revelada, para que puedas decir: De su plenitud hemos recibido (Juan 1, 16). Pues ¿quién puede comprender fácilmente los secretos de Dios, cuya justicia es como los montes de Dios, o (como puso Aquila) como montes fuertes; porque los preceptos están llenos de fuerte virtud. Por eso también el Apóstol, viendo que son sublimes las cosas que oyó, dice: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios e ininvestigables sus caminos! Pues ¿quién

conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? (Romanos 11, 23 y 24). Así que refirió la profundidad de las riquezas de la sabiduría a la altura de los montes. Escucha de qué montes. Pues el mismo Hijo de Dios es un gran monte (Isaías 40, 9); y por eso sube a este monte que evangeliza a Sion, para que estés arraigado y plantado en Cristo. Es un monte como la sabiduría de Dios, es un monte como la justicia, es un monte como el conocimiento de Dios, es un monte como la santificación, es un monte como la redención, es un monte como la resurrección. La Escritura nos ha mostrado estos montes, que dijo: En él estáis vosotros en Cristo Jesús, quien se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención (1 Corintios 1, 30). O porque a los ángeles el Hijo de Dios se hizo ángel, a los profetas profeta; cuyos juicios son como un abismo profundo. Escucha lo bueno: Un abismo llama a otro abismo a la voz de tus cataratas (Salmo 41, 8); es decir, la escritura del Antiguo Testamento llama a la serie del Nuevo Testamento para la consumación de la santificación y la plenitud de la gracia, con un cierto sonido y flujo de abundancia espiritual.

19. (Vers. 8, 9.) Salvarás, Señor, a hombres y bestias; como multiplicaste tu misericordia, Dios. Pero los hijos de los hombres esperarán en la protección de tus alas. Se embriagarán de la abundancia de tu casa, y los saciarás con el torrente de tu delicia. ¿Qué significa, hombres y bestias? Razonables, por supuesto, e irracionales. A los razonables, juicios; a los irracionales, misericordia. Unos son gobernados, otros alimentados. Por eso añadió: Pero los hijos de los hombres esperarán en la protección de tus alas; es decir, no la generación de víboras, sino los hijos de los hombres, que viven a imagen y semejanza de Dios; no son colocados en pastos, sino en banquetes: pues unos están en el lugar de los pastos, otros en el privilegio de los sacramentos. A los imperfectos, el jugo de la leche; a los perfectos, la mesa de la refección, de la cual dijo: Preparaste una mesa ante mí (Salmo 22, 5); en la cual el pan vivo, es decir, la Palabra de Dios; en la cual el aceite de la santificación, con el que se unge la cabeza del justo, y se fortalece el sentido interior, para que se borre el aceite del pecador; en la cual también la copa embriagante, ¡qué espléndida, o qué fuerte! (Ibid.) ¡Κράτιστον dijo el griego, o potente, o fuerte, o vigoroso; vigoroso, pues, con el que se lavan las faltas o se borran. Buena, pues, la embriaguez de la copa de salvación. Pero hay otra embriaguez de la abundancia de las Escrituras. Y hay otra embriaguez por la infusión del Espíritu Santo. De hecho, aquellos que hablaban en diversas lenguas en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 2, 13), parecían llenos de mosto a los que escuchaban. La casa, pues, es la Iglesia; la abundancia de la casa, la redundancia de las gracias; el torrente de la delicia, el Espíritu Santo.

20. No te ofenda el nombre o la costumbre del torrente, que a veces sea más seco o más escaso, de modo que sus corrientes suelen cesar. También cesó nuestro torrente, cesó alguna vez el torrente del flujo espiritual en el pueblo de los judíos. ¿Qué diré, el torrente cesó; cuando el mar cesó, como la lectura de hoy nos enseñó, diciendo el Señor: He aquí que con mi reprensión desolaré el mar, y haré desiertos los ríos, y se secarán sus peces (Isaías 50, 2), ciertamente de los judíos por su aridez de perfidia, para que no puedan nadar? Así que el torrente cesó por los sacrilegios de la Sinagoga; porque ese pueblo era árido en la fe, estéril en las obras, cautivo de los pecados. Pues ¿qué fluiría para los que no beben, sino que contaminan los sagrados manantiales, cuando mataron al mismo manantial? Buen torrente, que cesó para ellos, para que abundara para nosotros, y apartara la sed de la codicia humana, como un torrente en el sur. Por eso también la Escritura dice: Levántate, aquilón, y ven, austro (Cantar de los Cantares 4, 16), que suele soplar sobre los arbustos del paraíso.

21. Hemos dicho el sentido, consideremos también la elocución, por qué dijo potarás con el torrente de tu delicia, y no con el torrente, como si fuera del torrente; a menos que quisiera expresar la avidez de los bebedores, como si quisieran beberse el torrente mismo, si pudieran. Este es quizás el torrente de la delicia que leemos en el Génesis (Génesis 2, 10), la fuente que

riega el paraíso, y se divide en cuatro ríos, que rodean toda la tierra. Pues de esta fuente fluyen las virtudes espirituales, la prudencia, la templanza, la fortaleza, la justicia. Buena fuente de gracia y esplendor de la misma naturaleza, de la cual también aquel río del que se dice más adelante: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Salmo 45, 5).

22. (Vers. 10, 11.) Muy apropiadamente, por tanto, se añade: Porque contigo está el manantial de la vida: y en tu luz veremos la luz. Extiende tu misericordia a los que te conocen; y tu justicia a los rectos de corazón. En efecto, después de la conmemoración de los beneficios celestiales, con razón se atribuyen al autor, nuestro Señor Jesucristo, quien como fuente de vida descendió a la tierra para regar la sequedad de nuestro corazón. Él es el resplandor de la gloria de Dios Padre y la imagen de su sustancia; y por eso, en su verdadera luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, veremos, dice, al Padre; porque Dios es luz. También se dice correctamente: En tu luz veremos la luz; según aquello: El que me ve, ve también a mi Padre (Juan XIV, 9). Por tanto, contigo, Fuente de vida, veremos al Padre presente. Pues así como tú estabas con el Padre en el principio como el Verbo de Dios, así el Padre está siempre contigo, quien está en ti. Porque está con aquel en quien está. Se profetiza, además, la venida del Señor Salvador, quien al venir a la tierra diría: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30); es decir, somos una sola luz, como un solo nombre. Por la unidad de la luz y del nombre, ambos somos uno; más aún, la Trinidad es una en la unidad de sustancia, pero con la distinción de cada persona. La Trinidad significa la distinción de personas, la unidad significa el poder. También se puede decir al Padre: Porque contigo está el manantial de la vida, es decir, en ti, de quien procede la vida, estaba el Verbo, y siempre estaba, porque estaba contigo. Todo fue hecho por él y en él; y él es la vida de todos, y él te manifestó a nosotros, para que los corazones de los hombres sean iluminados al conocimiento de tu majestad.

23. Extiende, por tanto, tu misericordia a los que te conocen. Se otorga la prerrogativa para que merezcan misericordia aquellos a quienes el mérito de tu conocimiento favorece. De hecho, en los posteriores también reconocemos que el esfuerzo del conocimiento favoreció a personas más humildes, diciendo el Señor: Me acordaré de Rahab y de Babilonia entre los que me conocen (Salmo LXXXVI, 4); es decir, me acordaré de aquella prostituta Rahab y de aquella confusión entre los que me conocen, o entre ellos mismos; porque aquella prostituta me reconoció, a quien el pueblo no reconoció. Entre aquellos, por tanto, que me conocieron, se recordará a Rahab, para que obtenga el premio digno de la fe. Por eso también advertimos que en el Evangelio se dice: Las prostitutas y los publicanos os precederán en el reino de los cielos (Mateo XXI, 31). Pero como somos débiles para ejecutar, aunque devotos para creer: tú, extiende tu misericordia a los que creen en ti, para que nuestras obras también se correspondan con la devoción y la fe; y que la debilidad de este cuerpo no abandone el esfuerzo de nuestra mente, sino que en las mismas tentaciones y debilidades nos gloriemos, en las que se gloriaba el Apóstol diciendo: Por tanto, con mucho gusto me gloriaré más bien en mis debilidades, para que en mí repose el poder de Cristo (II Cor. XII, 9).

24. (Vers. 12, 13.) Muy bellamente, por tanto, añadió: No venga a mí el pie de la soberbia, y no me muevan las manos de los pecadores. Allí cayeron los que obran iniquidad, fueron expulsados, y no pudieron mantenerse. Algunos arriba toman el torrente de tu delicia como fortaleza en las tentaciones; como es el caso de los mártires, en quienes agradó a Dios mostrar la dulzura de un combate grato y agradable. Pues si los inviernos se toman por tentaciones: por eso el Señor advierte que se ore para que nuestra huida no sea en invierno o en sábado, es decir, ni en tentación ni en ocio (Mateo XXIV, 20); pero en invierno el torrente crece, se llena y se hincha: el torrente puede tomarse, sin duda, por una tentación más grave,

que es en las persecuciones. Y por eso bien se llama torrente de delicia, porque donde abundó el pecado de la persecución, sobreabundó también la gracia de la confesión.

25. Observa la virtud de la distinción profética. Primero expuso al injusto, quien en su corazón o en su palabra dice, para delinquir en sí mismo o en sí mismo; pues el código griego tiene, ἐν ἑαυτῷ, es decir, en sí mismo, pero no todos. Y tal vez por eso, porque el insensato dijo en su corazón que no hay Dios (Salmo XIII, 1). No sea que también el injusto diga dentro de sí, y dentro de sí delinca, aunque negar a Dios abiertamente es demente; pero muchos profesan la injusticia como alabanza. Pues muchos consideran glorioso robar, dañar incluso a quienes no han herido, y engañar. Por tanto, primero expuso la vida del injusto, luego añadió el sacramento del conocimiento divino; para que temiendo a Dios, evitemos la iniquidad y la injusticia. Añadió una súplica, para que se digne liberar a sus justos de la compañía de los injustos; para que en aquellos que son puros de corazón, la justicia divina se extienda, como una piadosa vigilante; no sea que el ataque de los pecadores, como de enemigos, nos sorprenda y nos capture durmiendo. Por eso hay que vigilar, siempre deben fortalecerse los campamentos del Señor; porque el enemigo y adversario viene de noche, cuando el sentido está retenido por el sueño, el cuerpo se distiende con la comida. Hay que orar para que la justicia de Dios se extienda en nosotros, que haga más fuertes a los que están en la debilidad, para que cada uno de nosotros pueda decir: Cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Cor. XII, 10).

26. Luego también ora especialmente por sí mismo; para enseñarnos cómo debemos orar al Señor: No venga, dice, a mí el pie de la soberbia, es decir, no caiga en la soberbia. De hecho, en otro lugar recuerda de sí mismo diciendo: Si no anduve en grandezas (Salmo CXXX, 1). Aquí oró, allí cumplió: no habría cumplido si no hubiera orado. Hay que evitar la soberbia, que incluso en la prosperidad hace tropezar. De hecho, Adán cayó más gravemente en el paraíso que si hubiera caído en la tierra. Caer desde lo más alto es un precipicio: en lo llano se llama tropiezo. Por eso el pie del soberbio yerra, porque la cabeza no sostiene; pues los ojos del sabio están en su cabeza. No es de extrañar, por tanto, si el paso yerra, donde no hay ojo. Que preceda el ojo, para que el pie siga. ¿Cómo caminaría el viajero en la oscuridad? Pronto el pie tropieza en la noche, si como un ojo del mundo la luna no muestra el camino. Y tú estás en la noche del siglo, que la Iglesia te muestre el camino; que desde lo alto te ilumine el sol de la justicia, para que no puedas temer la caída.

27. Y porque había dicho el pie de la soberbia, añadió: Y las manos de los pecadores no me muevan. Pues así como los santos son miembros de Cristo, así los impíos son miembros del diablo. Que las manos de los pecadores no me muevan, es decir, que los actos de aquellos que pecan no me desplacen de la posición de la justicia. Pues a menudo, al ver a los pecadores abundar en éxitos prósperos, vacilamos en el afecto, y como por una mano de pecadores somos arrancados de la raíz de la virtud. Hay que tener cuidado, por tanto, de que aquellos que la mano divina plantó en la casa de Dios, no sean suplantados por una mano adversa. Sin embargo, lo dice bellamente quien es golpeado por los perseguidores. Pero aquellos que son movidos de su raíz, a la que ya se habían adherido a Cristo, caen.

28. Por eso añadió: Allí cayeron los que obran iniquidad. ¿Qué significa, allí? ¿Acaso donde está la soberbia, donde está la mano de los pecadores? ¿O donde estaban, donde antes estaban plantados; allí cayeron? ¿O cerca, o en lo inmediato, como en el mismo tiempo, en el mismo lugar? Y parece ambiguo. Pero en otro lugar se nos enseña qué es allí, donde se dice: Allí dolores como de parturienta (Salmo XLVII, 8). Buen dolor para aquel a quien le nace la fe, por el cual Cristo se forma y nace en la Iglesia. Y en otro lugar dice: Me acordaré de Rahab y de Babilonia entre los que me conocen. Pues los extranjeros, y Tiro y el pueblo de los etíopes,

estuvieron allí (Salmo LXXXVI, 4); es decir, donde me conocen, donde los fundamentos en los movimientos santos, allí también los extranjeros; porque ellos también pensaron que debían creer en mí. Allí, por tanto, cayeron, donde más debieron mantenerse; porque también en el paraíso cayó Adán, y Cristo vino para ruina, y para resurrección, para que sea ruina de los infieles: pero resurrección de los justos y fieles.

29. Por tanto, fueron expulsados; porque los hombres injustos no podían permanecer en el lugar santo. Por eso también el Apóstol dijo: Y tú que estás, mira que no caigas (I Cor. X, 12). Y ciertamente se lo dijo a quien no estaba de pie corporalmente, sino por la fe. Podemos también entender en el futuro, allí, como está: habrá llanto y crujir de dientes (Mateo XIII, 14); y: Desnudo allí iré (Job I, 21). ¡Qué breve en la salida y cuánta conclusión! No sea, dice, soberbio, para que no peque; no peque, para que no me mueva, para que no caiga; no caiga, para que no sea expulsado, como Adán fue expulsado del paraíso; porque en él primero el pie de la soberbia no pudo mantenerse. La soberbia no sabe mantenerse; y si cae, no sabe resurgir. Y por eso bellamente este habló también en los superiores sobre los soberbios: Estos en carros, y aquellos en caballos; pero nosotros en el nombre de nuestro Dios nos magnificaremos (Salmo XIX, 8); pues esto es estable, aquello infiel. Y añadió: Ellos se han atado y han caído; pero nosotros nos hemos levantado y estamos erguidos (Ibid. 9). Y en el libro del profeta Miqueas está escrito: No te alegres con soberbia sobre mí, enemiga mía, porque he caído; pero me levantaré (Miqueas VII, 8). Pues hemos caído en este mundo, pero en Cristo hemos resucitado: a quien es el honor, la gloria, la virtud, la perpetuidad desde los siglos, y ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

EN EL SALMO XXXVI COMENTARIO.

777 PREFACIO.

1. Toda la Escritura divina es o natural, o mística, o moral. Natural en el Génesis, en el cual se expresa cómo fueron hechos el cielo, los mares, las tierras, y cómo fue constituido este mundo. Mística en el Levítico, en el cual se comprende el misterio sacerdotal. Moral en el Deuteronomio, en el cual según el precepto de la Ley se forma la vida humana. Por eso también los tres libros de Salomón parecen elegidos de entre muchos: Eclesiastés sobre lo natural, Cantar de los Cantares sobre lo místico, Proverbios sobre lo moral.

2. Pero como el cuerpo de todos los salmos es uno, por eso nada en ellos está dividido ni distinguido; sino que, según se presenta la razón, ninguna doctrina de este tipo se omite. Pues también comprende muy evidentemente lo natural, hablando de los Ángeles y las Virtudes, y del sol, y la luna, y las estrellas, y la luz del cielo de los cielos, y el agua que está sobre los cielos: Porque él dijo, y fueron hechas, él mandó, y fueron creadas. Las estableció para siempre, puso un precepto, y no pasará (Salmo XXXII, 9, y CXLVIII, 6). Y habló de lo místico, cuando escribió sobre los ocultos, y el ungüento de la sagrada unción, y sobre la consumación del Tabernáculo (Salmo LXXXVIII, 21, y XLV, 5). De los cuales hay una gracia múltiple; porque el Señor habló de muchas maneras y en muchos modos en los Profetas. Pues también predijo que vendría el Hijo de Dios, el Príncipe de los sacerdotes, y que sufriría por nosotros, y que con su sangre limpiaría nuestros pecados, los títulos Por los lagares (Salmo VIII y otros) lo declararon; y el salmo de la resurrección (Salmo LXV) lo expresó, y otro título después indicó, en el cual su tierra fue restaurada (Salmo XCVI), también el cambio de todas las cosas futuras en los sacramentos de la fe. Y de lo moral compuso muchas cosas, y demostró diversos géneros de virtudes, y dio preceptos de vida, con los cuales sanó las llagas de nuestros errores, renovó los hábitos humanos, y cambió los afectos más íntimos; como enseña el salmo treinta y tres, que también el santo Pedro en su

epístola fijó como un medicamento en nuestros corazones (I Pedro III, 11); y este que nos ha sido propuesto en la lectura de hoy. Pues estos se encuentran entre los más éticos: pero este es más extenso, que se titula el salmo treinta y seis. Pues, aunque aquel es muy dulce y claro, este sin embargo es más dulce; porque aquel me enseñó a refrenar la lengua del mal, este a cesar de la ira, a dejar la indignación. Aquel mandó hablar sin engaño, este enseñó a ser manso, quien mostró las recompensas de la mansedumbre. ¿Qué mayores remedios hay para el corazón humano que la mansedumbre y la simplicidad: con los cuales se alivia todo dolor de la injuria recibida, y se excluye toda mancha de crimen?

3. A estos remedios, por tanto, dirijamos la mano, para que curemos nuestras heridas; no sea que si queremos decir que podemos curar a otros, se nos diga: Médico, cúrate a ti mismo (Lucas IV, 23). Por tanto, lo que incluso no a los médicos, sino también al vulgo suele ser común; para que pocos profesen la medicina, pero muchos digan conocer algunos de sus remedios: o lo que hacen los niños de los médicos, también nosotros con medicina ajena ofrezcamos remedio a los necesitados. El rico llame al maestro, el pobre al servidor. Quien capta la altura de los perfectos, tome de él mismo: quien desea lo más llano, se alimente en el valle, como un pequeño. Quien teme el río, beba del arroyo: y quien teme la profundidad, nade en la orilla. Sin embargo, el santo David en el salmo anterior (Salmo XXXV) describe la vida del injusto, aquí la del justo; allí se expone al injusto, aquí se instruye al justo; aquel delinque en sí mismo, este quita incluso los pecados ajenos. Y por eso consideremos cuál es el primer remedio de la justicia.

COMENTARIO.

4. (Vers. 1) No te irrites, dice, entre los malignos: ni envidies a los que hacen iniquidad. Primero aprendamos qué significa envidiar; aunque el significado de esta palabra es menor en latín que en griego. Pues también leemos envidia en el bien, y en el mal. De hecho, el Apóstol dice: Es bueno envidiar en el bien siempre (Gálatas IV, 18). Y arriba él mismo dijo: Os envidian no bien; pero quieren excluirs, para que los envidiéis (Ibid., 17). Y nuevamente él mismo dice: Envidiad los mejores dones (I Cor. XII, 31). Y a los Romanos tienes. Digo, pues, ¿acaso tropezaron para caer? De ninguna manera; sino que la falta de ellos es salvación para los gentiles, para que los envidien (Rom. XI, 11). Y más adelante: Porque a vosotros digo, gentiles: mientras yo sea apóstol de los gentiles, ilustraré mi ministerio, si de alguna manera envidio a mi carne, y salvo a algunos de ellos (Ibid., 13); esto es, afecto a mi carne. De hecho, el griego tiene παραζηλώσω. Pues aquí: μή παραζήλου ἐν πονηρευομένοις tiene; μήδε ζήλου τοὺς ποιοῦντας τὴν ἀνομίαν; esto es, no irrites a los malignos en envidia; porque ellos no compiten en el bien, sino en el mal.

5. ¿Qué significa, irritar en envidia? Si podemos, expliquémoslo con un ejemplo. Algunas mujeres intemperantes son aquellas que inquietan los corazones de los cónyuges ajenos: a quienes, cuando han sometido a su costumbre y deshonor, no contentas con tener en secreto su error, se esfuerzan por jactar su escándalo ante sus cónyuges; para excitarlas en envidia de sí mismas y encenderlas, buscando un cierto triunfo del dolor de las mentes honestas y de la conmoción. Esta envidia femenina, al no soportar la afrenta de su propio lecho, disuelve los lazos del matrimonio complacido, o lucha con riña diaria; y se produce de la envidia la discordia, de la disensión el desacuerdo, por el cual toda la casa se turba. Por tanto, con el ejemplo de la mujer descarada, reconoce tú que lees, que es parte de la más malvada y detestable astucia, conmover el alma de otro con envidia impropia: y que es diferente el celo, diferente la envidia. Esta es, en efecto, la envidia perversa, que se introduce en el afecto de los buenos: con la cual también erró el judío que, por la envidia desviada de la Ley, persiguió a la Iglesia de Cristo, como el Apóstol dice de sí mismo (Filipenses III, 6).

6. Por tanto, aunque nuestro Dios se ofendiera frecuentemente con los ingratos afectos y quejas de los judíos; sin embargo, no abandonaba al pueblo que había asumido y elegido para sí; pero la Sinagoga, solo una meretriz descarada, comenzó a irritarlo en la amargura de la envidia, mezclándose en los sacrilegios de la prevaricación. De hecho, dijo al sacerdote Aarón: Haznos dioses que adoremos (Éxodo XXXII, 1); y comenzaron a adorar la cabeza del becerro. Por eso, a través del gran cántico de Moisés, el Señor en la boca de él respondió diciendo: Ellos me provocaron a envidia con lo que no es Dios, me irritaron con sus ídolos; yo, sin embargo, los provocaré a envidia con lo que no es pueblo, con una nación insensata los irritaré (Deuteronomio XXXII, 21). He aquí cómo el Señor condenó los modos meretricios de la Sinagoga, para que su astucia se volviera contra ellos; y fueran afectados por su propio ingenio, quienes rechazaron al Señor su Dios, de quien habían sido asumidos, eligiendo para sí dioses que adoraran: asumiendo, por el contrario, para sí una Iglesia de los profanos, que el pueblo de los judíos sin Ley, sin gracia, lamentara haber sido preferido; y tanto más se excitara el afecto en envidia de ellos, cuanto más vil fuera la elección hecha. Pues antes no tenía con qué afectarse aquel pueblo; cuando solo se consideraba elegido por el Señor. Pero cuando advirtió que una plebe convenida de las naciones, que se atribuía la ley del Señor, los oráculos de los profetas, el Nuevo Testamento del Señor, entonces comenzó a ser atormentado por un afecto excesivo, después de que se dio cuenta de que había sido rechazado. De hecho, si ve las ceremonias de los gentiles, no se conmueve: si oye el progreso de la Iglesia, se atormenta y se retuerce en miserable envidia. Por tanto, se cumple en Judea: Y yo los provocaré a envidia con lo que no es pueblo.

7. Se añade al sufrimiento de un dolor más grave el hecho de que los pecadores de las naciones parecen ser preferidos a ellos, quienes ni siquiera llevan el nombre de una nación o pueblo. Pues toda congregación de cada región suele reclamar un nombre para sí, como los egipcios, etíopes, sirios, judíos, árabes, que llevan el nombre de su provincia y de sus tierras: nosotros, congregados de diversos pueblos, no podemos usurpar el nombre de una sola nación; y por eso, como no teníamos nombre en la tierra, lo recibimos del cielo, para ser llamados pueblo de Cristo. Pero esto lo considera necesidad el gentil, y oprobio el judío. Es verdad, pues, lo que está escrito, que Dios vengó su propia afrenta, buscando para sí una Iglesia de entre los que no eran pueblo; y prefiriéndola a aquel pueblo antiguo y real. ¿Cuál es el pueblo insensato que fue preferido? Escucha al que dice: "Porque lo necio del mundo eligió Dios para confundir a los sabios" (I Cor. I, 27). Y de nuevo: "Si alguno entre vosotros parece ser sabio en este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio" (I Cor. III, 18). Así que el Señor no introdujo la comunión de la emulación, sino que la devolvió; para que no fuera en forma de imitación, sino en castigo de la iniquidad.

8. Finalmente, el intérprete latino, queriendo hacer una distinción entre la emulación de la virtud y la emulación de la ofensa, dice: "¿Acaso emulamos al Señor?" (I Cor. X, 20). Esto es, ¿acaso provocamos al Señor con la ofensa de la emulación, al comer de lo sacrificado a los ídolos, como los judíos, que al sacrificar a los ídolos lo exasperaron? Pues si entre los hombres ofende la intención de excitar la emulación, y frecuentemente la persona exasperada se encuentra superior, lo que suele ser perjudicial para la emulación incitadora; ¿de qué necesidad es irritar la majestad divina y provocar con la ofensa de la emulación, donde no hay dificultad para la venganza?

9. No debemos, pues, proporcionar a los malignos los aguijones de la emulación contra nosotros, quienes incluso sin ser provocados, se excitan con los estímulos de la envidia para hacer daño; como Caín mató a su hermano porque su sacrificio fue más aceptado que el que

él pensó ofrecer. En esto no fue Abel quien emuló, sino que Caín, envidioso, persiguió la gracia de la preferencia con un parricidio criminal. Pues aquel no quiso oscurecer el sacrificio de su hermano, sino mantener la disciplina del sacrificio; para que las primicias no se demoraran por negligencia, ni se violaran con alguna usurpación derivada para usos propios. También Saúl intentó con insidias matar al profeta David, triunfador de los filisteos y conservador de su propia salvación, al ser preferido por el canto de las jóvenes; y casi derramó la sangre de un inocente, si no hubiera eludido la herida con la flexión de su cuerpo sinuoso. ¿Qué malicia había allí, si las jóvenes decían: "Saúl mató a sus miles, y David a sus diez miles" (I Sam. XVIII, 7)? ¡Qué atroz envidia la del rey Saúl, que derivó el error de un dicho en la ruina de un inocente!

10. "No emules," dice, "a los que hacen iniquidad." No repitió lo que había dicho, sino que lo cambió: pues una cosa es subemular, otra emular: la subemulación tiene astucia, la emulación simplicidad. Pero aun así, la simplicidad debe ser cauta y previsor, para saber qué debe evitarse. Pues no se dijo en vano: "Sed astutos como serpientes y sencillos como palomas" (Mat. X, 16). La astucia debe ser espiritual, que conserve la salvación, que no conozca el engaño. La simplicidad debe ser espiritual. Parece, además, que en otro lugar la Escritura hizo una distinción de la subemulación, cuando dice: "Y será quitada la envidia de Efraín, y los enemigos de Judá perecerán. Efraín no envidiará a Judá, y Judá no molestará a Efraín" (Isa. XI, 13). Pero en otro lugar tienes: "Así también vosotros, puesto que sois emuladores de los dones espirituales para la edificación de la Iglesia, procurad abundar" (I Cor. XIV, 12). Puso emuladores por los que imitan lo bueno, y emulador por el envidioso y oblicuo.

11. (Vers. 2). Lo primero, pues, es no provocar a los malignos a la maligna emulación; lo segundo, no emular a los que hacen iniquidad. Pues muchas veces, al ver los piadosos que algunos han adquirido riquezas con fraude y astucia, y han llegado a honores, desean seguir sus caminos con una emulación deformada; para llegar a riquezas y honores con el mismo arte, o engañar a las jóvenes en el matrimonio. ¿De qué sirve, pues, si esas riquezas y toda gloria secular se marchitan rápidamente como la hierba, y como las hierbas en la misma apariencia de su flor se desvanecen? Toda carne es hierba, y toda gloria del hombre como la flor de la hierba. No desees, pues, con gran afán lo que no puede ser eterno, no seas emulador y oblicuo; no seas contencioso y luchador en el cielo. Por eso también Aquila dijo: "No contiendas con los malignos." Símaco: "No disputes." No seas tampoco imitador de la iniquidad y el fraude; sino sé imitador de la doctrina apostólica, de la gracia profética, de la virtud de los santos; para que lleves fruto y guardes la cosecha de la bondad, como José, que con la abundancia de grano excluyó el hambre de una larga esterilidad: como Habacuc, que llevando el almuerzo a los segadores, elevado por el ángel, recorrió el camino aéreo, y devuelto a la tierra, entre el rugido de los leones, sirvió un dulce banquete al piadoso profeta.

12. (Vers. 3.) Por tanto, dice el Profeta: "Espera en el Señor, y haz el bien; y habitarás la tierra, y te alimentarás de sus riquezas." ¿Cuál es la tierra que aconseja habitar, sino tu alma, que debes cultivar bien, arar frecuentemente con arados espirituales, para que no se endurezca por el largo abandono? Pues el buen agricultor cultiva su campo con operación diaria y vigilancia solícita, y cuida sus tierras; para que no las devaste el jabalí del bosque, y el ladrón no arrebatase los frutos maduros. Ara, pues, tu tierra, para que cuando venga el que siembra la palabra, encuentre tu alma preparada; no sea que la semilla caiga sobre el terreno inculto de tu corazón, y vengan las aves del cielo y arrebaten lo que fue sembrado. ¿Cuál es, pues, la tierra? Escucha al que dice: "He aquí que salió el sembrador a sembrar su campo: y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, otra sobre la roca, otra sobre la buena tierra..." (Luc. VIII, 5 y ss.). Pero lo que cayó sobre la buena tierra, son aquellos que oyen la palabra en un corazón bueno y la retienen, y dan fruto con paciencia (Ibid., 15). Sea, pues,

puro tu corazón, sea pura tu alma, para que puedas dar fruto de bondad, esto es, de gracia espiritual. Pues la bondad es fruto del Espíritu Santo; como está escrito: "El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gál. V, 22). Estos son los frutos con cuyas riquezas nos alimentamos y con cuya abundancia nos saciamos. En esta tierra, el justo Noé plantó aquella vid fructífera, y bebió de su fruto, y se liberó en lo más íntimo de su corazón; cuando su posteridad, vestida con el loable manto de la piedad, lo cubrió con virtudes duplicadas. En otro lugar también el santo Profeta nos mostró estas riquezas, con las que era rico en Cristo, y abundaba en todo lo que conducía a la vida eterna. Y en verdad, ¿quién es más rico que el que es rico en el Señor; para poder decir: "En el camino de tus testimonios me he deleitado, como en todas las riquezas" (Sal. CXVIII, 14)? Pues, ¿qué podía faltarle al hombre que se enriquecía con los oráculos celestiales? Y por eso aconseja en este salmo, que busquemos aquel tesoro eterno, y que tomemos deleite en su adquisición.

13. (Vers. 4.) Por eso dice: "Deléitate en el Señor, y te concederá las peticiones de tu corazón." ¿Por qué no dijo tus; sino las peticiones de tu corazón? Pues las peticiones del hombre exterior y del interior no son comunes, ni todas son aprobadas por Cristo; porque la ley de la carne frecuentemente se opone a la ley de la mente. Pero las que son del hombre interior, que ha sido renovado en el Espíritu, esas peticiones el Señor las concede al que las pide con efecto. Por eso también en otro lugar dice: "Conceda el Señor según tu corazón, y confirme todas tus peticiones" (Sal. XIX, 5). Según el corazón, dice, no según el apetito de la carne; y que confirme, dice, aquellas peticiones que proceden del corazón íntimo, no las que se dirigen por la atracción y los placeres de esta carne.

14. (Vers. 5, 6.) "Revela al Señor tu camino, y espera en él, y él hará. Y sacará a la luz tu justicia, y tu juicio como el mediodía." Con este solo versículo ha declarado cómo debes ser. Pues, ¿quién revela su camino, sino el que confiesa a Dios, juez de sus secretos, lo íntimo de su corazón? Bien dice, revela, esto es, abre tu conciencia, para que no la oscurezca la sombra de este siglo o de la carne. Pues las semillas que brotan, si están a la sombra, se debilitan; expuestas al sol, se enriquecen. ¿Por qué hablo de semillas? Las mismas arboledas, para que no se eleven hacia lo alto, la sombra del bosque las mata internamente, e impide que extiendan sus ramas. Hermosamente dijo: "Revela al Señor tu camino," porque la naturaleza de los hombres, inclinada al pecado, como un velo cubre nuestra mente; para que no confesemos nuestros pecados al Señor, quien puede sanar nuestras heridas: para que alguien se avergüence de pedir con su propia boca la medicina, no sea que sus oprobios se revelen ante los hombres. Así que la conciencia se oprime dentro del hombre, cuando no puede ocultarse; y lo difiere tanto, hasta que la herida se inflama, para que ya no se descubra por la salud de la fe, sino por la atrocidad incurable de la úlcera. "Revela," dice, "al Señor tu camino;" esto es, abre tu camino, no lo ocultes, como lo ocultaba Caín, que deseaba esconderse; pues todo el que obra mal, odia la luz. David revelaba su camino, quien decía: "Yo digo mis obras al Rey" (Sal. XLIV, 2). Abre tu mente, para que no haya nada que temas que se reprenda. También Pablo reveló, quien se atrevió a decir: "Nada me reprocha mi conciencia" (I Cor. IV, 4). Que tu acción, que tu vida sea tal, que tu camino brille ante tu Padre que está en los cielos.

15. Pero como toda condición humana está sujeta a la fragilidad, y no está en nuestro poder dirigir nuestro camino según nuestra voluntad; por eso te dice: "Espera en el Señor, y él hará;" esto es, para que abra tu camino, y no permita que seas tal, que huyas de la luz, mientras temes ser descubierto, y ames las tinieblas, para poder ocultar tus delitos, diciendo: "Las tinieblas me cubren, ¿quién sabe si el Altísimo ve?" (Eccl. XXIII, 6). Pues, ¿cómo puede el que trama adulterio no buscar la noche adecuada para sus tentaciones? ¿El que

piensa en un falso testigo para su fraude, el que busca la corrupción del juez para oprimir al inocente, no explorar el secreto de la iniquidad? El ladrón se esconde en la soledad, espera las tinieblas de la noche, para que su crimen tenga éxito. La iniquidad, pues, son tinieblas: Dios es luz. Y si tú quisieras ocultar tu justicia, Dios la sacará a la luz; ni permitirá que se oculte el juicio por el cual elegiste lo que es bueno, rechazaste lo que es malo. Y no solo hace que tu juicio brille; sino que brille como el mediodía. Cuando este sol se derrama todo en esplendor, es mediodía. Era mediodía cuando José banqueteaba con sus hermanos, no vengándose de la injuria, sino olvidándola.

16. (Vers. 7.) "Sométete al Señor, y suplica a él." No solo se te aconseja que te sometas a Dios, sino también que supliques al Señor, para que puedas cumplir con el empeño de tu sumisión, como también dijo antes: "Revela al Señor tu camino, y espera en él." No solo te conviene revelar tu camino; sino también esperar en el Señor. Pero la sumisión es buena, no abyecta, no vil, sino gloriosa y sublime; pues aquel está sometido a Dios, quien hace la voluntad del Señor. Finalmente, ¿quién ignora que la sabiduría de la mente es más excelente que la sabiduría de la carne? Pero la sabiduría de la mente está sujeta a la ley de Dios; la sabiduría de la carne no está sujeta. Y añadió el Apóstol: "Ni tampoco puede" (Rom. VIII, 7). Sé, pues, sometido, esto es, cercano a Cristo, para que cumplas la Ley. Finalmente, Cristo, haciendo la voluntad del Padre, cumplió la Ley. Y por eso es el fin de la Ley, y la plenitud es la caridad; porque amando al Padre, aplicó todo su afecto a su voluntad. Por eso el Apóstol dijo con gloria: "Cuando le sean sometidas todas las cosas, entonces también él mismo se someterá a aquel que le sometió todas las cosas; para que Dios sea todo en todos" (I Cor. XV, 28). Y él mismo dijo de sí: "¿No está mi alma sometida a Dios? Pues de él viene mi salvación" (Sal. LXI, 2). Finalmente, por piedad, no por debilidad, estaba sometido a José y María, sus padres. Pero la mayor gloria de Cristo es infundirse en los corazones de todos los hombres, y llamar a todos de la impiedad de la infidelidad, y del afecto de la gentilidad, para hacerlos estar sujetos a él. Cuando, pues, le haya sometido todas las cosas, cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, y todo Israel haya sido salvo, y en todo el mundo haya un solo cuerpo en Cristo; entonces él mismo estará sujeto, ofreciendo su don a Dios Padre, y como Príncipe de todos los sacerdotes, y cuerpo en los altares celestiales, para que la fe de todos sea sacrificio. Por tanto, esta sumisión es de piedad, que el Señor Jesús estará sujeto en el cuerpo, del cual nosotros somos cuerpo y miembros. Sé, pues, hombre sujeto a Cristo, esto es, sujeto a la sabiduría de Dios, sujeto a la palabra, sujeto a la justicia, sujeto a la virtud; porque todo esto es Cristo. Todo hombre se someta a Dios; pues no enseña a uno, sino a todos, para que sometan su corazón, sometan su alma, sometan su carne, para que Dios sea todo en todos. Está sujeto, pues, quien está lleno de gracia, y recibe el yugo de Cristo, y ejecuta los mandamientos del Señor con diligencia y sin demora; pero sin sumisión, quien se exalta en vano, inflado con el sentido de su propia carne, insolente en devoción y desviándose de la observancia piadosa de la servidumbre, que por el mismo derecho de la naturaleza debemos al Autor eterno. Finalmente, quien está sin pecado, está sujeto a Cristo, porque ha sido redimido por el Señor; pero quien está en pecado, no puede ser llamado libre, sino siervo, a quien las pesadas cadenas del pecado retienen.

17. (Vers. 7.) Sigue: "No emules al que prospera en su camino, haciendo iniquidad." Aquí claramente ha indicado lo que antes pensaba: no provocar a los malignos a la malignidad con la emulación, ni imitar a los que hacen iniquidad. Pues no es la iniquidad, sino las cosas prósperas que suceden a los que obran iniquamente las que a menudo nos inquietan, para que pensemos que deben ser imitados, para poder llegar a sus éxitos, diciendo: "He aquí, ellos son pecadores, y abundantes en el mundo, han obtenido riquezas. Y dije: ¿Entonces en vano he justificado mi corazón, y he lavado mis manos entre los inocentes; y he sido azotado todo el

día?" (Sal. LXXII, 12 y ss.). Si, pues, David fue azotado, debemos tener cuidado de no ser también azotados; y se nos diga que las riquezas, los honores, las potestades, parecen estar dispuestas para esta generación, como obras vagas e inciertas del dinero, y ganancias de iniquidad, no como premios de alguna virtud; y por eso vienen como un sueño, y con el sueño, al despertar, desaparecen. Los mismos atletas cuando vencen, es cierto que son coronados, no antes de vencer. Nosotros tenemos una lucha con el mundo. Vence primero al mundo, para que pidas la corona. Nadie es coronado antes de completar la lucha. Los que corren en el estadio, ¿acaso reciben el premio antes de recorrer el estadio? ¿Cuántos caen al final, y son defraudados por la rapidez de su carrera? ¿Acaso eres tú más acepto a Dios que Pablo? Él, vaso de elección, él, Doctor de los gentiles, nunca se atrevió a pedir una corona en este mundo. Finalmente, escucha al que dice: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día" (II Tim. IV, 7 y 8). Pablo, aquel arrebatado al tercer cielo, que oyó cosas secretas que no es lícito al hombre hablar: si estaba en el cuerpo arrebatado, o sin el cuerpo, no lo sabe, como él mismo testificó (II Cor. XII, 2). Pablo, pues, dice que en aquel día le será dada la corona; ¿tú insistes en que te sea dada aquí? Cumple, pues, el tiempo de tu lucha. No una sola vez lucha el atleta, ni una sola vez pelea el soldado, para poder completar su paga; y no tienes lucha con una sola pasión.

18. (Vers. 8). Si has superado las pasiones, la ira sucede; y por eso la Escritura te dice: Deja la ira y abandona la indignación. Hay muchos vicios que se infiltran en los insensatos. La ira es una pasión grave: a menudo enciende al involuntario; y al que quiere vengarse con moderación, lo arrastra a la furia, hasta el punto de destruir a quien pensaba corregir. Agitado, a menudo atraviesa con la espada al inocente. Muchos han matado a amigos y hermanos por indignación. Por eso el Sabio dice: La ira destruye incluso a los sabios (Prov. XV, 1). Se dice de Salomón que la ira no solo elimina a cualquier hombre, sino que también destruye a los sabios. Y David, el sabio, advierte diciendo: Deja la ira; no sea que, al encenderla, no se detenga hasta que su llama te consuma. Deja, dice, la indignación; es decir, la naturaleza te arrastra, el afecto te mueve, la culpa o la ofensa de alguien te excita para que te indignes; pero no hasta el punto de que no conozcas el límite: déjala, ponle fin, para que no te arrastre al pecado. Esto es lo que dijo antes: Enójense, pero no pequen (Sal. IV, 5). No exhorta a que te enojés, sino que cede al afecto por un tiempo; sin embargo, da el remedio para que la herida no se extienda más. Enójense, dice, es de tu pasión. El médico no aplica inmediatamente los remedios a la enfermedad; si el dolor es intenso, aplica fomentos para que el dolor se calme; si la fiebre es alta, espera el momento del remedio, y suele negar la bebida a los sedientos. No dice: No tengas fiebre, cuando el vapor del enfermo está caliente; sino que dice: Espera, que la fiebre cese, que la agitación se disipe. Así, el Profeta no pudo decir al hombre, cuya carne se excita con pasiones de diversas enfermedades y conmociones: No te enojés; sino que dice: Deja la ira y abandona la indignación, para que no peques; porque la ira es una maestra grave del pecado. Otro médico también dice: No se ponga el sol sobre su enojo (Efes. IV, 26); no sea que, mientras lo pospones, venga aquel que suele despertar el cuerpo calentado por el sueño, y te estimule, te inserte pensamientos, y se sumerja en lo secreto de tu pecho diciendo: Venga tu injuria, reconoce que eres un hombre: es de debilidad femenina no tomar venganza. ¿Entonces debía despreciarte un siervo, engañarte un hermano, burlarse un amigo; y tú aún no vengas tu afrenta? Es necesario que proscribas, que te levantes con la espada, y resuelvas tu dolor con la muerte del adversario. Fue un hombre aquel que mató a su enemigo, con razón es alabado; porque se vengó de tal manera que otro, ignorante, escuchó y no se atrevió a infligirle injuria. Con estos estímulos se

enciende más, se mueve más; para que se cumpla lo que está escrito: La ira destruye incluso a los sabios.

19. (Vers. 9.) Por lo tanto, no lo escuches; no emules para hacer el mal. Porque los que actúan maliciosamente serán exterminados. Son exterminados los que no tienen raíces, como las hortalizas o el heno. Que el enfermo coma hortalizas: pero tú planta una vid en tu campo, establece una viña. Y si viene Acab, que te diga: Dame tu viña para que siembre hortalizas (III Reyes XXI, 2); no accedas a él, no sea que por tu consentimiento siembre lo caduco, y corte lo eterno. Por eso Nabot se considera entre los santos, porque no pensó que la herencia de sus mayores debía cederse ni siquiera al rey; y prefirió ser lapidado antes que dar su viña para el saqueo. La herencia de los mayores es la verdadera fe. Surgieron los arrianos apoyados por el poder real, que pensaban que el templo del Señor debía serles entregado, amenazando con severos castigos; pero lejos de que en la mente que sirve al Señor prevaleciera más el temor al castigo que la forma de piedad. La perfidia no prevaleció, porque la fe resistió. También hay una viña en los corazones de los fieles, de la que dice Isaías: Se hizo una viña al amado en un cuerno fértil (Isaías V, 1). Esta viña el Señor plantó en nuestros corazones; y por eso leemos que Dios dice: Yo te planté una vid fructífera, toda verdadera (Jeremías II, 21). Que nadie, pues, quite esta vid del campo de nuestra alma; porque esa vid es bendita. Por eso se dice de los santos: Del fruto del trigo, del vino y del aceite, se multiplicaron (Sal. IV, 8). Es bueno, pues, tener dentro de ti lagares rebosantes de vino; para que el vino fluya a tu vaso de la viña de Sorec, ¡qué copa embriagadora tan espléndida! Sorec es la viña de un nuevo principio, y de una nueva equidad. Por eso se nos dice: Canten al Señor su cántico nuevo, su principio, magnifiquen su nombre desde el extremo de la tierra (Isaías XLII, 10). Que esta viña produzca uvas, no iniquidad. Por eso se dejó la viña de los judíos; porque hizo iniquidad, como está escrito (Isaías V, 7), y no juicio. Nosotros, pues, llevemos fruto en Cristo, para que merezcamos ser perpetuos.

20. Porque los que esperan en el Señor poseerán la tierra: ciertamente esa tierra de los vivientes. Hay una tierra celestial, que da fruto a los celestiales, de la que dice: Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13). Esta tierra con mucho sudor de los hombres proporciona alimentos al vientre; aquella tierra buena del Señor fructifica sin ningún trabajo, en la que es la posesión duradera de los justos, y la herencia de la mente piadosa. Y bien dice: Pero los que esperan en el Señor poseerán la tierra por herencia. Esta es la tierra que no pasa; porque el cielo y la tierra pasarán, pero las palabras del Señor no pasarán. Y por eso tampoco podrá pasar aquella tierra inteligible del paraíso, en la que están los que guardan las palabras del Señor. En esta tierra fue colocado Adán, para que tomara el fruto de la vida eterna; pero como no quiso guardar las palabras del Señor, por eso no mereció permanecer en la posesión que había recibido. Pero el que guarda las palabras del Señor, dice con confianza: Esperando, esperé al Señor, y me miró (Sal. XXXIX, 2). Pero Adán, como no esperó al Señor (¿cómo esperó quien huyó y temió presentarse?), por eso el Señor no se dignó verlo; porque los ojos del Señor están sobre los justos. Pero a este no quiso verlo hasta el punto de que preguntó diciendo: Adán, ¿dónde estás? (Gén. III, 9). El que es buscado, se considera ausente. La fe es la que nos presenta a Dios, la perfidia la que hace que los impíos sean exiliados. Nadie, pues, está ausente de Dios, sino quien se hace ausente. Y por eso dice: Hágase contigo según tu fe (Mat. IX, 29); porque el que ignora, será ignorado. Por lo tanto, Adán, como pecador, no pudo guardar su lugar. Expulsado del paraíso, fue relegado a una fortaleza, para que hiciera penitencia. Recibió una dilación, para que no pereciera completamente de inmediato; para que Eva se salvara por la generación de hijos, la fe del santo Abel, la gracia de los profetas, la posteridad de la Iglesia.

21. (Vers. 10.) Pero como no quiso ser redimido por estas cosas, y decide perseverar en el pecado, de él dice el Profeta: Y aún un poco, y el pecador no será; y buscarás su lugar, y no lo encontrarás. Porque, ¿cómo podrá ser en el futuro, si el lugar del pecado no puede ser duradero? Esta es la tierra que abrió su boca, para recibir la sangre del inocente. Y por eso en esta tierra está el lugar de los pecadores. La tierra pasa, ¿cómo podrá encontrarse el lugar del pecador? Yo creo que por eso Dios ordenó que hubiera un firmamento entre el agua y el agua (Gén. I, 6), para que separara los pecados de las virtudes; y el agua superior que alaba al Señor, permaneciera tranquila del error, la inferior estuviera sujeta al pecado. En efecto, aquella ve a Dios, esta no lo ve: la que está sobre los cielos, ve; la que está en el abismo, no ve. Por eso también se dice: Te vieron las aguas, Dios, te vieron las aguas, y temieron: se turbaron los abismos, la multitud del sonido de las aguas (Sal. LXXVI, 17). Con razón se turban los abismos sobre los cuales hay tinieblas deformes, y por eso no pueden tener paz. Por eso la legión de demonios rogó ser enviada al abismo, y se precipitó con gran tumulto en las olas (Mat. VIII, 31); para estrangular al rebaño de cerdos que encontró. Por lo tanto, los pecadores buscan el abismo, donde hay oscuridad de tinieblas.

22. (Vers. 11.) Pero los mansos poseerán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de paz. Con razón poseen la tierra en quienes Dios mismo descansa; como resonó por el oráculo divino a través de Isaías diciendo: ¿Sobre quién descansaré, sino sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras? (Isaías LXVI, 2). ¿Quiénes son los mansos, sino aquellos a quienes ningún estímulo de disensión agita, no los perturba la ira, no los exaspera la crueldad, no los inflama la rabia de la crueldad? Y por eso, porque no amaron los vinos, ni los banquetes, ni las riquezas, sino la paz del Señor estando en el cuerpo; por esa privación de las delicias corporales, que pensaron que serían defraudados, para obtener la gracia eterna, se deleitarán en la abundancia de paz, que nuestro Señor Jesús en sus días otorgó al género humano; como la profecía que no mintió, comprendió afirmando: En sus días florecerá la justicia, y la abundancia de paz, hasta que se exalte la luna (Sal. LXXI, 7). ¿Cuál es, pues, la paz por la cual se multiplicó el pueblo de todas las Iglesias; sino aquella de la que el Señor dijo: Mi paz les dejo, mi paz les doy (Juan XIV, 27)? Dio la paz, quien calmó las guerras de los ánimos.

23. (Vers. 12, 13.) Sigue: El pecador observará al justo, y crujirá sobre él con sus dientes. Pero el Señor se burlará de él; porque ve que viene su día. Es costumbre del que se indigna y se enfurece en ira, crujir con los dientes: pero también el corazón del maligno tiene sus dientes, que no resuenan, sino que acostumbra a desgarrar. Las insidias, los engaños, las maldades, son los dientes del pecador. Por lo tanto, el pecador acecha al justo, porque envidia; pues la vida del justo reprende al pecador, a quien condena con mayor autoridad en silencio que si hablara en voz alta. Pero el justo no debe temer el crujir del pecador, porque la maldad no puede ser perpetua. Las insidias son temporales; pero las fortalezas de la virtud son eternas. La muerte del pecador disuelve todo su poder y engaño.

24. (Vers. 14.) Añade más: He aquí, dice, que los pecadores han desenvainado la espada, han extendido su arco, para derribar al pobre y al necesitado. ¿Cuál es la espada del pecador, sino la contraria a la espada del Espíritu Santo? La Escritura me enseñó que esta es la espada; el Apóstol enseñó diciendo, que tenemos la coraza de la justicia, y el escudo de la fe, y el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (Efes. VI, 14 y ss.). Por lo tanto, la palabra de Dios es la espada del Espíritu Santo. Por el contrario, la espada del espíritu maligno es la palabra mala. Con esta espada el apóstol Pedro hirió a Ananías y Safira con su discurso como con una espada; con esta espada Pablo privó de la luz de los ojos a Elimas, que se oponía a sus disputas, e infundió la noche de la ceguera. Considera ahora a los pecadores que discuten, y lanzan amargas insolencias y reproches de acusaciones; ¿no dirías,

si los escuchas: Han desenvainado la espada los pecadores; cuando la palabra obscena se saca de la vaina de la boca insolente, que debía ser contenida y guardada? Así como la palabra de Dios se llama espada, y también es la palabra del pecador: así también el arco que extienden los pecadores es su mente; y la flecha que lanzan es la palabra venenosa. Porque así como la flecha es Cristo, que es la Palabra de Dios, a quien se dice: Te he puesto como una flecha escogida (Isaías XLIX, 2), que se saca de la aljaba de Dios: así las flechas son de los pérfidos, que lanzadas con un arco de iniquidad hieren al inocente incauto, a menos que sus dardos encendidos sean repelidos con el escudo de la fe. Y por eso debes estar atento como soldado en la batalla; porque tu lucha no es solo contra carne y sangre, sino también contra las mismas maldades espirituales que no se ven. Que abunden en ti las armas fuertes de Dios, para que puedas fácilmente sacar las flechas que deseas: no sea que el enemigo pueda oprimirte pobre e indefenso. Sé fuerte en Dios, rico en Dios, para que se diga de ti: La redención del alma del hombre son sus riquezas (Prov. XIII, 8). Abunda en el tesoro de la sabiduría, sé rico en palabra y en buenas obras, para que puedas estar protegido. Huye de las riquezas del pecador, no sea que encuentre dónde pueda herirte. Sé misericordioso, para que permanezcas invulnerable, o puedas curarte si has sido herido. Hay también un pobre que los adversarios quieren herir, de ese número del que el Salvador dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3).

25. (Vers. 15.) Y por eso la espada de los pecadores entre en sus corazones, y su arco se rompa. Para que, así como la paz vuelve a los siervos de Dios de aquellos que no recibieron la paz de los que bendicen: así también la maldad de los pecadores, con la que intentan dañar al justo, se vuelva en su propia perdición; para que sean destruidos por sus propias armas y heridas. Porque a menudo las flechas se devuelven a aquellos que las lanzaron. Lo que también sucedió en la guerra reciente, cuando los infieles y sacrílegos provocaron a alguien que confiaba en el Señor, y pretendían arrebatarle su reino, amenazando con persecuciones severas a las Iglesias del Señor; para que de repente se levantara un viento que les arrebatara los escudos de las manos a los infieles, y todas las armas y proyectiles se volvieran contra el ejército del pecador. Aún faltaba el enemigo, y ya no podían soportar las batallas de los vientos, y eran abatidos por sus propios dardos. Y lo que es peor, no eran más graves las heridas de los cuerpos que las de las mentes; porque desfallecían de corazón, al reconocer que Dios luchaba contra ellos. Salieron, pues, provocando, y de la aljaba de su corazón sacaban dardos venenosos de perfidia contra el pueblo cristiano; pero su impiedad se volvía sobre sus cabezas. De hecho, ellos mismos fueron disueltos por su propia perfidia, y el Señor dispersó las insidias preparadas para los fieles; para que no solo no pudieran dañar a los piadosos, sino que fueran despojados de sus propios auxilios, y sus armas pasaran al enemigo. ¿Cuánto mejor no habrían desenvainado la espada de la vaina, es decir, no habrían pronunciado palabras impías? Porque si por cada palabra ociosa uno dará cuenta, ¿cuánto más expiará con severos castigos las palabras de sacrilegio?

26. Nos examinaste con fuego, dice David (Sal. XVI, 3). Por lo tanto, todos seremos examinados con fuego. Y Ezequiel dice: He aquí que viene el Señor todopoderoso; y ¿quién soportará el día de su entrada; o quién soportará cuando se nos aparezca? Porque él entrará como fuego de fundidor y como lejía de lavadores; y se sentará fundiendo y purgando como oro y plata: y purgará a los hijos de Leví, y los derramará como oro, y como plata, y serán para el Señor ofreciendo sacrificio en equidad (Malaquías III, 2 y 3). Por lo tanto, los hijos de Leví serán purgados con fuego, con el fuego de Ezequiel, con el fuego de Daniel. Pero estos, aunque serán examinados por el fuego, dirán sin embargo: Pasamos por el fuego y el agua (Sal. LXV, 12). Otros permanecerán en el fuego: a ellos el fuego les rociará, como a los jóvenes hebreos, que fueron arrojados al incendio del horno ardiente; pero el fuego vengador

consumirá a los ministros de la impiedad. ¡Ay de mí si mi obra se quema, y sufro la pérdida de este trabajo! Y si el Señor salva a sus siervos, seremos salvos por la fe, pero así salvos como por el fuego; y si no somos quemados, sin embargo, seremos tocados por el fuego. Sin embargo, cómo algunos permanecen en el fuego, otros pasan a través de él, en otro lugar nos enseña la Escritura divina. En efecto, en el Mar Rojo fue sumergido el pueblo de los egipcios (Éxodo XIV, 22 y ss.), pero el pueblo de los hebreos pasó; Moisés pasó, pero Faraón fue precipitado: porque sus pecados más graves lo hundieron. De esa manera serán precipitados los sacrílegos en el lago de fuego ardiente, que lanzaron orgullosas injurias contra Dios. Sigamos, pues, aquí colocados, la columna de fuego, que nos ilumine estando en este cuerpo, y nos muestre el camino; para que en el futuro la nube nos refresque en la noche: para que podamos aliviar los incendios severos.

27. Pero mira lo que dice la Escritura: Que el arco de los pecadores el Señor lo rompa. Pero su arco lo puso en la nube, para que cesaran los diluvios, se devolviera la tranquilidad. Por eso se debe creer que el adversario y maligno extiende su arco, para que mueva tempestades en las almas tranquilas, excite vientos. Oremos, pues, para que el Señor nuestro Dios disuelva el arco de la maldad; asista a su pobre y necesitado, que por temor a Dios consideró que no debían buscarse las riquezas, no debían ocuparse las propiedades de los menores, no debían despojarse a las viudas de las herencias de los mayores.

28. (Vers. 16.) Mejor es poco para el justo, que muchas riquezas de los pecadores. No se acusan, pues, las riquezas, sino las riquezas de los pecadores; a menos que tal vez porque el pecador dijo: Todo esto me ha sido entregado, y a quien quiero, se lo doy (Luc. IV, 6). Luego, porque las riquezas más bien encienden la antorcha de la codicia; y cada uno, mientras desea más, no evita los desvíos de los pecados. Por eso también el Salvador dijo: Háganse amigos con el mamón de iniquidad (Luc. XVI, 9). Porque es un censo de iniquidad, que está en el poder del diablo, para que a quien él quiera, se le confiera. También puede entenderse aquello: Mejor es poco para el justo, que muchas riquezas de los pecadores; porque hay quien es rico en palabras, como son los filósofos de este mundo que discuten sobre sacrilegios, sobre el movimiento de los astros, sobre la estrella de Júpiter y Saturno, sobre las generaciones de los hombres, sobre el culto de los ídolos, sobre la geometría, sobre la dialéctica. Los filósofos, pues, son ricos en palabras, pobres en fe, desposeídos de la verdad. Y hay muchos sacerdotes del Señor simples, pobres en palabras, sublimes en abstinencia y virtud. Aquellos hablan a muchos de la perfidia, estos afirman la fe a pocos; aquellos pierden a sus sacerdotes cada día, este pobre adquiere pueblos para la Iglesia, y el número de creyentes. Quien, pues, los escuche, y vea la calidad de sus obras, dice: Mejor es poco para el justo, que muchas riquezas de los pecadores. De aquí derivó Salomón aquello, que como propio puso: En el mucho hablar no evitarás el pecado (Prov. X, 19). Por lo tanto, la dialéctica fluye con las riquezas de las palabras, la piedad guarda el temor de Dios. Por eso este parco en palabras, rico en espíritu, prefiere temer, que lanzar vanas palabras de verdad; porque el temor es la disciplina de la sabiduría: la locuacidad es el naufragio de la inocencia y la virtud, y el incentivo de la caída y la culpa.

29. (Vers. 17.) Dice: Porque los brazos de los pecadores serán quebrantados. Para que sus acciones no puedan ser un obstáculo para el justo; que la vara de los pecadores no permanezca sobre la suerte de los justos. Y Pablo dice: Dios aplastará a Satanás bajo vuestros pies (Rom. XVI, 20). Pues si su brazo es quebrantado, todo él será destruido; para que sus maquinaciones sean pisoteadas, como el veneno de la serpiente.

30. Pero el Señor fortalece a los justos, al deshacer el brazo del adversario. Y por eso el justo dice: Y has afirmado sobre mí tu mano (Sal. XXXVII, 3). Y Job dice: La mano del Señor me ha tocado (Job XIX, 21). Así que el Señor extendió su mano sobre su siervo; y quebrantó la mano del pecador que había extendido sobre él con el poder recibido. Así el diablo fue engañado por su propia palabra, cuando dijo: Extiende tu mano sobre él, y veamos si no te bendice en tu cara (Job II, 5). Pues no se atrevió a decir, maldiga; pero dejó esto para que se entendiera. Dios extendió su mano, y Job fue fortalecido. Comenzó a bendecir, quien se creía que maldeciría; pues la mano divina sana a los justos cuando los toca, no los hiere. Extendió su mano, y toda mancha de lepra desapareció; tocó los ojos de los ciegos, y al disiparse la ceguera, resplandeció la luz en sus ojos. Por tanto, pide siempre ser fortalecido, porque tú también que estás de pie, mira que no caigas. Debemos estar firmes, para ser confirmados por el Señor. El mundo es resbaladizo, pronto caemos. Por eso roguemos que el Señor se digne estabilizarnos y confirmarnos.

31. (Vers. 18, 19.) No pienses que el Señor desconoce tu camino. Si eres justo, lo sabe. Cree al Profeta que dice: El Señor conoce los caminos de los inmaculados; y su herencia será inmaculada. No serán confundidos en el tiempo malo. Quien conoce al Señor es conocido por el Señor. Conoce a los justos, no conoce a los injustos; por eso dirá a los injustos: Apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad: no os conozco (Mat. VII, 23); esto es, porque sois indignos del conocimiento divino. No os conozco; porque vosotros mismos quisisteis no conocerme. Vuestras obras no me conocen, vuestros hechos no me conocen; y aunque digáis que me conocéis, vuestros pecados os desmienten. Todo pecado proviene del mal: pero quien no peca, permanece en mí, esto escribió Juan (I Juan III, 6). ¿Qué diré del Señor, que se niega a conocer al impío? Pablo se niega, quien dijo: Si alguno entre vosotros es profeta, o espiritual, reconozca lo que os escribo: pero quien ignora, será ignorado (I Cor. XIV, 37 y 38). Y en otro lugar está escrito: Conoce el Señor a los que son suyos (II Tim. II, 19). Seamos, pues, del Señor, para que el Señor nos conozca, y apártese de la iniquidad todo el que invoca el nombre del Señor.

32. El griego dice: El Señor conoce los días de los inmaculados. Pues son los días de Elías, son los días de Nabucodonosor; por eso el Evangelio dice: En los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado (Luc. IV, 25). Era noche para los infieles, pero para Elías era luz; el cielo estaba cerrado para los infieles, pero para Elías estaba abierto; había hambre para los infieles, pero para Elías abundancia; pues no podía tener hambre quien era alimentado por lo celestial; ni tenía hambre quien alimentaba a otros. Así que para sí mismo el justo es día en las tinieblas; porque la luz brilla en las tinieblas. Y José estaba en Egipto, y le brillaba el mediodía; como se dice más adelante: Pero al pecador dijo Dios: ¿por qué tú narras mis justicias? (Sal. XLIX, 16). La justicia es luz, porque arriba tienes: Y sacará como luz tu justicia (Sal. XXXVI, 6). Tienes, pues, lo que brilla en ti, si sigues la justicia. Te resplandece el día, te ilumina la noche; porque para el fiel, la noche será iluminada como el día. Por tanto, el Señor conoce el día del justo, porque él ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9), esto es, aquel que vive a imagen y semejanza de Dios; aquel que se reconoce como hombre, para huir de la lujuria relinchante de los caballos, de la rabia de las fieras, del miedo de los conejos, del engaño de los zorros, del robo de los lobos; aquel hombre que actúa como si hubiera venido a este mundo; que no ha nacido de sangre, ni de voluntad de carne, sino de Dios. Has venido, pues, no te quedes, no te adhieras a lo terrenal. Pero para que sepas que los días son buenos, escucha al que dice: Abraham... vio mi día, y se alegró (Juan VIII, 56). Tiene un buen día, quien conoce al Hijo de Dios, buen Dios, y confiesa al Señor. Y nuevamente él mismo nos advierte que debemos tener cuidado, porque los días son malos (Efes. V, 16). ¿Qué días son malos? En los que ciertamente se conoce el mal, que es del

maligno. O tal vez los días del mundo son malos; porque el mundo está puesto en el maligno. Pero también leemos después del mundo un día malo: En el día malo lo librará el Señor (Sal. XL, 2), esto es, en el día del juicio, malo ciertamente por los castigos de muchos. Pues es necesario que los injustos sean atormentados, los justos compadezcan; porque también los ángeles se alegran, cuando un pecador es salvado de la muerte. Compadecen, pues, cuando es castigado; aunque en otro lugar leamos: Se alegrará el justo cuando vea la venganza de los impíos (Sal. LVII, 11), lo cual reservo para su lugar; aunque frecuentemente hayas oído por qué se alegra; pero no mezclemos ocupaciones con ocupaciones.

33. El Señor conoce los días de los inmaculados, porque la gracia de la inocencia inmaculada y la plenitud de su misericordia no se compadece de los errantes. Estos no tienen día, porque huyen de la luz, de quienes se ha dicho bellamente: Sus días pasan como sombra (Sal. CXLIII, 4). Por tanto, el conocimiento de Dios es de dignación, no de visión. Sus ojos son luz: a quienes mira, ilumina; y por eso sus ojos son los días de los justos.

34. De ahí que su herencia será eterna; porque buscaron bienes eternos, no las ganancias de una herencia temporal. Y no tendrán de qué avergonzarse, en el tiempo malo, es decir, del juicio celestial: y en los días de hambre serán saciados; porque no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios (Mat. IV, 4). Pero, ¿qué hombre? Conozco a un hombre en Cristo hace catorce años (sea en el cuerpo no lo sé, sea fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe) arrebatado hasta el tercer cielo (II Cor. XII, 2). Aquel hombre, pues, que está en Cristo, que no se conoce a sí mismo en la carne, que no camina en la carne, sino en el espíritu; aquel que es arrebatado no solo al cielo, sino también al tercer cielo, es arrebatado al paraíso, y oye palabras secretas que no es lícito al hombre hablar; quien no se gloria en sus virtudes, sino en sus debilidades: él no vive solo de pan, sino de toda palabra de Dios. Pues la Palabra de Dios es vida, porque la Palabra se hizo carne. Por eso el Evangelista dijo claramente: Lo que fue hecho en él, es vida (Juan I, 14).

35. Los alejandrinos y egipcios leen: Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho de lo que ha sido hecho (Ibid., 3); y después de una pausa interponen: En él está la vida (Ibid., 5). Que esa pausa sea válida para los fieles: yo no temo leer: Lo que fue hecho en él, es vida; y no tiene nada que sostenga al arriano, porque no considero sus venenos, sino que reconozco la costumbre de la lectura sagrada. Pues no dijo: La Palabra fue hecha antes de todo principio. No dijo: La Palabra fue hecha; pero si deseas oír lo que dijo: La Palabra, dice, estaba con Dios. Estaba con Dios, lo que con él obraba, con él dominaba. No dijo: La Palabra fue hecha; sino que dijo: La Palabra era Dios: pero Dios no es una creación, sino el creador y hacedor. Abre tus oídos, y escucha: Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho. ¿Aprendes que el Hijo es, en quien está la plenitud de la divinidad? Abre tus oídos un poco más, y escucha al que dice: Lo que fue hecho en él, es vida. En él, dice, fue hecho: no la Palabra de Dios fue hecha. O si esto te mueve a calumnia, porque dijo: en él fue hecho; ¿acaso también calumnias a Dios Padre, porque el Hijo de Dios dijo: Pero el que hace la verdad, viene a la luz; para que sus obras sean manifiestas, porque en Dios son hechas (Juan III, 21)? O porque David dijo: Te alabaré, Señor, porque me has escuchado, y has sido mi salvación (Sal. CXVII, 21); esto es, te has convertido en mi salvación, has obrado para mi salvación. Podría usar otros, pero no quiero que me creas; no pienses que son argumentos de ingenio, sino testimonios de verdad.

36. El mismo hijo del trueno, el mismo que reposaba en el pecho de Cristo, el mismo a quien el Señor no ocultaba sus secretos, a quien Pedro insinuó que preguntara al Señor, y él preguntó, y el Señor reveló; él mismo explique qué pensó de lo que dijo: Lo que fue hecho en él, es vida. Escucha, pues, al que interpreta, porque ya evitaba tus calumnias, arriano: Lo que

era desde el principio; y lo que hemos oído, y visto con nuestros ojos; lo que hemos contemplado, y nuestras manos han palpado del Verbo de vida, y la vida se manifestó (I Juan I, 1). Por tanto, es la carne la que apareció en Cristo, o Cristo en la carne; él mismo es nuestra vida en todo. Su divinidad, es vida; su eternidad, es vida; su carne, es vida; su pasión, es vida. Por eso también Jeremías dice: Viviremos a su sombra (Lam. IV, 20). Sombra de alas, sombra de la cruz, sombra de la pasión. Su muerte, es vida: su herida, es vida: su sangre, es vida: su sepultura, es vida: su resurrección, es vida de todos. ¿Quieres saber que su muerte es vida? En su muerte, dice, fuimos bautizados... para que caminemos con él en novedad de vida (Rom. VI, 3 y 4). Y él mismo dice: En verdad, en verdad os digo, si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Juan XII, 4 y 5). Él mismo, grano por nosotros, fue desatado y muerto en el cuerpo; para que llevara mucho fruto en nosotros. Por tanto, su muerte es fruto de vida. Lo que fue hecho, pues, en él, es vida. La carne fue hecha en él, es vida; la infancia fue hecha en él, es vida; el juicio fue hecho en él, es vida; la muerte fue hecha en él, es vida; la remisión de los pecados fue hecha en él, es vida; la herida fue hecha en él, es vida; la burla fue hecha en él, es vida; la división fue hecha en él, es vida; la sepultura fue hecha en él, es vida; la resurrección fue hecha en él, es vida. Mira cuántas cosas fueron hechas en él, por las cuales nuestra vida fue convertida, para que lo que se había perdido, fuera devuelto. Finalmente, la venta fue hecha en él, es vida: la redención fue hecha en él, es vida. Fue vendido a la muerte por Judas, comprado por los judíos para la muerte, para que con su preciosa sangre fuéramos redimidos a la vida. Esta es la vida que fue hecha, esta es la vida que apareció, esta es la vida que hemos oído, esta es la vida que estaba con el Padre; porque él mismo que era en el principio, él mismo después nació de la Virgen, para que fuera vida para los que mueren.

37. ¿Preguntemos a este mismo lugar propuesto? ¿Qué es, hombre en Cristo? Esto es, hecho en Cristo, en quien todas las cosas fueron hechas, ya sean Tronos, ya sean Dominaciones, ya sean Principados, ya sean Potestades, todas las cosas fueron creadas por él y en él, y él es antes de todos, y todas las cosas subsisten en él (Col. I, 16 y 17), esto es, en su poder. Por tanto, el hombre en Cristo, que fue hecho a su imagen y semejanza: el hombre en Cristo, que está todo en Cristo. Pues así como Dios por la unidad y plenitud de la divinidad, el Padre Dios está todo en el Hijo, y el Hijo en el Padre: así por la intención y afecto de piedad (para usar un ejemplo, no una comparación) el hombre está todo en Cristo; porque el que se adhiere al Señor, es un espíritu con él. Por tanto, el hombre en Cristo, no aquel terrenal, no aquel del pecado; sino el hombre de Cristo. ¿Qué, pues, mueve: Lo que fue hecho en él, es vida; si también el hombre principalmente interior, fue hecho en él, en él fue crucificado, en él renovado, en él sepultado, y con él co-sepultado, en él resucitado? ¿Qué mueve, como dije, porque está escrito: Lo que fue hecho en él, es vida; cuando el hombre dice: En Dios haremos proezas (Sal. LIX, 14)? Si buscas qué vida es, si te mueve que fue hecho en él, escucha. Sin duda, la vida es la Iglesia. Fue hecha en él, en su costado, en él resucitada Eva. Eva, sin embargo, es vida, esto es, lo que fue hecho; porque Eva que había perecido, fue salvada por la Iglesia, esto es, por la generación de sus hijos, como está escrito (I Tim. II, 15); porque la falta de la primera transgresora fue enmendada por la sobria herencia. Por eso también Pablo fue arrebatado a la vida, quien antes era perseguidor a la muerte.

38. Nos hemos extendido más de lo debido, para hablar de aquel hombre que no vive solo de pan, sino de toda palabra de Dios. Regresemos al salmo: Y por eso los inmaculados no serán confundidos en el día del juicio, y en los días de hambre serán saciados.

39. (Vers. 20.) Desfallecerán como el humo desfallecen. El griego tiene ἐξέλιπον, que significa, desfallecieron. Ves a alguien que de repente ha llegado al poder, y las insignias del honor: lo juzgas sublime. Ves que otro le sucede; ¿no dices de él: ¿Dónde está aquel que fue

honrado y exaltado? Desfalleció. Por eso el griego dijo más; porque donde se cree que alguien es honrado y exaltado, allí es prevenido por su propio desfallecimiento; para que comprendas que el curso de los ríos ha pasado más rápido de lo que ha llegado; y mientras esperas los flujos venideros, aún esperando, han fluido. Por el contrario, los humildes y mansos mientras son sometidos por los ricos y oprimidos, son exaltados por su humildad, y de repente resplandecen. Por eso Pablo se complació en sus debilidades, no en sus virtudes.

40. Pero consideremos, no sea que alguien piense que se glorió en las revelaciones; y repitamos esas cosas, para que él mismo se defienda como maestro de humildad. Sé, dice, de un hombre en Cristo hace catorce años, sea en el cuerpo no lo sé, sea fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe, arrebatado hasta el tercer cielo (II Cor. XII, 2). Dice que le fue revelado hace catorce años, y sin embargo mantuvo y reprimió la revelación tanto tiempo: y no lo habría dicho, si no hubiera juzgado útil para nosotros que lo dijera; para que no nos enorgullezcamos por las revelaciones. Pues si en tanta gracia no se glorió Pablo, tampoco nosotros debemos gloriarnos. Él mismo joven no se glorió, ¿se gloriaría siendo anciano? Luego, arrebatado hasta el tercer cielo no pudo negarlo; y sin embargo testificó que ignoraba si fue arrebatado en el cuerpo o fuera del cuerpo. Por tanto, no se gloria de su conocimiento; sino de su ignorancia, y proclama la gracia de Dios sobre él. Lo que es de conocimiento, lo niega; lo que es de caridad, lo confiesa: pues el conocimiento hincha, pero la caridad edifica. Y nuevamente, dijo arrebatado tal hombre: cómo fue arrebatado, si en el cuerpo o fuera del cuerpo, recordó que le era incierto. Mira la balanza de la sabiduría. Constituyó uno en Cristo, y a sí mismo otro, quien dice: No sé. Lo que es ajeno, lo exalta. Lo que es suyo, lo humilla. Y oyó, dice, palabras inefables (I Cor. XII, 4). No dijo: Oí, sino que no negó que otro oyera. Así que prefirió modestamente significarse como testigo que como profeta, y evitó parecer árbitro de secretos celestiales. Pues dar testimonio es de la verdad: no rechazar el mérito de la exaltación, es de quien se gloria. Por eso dice: De este tal me gloriaré: pero de mí mismo no me gloriaré (Ibid., 5).

41. ¿Qué es, pues, lo que dice haber oído un hombre, y aquel hombre en Cristo, que no es lícito al hombre hablar? ¿Cómo concuerda esto, que no fue lícito al hombre hablar, lo que fue lícito al hombre oír? Si al mismo hombre que oyó, no le es lícito hablar, ¿cómo se le confió oír lo que no se le permitió hablar? ¿cuál es esta diferencia? Si a otro hombre que era exterior, ¿cómo pudo un hombre conocer lo que no le era lícito oír al hombre? Por lo que parece que no le faltó la gracia de hablar a aquel hombre que estaba en Cristo, a quien no le faltó; sino que a los que oyeran, les faltó lugar, tiempo, mérito. Pues él oyó en el cielo; y por eso se juzgó que no era apropiado, que hablara en la tierra lo que había oído en el cielo; cuando en la misma tierra hay esta discreción, que lo que se canta en una región, no se canta en otra, según está escrito: ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? (Sal. CXXXVI, 4). Por lo tanto, los hebreos no cantaban en la tierra de cautiverio, lo que solían cantar en su patria. Esta tierra es de cautiverio, otra tierra es de libertad; esta de pecado, aquella de descanso eterno; esta es valle, aquella celestial. Por tanto, Pablo ahora predicaba en el cielo aquellas cosas que antes no podía predicar en la tierra; pues entre los perfectos deben hablarse los secretos de la sabiduría.

42. Sin embargo, ¿qué logra la conmemoración de esta revelación, sino enseñar que no se debe gloriarse en las revelaciones, sino en las debilidades? Porque la debilidad es tanto el remedio de la revelación como el ejercicio de la virtud. En cambio, la revelación es un resbalón hacia la arrogancia; pues para que Pablo no se enalteciera por la sublimidad de la revelación, él, que fue arrebatado al tercer cielo, recibió un aguijón en la carne. Así, la debilidad ayuda para que la gracia no se convierta en peligro. Por lo tanto, la debilidad es más

útil que la gracia. Esta misma debilidad es también un taller de virtud; como el mismo Señor testificó al Apóstol, porque la virtud se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 9). Finalmente, después de la revelación, él pidió un remedio para la salud y no lo obtuvo; pero en la debilidad no buscó remedio, sino que completó su carrera y encontró la corona.

43. (Vers. 21.) El pecador, dice, pide prestado y no paga; pero el justo se compadece y da. Esto también se aplica a la persona de Pablo, porque el justo se compadece y da. Mira cómo divide las palabras del Señor, mira cómo presta el dinero del Señor. Recibió una mina y devolvió dos; recibió dos y devolvió cuatro; recibió cinco y devolvió diez. No guardó en un pañuelo lo que había recibido, sino que lo distribuyó a los banqueros; y lo que distribuyó, lo recuperó con intereses. Así, liberó al que recibía del mayor pecado, para que el dinero del Señor no se perdiera con él; y él mismo mereció ser puesto sobre diez ciudades. Reconoce cuáles son las diez ciudades en las epístolas que escribió; aunque los apóstoles no están limitados por un número prescrito, a quienes se les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura (Marcos XVI, 15). Así, desde Jerusalén, por Oriente, Ilírico e Italia, distribuyó el dinero del Señor. Y para que nadie pensara que prestaba lo suyo, testificaba que el dinero era del Señor, diciendo: A los que están unidos en matrimonio, no lo digo yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido (I Cor. VII, 10). Y en otro lugar: ¿Por qué buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII, 3). Finalmente, el mismo rey dijo así, en quien está la figura del Señor: Debías haber puesto mi dinero en el banco. Mío, dice, no tuyo. Por lo tanto, el justo se compadece y da. ¿Cómo da? Escucha lo que dice: Enseño en todas las Iglesias. Pero el pecador pide prestado y no paga (I Cor. VII, 17). Mira al rico pidiendo prestado y no devolviendo; al pobre recibiendo y de inmediato recompensando, para no estar más tiempo en deuda ajena. Esto es moral.

44. Mira ahora al pobre místico, es decir, al simple y temeroso del nombre de Dios, escuchando la palabra sobre la castidad y cumpliéndola; escuchando sobre la misericordia y cumpliéndola; escuchando sobre la mansedumbre y no enojándose: pero al rico arrogante y soberbio, escuchando, pero rechazando las palabras de Dios; escuchando sobre la condenación de la lujuria y siendo más lujurioso. Finalmente, la Iglesia paga lo que recibió, la Sinagoga no paga. Reconoce que la Iglesia paga: Eran tuyos, dice, y me los diste, y han guardado tu palabra (Juan XVII, 6). Y en otro lugar: Porque el mismo Padre os ama, porque me amáis (Juan XVI, 27). Por lo tanto, la Iglesia devolvió el dinero de la caridad que recibió del Señor, pero la Sinagoga no lo devolvió. Por eso se dice de los judíos: Si no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado (Juan XV, 24); porque ciertamente escucharon y no creyeron. Se ha demostrado, por lo tanto, que los pecadores pidieron prestado y no pagaron. Por lo tanto, el pecador siempre necesita; pero el justo abunda y da, cuya conciencia es rica. Por eso los judíos, en sus riquezas, necesitaron: Los ricos necesitaron y tuvieron hambre (Salmo XXXIII, 11); pero los cristianos, en las riquezas de su simplicidad, no fallaron.

45. (Vers. 22.) Por lo tanto, el justo es bueno; y por eso añade la Escritura: Porque los que lo bendicen poseerán la tierra; pero los que lo maldicen, perecerán. ¿Cómo posee el justo la tierra, o qué tierra, cuando la Escritura dice: ¿Acaso habitaréis solos sobre la tierra? (Isaías V, 8). Y en otro lugar: ¡Ay de los que habitan sobre la tierra! (Apoc. VIII, 13), que es una palabra de reprensión y maldición. ¿De qué tierra, entonces, es bendita la posesión? No de esta que está oculta en tinieblas y llena de amarguras, sino de aquella que fluye leche y miel, es decir, que tiene la gracia de la suavidad y el resplandor de la luz eterna. Recibe la dulzura de la buena miel; más aún, por encima de la miel: Huirán el dolor, el gemido y la tristeza (Isaías XXXV, 10); porque la dulzura de la gracia excluirá la amargura de la fragilidad humana. Y en otro lugar: Y enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá más muerte, ni

llanto (Apoc. XXI, 4). Recibe también el brillo de la leche. Y no necesitarán lámpara ni luz del sol; porque el mismo Señor los iluminará, y reinarán por los siglos de los siglos. Amén (Apoc. XXIV, 5).

46. También hay un justo místico, que se compadece y da, que nos dio todas las palabras que recibió del Padre, y nos perdonó nuestras deudas de pecados, y pagó con su sangre por nuestras deudas; para que no estuviéramos en deuda ajena, sino que un buen acreedor nos tuviera en su deuda. Y hay también aquel pecador que acumuló lo que no engendró, y pidió prestado lo que no tenía, ni quiere devolver lo que recibió. Escucha que el diablo pidió prestado: Te daré todo este poder y la gloria de ellos (porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero, se la doy) si postrado me adoras (Lucas IV, 6). Malvado, recibiste para la tentación, no para la muerte; esto es, recibiste para que los siervos de Dios fueran probados, no para que fueran extinguidos; recibiste para que Dios fuera adorado, no para que fuera negado; recibiste lo secular, ¿por qué arrebatas lo que es eterno? Recibiste lo que es del mundo, ¿por qué quieres quitar lo que es de Cristo? Da eso a quien quieras, no envidiamos. ¿Por qué nos envidias lo que queremos de ti? Tú quieres ser adorado, quien eres más malvado que todos, incluso indigno de servidumbre.

47. (Vers. 23.) Del Señor son corregidos los pasos del hombre. El griego dijo διαβήματα, es decir, pasos. Y por eso se te dice: Si pasas por el agua, los ríos no te cubrirán (Isaías XLIII, 2). Pasa, pues, no te detengas; como un buen viajero cuando llega a una señal del camino, no se detiene, sino que pasa; y tú estás en el camino, mientras estés en este curso. Pablo, si se hubiera detenido, no habría completado su carrera. Mira que dice: Y tú que estás, mira que no caigas (I Cor. X, 12). Porque quien ha pasado, no puede temer caer. Vi, dice, al impío exaltado, y elevado sobre los cedros del Líbano; y pasé, y he aquí que no estaba (Infra vers. 35). Viendo, pues, al impío exaltado, quien no se detuvo, no tropezó: si se hubiera detenido, y lo hubiera admirado, y lo hubiera seguido, habría tropezado y caído como el impío. Por eso Moisés, viendo la zarza arder y no consumirse, dijo: Pasando, veré esta gran visión (Éxodo III, 3). Quien pasa de este mundo, ve una gran visión: quien desata las ataduras de este vínculo con el que estamos ligados a este cuerpo, ve una gran visión. Moisés en el Éxodo, como se lee, ve muchos milagros: no tantos ve otro que no está en el Éxodo. El mismo Moisés pasó: pasó también el pueblo de los padres, porque salía de la tierra de la cautividad. Así, sus pasos eran dirigidos por el Señor, a quienes durante la noche una columna de fuego iluminaba, durante el día una nube; para que ni el ardor del día afectara a los que caminaban, ni las tinieblas de la noche trajeran impedimento a los viajeros.

48. Y tú, mereciendo con tus hechos, pide con votos que tus pasos sean dirigidos por el Señor, para que no se muevan tus pies; porque está escrito: Mis pies casi se movieron; poco faltó para que se deslizaran mis pasos (Salmo LXXII, 2). También hay que tener cuidado de no abandonar el camino recto, y que los desvíos de caminos tortuosos no te engañen; por eso se dice: Preparad el camino del Señor: enderezad sus sendas (Isaías XL, 3). Preparemos, pues, el camino al Señor nuestro Dios en nuestras mentes; hagamos rectas las sendas de nuestras almas, para no resbalar; no se derramen nuestros pasos como los de la esposa de Lot, que miró hacia atrás y no pudo mantener sus pasos, sino que se derramaron, cuando de repente fue convertida en sal; no se derramen como los de los egipcios, cuyos pasos fueron derramados por las olas del mar. A los mismos hebreos que estaban con Moisés, porque pecaron en el desierto, se les cayeron las huellas de sus pies, para que no entraran en la tierra de la resurrección.

49. ¿No se dice también de ellos con acierto que se derramaron sus procesos, cuyas esperanzas cayeron, en vano se derramó su trabajo, sus votos fueron desechados? Considera,

pues, a alguien que durante algunos años tuvo el estudio de la probidad, la custodia de la castidad, el afecto de una vida más atenta, el propósito de una servidumbre piadosa, el oficio de una observación diligente; y de repente se ha cambiado, ha salido del monasterio, ha dicho adiós a los ayunos, ha renunciado a la continencia, se entrega a los placeres, se dedica a la lujuria. Hace tiempo que salieron de los monasterios, y ahora son maestros de lujuria, diseminadores de incontinenia, incitadores de petulancia, detractores de la modestia. ¿No dirías con acierto de ellos: Se derramaron sus pasos, a quienes les pesó haber dirigido bien? Hicieron, pues, un nuevo tipo de penitencia por las virtudes, y no la hacen por los delitos. Pero estos salieron de nosotros, dice Juan, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (I Juan II, 19). Estos, pues, condenaron su camino, a quienes conviene decir: Oh, vosotros que abandonasteis las sendas rectas, yendo por caminos de tinieblas; y que os alegráis en el mal, y os regocijáis en la perversión maligna, cuyas sendas son torcidas, y sus caminos sinuosos, como su autor resbaladizo y sinuoso; ¿por qué comenzasteis a odiar el camino recto, y abandonasteis el consejo justo? (Prov. II, 13 y ss.) No os dirigió el Señor: pero a quien el Señor dirige, su camino deseará, como está escrito, y se deleitará en sus sendas.

50. Sin embargo, ambos pueden entenderse, ya que es medio, que el mismo que es dirigido por el Señor, deseárá el camino del Señor; porque con él como guía, todo trabajo se alivia, todos los impedimentos se eliminan, se proporcionan incentivos: y el mismo Señor no desprecia, sino que acepta con gusto el camino del hombre al que él mismo ha dirigido hacia la virtud. Hermosamente se dice que los pasos del hombre son dirigidos por el Señor; porque no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia, guardar el paso sin ofensa. Porque el que planta y riega, nada son; sino que el que da el crecimiento es Dios: a él solo se le atribuye con justicia la gloria de las virtudes.

51. (Vers. 24.) Finalmente, incluso el justo cae a veces; pero si es justo, cuando caiga, no se turbará. Lo que es de la condición, cae; lo que es de la justicia, se levanta: porque Dios no abandona al justo, sino que confirma su mano. ¿Por qué razón no dijo pie, sino mano? Quizás porque quien cae, no tanto tropieza con el pie, sino que el débil a menudo se engaña con el resbalón, o tropieza con una piedra; pero aquí entiende la caída del justo, es decir, del más fuerte. Finalmente, del pueblo que lucha, si dobla la rodilla, o tropieza con el pie, se le considera derrotado; el atleta que tiene habilidad en la lucha, y lucha por la corona, incluso voluntariamente dobla la rodilla, para vencer; y si tropieza, no se le excluye; y si es presionado por quien es superior, sosteniéndose con las manos, lucha con justicia; ni se le quita el premio, a menos que caiga de bruces, o sea estirado por el vínculo de los brazos. De ahí surgen frecuentes combates; porque hay muchos y desconocidos para la mayoría, tipos de caídas. Pues sus caídas se llaman propiamente ruina, en griego se llaman πτώματα. Por lo tanto, cuando es apretado y presionado, a menudo se da la vuelta, y se convierte en superior quien era considerado inferior, y mientras se levanta, derriba al superior: lo que parece significar la Escritura, cuando dice: Todo su lecho has cambiado en su enfermedad (Salmo XL, 4). Por lo tanto, se dice de él: Cuando caiga el buen atleta, no se turbará; porque muchos quieren ser sostenidos, para vencer más rápidamente, quienes confían en su habilidad. Pero incluso si es asignado, para usar esa palabra, y primero y segundo, no se le excluye; a veces se le permite reparar la lucha, y a menudo le sucede vencer, y ceder quien venció en la segunda contienda. Así, pues, también el justo, aunque tropiece y caiga, no abandone sin embargo el estudio de la devoción y la fe, mantenga la sobriedad, haga penitencia, a menudo se repare. Por eso pregunta Pedro: Si mi hermano peca contra mí, ¿cuántas veces le perdonaré; hasta siete veces? (Mat. XVIII, 21 y 22). Y el Señor respondió: No solo siete veces, sino también setenta veces siete. Para que sepas que somos atletas y somos empujados,

y algunos caen, y muchos son derribados, escucha lo que dice: El Señor sostiene a todos los que caen, y corrige a todos los derribados (Salmo CXLIV, 14). Por eso el mismo David dice de sí mismo, o aquel que habló en el Profeta: Me empujaron con violencia para que cayera; pero el Señor me ayudó (Salmo CXVII, 13); porque Jesús no cayó, sino que fue empujado. Pues si él mismo levanta a los derribados, ¿cómo pudo él mismo ser derribado? Pero la Escritura testifica que el justo, cuando cae, puede levantarse, que dice: ¿Acaso el que cae, no se levantará; o el que se aparta, no volverá? ¡Ay de los que se apartan con un apartamiento impúdico, dice el Señor! (Jeremías VIII, 4 y 5).

52. Ojalá el atleta de Cristo sea invencible e insuperable, y glorioso en toda edad, en todo género de virtudes, como aquel dice: Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (Rom. VIII, 37). ¿Qué es en todas? Hay atletas que se llaman niños, efebos, hombres; esto es, *παῖδες, ἐφήβοι, πύκται*. También la Escritura conoce estas edades en los luchadores, diciendo David: No apartes tu rostro de tu siervo (Salmo LXVIII, 18); y fui joven, y he envejecido (Infra vers. 25). Por eso también Juan dice: Os escribo a vosotros, niños; porque habéis conocido al Padre: os escribo a vosotros, jóvenes; porque habéis vencido al maligno: os escribo a vosotros, padres; porque habéis conocido al que es desde el principio (I Juan II, 12 y ss.) Por lo tanto, escribiendo a los padres, designa a los maduros por el progreso de la fe y la devoción. Estas, pues, son edades de virtudes, no de debilidad; porque no es sin virtud el niño que ha conocido al Padre Dios de las virtudes. De aquel niño son estos niños, que antes de saber llamar padre o madre, recibió el poder de Damasco, y los despojos de Samaria. Él es el niño que nos ha nacido, el hijo que nos ha sido dado, cuyo principado está sobre sus hombros. Él nos enseñó que la niñez es virtud diciendo: Dejad a los niños, y no les impidáis venir a mí (Lucas XVIII, 16). Y en otro lugar: De cierto, de cierto os digo, que si no os convertís y os hacéis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos (Mat. XVIII, 3). También con la fortaleza del cuerpo, los niños a menudo vencen a los hombres. Y ciertamente, si consideramos la edad de la niñez, el niño no puede conocer todo el uso, ni soportar la fuerza de la lucha. Sin embargo, sabemos que frecuentemente los niños vencieron a quienes no podían llevar. Tanto es así que el vigor del alma excluye la debilidad de la edad.

53. Así como son los niños, así son los efebos, es decir, espirituales. La Escritura conoce al joven Pablo ya próximo a la conversión (Hechos VII, 57); conoce también al joven Eutico, que mientras estaba atento a los discursos de Pablo, vencido por el sueño, cayó del tercer piso y resucitó (Hechos XX, 9); conoce también al joven Juan recostado en el pecho de Cristo (Juan XIII, 23), que fue tan fuerte, que no temió la persecución, venció al mal. Este es el niño que dejó a su padre natural (Mat. IV, 20), siguiendo al Padre que conoció eterno; el joven vestido con una sábana, seguía al Señor en el tiempo de la pasión, que había dejado todo lo suyo (Marcos XIV, 51); más maduro, conoció que el Verbo de Dios siempre había sido y es desde el principio (Juan I, 1 y 2), y probó que permanece en él.

54. También la Escritura nos enseñó a los hombres espirituales, cuando el profeta Ágabo dice: Al hombre de quien es este cinturón, así lo atarán los judíos en Jerusalén (Hechos XXI, 11). Y Festo dice: Un hombre fue dejado por Félix en prisión (Hechos XXV, 14). Antes de su pasión, Pablo es llamado joven, en su pasión es significado como hombre, quien habiendo completado su carrera, estaba ya próximo a la corona.

55. Conocimos las edades luchando por la fe y la devoción, conozcamos también los géneros de los combates de cada uno. Esto también nos enseña el tenor de las Escrituras. En este agón secular hay algunos que luchan con un cierto y legítimo género simple, y solo combaten con las ligaduras del cuerpo, no saben golpear, que se llaman palestritas; otros que mezclan el

golpe y el lanzamiento de polvo con los nudos de los miembros, con todo el derecho de golpear permitido: a los que llaman pammacharios, porque tienen poder sobre toda disputa y lucha contra ellos; otros que luchan con cestos contra ellos, y con las cabezas desgarradas, son torturados: estos se llaman πύκται.

56. Todos estos combates los enfrentó el apóstol Pablo, como él mismo lo demuestra. Así dice: Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, y (para ser breve) contra las maldades espirituales (Efesios VI, 12). En la mayoría de los textos latinos se encuentra "colluctatio", en todos los griegos se escribe "πάλη"; pues "πάλη" en griego es "lucha" en latín. Y verdaderamente es una lucha; porque la carne y la sangre, y las maldades espirituales se superan con paciencia y continencia del cuerpo, y con moderación del alma. La ira, el furor, el asesinato, son armas del diablo. En otro lugar también indica que fue golpeado más allá de lo soportable diciendo: En azotes, más allá de lo soportable, en muertes, frecuentemente (II Cor. XI, 23). En Jerusalén, además, fue golpeado con puños; donde, cuando los judíos dejaron de golpear a Pablo por la intervención de los soldados, el sumo sacerdote Ananías ordenó a los que estaban alrededor que le golpearan la boca, a lo que el Apóstol respondió: Dios te golpeará a ti, pared blanqueada. Y tú, sentado, me juzgas según la Ley, y fuera de la Ley ordenas que me golpeen (Hechos XXIII, 3)? Sabía ciertamente devolver el golpe, quien con un puño más grave golpeó al sumo sacerdote; pues él fue golpeado corporalmente: a ellos les devolvió que serían golpeados en el alma por Cristo. En la primera carta a los Corintios, escribiendo, dice: Yo, pues, corro así, no como a la incertidumbre: así ludo, no como quien golpea el aire (I Cor. IX, 16). Lo que en latín dijo "enitor", en griego dijo "πυκτεύω". Y verdaderamente, como buen luchador, no golpeaba el aire, sino a las potestades aéreas y a las cabezas de los judíos; porque no tenían a Jesús el Señor como cabeza de todos. En toda lucha, pues, el Apóstol fue probado, quien también recibió la corona del curso completado. Por eso él mismo dice: Todo lo puedo en aquel que me fortalece (Filip. IV, 13).

57. También tiene Cristo a aquellos que en su juventud vencieron a los maduros de edad; como Daniel, joven de espíritu fuerte, reprendió a aquellos ancianos de los judíos, y por derecho de victoria los arrojó a la muerte. También tiene a otros, que antes de nacer, lucharon en el vientre de su madre. Finalmente, Jacob suplantó a su hermano Esaú, y venció al mal; y así salió del vientre de su madre, mostrando el signo de la victoria, y como vencedor invirtió el pie del mayor degenerado. Jeremías fue santificado y probado en el vientre de su madre. Juan el Bautista reconoció que el Príncipe de la lucha humana, el premiador de los luchadores, había venido, aún no nacido, y saltando en el vientre de su madre, mereció el premio de la confesión piadosa. Correctamente ya entonces fue designado para la corona, quien antes que todos ofreció su nombre al combate de la fe de Cristo como testigo y heraldo de la virtud. Buen heraldo, que incitaba a otros al combate. Y verdaderamente buen heraldo; que clamó con tan gran voz, que al sonido de ella resonaron los secretos celestiales. ¿Qué más? Movié la tierra, llenó el cielo. Por eso recibió el nombre de voz; porque la voz sagrada precedió al Verbo de Dios, como él mismo nos enseñó diciendo: Yo soy la voz del que clama en el desierto (Juan I, 23). Esto lo dijo el profeta Isaías: de sí mismo lo afirmó (Isaías XL, 3). Escuchamos lo que dijo el heraldo: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas (Juan I, 23). Esta es una voz singular y única, tan sonora, que por todos fue escuchada; tan dulce, que acarició los corazones de todos. Por tanto, el Señor confirmó a estos sus atletas para que vencieran; pues nunca abandona ni deja a los suyos.

58. (Vers. 25.) Y por eso añadió el Profeta: Fui joven, y he envejecido: así los latinos; pero algunos según los griegos tienen: Fui joven, y también he envejecido, y no he visto al justo

desamparado, ni a su descendencia mendigando pan. Quien quiera entenderlo simplemente, el sentido es claro, que en el tiempo de su vida David no vio al justo desamparado. Pero esto es de breve tiempo, e increíble; ya que vemos a muchos justos en el mundo ser abandonados por los hombres, cuando algunos poderosos los persiguen; y nadie se atreve a acercarse a ellos, cuando los ve en temor o en injuria. De donde Job dice: Mis hermanos se apartaron, reconocieron a extraños más que a mí: mis amigos se volvieron despiadados; y los que me conocían, olvidaron mi nombre (Job XIX, 13). David también clama no solo estar desamparado, sino también atacado por amigos y cercanos: Mis amigos, dice, y mis cercanos se acercaron contra mí (Salmo XXXVII, 12). Entonces, si en este mundo se encuentran justos desamparados, ¿cómo dijo David cosas contrarias; a menos que entiendas que el justo, aunque en el mundo sea desamparado, no es desamparado por el Señor? Pues Job, aunque estaba en el estiércol (Job II, 3), no fue desamparado por el Señor, quien en el concilio de los ángeles lo alababa con su voz, permitiendo que fuera tentado, para coronarlo; pero la tentación fue dada al cuerpo, negada al alma. Tampoco fue desamparado David, a quien se le dio el reino, para gobernar al pueblo elegido: quien, atacado por guerras parricidas, expulsado de los confines de su reino, fue restituido por derecho de victoria. También Jacob, Elías y Eliseo, y Juan el Bautista, y otros que, errando en pieles de cabra, vagaban por desiertos, montañas, cuevas y cavernas de la tierra, aunque parecieran soportar muchas burlas y castigos amargos; sin embargo, no fueron desamparados. Pues cuando Jacob huía de su hermano, y erraba solo por los desiertos, durmió, y al despertar vio allí una multitud de milicia celestial, y dijo: Este lugar se llama campamento de los ángeles (Gén. XXXII, 2). No fue suficiente llamarlo campamento; sino campamentos, que convenían a tan gran multitud. Ves, pues, que se creía solo, y los campamentos del ejército celestial lo seguían; como también a nuestros padres en el tiempo de Moisés, para que no tuvieran sed en el desierto, la roca (como está escrito) los seguía. Pues cuando leemos en el Éxodo (Éxodo XVII, 6) que, teniendo sed el pueblo, Moisés golpeó la roca con la vara, y el agua fluyó, y bebió el pueblo de Dios; nuevamente leemos en el Levítico, o en los Números, que Moisés tocó de nuevo la roca con la vara (Núm. XX, 11), y brotó agua para que los padres bebieran; claramente el Apóstol interpretó esto diciendo: Bebían de la roca que los seguía; y la roca era Cristo (I Cor. X, 4). A aquellos quejosos, murmuradores, transgresores, sin embargo, el Señor no los abandonaba, sino que los seguía. ¿Qué diré de Elías y Eliseo, a quienes, caminando por los desiertos, se les apareció un carro de fuego y caballos del cielo? ¿Cómo fue desamparado Elías, quien fue invitado por Cristo (Mat. XVII, 3)? ¿Cómo fue desamparado en la tierra, quien fue arrebatado al cielo? ¿Cómo fue indigente y desnudo y vacío, quien dejó a su discípulo la herencia de un espíritu duplicado; para que, dotado de una sola capa, detuviera ríos, devolviera el Jordán a su fuente, alimentara ejércitos de reyes en el desierto, y ministrara bebida a los sedientos? A su arbitrio, fluyeron copas del cielo, resucitaron muertos en la tierra. ¿Cómo fue desamparado Eliseo, quien, cuando estaba rodeado por el ejército de los sirios para ser llevado cautivo al rey, dijo su siervo Giezi: Señor, ¿qué haremos? Él dijo: No temas, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos. Y dijo: Señor, abre sus ojos para que vea. Y sus ojos fueron abiertos, y vio el monte y todo alrededor lleno de caballos innumerables y legiones celestiales (IV Reyes VI, 16 y 17). También Pablo, quien dijo que fue expuesto a peligros en el mar, peligros en el desierto (II Cor. XI, 26), sin embargo, él mismo testificó diciendo: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rom. VIII, 31). Por tanto, si él fue desamparado y abandonado por los hombres, abunda y fluye ante Dios. Pues también Elías estaba desamparado, tanto que dijo: Señor, toma mi vida (III Reyes XIX, 4); y sin embargo, era poderoso ante Dios, para ser terrible en virtud a los mismos reyes.

59. ¿Cómo pudo David comprender esto siendo joven? Pues el joven considera más lo temporal que lo eterno; porque esa edad tiende a los vicios. Pero hay algunos que son ancianos en la juventud, y otros jóvenes en la vejez. Hay, digo, hombres cuyos ánimos se consideran con la gravedad de los ancianos, en quienes la edad de la vejez es vida inmaculada, en quienes florece la prudencia canosa: como era Jeremías, quien, cuando se recordaba joven por la consideración de su edad, y por la juventud excusaba que parecía no ser apto para el oficio de predicar, el Señor le dijo: No digas: Porque soy joven; porque a todos a quienes te envíe, irás (Jerem. I, 7). Así no lo consideró joven, a quien juzgaba apto para la gracia profética. Tal joven fue David, quien fue renovado y refloreció, como él mismo dijo (Salmo CII, 5), como el águila su juventud. Así, pues, debe entenderse: Fui joven; pero santificado, pero puesto como profeta entre las naciones, que ya podía conocer los sacramentos del reino celestial, y considerar las verdaderas recompensas de la justicia: pero no vi al justo desamparado. Después también, en otro lugar, fortalecido por la experiencia y el don, adquirí incrementos de sabiduría. La misma gracia respecto al justo me pareció permanecer.

60. Hemos explicado, como pudimos, cómo dijo: Fui joven; pero consideremos cómo añadió: Y también he envejecido. Buena juventud, pero mejor vejez; pues quien persevere hasta el fin, este será salvo. Por eso no se dijo superficialmente del patriarca Abraham (Gén. XXV, 8), que fue nutrido en buena vejez. Y Juan comenzó a escribir el Evangelio, o las Epístolas, siendo anciano, quien, aunque rehusaba escribir como apóstol, escribió como anciano (Epíst. II y III); ni fue estimado menor, a quien le asistía una cierta gracia de cisne de la vejez. El mismo Vaso de elección del Señor, escribiendo a Filemón, dice: Siendo tal, como Pablo anciano, ahora también prisionero de Cristo Jesús, te ruego por mi hijo, a quien engendré en mis cadenas, Onésimo (Filemón, 9 y 10). Queriendo, pues, deferirle mucho, lo comparó al anciano Pablo, no al joven; y allí se glorió de ser anciano, donde ya estaba en cadenas. Y vean la diferencia; fue señalado como joven en la pasión de otro, anciano en la suya (Hechos VII, 57). Allí como joven, porque guardaba las vestiduras de los judíos; aquí anciano, donde despojaba las vestiduras de su cuerpo. Finalmente, también Pedro es llamado anciano allí, donde está el combate de la pasión: Cuando eras joven, dice, te ceñías, e ibas donde querías; pero cuando envejezcas, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará donde no quieras. Esto dijo, significando con qué muerte había de glorificar a Dios (Juan XXI, 18). Antes del combate es llamado joven, en el combate anciano, quien completó todo el combate. Esto, pues, dice David, aquel guerrero en la juventud, pacífico en la vejez: Fui joven, dice; pero no quiero que me consideres aún joven: Y también he envejecido, y no he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan.

61. ¿Qué es la descendencia del justo? Las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia; no dice: Y a las descendencias, como si fueran muchas; sino como en uno: Y a tu descendencia, que es Cristo (Gálatas III, 16). Escucha la descendencia del justo. Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gálatas IV, 19). Y ahora, si alguno de los gentiles viniere a escuchar nuestro sermón, y el Señor se dignare ayudar, para que Cristo sea formado en su alma, para que lleve el parto de la fe: Cristo será su descendencia. Allí en ambos. Abraham, pues, era padre de generación según la carne, y el que primero infundió la palabra del Señor en los corazones de los justos. Y por eso esta descendencia de Abraham no busca estos panes con los que se provee alimento corporal; porque tiene el pan de justicia, que descendió del cielo (Juan VIII, 39). Pues así como se niegan los hijos de Abraham que no hicieren las obras de Abraham: así son descendencia de Abraham, y se reciben entre los hijos, quienes hicieren su obra. Verdadera descendencia de Abraham es Elías, a quien el ángel le proveía alimentos, y en virtud de

aquella comida caminaba durante cuarenta días. No requería este alimento de este cuerpo la verdadera descendencia de Abraham, a quien se le llevaban panes del cielo. Finalmente, los cuervos le ministraban un banquete diario. Así era indigente de todo, que no tenía nada propio, y era enviado para proveer alimento a otros. Verdadera descendencia es Daniel, a quien, puesto entre leones, se le llevaban platos de bronce llenos de manjares de segadores por el profeta Habacuc. Hay, pues, pan de ángeles, que el hombre comió; pues así está escrito: Pan de ángeles comió el hombre (Salmo LXXVII, 25). Este es el pan, del que dijo David: El Señor me apacienta, y nada me faltará: en lugar verde allí me colocó. Sobre agua de refrigerio me condujo (Salmo XXII, 2). Buen David me enseñó el pan de ángeles, y él mismo me enseñó el agua de refrigerio. Esta refrigeración es espiritual, esta refrigeración es descanso del alma interna. Buena agua, que lava el pecado, limpia lo interno. ¿Cuál es esta agua, escuchemos. Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu, que iban a recibir los que creyeran en él (Juan VII, 37 y ss.). Por tanto, ni de este pan, ni del agua de refrigerio carece el justo, para quien el Espíritu Santo es descanso y refrigerio.

62. (Vers. 26.) ¿Cómo podrá carecer, quien todo el día tiene misericordia y presta? ¿Qué es lo que presta el justo? No oro, no hierro, no plomo: sino plata refinada al fuego. Esto lleva a la mesa del Señor, y lo divide a los necesitados: a quien una, a quien dos, a quien cinco minas divide diariamente, y nunca se agota. Pero hemos oído que la usura es reprobada en la Ley, diciendo Moisés: No prestarás con usura (Deut. XXIII, 19). Hay una doble usura: una de dinero, otra de gracia. Divide ambas; porque está escrito: Si ofreces correctamente, pero no divides correctamente, has pecado: descansa (Gén. IV, 7). Y tú divide correctamente, para que no peques. El mismo Moisés te enseñe a dividir, quien advirtió que se debe dividir correctamente; para que sigas lo que hizo Abel, quien dividió correctamente: evites lo que hizo Caín, el parricida, quien no sabía dividir correctamente. Por tanto, el Espíritu Santo divide las divisiones, quien obra todas las cosas dividiendo a cada uno como quiere: él como quiere, tú como puedes, como vales en ingenio. Divide cuando la Ley hable de dinero, cuando de gracia. Pues te dijo: Prestarás a las naciones, de las cuales el Señor exige usura: pero tú no pedirás prestado (Deut. XV, 6). Hay también dinero de usura, y hay gracia, de la cual el Señor exige usura; el dinero de usura tiene metal, la gracia confiere fe. Presta, pues, fe a las naciones, para que te abunde la gracia: pero tú no pidas prestado como indigente, sino como rico y opulento presta. Prestó Pedro, prestó Pablo, prestó Juan el Evangelista, o ambos, y no carecieron; esto es, prestaron el dinero de Cristo, no prestaron dinero a usura. Presta, pues, y no dejes de prestar. Escuchas lo que dice la Escritura: Todo el día tiene misericordia y presta. El justo presta durante el día, el avaro en la noche; pues la gracia es de la luz, pero la avaricia es usura de las tinieblas. Y por eso la descendencia del que presta fe estará en bendición, teniendo ciertamente la recompensa de la bendición.

63. (Vers. 27, 28, 29.) Apártate del mal, y haz el bien; y habita para siempre. Porque el Señor ama el juicio, y no desampará a sus santos: para siempre serán conservados. Pero los injustos serán castigados, y la descendencia de los impíos perecerá. Los justos poseerán la tierra en herencia; y habitarán en ella para siempre. Con estos versículos el Profeta demuestra que pertenecemos al Señor, y él es el árbitro de nuestros pensamientos y obras, observando los méritos de cada uno, quien no hace nada sin juicio; sino que discierne con juicio las malas y buenas acciones. Por tanto, hay que apartarse del mal y hacer el bien. No confundas lo bueno y lo malo, primero es que carezcas de crimen; después que lleves el fruto de la inocencia, con el cual puedas ser perpetuo. No pienses que tus pecados pasan desapercibidos para Dios; pues así muchos caen. Él ve y condena todo, y extermina la descendencia de los impíos; descendencia ciertamente no de generación corporal, sino de la mente interna y la

sucesión de la impiedad (Job I, 1). Pues ciertamente Job, nacido de la descendencia de Esaú, está señalado por el testimonio de la Escritura. ¿Cómo, pues, pereció la descendencia de Esaú en Job, siendo este un hombre tan grande, que previó al Señor que vendría a la tierra, quien subyugaría al cetáceo de este mundo, el diablo? Por tanto, se busca que la maldad no se transfunda a los descendientes. Esto lo obra Cristo por el sacramento del bautismo, para que cada uno se despoje de lo que nació, y se vista de lo que renació: que no sea heredero de la familia, sino de la gracia; para que pueda adquirir para sí una morada perpetua de habitación eterna. Pero quien merezca habitar para siempre, él mismo honrará a Dios por los siglos de los siglos.

64. (Vers. 30 y siguientes) Donde establece las disciplinas morales del justo, para enseñarte cómo debe ser y cuál es la forma perfecta de justicia; desea que su mente se eleve hacia la sabiduría y los teoremas, y despierta su intención para que contemple con el corazón atento las cosas celestiales, y medite en su interior los oráculos divinos, y conforme su afecto a lo que agrada a Dios: que medite en la Ley, y que ningún mandamiento del Señor le pase desapercibido; que conozca los misterios del Sacramento divino. Finalmente, desde aquí vi al santo Profeta elevarse en los preceptos: La boca del justo meditará sabiduría, y su lengua hablará juicio. La ley de su Dios está en su corazón: y no lo condenará, dice, el Señor, cuando sea juzgado. Espera al Señor, y guarda su camino; y te exaltará para que poseas la tierra como herencia: cuando los pecadores perezcan, lo verás. Vi al impío exaltado y elevado más allá de los cedros del Líbano; y pasé, y he aquí que no estaba; y lo busqué, y no se halló su lugar. Las cosas anteriores son morales, estas son inteligibles. ¿Qué es la boca del justo que meditará sabiduría, sino el hombre interior? Porque hay dos hombres en cada uno: uno interior, otro exterior; el interior piensa lo que es de la mente, lo que es de la mente habla; el exterior lo que es del cuerpo. Sin embargo, el Señor al venir unió a ambos; y creó a dos en un solo hombre; para que no se enfrenten con movimientos diversos, sino que se unan mutuamente en la unidad de sus voluntades. Por eso la boca del justo meditará sabiduría. Pues ya el hombre exterior del justo ha sido transformado en la disciplina del hombre interior: y conformado a su naturaleza, ejerce sus funciones, para que la carne medite lo que es del interior de la mente. Pero para que esto no te parezca increíble, escucha al Apóstol diciendo (Filip. III, 21) que el Señor Jesús transformó el cuerpo de nuestra humillación, para que se hiciera conforme al cuerpo de su gloria. ¿Quién se atrevería a decir que la carne sin pecado, la carne asumida de la Virgen, la carne generada por el Espíritu de Dios sobre María, que en nada discrepó de las disciplinas de la sabiduría, fue ajena a las virtudes del hombre interior, ni pudo pasar a sus usos; cuando fue más allá del hombre que con su toque se sanaban los enfermos, se devolvía la vista a los ciegos, resucitaban los muertos? Por lo tanto, está escrito adecuadamente: la boca del justo meditará sabiduría; porque todo el hombre es espiritual, no terrenal: porque como es el terrenal, tales son los terrenales; y como es el celestial, tales son los celestiales. Por lo tanto, que el terrenal se aleje, el celestial permanece. Y así, refiriéndose a los tiempos del Redentor, el Profeta dijo: meditará; aunque uno de los muchos escribió: medita. Y no está en desacuerdo con el sentido; porque para el espíritu de los profetas, las cosas futuras son como presentes. Otros piensan que se dice boca por mente. Sin embargo, Salomón nos lo explicó bellamente diciendo: La narración del justo es siempre sabiduría: pero el necio se cambia como la luna (Eclo. XXVII, 12); es decir, que a menudo varía, ni persevera en su sentencia, y como en las tinieblas parece derramar luz, pero no retenerla.

65. Que siempre esté en tu corazón y en tu boca la meditación de la sabiduría, y que tu lengua hable juicio, que la ley de tu Dios esté en tu corazón. Por eso la Escritura te dice: Hablarás de ellas sentado en tu casa, andando por el camino, al acostarte, al levantarte (Deut. VI, 7). Hablemos, pues, del Señor Jesús; porque él es la Sabiduría, él es el Verbo y el Verbo de Dios.

Pues también está escrito: Abre tu boca al Verbo de Dios. Él inspira, quien resuena sus palabras, y medita sus palabras. Hablemos siempre de él. Cuando hablamos de sabiduría, él es: cuando hablamos de virtud, él es: cuando hablamos de justicia, él es: cuando hablamos de paz, él es: cuando hablamos de verdad, y vida, y redención, él es. Abre tu boca al Verbo de Dios, está escrito: tú abre, él hablará. Por eso dijo David: Escucharé lo que el Señor hablará en mí (Sal. LXXXIV, 9). Y el mismo Hijo de Dios dice: Abre tu boca, y la llenaré (Sal. LXXX, 11). Pero no todos pueden alcanzar la perfección de la sabiduría como Salomón; no todos como Daniel. Sin embargo, a todos se les infunde el espíritu de sabiduría según su capacidad; pero a todos los que son fieles. Si crees, tienes el espíritu de sabiduría; por eso el Sabio dice: Créi, por lo cual hablé (Sal. CXV. 10). Cuando creas, recibirás la gracia de hablar. Y quien cree, es redimido; y quien ora, es redimido: si se dedica piadosamente a las oraciones, y es asiduo en la oración, que anticipe el día, frecuente la noche, que se encuentre con el sol de la mañana, para que él mismo sea iluminado por Cristo antes que la tierra por el amanecer del sol; y quien canta salmos es redimido; y quien se conmueve, es redimido.

66. Por eso medita siempre, habla siempre de las cosas de Dios, sentado en casa. Podemos entender la casa como la Iglesia, podemos entender la casa interior en nosotros, para que hablemos dentro de nosotros. Los jueces se sientan en Jerusalén; se sentaron en juicio; también se sentó el consejo de los jueces, y los libros fueron abiertos. La profecía dice: Y tú con consejo haz todas las cosas (Eclo. XXXII, 24). Con consejo juzga tus hechos, con consejo bebe vino, con consejo habla; para que evites el pecado, no caigas por hablar demasiado. Sentado habla contigo mismo, como quien juzga: en el camino habla, para que nunca estés ocioso. Hablas en el camino, si hablas en Cristo, porque Cristo es el camino. En el camino habla contigo, habla con Cristo. Escucha cómo le hablas. Quiero, dice, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos puras sin ira ni discusión (I Tim. II, 8). Habla, oh hombre, durmiendo, para que no te sorprenda el sueño de la muerte. Escucha cómo hablas durmiendo: Si doy sueño a mis ojos y a mis párpados adormecimiento; hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob (Sal. CXXXI, 4 y 5). Vence la naturaleza con diligencia, excluye el sueño del cuerpo. No podemos formar la naturaleza, pero podemos la diligencia. David era hombre: concedía algo al sueño por la noche; pero excluía el sueño, lavando cada noche su lecho y regando su cama con lágrimas. Por eso recordaba siempre a su Señor en su lecho, y en él meditaba; para que anticipara el amanecer, y en las tinieblas le iluminara Cristo diciendo: Levántate, tú que duermes (Efes. V, 14). No en todos está esta gracia, pero puede haber diligencia en muchos. No esperes, pues, que Cristo te despierte; sino más bien despierta a Cristo. Despierta a aquel que piensa en él mientras duerme. Si tú lo despiertas, él también te despertará del sueño, te resucitará de la muerte diciéndote: Levántate de entre los muertos (Ibid.). Cuando te levantes o resucites, háblale, para que cumplas lo que se te ordena. Escucha cómo Cristo te despierta. Tu alma dice: La voz de mi hermano golpea a la puerta (Cant. V, 2); y Cristo dice: Ábreme, hermana mía, esposa. Escucha cómo tú despiertas a Cristo. El alma dice: Os conjuro, hijas de Jerusalén, si despertáis y resucitáis el amor (Cant. III, 5). El amor es Cristo. Escucha también cómo hablas durmiendo: Yo duermo y mi corazón vela (Cant. V, 2). Esto en general: ahora eleva un poco más tu mente.

67. Habla sentado en casa, en esta casa terrenal de esta morada, que se disuelve, en la que estamos peregrinando lejos del Señor. Porque en este cuerpo, mientras deseamos más revestirnos que despojarnos, estamos exiliados de Cristo, y gemimos gravemente. Sentado, pues, en esta casa, confiesa tus pecados; porque te sentaste, y no te mantuviste de pie, y no dijiste: Estaban nuestros pies en tus atrios, Jerusalén (Sal. CXXI, 2). Habla más, y no ocultes tus delitos; habla sentado: para que escuches decir: Levantaos después de haber estado

sentados, los que coméis el pan del dolor (Sal. CXXVI, 2). Habla en el camino andando, es decir, recorriendo el curso de esta vida. Habla aquí, para que no te quedes mudo allí, como aquel que quedó mudo porque no creyó al ángel de Cristo antes; pero después, cuando creyó, recuperó la voz. Habla durmiendo y descansa, sepultado con Cristo; para que con él resucites en novedad de vida. Habla también sepultado en el sepulcro; como hablaban las almas de los santos, pidiendo venganza del autor de la muerte. ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre? (Apoc. VI, 10). Finalmente, habla cuando te levantes; como enseñó aquel que dijo: Yo dormí, y descansé, y resucité; porque el Señor me sostendrá (Sal. III, 6). Y allí, pues: La boca del justo meditará sabiduría, hasta que él mismo llegue a los secretos más sublimes del tabernáculo celestial, y lleno de sagrada alegría y júbilo; como la Escritura nos enseñó, diciendo David: Esto recordé, y derramé sobre mí mi alma; porque entraré en el lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios. Con voz de júbilo y confesión, sonido de festín (Sal. XLI, 5). Por lo tanto, tanto sentados en esta casa corpórea, como saliendo de aquí, y andando en el camino, cuando seamos arrebatados, si lo merecemos, al encuentro de Cristo, y durmiendo hablaremos.

68. Toma la tercera anagogía, por la cual el alma del justo se eleva. Hay un cierto sueño espiritual que debe entenderse, del cual Salomón dice: Si te sientas, te sentarás sin temor; si duermes, descansarás suavemente, y no temerás el pavor que vendrá sobre ti, ni los ataques de los impíos que vendrán sobre ti (Prov. III, 24 y siguientes). Descansarás con suavidad, y no temerás el pavor, ni los ataques de los impíos que vendrán sobre ti; si tu lengua habla el juicio de Dios, y siempre lo tienes ante tus ojos; para que no dejes lugar al pecado, y sepas que el precio del delito se pagará con la retribución del castigo. Pues él mismo lo interpretó en el salmo noventa diciendo: No temerás el terror nocturno, ni la flecha que vuela de día, ni el negocio que camina en las tinieblas, ni el encuentro y el demonio del mediodía. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu derecha, pero a ti no se acercarán. Sin embargo, con tus ojos considerarás, y verás la retribución de los pecadores (Sal. XC, 5 y siguientes). Porque el justo cuando habla el juicio de Dios, o cuando habla lo que es justo, y lleno de verdadero juicio, no habla con ira, no desde la aflicción de un alma doliente, no desde el dolor, no desde alguna pasión; sino que habla desde la verdad, habla desde la equidad, para que no se incline por afecto, sino que lo que habla, lo pese con verdadero examen: pues juzga lo que debe decirse, o no debe pronunciarse. A lo cual es similar aquello: Los labios de los sabios están atados con sentido (Prov. XV, 7); porque todo lo que hablan, parece convenir al verdadero sentido, y con la prudencia de su sentido entienden lo que deben hablar o callar: para que lo que debe callarse, lo contengan con una especie de cerrojo y vínculo de labios; pero en lo que debe decirse, se desatan las ataduras de los labios. Por lo tanto, con razón se ha dicho antes: La boca del justo meditará sabiduría; porque la meditación prolongada podrá tener un juicio pleno, que el justo hablará en su tiempo; cuando vea cara a cara las cosas que son perfectas. Pues ahora de las cosas que no comprendemos, no podemos hablar verdaderamente. Por lo tanto, ni siquiera Pablo se atrevió a decir, quien fue arrebatado al paraíso y escuchó secretos celestiales: pero queriendo no errar en lo que decía, dijo: ¡Cuán inescrutables son los juicios de Dios, e ininvestigables sus caminos! (Rom. XI, 33). Ahora, sin embargo, liberado del cuerpo, tal vez comprende los géneros de los caminos investigables, y sus juicios que son como un abismo profundo.

69. (Vers. 31.) Aún se describe y aumenta la forma de justicia, diciendo la Escritura: La ley de su Dios está en su corazón; y no serán trastornados sus pasos. En el corazón del justo está la ley de Dios. ¿Qué ley? No escrita, sino natural; porque al justo no se le ha puesto ley, sino al injusto. En su corazón está la ley, no superficialmente, como en los labios de los judíos; porque con el corazón se cree para justicia. Quien cree, habla; pero quien habla, no

necesariamente cree. Por lo tanto, el pueblo no creyó, del cual se dijo: Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí (Isa. XXIX, 13). Si, pues, las naciones hacen lo que es de la ley, ellos mismos son ley para sí mismos, conociendo lo que deben seguir o evitar; cuánto más el fiel y justo, que vive a imagen y semejanza de Dios, sabe discernir lo decoroso y lo honesto, y usar como un legítimo timón de la sabiduría natural, para que no sean trastornados sus pasos; como Esaú, a quien por la avidez de la gula su hermano lo suplantó para que cayera, y derramó sus pasos hacia la muerte.

70. (Vers. 32, 33.) Cuanto más justo es alguien, más le acecha el enemigo; y por eso dice la Escritura: El pecador observa al justo, y busca perderlo. Pero el Señor no lo dejará en sus manos: ni lo condenará, cuando sea juzgado. Viendo, pues, el pecador que el justo habla en su boca, y en su corazón medita sabiduría, que en su lengua habla juicio, que en su corazón guarda la ley del Señor; intenta infligirle la muerte del pecado, pero el Señor lo protege. Y por eso no temamos las acechanzas del pecador, porque Dios está por nosotros. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Por eso Dios no abandonará a su justo, ni lo condenará, cuando tenga juicio sobre él. Porque es un juez verdadero; y por eso la justicia no puede peligrar. Por lo cual también Aquila dijo: Ni lo condenará al juzgarlo. Símaco: Ni lo condenará, cuando se juzgue al justo.

71. Pero porque los Setenta varones lo pusieron así: Cuando sea juzgado para él; pensamos que se refiere a otra cosa, porque está escrito: Porque el mismo Señor vendrá en juicio (Isa. III, 14). Pero, ¿en qué juicio? Escucha diciendo: A ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante ti; para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado (Sal. L, 6). Por eso, pues, el Señor se ofrece a ser escuchado, para que se juzgue sobre él, para que más bien venza. Cómo se ofrece, escucha: Pueblo mío, ¿qué te he hecho; o en qué te he contristado; o en qué te he sido molesto; respóndeme? Porque te saqué de Egipto, y te liberé de la casa de servidumbre (Miq. VI, 3 y 4). Y en otro lugar: Yo soy, yo soy quien borra tus iniquidades, y no las recordaré: pero tú recuerda, y juzguemos (Isa. XLIII, 25 y 26).

72. Este es un juicio grave, cuando el Señor pide ser juzgado contra el hombre. ¿Qué le responderás a él, que te ha concedido todo, te ha puesto sobre todo; te ha sometido a los egipcios, a quienes llegaste como huésped, y después los sumergió en el mar persiguiéndote. Él borró a tus enemigos, y los destruyó, él te creó y te formó, él te redimió con su sangre; y tú te entregas para servir a su enemigo. Él te perdonó todos los pecados, y tú cometes peores. Te llama, vendrás al juicio, ¿qué le responderás a él, que si no te perdona de nuevo, estás perdido? Por eso, viendo el santo David que con esta cierta moralidad de Dios se agravaba más, rehúye el juicio, pide misericordia diciendo: Y no entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. CXLII, 2). Confiesa que está colocado en las tinieblas como un muerto del siglo. Cuidadosamente dijo como un muerto del siglo, no muerto; porque no son muertos del siglo los que mueren en Cristo; sino que son muertos del siglo, los que toda su vida que vivieron en el siglo, la constituyen en destrucción y muerte. Y por eso, como desesperado, huye al remedio diciendo: Pronto escúchame, Señor; porque ha desfallecido mi espíritu (Ibid., 7). Pues tal proposición de juicio le hizo desfallecer, en el cual se examinaría la verdad más bien que se concediera misericordia.

73. Sin embargo, el Señor es tan piadoso, que aunque nadie se justifique en su presencia viviendo (¿quién, aunque justo, no está sujeto al pecado; o cuya vida es tal, que se juzgue digna de la semejanza de Dios?) hecho a imagen y semejanza de Dios debe, como Dios que es sin pecado, así también el que es a su imagen, ser sin pecado. ¿Qué castigo merece, pues, quien ha perdido tan gran gracia de la operación del Señor, y la semejanza del divino decoro? Pero porque es misericordioso, aunque él mismo se someta al juicio; sin embargo, no juzga al

justo, sino al injusto. Perdona al justo, como pecador por la fragilidad de la condición: castiga al injusto, como quien detesta al ingrato. Además, aunque tengas muchas obras de justicia, no seas impaciente ni arrogante, para que no pienses que debes exigir las recompensas de la justicia en este siglo, o te quejes de que te han sucedido algunas adversidades indignamente. Porque mientras vivas, se te debe la lucha, no la recompensa.

74. (Vers. 34.) Espera, pues, al Señor, ya sea como ayudador o como remunerador: Y guarda sus caminos; esto es esperar y conservar los mandamientos de aquel a quien crees que debes esperar. Aunque te quebrantes, aunque te aflijas, aunque desfallezcas por enfermedad, sin embargo, espera al Señor, y no te confundirá la esperanza.

75. Vendrá el Señor, y te exaltará, para que poseas la tierra como herencia. Está claro que la tierra superior es, no esta terrenal en el valle; sino aquella que es de la promesa eterna en la cual quienquiera que esté establecido, es exaltado por el Señor.

76. Verás cuando los pecadores perezcan; entonces será la recompensa de los justos, cuando se juzguen los méritos de los impíos. Pero los pecadores no perecen de una sola manera. Para ti perecen si no admiras su poder y riquezas: si no te conmueve verlos abundar en honores, hijos y amigos. Estas cosas son del mundo, y el mundo está sujeto a la maldad secular: y el príncipe del mundo favorece a quienes le sirven; según aquello: "Todo esto te daré, si postrándote me adoras" (Mateo IV, 9). ¿Por qué buscas que te den lo que ni siquiera el impío que lo da puede disfrutar por mucho tiempo? También él pasa, ¿cómo no van a pasar las cosas que otorga? Tú mantén un ánimo constante, conserva la justicia, que nadie te conmueva, y verás que el impío no es nada.

77. (Vers. 35.) Finalmente, escucha al que dice: "Vi al impío superexaltado, y elevado sobre los cedros del Líbano. Y pasé, y he aquí que no estaba". Lo vi en este mundo, lo vi con los ojos del cuerpo; también lo vi jactándose y superexaltándose con sus palabras, creyéndose ser algo, cuando no es nada. ¿Cómo se superexalta? Dice: "Pondré mi trono sobre las nubes: y seré semejante al Altísimo" (Isaías XIV, 14). Se exalta para que lo veas como los cedros del Líbano superexaltados: y ellos son altos, y están en el monte más alto. Con razón, pues, están superexaltados, y el impío parece superexaltado, quien se establece en aquel monte del que está escrito: "Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Quítate de aquí y échate en el mar" (Mateo XVII, 19). ¿A este? Al demonio, dice, del que este había sido invadido y oprimido, a quien admiras por haber sido sanado. Por eso tiene más amor en Cristo que poder en el diablo. Ves el cedro en el monte altísimo superexaltado; pero el viento lo rompe, el fuego lo quema, la vejez lo disuelve: así es el rico en el mundo. Brilla con cierto esplendor de gracia secular como el Líbano, se apoya en el poder del mundo, se exalta con riquezas y bienes. Te parece ser algo, antes de que digas: "Pasando veré" (Éxodo III, 3). Pues así como Moisés pasó con ánimo y mente por las cosas materiales, y vio a Dios: así también tú, si pasas de aquí, elevando la huella de tu mente a la gracia de Dios, verás que no es nada quien en esta tierra parecía ser el más poderoso. Por eso el Verbo de Dios dice a tu alma, a tu mente: "Ven de Líbano, esposa, ven de Líbano: pasarás y atravesarás" (Cantar de los Cantares IV, 8). Si pasas las cosas seculares, atravesarás al paraíso. Escucha al que pasa, "Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino" (Lucas XXIII, 42). Escucha de nuevo al que atraviesa: "En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso" (Ibid., 43).

78. ¿Qué significa: "He aquí que no estaba"? Al principio, ciertamente, el Verbo era. Y quien ve el Verbo, quien participa del Verbo, ciertamente también él es; porque el Verbo de Dios siempre es, y el discurso que de él es, no es: Es y no; sino: Es; y permanece en aquel que

sigue a Dios. Pero quien no conoce el Verbo, no es, porque no se adhiere a aquel que dijo: "Yo soy el que soy" (Éxodo III, 14). Quien se adhiere a él, es un solo espíritu. Donde está el espíritu, allí está la vida. Por eso la Escritura te dice de Dios: "El que da vida a los muertos, y llama a las cosas que no son, como si fueran" (Romanos IV, 17); esto es, llama a las naciones que no eran, como su pueblo que era; porque nuestros padres eran, quienes eran elegidos de Dios. Y en otro lugar se dice: "Conoció el Señor a los que son suyos" (II Timoteo II, 19); no conoce a los que no son. Y Esther dice: "No des el cetro de tu reino a los que no son" (Esther XIV, 11). Con razón, pues, el justo dice: "Y pasé, y he aquí que no estaba"; esto es, lo vi superexaltado en el mundo, antes de considerar que el mundo no es nada. Pero cuando pasé con la mente por encima del mundo, vi que ya no estaba, quien antes estaba superexaltado en este mundo.

79. Y tú, si eres justo, pasa de las cosas presentes a las que están por venir, y las presentes pasarán para ti. El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán (Mateo XXIV, 35). Para el justo, pues, todo pasa. El impío pasa, es semejante a la vanidad, y sus días pasan como sombra. No solo pasan las cosas presentes para el justo; sino que también cuando se enfoca en las que están por venir, ya estas pasan. Mira cómo las cosas presentes pasaron para el justo. Ciertamente en los tiempos del profeta David estaba la Sinagoga, no estaba la Iglesia de los gentiles; y él mismo dice de las futuras como si fueran presentes: "Benedicid, naciones, a nuestro Dios" (Salmo LXV, 8). Luego dice más arriba: "Dios subió con júbilo" (Salmo XLVI, 6). Pasó los tiempos futuros de la perfidia, no por edad, sino por mente; y celebró con devoción piadosa la resurrección del Señor, que habría de venir mucho después, diciendo: "Cantad a nuestro Dios, cantad; cantad a nuestro Rey, cantad" (Ibid., 7). Como si estuviera presente en los mismos sacramentos de la unión nupcial de Cristo y la Iglesia, así se regocija y se alegra. También expresó la causa de la celebración diciendo: "Reinó el Señor sobre toda la tierra" (Ibid., 8). Por lo tanto, si nosotros pasamos, también nos parecerá que han pasado las cosas que están por venir; como si al navegar pasas la tierra, también la ves pasar, y como si se alejara de ti. A menudo los marineros, especialmente en la tormenta, huyen de la tierra; y sin embargo, cuando huyen navegando, parece más bien que la tierra huye de ellos. Y tú, si huyes de este mundo, él también te huirá; si pasas esta tierra, ella también te pasará. Y tú navegas en este mar, y fluctúas en este siglo; huye de la tierra, tiene rocas, tiene piedras; como está escrito: "Quitad las piedras del camino" (Isaías LXII, 10). Si te apresuras por este profundo aéreo al puerto de la voluntad divina, verás que todas estas cosas han pasado para ti. ¿Qué importa si han pasado, o si juzgas que han pasado para ti?

80. Hay también otro impío que parece exaltado y elevado sobre los cedros del Líbano; y si pasas, no estará, ni encontrarás su lugar. Mira al escriba judío que devuelve la serie de las Escrituras antiguas, pero no las sigue; escuchas que las recita con los labios, lo admiras como docto. Preguntas qué piensa: responde según la letra, recorre la historia. Te parece superexaltado y elevado, si piensas en la letra. Pasa a la inteligencia espiritual, porque la Ley es espiritual; ves que él no es nada, entonces dices: "Vi al impío superexaltado... y pasé, y he aquí que no estaba; y lo busqué, y no se encontró su lugar". Lo busqué donde debía estar, donde está la vida: no lo encontré. No estaba allí, donde estaba la vida; porque estaba muerto, y por eso tampoco se encontró su lugar. ¿Cuál es el lugar del muerto, que no era, ni fue jamás? No fue, quien estaba en la letra; porque la letra mata, pero el espíritu vivifica. Lo busqué, pues, para encontrarlo: él no se ofreció para ser encontrado; esto es, yo quise convertirlo: él no quiso ofrecerse para ser convertido. Hice lo que era de quien busca: él rehuyó lo que debía ser de quien vuelve. Finalmente, el alma que quiere convertirse, busca el Verbo; y cuando lo encuentra, dice: "Lo he tomado, y no lo dejaré" (Cantar de los Cantares

III, 4), esto es, al Hijo de Dios, al Verbo de Dios. Pero al injusto que no quiso ser sanado, lo busqué, y no lo encontré; y por eso no lo imites.

81. (Vers. 37.) Guarda la inocencia, y ve la equidad. Quien guarda la inocencia, ve la equidad; porque quien es puro, ve a Dios, cuya vara es recta, y recta es la justicia; para que se aparte de aquellos que se han desviado hacia los estudios de la perversidad. Buena es la inocencia, que ve a Dios. Finalmente, otros han puesto: Guarda la perfección; porque es perfecto quien no conoce la malicia, ni sabe del engaño. Por eso dice: Guarda la perfección; porque hay reliquias para el hombre pacífico. Se llaman reliquias del hombre del cuerpo muerto, de sus despojos. Por eso son reliquias, porque después de la muerte del hombre parecen sobrevivir; sobreviven las que se guardan para la resurrección. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción y esto mortal se vista de inmortalidad. Por lo tanto, más bien las reliquias del hombre son la esperanza de la resurrección, y la fe de la conversión, y la gracia del amor; porque los impíos no resucitan en el juicio; pero la vida de los justos es conocida por Dios, y se comprueba en el juicio del Señor. A este lugar le conviene bien aquello de "Las reliquias según la elección de la gracia han sido salvadas" (Romanos XI, 5).

82. (Vers. 38.) Pero los injustos perecerán juntos; las reliquias de los impíos perecerán. Las reliquias de los justos son virtudes: las reliquias de los impíos son la maldad y el pecado de la perfidia. Estas serán borradas, para que no existan.

83. (Vers. 39.) Pero la salvación de los justos es del Señor; no del mundo, no del elemento. El cielo y la tierra pasarán. No confío mi salvación al cielo; porque también él pasa, porque de muchos cielos se ha dicho: "Ellos perecerán, pero tú permaneces" (Salmo CI, 27). Solo a Dios confío, que permanece, que puede perdonar los pecados; para que sea mi protector en el tiempo de la tribulación, y me ayude, y me libere, y me rescate de los pecadores en el tiempo de su juicio, y me salve, porque he confiado en él. Solo en él he confiado; porque no quiere que le sirvamos a él y a otro. Quien le sirve solo a él, es liberado; porque a él es la alabanza, la gloria, la perpetuidad desde los siglos, y ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos.

EN EL SALMO XXXVII COMENTARIO.

815 PREFACIO.

1. Sobre la Penitencia ya he escrito dos libritos hace tiempo, y nuevamente considero que debo escribir. Primero, porque es útil pedir perdón por los pecados cada día; luego porque en esos dos libritos hay una exhortación a la penitencia o progreso, si se lleva a cabo; ahora, sin embargo, se debe expresar cómo debe hacerse la penitencia; pues de nada sirve hacerla, si no se hace como se debe. En esto, el santo David nos propuso un magisterio a seguir, quien me parece que probó el pecado para enseñarnos cómo se puede abolir el pecado. ¿De dónde, si no, la medicina tomó su inicio del herida? Mientras la primera edad del género humano enseña a otros lo que le fue útil a sí misma, y muestra a otros cómo sanó su herida; el uso hizo el arte, y la enfermedad el magisterio. Pues esta es la primera y fuerte secta de la medicina, que la experiencia, no la conjetura, formó. Por eso, por la experiencia, los primeros médicos fueron llamados empíricos, y de esa secta se derivaron las demás, y de ella tomaron un cierto uso de su virtud. ¿Qué hay más fuerte para la exhortación a la penitencia, que lo que el santo profeta David nos enseñó a arrepentirnos de nuestros pecados? ¿Quién se negará a humillarse ante Dios, cuando un rey se ha humillado? ¿O quién dudará en afligir su alma, cuando un profeta tan grande se ha afligido, pagando el precio de las lágrimas por la

redención del pecado? Y aunque en todo el cuerpo de sus escritos ha difundido preceptos para llevar a cabo la penitencia (¿quién de sus salmos no es un medicamento para la conciencia pecadora; cuando en un lugar mostró cómo fue impulsado (Salmo CXVII, 13), en otro cómo fue perturbado (Salmo XXIX, 8), para que no solo mostrara cómo sanar las heridas, sino también cómo evitarlas, y nos enseñara con su ejemplo? ¿Quién, pues, creará estar firme, donde incluso el más fuerte cayó?) sin embargo, en el salmo treinta y siete expresó una mayor fuerza de dolor interno y lamentable lamentación.

2. (Vers. 1.) Finalmente, al principio el mismo título nos advierte que se forman preceptos de este tipo; pues así leemos: "En conmemoración", dice, "del día de sábado, salmo de David". Pues la definición de penitencia está llena, la conmemoración de los pecados; para que cada uno castigue sus pecados como con un cierto flagelo de discurso diario, y condene las faltas cometidas. Pues así se nos enseña, diciendo el Señor: "Di tus iniquidades, para que seas justificado" (Isaías XLIII, 26). Y el Apóstol dice: "Con la boca se hace confesión para salvación" (Romanos X, 10). Pero tal vez te sorprenda, porque no dijo conmemoración de los pecados; sino del día de sábado, o (como otro tiene) de los sábados (Éxodo XX, 8 y ss.). ¿Qué es el sábado, sino el descanso de lo por venir, el alivio de lo presente, en el que la Ley ordena que las obras de los hombres se detengan, que se dejen las cargas? ¿Cuáles son las cargas más pesadas, sino nuestros pecados? Que se dejen estas en los días de sábado, esto es, en este tiempo de la vida. Pues toda semana se concluye en siete días, el mundo fue formado en seis días, el séptimo día el Señor descansó de su obra, quien descansa en nuestra mansedumbre, como él mismo dijo: "¿Sobre quién descansaré, sino sobre el humilde y manso?" (Isaías LXVI, 2). Libérate, pues, cada sábado, y aligera el peso de los errores; para que merezcas llegar seguro al descanso de aquel sábado futuro. Pues si llevas aquí los pecados graves, allí no tendrás descanso. Descarga, pues, tu mente, rechaza todo lo que pesa y oprime la conciencia, para que tu huida no sea en invierno o en sábado: esta vida es en trabajo, aquella en descanso. Que la consumación de este siglo te encuentre más ligero, para que no puedas huir cargado de pecados. Huye antes, para que te anticipes. Huye del siglo, quien no está atado a las seducciones del siglo, quien se libera de todo su cuidado. Huye también de la ira futura, esto es, del día del juicio. Huye de ella quien haya hecho penitencia; pues así lo definió Juan el Bautista diciendo: "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de penitencia" (Mateo III, 7 y 8).

3. Hoy escuchaste que se leyó que Juan bautizaba en Aenon, cerca de Salim (Juan III, 23). Aenon se dice ojo de los suplicios: Salim mismo ascendiendo; esto tiene la interpretación. Quien elige ser bautizado, prevé los suplicios; y por eso acude al sacramento del bautismo, para dejar todo pecado, para no ser sujeto a los suplicios. Y tal vez prevé los suplicios quien es bautizado con el bautismo de penitencia; pero en verdad aquel mira la gracia, quien es bautizado en Cristo. El bautismo de Juan, pues, es el ojo de los suplicios: el bautismo de Cristo, el ojo de las gracias. Aunque en Aenon bautizaba Juan, cerca del que ascendía bautizaba; pues esto también tiene esta interpretación, que Salim se dice él mismo ascendiendo. Era, pues, cercano a Cristo, quien anunciaba su advenimiento. Pues el Hijo del hombre que descendió del cielo, él mismo es también quien ascendió al cielo, para cumplir todas las cosas. Pero porque como es el celestial, así son los celestiales; y él ascendió al cielo, quien dejando las cosas terrenales es sepultado con Cristo; para que resucite con Cristo de la muerte del pecado a la novedad de vida, y al consorcio de la herencia; para que sea, como está escrito; heredero de Dios, coheredero de Cristo (Romanos VIII, 17).

4. La verdadera medicina, pues, es hacer penitencia: que fue legítimamente predicada cuando vino el médico del cielo, quien no agravaría las heridas, sino que las sanaría. Buen médico, quien enseñó cómo buscar en esta tierra de nuestro cuerpo los remedios; cuando nos surgió la

flor de la hierba saludable, quien condenó el pecado en la carne por el pecado. Así, pues, la carne se hizo antídoto, que antes era veneno del pecado: porque era la seducción de los pecados. Escucha cómo la carne de Dios se hace antídoto: "El Verbo se hizo carne" (Juan I, 14); metió la mano en la caverna de las serpientes, evacuó el veneno, quitó el pecado; esto es, condenó el pecado en la carne por el pecado.

5. Y para que esto pueda considerarse más plenamente, recitemos el mismo capítulo del Apóstol. Pues así está escrito: "Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, condenó el pecado en la carne por el pecado; para que la justificación de la Ley se cumpliera en nosotros, para que no andemos según la carne, sino según el espíritu" (Romanos VIII, 3 y 4). Vino, pues, el Hijo de Dios en semejanza de carne de pecado: no vino ciertamente en semejanza de carne, quien asumió verdadera carne; sino en semejanza de carne de pecado, esto es, de carne pecadora. Pues nuestra carne se había hecho por el fraude y veneno infundido de la serpiente, carne de pecado. Después de que se hizo sujeta al pecado, se hizo carne de muerte; porque era debida a la muerte. Cristo asumió la semejanza de esta carne ya culpable, ya prejuzgada en su carne; porque aunque había asumido la sustancia natural de esta carne, no había asumido ninguna contaminación: ni fue concebido en iniquidades, ni nació en delitos, quien no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón; sino del Espíritu Santo nació de la Virgen. ¿Qué es, pues: "Condenó el pecado en la carne por el pecado"? ¿Acaso de la semejanza de carne de pecado; o porque Cristo asumió nuestros pecados no por uso, sino por cualidad: no por crimen, sino por el sacramento de su misericordia; y se hizo pecado por nosotros, quien no hizo pecado él mismo? ¿O acaso porque también de esta carne de pecado, esto es, de nuestra carne sujeta y prejuzgada condenó el pecado en la carne, enseñando cómo estando en la carne no andemos según la carne, sino según el espíritu? Pues es pecado andar según la carne; porque vive para el lujo, y las voluptuosidades, y las lascivias, y los deseos de la carne, quien se comporta según la sabiduría de la carne; pues la sabiduría de la carne es enemiga de Dios: por lo cual quienes están en la carne, no pueden agradar a Dios. Por eso condena el pecado por el pecado quien se lava de los vicios de la carne, vive según el espíritu, todo entregado a Dios, y atento a los oráculos celestiales: por lo cual Cristo vino, para hacer no su voluntad, esto es, de la carne, sino la de Dios. Si alguien, pues, lo sigue, para hacer lo que agrada a Dios, y reprime el apetito de su carne, es imitador de Cristo.

6. Lo que hemos sentido, lo hemos expresado. Tú que lees, elige qué seguirás. No hay error donde hay un simple afecto de piedad, y todo sentido es fiel. Cristo condenó el pecado, asumiendo la semejanza de la carne del pecado, para abolir las faltas de nuestra carne. Condenó el pecado para que nuestros pecados fueran crucificados en su carne; hecho por nosotros mismo pecado, para que en él fuéramos la justicia de Dios, quienes éramos cautivos de la muerte y presa de la serpiente. Por lo tanto, esta asunción de los pecados es de piedad, no de crimen. Por este pecado, Dios eterno nos absolvió, quien no perdonó a su propio Hijo, y lo hizo pecado por nosotros. Luego, Cristo condenó el pecado en la carne de la misma carne del pecado, que con cierto vigor judicial y autoridad censoria, odia los vicios que solía amar, y aborrece la impudicia, que consideraba placer. Se separa de las lascivias, renuncia a las codicias, renuncia a los crímenes y escándalos, rechaza la avaricia, que afemina cierta virilidad de la carne. He aquí a ese imitador de Cristo, y él mismo condenando el pecado en la carne. Así corro, dice, no como a la incertidumbre, así lucho, no como quien golpea el aire: sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre; no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo me convierta en réprobo (II Cor. IX, 26 y 27).

818 7. No nos hemos desviado en vano, según creo, porque esto también pertenecía a la medicina del hombre. A esta medicina, Dios, al prever, ordenó que esta tierra produjera jugos saludables de hierbas y árboles, con los cuales se curaran las heridas de la carne; así también llenó con preceptos saludables la serie de las Escrituras divinas, con las cuales se sanara la debilidad del alma. Por lo tanto, ¡qué grave es que los animales mudos sepan medicarse a sí mismos, y busquen hierbas saludables para sus heridas, y no rechacen elegir las; y que la industria de los hombres no busque, a quienes incluso se les ha enviado un médico, que mostrara las semillas de la medicina saludable en las Escrituras antiguas, y él mismo trajera las nuevas! ¿Cuántas cosas saludables hay, que se juzgan nocivas de manera superficial? Tomemos ejemplos de la misma tierra.

8. La serpiente alberga veneno, tiene mordeduras nocivas, hiere la carne; pero en su mismo veneno encontrarás antídoto, si lo buscas. De hecho, su carne se quema, de cuyo polvo se confecciona la triaca, con la cual se acostumbra a debilitar la fuerza del veneno, para que no pueda dañar. No es la tierra, por lo tanto, la que está en falta, que genera la serpiente; sino aquel que no sabe cuidarse de la serpiente. La misma serpiente puede beneficiarte, si entiendes; más aún, si no desprecias las prescripciones del médico. Aprende a imitar a quien crees que debes evitar. Sean, dice, astutos como serpientes, y sencillos como palomas (Mat. X, 16). Guarda tu cabeza como la serpiente; y si fueras desgarrado en todo el cuerpo, revivirás. Tu cabeza es Cristo, porque él mismo es la cabeza del hombre: si guardas la fe, aunque mueras como la serpiente, también tú resucitarás. Imita a la serpiente, que se despoja de su exterior, para renovarse interiormente: imita a la serpiente, que vomita su veneno. Bienaventurado también tú si vomitas tus malos pensamientos, y depones los venenos de tu malicia. Es un dicho célebre, y robusto por la autoridad de los escritos, que la serpiente al acercarse a las aguas, con su silbido se compromete en concubinato con la hembra de la serpiente; aquella, consultando su propia salvación, promete el uso de los coitos solicitados bajo la condición de que la serpiente vomite su veneno; y capturado, obedece las órdenes, deposita las armas, y según la costumbre de su propio encuentro, inserta su cabeza en su boca; y cuando la costumbre comienza a calentar, ya sea por cierta violencia de la naturaleza, o por el ardor de la lujuria, aprieta a la hembra con su boca, oprime con mordiscos de lujuria los besos, y así se corta la cabeza de la serpiente.

9. ¿No reconoces en la naturaleza de la serpiente el misterio de la fe? Aquella serpiente del paraíso primero provocó a la mujer al adulterio de la culpa; pero cuando su veneno fue derramado en este mundo, la descendencia de aquella mujer, con la circunvención del padre y mucha astucia de la serpiente, lo despojó de sus armas, y le cortó la cabeza. Pero si los venenos prevalecieran, y el pecado en el que está el aguijón de la muerte se infiltrara; usa el ejemplo de los médicos, para que la serpiente muera al menos tarde. Tritura su veneno, y su cuerpo, y conoce que debe ser mezclado con jugos saludables; para que no solo pierda su fuerza y veneno, sino que también se convierta en remedio del veneno. La serpiente inteligible muere para ti, si tú mueres al pecado, y tus pecados mueren para ti. Así se tritura su veneno, si tus hechos te hieren: así se abole todo su veneno, si lo cubres con buenas obras, y moderas el crimen cometido con fiel confesión. Escucha cómo se tritura la fuerza del mismo dragón. Que Dios triture, dice, a Satanás bajo vuestros pies (Rom. XVI, 20). Tritura primero tu corazón, en el que estaba la guarida del dragón; para que no encuentre dónde pueda habitar: tritura las carnes del dragón: sus carnes son nuestros pecados. Por eso Dios te dice: Se banquetearán en él las naciones (Job XL, 25). Y más adelante dice: Se adelanta a morir: Pero las carnes de su cuerpo están adheridas a él (Job XLI, 13 y 14). Porque así como los santos son el cuerpo y los miembros de Cristo; así los pecadores que no abandonan el pecado, sino que se adhieren al pecado, son el cuerpo y los miembros del dragón. Por eso

nosotros, el cuerpo de Cristo, nos banqueteamos; pero ellos se banquetearán con el cuerpo del dragón: nosotros nos banqueteamos, quienes nos esforzamos por adherirnos a Cristo, el perdón diario y la remisión de los pecados; pero ellos, que diariamente conectan pecados con pecados, se banquetearán con la continuación de escándalos y crímenes.

10. Tritura, por lo tanto, estas carnes, y sobre ellas esparce la contrición de tu corazón: luego vierte sobre todo ello el agua del Jordán. Porque el Jordán es descenso y ascenso, ya que quien desciende a la fuente sagrada, asciende; para buscar lo que está arriba. Porque desciende a la muerte de Cristo, quien es bautizado en Cristo, y asciende a su resurrección. Pero si ya bautizado erraste, vierte el agua de las lágrimas, no falsa, sino verdadera; para que desde lo profundo clames al Señor tu Dios, y se diga de ti: Se oyó una voz en Ramá, llanto y gran lamentación, Raquel llorando por sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son (Jer. XXXI, 15). Raquel es la Iglesia, en la que se bendice al pueblo de Dios: que ella llore por ti, que ella deplora tus pecados, y llore mucho; para que no acepte fácilmente la consolación, como aquellos que mucho sufren. Por eso no quiso ser consolada; porque quien eras, dejaste de ser. Pero con esta perseverancia de dolor y llanto se merece que diga: Mi hijo estaba muerto, y ha revivido: estaba perdido, y ha sido hallado (Luc. XV, 32). O tal vez Raquel no quiso ser consolada en los hijos de los judíos; porque no son, a quienes ciertamente había engendrado para que fueran. Y por eso no admitió la consolación, al ser asesinados los pequeños por Herodes; porque ni en la venida de Jesús creyeron, llenando la medida del crimen, para que también los pequeños fueran asesinados, para que entre ellos también el hijo de la Virgen fuera muerto. Por lo tanto, la Iglesia del Señor no quiso ser consolada en los judíos, porque no son: pero en los cristianos que han sido congregados de las naciones, se banquetea y se regocija; porque comenzaron a ser, quienes no eran.

11. Has vertido, por lo tanto, el agua del Jordán, el agua de la gracia; esto primero bebe: has vertido el agua de las lágrimas, el agua del arrepentimiento; este es el segundo cáliz, para que repares el primero. Bebe agua de tus vasijas, bebe agua de tus lágrimas, para que digas: Y mi bebida la mezclaba con llanto (Sal. CI, 10). Tu llanto, por lo tanto, es tu bebida; y tus lágrimas, tu alimento. Fueron, dice, mis lágrimas mi pan (Sal. XLI, 4). Si las lágrimas son pan, tienes del pecado de la iniquidad el alimento de la conversión, según aquello que lees en el Evangelio: Porque a quien más se le perdona, más ama (Luc. VII, 47). Por lo cual a menudo vemos a algunos que antes eran cristianos negligentes, al cometer algún pecado, hacerse más diligentes, y de ese modo por el arrepentimiento suelen escapar y llegar a ser perfectos. Así como del pecado la conversión, así el remedio del veneno. Escucha este remedio: El justo en el principio de su discurso es acusador de sí mismo (Prov. XVIII, 17). El veneno es el pecado; el remedio, la acusación de su crimen: el veneno, la iniquidad es; la confesión, el remedio de la caída. Y por eso verdaderamente el remedio del veneno es, si dices tus iniquidades, para que seas justificado.

12. Pero ya abordemos el salmo, para que él mismo nos enseñe cómo debe hacerse el arrepentimiento. Así comienza:

ENARRACIÓN.

13. (Vers. 2.) Señor, no me reprendas en tu ira; ni me castigues en tu furor. Quien hace penitencia, debe estar preparado para soportar los oprobios y someterse a las injurias; y no conmoverse, si alguien le objeta el crimen de su pecado. Pues si él mismo debe acusarse, ¿cómo no soporta que otro lo acuse? Y si no debe temer ser acusado por un hombre, cuánto más por el Señor su Dios, a quien todos pecamos incluso en lo que es oculto; especialmente cuando la condenación de las cosas presentes es la absolución de las futuras. Pero quienes no

son condenados en este mundo, no serán azotados con los hombres. ¡Ay de mí! si se dice de mí: tiene su recompensa (Mat. VI, 2). Si una buena acción es condenada con esta sentencia, cuánto más se agrava el crimen. Pues si la misericordia lanzada con fácil palabra es defraudada de su fruto eterno, cuánto más se difiere la pena de la iniquidad con la adición de un amargo interés. Por lo tanto, quien hace penitencia, debe ofrecerse al castigo; para que aquí sea castigado por el Señor, no sea reservado para los suplicios eternos: ni esperar el tiempo, sino adelantarse a la indignación divina.

14. Mira cómo los hechos de David concuerdan con sus oraciones. Había ofendido al Señor; porque había mandado contar al pueblo. Con confesión previno al mensajero de Dios, recordando que había pecado mucho, y que había actuado muy neciamente: no como si advirtiera a un olvidado, sino como si urgiera a un tardío; para que no difiriera más la conmoción de la ofensa. He pecado, dice, mucho, porque he hecho esta cosa (I Par. XXI, 8); y ahora, Señor, borra la iniquidad de tu siervo. Pero escucha cómo se borran los pecados: Su pecado ha sido perdonado; porque ha recibido de la mano del Señor el doble de sus pecados (Isa. XL, 2). No pide, por lo tanto, que su pecado sea completamente perdonado; sino que sea borrado con una solución moderada; esto es, que en el futuro su memoria sea borrada. Finalmente, como si fuera la voz de un interpelante, el Señor, para que no se prolongara la venganza del error cometido, envió a él al profeta Natán; y él vino al rey, y le dijo: ¿Qué quieres que se haga, elige: tres años de hambre sobre la tierra: o tres meses huyendo de tus enemigos, y ellos persiguiéndote: o tres días de muerte en la tierra. Y ahora sabe, y ve qué responderé a quien me envió (I Par. XXI, 11 y 12). Mira cómo Dios enseña con qué moderación se alivia su indignación, si no rechazamos completamente los castigos; sino que pedimos la calidad de aliviarlos, no de evitarlos. Propuso tres cosas, para que eligiera lo que considerara más moderado. Mira también cómo nos provoca al arrepentimiento; para que nos ofrezcamos a la injuria: mandando elegir el castigo, para que en el mismo castigo de la elección se conserve cierta prerrogativa, y se muestre indulgente con su reo con esta palabra. Y dijo David a Natán: Estoy en angustia en estas tres cosas: pero prefiero caer en manos del Señor, porque grande es su misericordia, que en manos de los hombres (I Par. XXI, 13). ¿Acaso pidió que se le perdonara el castigo del error? Pues si lo hubiera hecho, sería señalado de impudencia, quien hubiera sido ingrato a la moderación divina. Pues mucho favorece al reo la confesión vergonzosa; y el castigo que no podemos evitar con defensa, lo aliviamos con pudor. Eligió no lo que estuviera libre de flagelo, sino lo que juzgó más moderado; para que se entregara más a la clemencia de Dios, quien sabía perdonar, que al poder de los hombres, quienes frecuentemente exceden la medida de la venganza. Se compadece, por lo tanto, quien no sabe errar; no se compadece, quien es partícipe del error.

15. Y no engañó al santo David su fe, sino que incluso en esa ofensa mereció la gracia de la misericordia divina. Pues quien había propuesto ejercer la muerte en la tierra por tres días, ni siquiera permitió que pasara un día; sino que a la hora del almuerzo indulgentemente perdonó, y (para usar la palabra de la Escritura) se arrepintió del mal (II Reg. XXIV, 16). Mira cómo la Escritura te exhorta, para que tú tampoco rehuyas la penitencia, sino que sigas a Dios, a quien debes seguir. Bien añadió, sobre el mal; porque toda venganza parece dura. Por eso el día del juicio se llama día malo, del cual es bienaventurado quien es liberado por Dios; como está escrito: En el día malo lo librará el Señor (Sal. XL, 2). Y dijo, dice, el Señor al ángel que allí perdonara. Pero mira que cuando el Señor quiere perdonar, da gracia y confianza para suplicar. Y vio David al ángel que hería, y dijo: He aquí yo soy; yo he pecado, y yo, el pastor, he hecho mal, y estos en este rebaño, ¿qué han hecho? Sea tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre (I Par. XXI, 17). Si el Señor había mandado al ángel que perdonara, ¿cómo aún hería el ángel; sino porque el Señor, aunque quiere perdonar, quiere ser rogado, y

para que se le ruegue, actúa? Ni hubiera visto el hombre al ángel que hería, si el Señor no hubiera revelado al ángel a sus ojos. Por eso también Eliseo dice: Señor, abre ahora los ojos de este joven, para que vea. Y se abrieron los ojos de su joven, y vio el monte lleno de caballos y carros alrededor del profeta (IV Reg. VI, 17). Ni te mueva que la persona del siervo es más vil que la del profeta o del rey; porque más vil es la especie de los caballos y carros, que la santidad de los ángeles.

16. Y tal vez a algunos que leen superficialmente les parezca duro que aquel David humilde de corazón y manso, que perdonaba a los enemigos, eligiera más la muerte del pueblo, que su propia huida, o el hambre sobre la tierra. Evitó el hambre del pueblo; porque se considera más grave que la muerte y todos los castigos, que sigue incluso la pestilencia, que contamina el cielo, acumula la muerte. No pidió su propia huida, por aquello; porque el profeta podía interceder por el pueblo, como sucedió: el pueblo no podía interceder por el profeta. Pues está escrito: Si el pueblo errara, el sacerdote orará por él; si el sacerdote errara, ¿quién rogará por él? Y sin embargo, cuando vio que el pueblo era asesinado, él mismo se ofreció al ángel que hería; para que él mismo fuera herido en lugar del pueblo. Es más lo que, sin aterrorizarse por la misma apariencia de los muertos, se ofreció al ángel con la espada, que si hubiera optado por el discurso de la condición propuesta. En la elección, por lo tanto, siguió la razón, en el dolor la piedad.

17. Pero mira la gracia del Señor, que él mismo también se desvió de la condición propuesta. ¿Acaso es un crimen de misericordia; porque amenaza más, y exige menos? Quien en la remuneración de los premios guarda sus promesas, en la exigencia de los castigos remuerde lo prescrito. Cuando se enoja con el reo, difiere: cuando se compadece, se apresura, para absolver; aterroriza, para corregir; advierte, para enmendar; previene, para perdonar. Por eso también en otro lugar dice el Profeta del Señor: La copa en la mano del Señor está llena de vino puro mezclado... sin embargo, su hez no está vaciada (Sal. LXXIV, 9). Para aterrorizar está llena la copa, para herir no está vaciada. Estaba llena la copa, cuando se mandó la muerte por tres días: pero la misericordia de Dios se adelantó, detuvo la mano del Ángel, antes de que vaciara esta copa. Pero para que sepas que la copa es castigo o espada, escucha diciendo: Toma la copa de este vino puro de mi mano, y harás beber a todas las naciones, a las cuales yo te enviaré: y vomitarán, y enloquecerán ante la espada (Jer. XXV, 15 y 16). Y a Jerusalén se le dice: Bebiste la copa de la ira de la mano del Señor; porque bebiste la copa de la ruina, y la vaciaste, y no había quien te consolara (Isa. LI, 17). Jerusalén bebió la medida, que pecó sobre la medida: la Iglesia de los cristianos no conoce vaciar la copa de la ira, sino el ungüento vaciado: por la cual Cristo se vació, para que en todas partes fragara. De la mano del Señor recibió este don: pero la copa de la muerte no la conoce. Leo dos copas, una de muerte, otra de vida. La copa de la muerte Cristo la vació en su sangre; y ministró una nueva copa, para que digamos: Tomaré la copa de la salvación (Sal. CXV, 13). La copa del Nuevo Testamento, que se derrama para la remisión de los pecados. Se derrama esta copa, y su hez no se encuentra, porque limpia todo delito.

18. Hemos dicho cómo en la venganza el Señor inclina su conmoción: digamos cómo en la remuneración previene nuestra oración, y enseñemos con ejemplo. Escucha a aquel de los dos ladrones diciendo al Señor: Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino (Luc. XXIII, 42). Respondió el Señor: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso. Aún rogaba él, para que se acordara de él, cuando viniera en su reino; y el Señor, cuando aún no había venido, ya le otorgaba el reino celestial. ¡Qué veloz misericordia! Más lento el deseo del que ruega, que el premio del que recompensa.

19. Por eso David mantuvo la moderación, no pidió indulgencia diciendo: Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor. Furor en griego se dice θυμός, y es el ímpetu de la ira. Esto es lo que el latino quiso expresar: Ni en la ira, ni en el mismo ímpetu de la ira me reprendas o me castigues. La corrección, sin embargo, es instrucción. En griego se dice παιδεύσις, de la cual se dice: ¡Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor (Salmo XCIII, 13)! Pues Dios no está sujeto a la pasión, para que se enoje, siendo impasible; pero porque castiga, parece enojarse. A nosotros nos parece así; porque nosotros mismos solemos castigar con conmoción. Sin embargo, a menudo se encuentran hombres que, al castigar, no se conmueven; sino que celebran la venganza con suma paciencia, ejercen tormentos. ¿Por qué, entonces, te asombras en Dios, si a veces reconoces esto en el hombre? La venganza, sin embargo, dijimos que es ira. De hecho, se usa decir de alguien castigado que cayó en la ira de las leyes: no porque las leyes tengan ira, sino porque cayó en la severidad de las leyes. Así también en otro lugar sobre las diez plagas de los egipcios dice: Envió sobre ellos la ira a través de ángeles malos (Salmo LXXVII, 49), es decir, la venganza; pues la ley no sabe enojarse, pero el ministro de las leyes sí. Por lo tanto, no sabe enojarse quien es autor de las leyes, quien tiene la voluntad de amedrentar, no de castigar. Imiten, pues, emperadores, el ejemplo divino; para que sean más severos al establecer leyes, misericordiosos al exigir castigos. La severidad de las leyes restrinja la audacia insolente, la misericordia de los príncipes sustraiga a los culpables del castigo. Por lo tanto, el Profeta reconoce su culpa, ve sus heridas, pide ser curado. Quien desea sanar, no teme ser reprendido: pero no quiere ser reprendido en el furor, sino en la palabra de Dios. La palabra de Dios es salud. Así leemos: Envió su palabra y los sanó (Salmo CVI, 20). No quiere ser instruido en la ira; sino en la doctrina; como si pidieras al médico que no corte tu herida, sino que aplique un medicamento; urge con el medicamento, pero no corta. En definitiva, hay dolor, pero no más allá de la medida del dolor: muere, pero no sangra.

20. (Vers. 3.) Y añadió: Porque tus flechas se han clavado en mí. Parece decir lo mismo que el santo Job; pero son diferentes. Pues él también dijo: Las flechas del Señor están en mi cuerpo, cuyo furor bebe mi sangre: cuando empiezo a hablar, me hieren (Job VI, 4). Él se queja de la herida de su cuerpo; este deplora las heridas de su alma. Y tal vez este hace penitencia por el pecado: aquel defiende la causa de la debilidad humana; y como defensor de nuestra debilidad, pide la ayuda del Creador para el remedio de la obra. Este, por lo tanto, ora, aquel aboga. Por eso el dolor de este es más vehemente; porque las heridas del alma son más graves que las de la carne. Aquel dice que las flechas del Señor están en su cuerpo, este deplora que están clavadas; la sangre de aquel es bebida, la de este es derramada; aquel es herido, este es lacerado; la mano de Dios tocó a aquel, sobre este se ha afirmado con grave peso; este llora que su alma está llena de ilusiones, aquel su cuerpo de llagas. La mano de Dios, entendemos, es el poder de castigar. Esta mano azotó al rey de los egipcios por la injuria a Abraham al intentar la castidad de Sara. Esta mano sumergió en el abismo del Mar Rojo los carros, caballos y pueblos de los egipcios. Esta mano agravó la mente del rey Saúl, para que odiara la gracia de su salvador; y por la transgresión del imperio celestial, abandonado por sus compañeros, con sus hijos también muertos, vencido por los enemigos (espectáculo que nada es más deshonoroso para un rey), él mismo volvió su espada contra sí mismo, para no vivir como cautivo anciano, sobreviviente a sus hijos y reino. Esta mano la experimentó David en sí mismo y en sus hijos, deploró el incesto de uno, el parricidio de otro, y (lo que para un padre piadoso es más grave que la ruina de su propia salvación) lloró las afrentas de su descendencia y la destrucción de su piedad: uno de los cuales fue incitado al incesto por el afecto de la hermandad, el otro armado para el parricidio por el celo de la castidad. Mira cómo en los crímenes más graves las fronteras de las virtudes los engañaron. ¡Ojalá aquel no hubiera amado a su hermana, o este no hubiera vengado! Al final, él mismo,

expulsado de los confines de su patria por su hijo, huía del enemigo, a quien deseaba como heredero: temía vencer, para no ser vencido por la pérdida de la piedad.

21. Pero tal vez alguien diga: ¿Cómo en el parricidio o en el incesto fue la mano de Dios, si esa obra es del enemigo? Reconozcamos, pues, que incluso donde el diablo hiere, se dice que las flechas del Señor hieren. Así leemos, que cuando en el concilio de los ángeles el Señor alababa a su siervo santo Job volviéndose al diablo (Job I, 8 y ss.): para que se quemara de envidia, y el adversario del género humano (pues la alabanza de un hombre de sustancia inferior es condenación para él, que fue arrojado de un estado superior) respondió el diablo, que Job no veneraba al Señor gratuitamente, quien por el favor de Dios abundaba en todo. Pero extiende, dijo, tu mano, y toca todo lo que tiene: veamos si no te bendice en la cara (Job I, 11). Y Dios dio poder al diablo, para que extendiera su mano sobre todo lo que Job tenía. Hechos estos, cuando el santo Job permaneció inmóvil en su fortaleza; porque Job no se conmovió ni por la muerte de sus hijos, ni por la pérdida de sus bienes: nuevamente el Señor dijo al diablo, burlándose de él, que había destruido todo lo que Job tenía, había matado a sus hijos; sin embargo, no pudo moverlo de la estación de la virtud. Y él respondió: Todo lo que tiene el hombre, lo dará por su alma. Pero extiende, dijo, tu mano, y toca su carne y sus huesos (Job II, 4 y 5). Y nuevamente recibió poder, para que extendiera su mano sobre su cuerpo; sin embargo, para que guardara su alma. Y cubrió de llagas al santo Job (Job XIX, 21), cuando salió de la presencia del Señor. Advertimos, pues, que se dice la mano del Señor, donde hay tentación del hombre, con el diablo hostigando. Pues también Job dijo que la mano del Señor era la que lo había tocado (Job XVI, 12), y recordó que las flechas del Señor eran las flechas de los piratas. Y me entregó, dijo, en manos del injusto (Ibid., 14). Él mismo, por lo tanto, absolvió, porque cuando el diablo hiere, las flechas son del Señor, quien permitió al diablo el poder de herir. En definitiva, si ordenas que tu siervo sea azotado, ¿no se dice que fue azotado por ti, aunque sea golpeado por otro que está presente? Hay también esa razón; porque el Señor da poder al tentador, para que se pruebe el afecto de los hombres en las tentaciones. Por eso se produce la persecución, para que la fe brille, la virtud sobresalga, la mente interna se manifieste a todos.

22. Por lo tanto, la tentación penetra como una flecha en el interior del hombre, y como una espada de Dios, que escudriña lo interno. La espada, sin embargo, es la palabra de Dios, poderosa y más aguda que cualquier espada afilada: de la cual espada escucha a Simeón decir a María: Y a ti misma una espada te atravesará el alma; para que se revelen los pensamientos de muchos corazones (Lucas II, 35). Pues por la palabra de Dios todo se revela, ante cuya vista todo está desnudo y abierto. El alma misma se ve, las médulas interiores, y los pensamientos son manifiestos: y finalmente no hay criatura, como dice la Escritura (Hebreos IV, 12 y 13), que se esconda de su conocimiento. Por lo tanto, vendamos todo, para que compremos la palabra, y la guardemos en nuestras entrañas.

23. El mismo diablo finalmente testifica, porque el hombre da todo lo que tiene por su alma, y confiesa que el precio de todo el patrimonio no es digno para la redención de un alma. ¿Por qué escatimamos el patrimonio, que el mismo diablo juzga vil por la salvación? Poco dije por la salvación, también testifica que es poco por el error. En definitiva, todas estas cosas, dijo, te daré, si postrándote me adoras (Mateo IV, 9). Y no solo mostró las riquezas del mundo, sino también los honores y reinos. Si tanto cuesta, para que el diablo sea adorado; ¿cuánto debe ofrecer el cristiano, para que resucite con Cristo? Pero dejemos al diablo como un chivo expiatorio en el desierto; pues no es un fiel defensor de la verdad; aunque a veces se transfigure en ángel de luz.

24. Nos abundan los testimonios de las Escrituras divinas, por los cuales se nos instruye que no hay nada más precioso en el hombre que la fe, ni hay patrimonio tan grande que se compare con el precio de nuestra salvación y alma. Por la fe Abraham dejó su patria (Génesis XII, 4 y ss.), y la tierra, y también a los cercanos que veía, y seguía a aquel que no veía, como si lo contemplara. Moisés también estimó el precio de su alma mayor que todas las riquezas de Egipto (Hebreos XI, 26). ¿Qué diré de los hombres sublimes? Rahab la ramera (Josué II, 4 y ss.), aquella extranjera del mundo, sin embargo, pensó que su alma debía ser redimida no solo con el desprecio de todo lo que tenía, sino también con los peligros de la vida: negó a los exploradores de Josué a sus conciudadanos que los buscaban; y prefirió ocultar a los enemigos de su patria, pero embajadores de la fe, que traicionarlos. No la atemorizaron las amenazas de sus conciudadanos, ni los peligros de las guerras, ni los incendios de su patria, ni los riesgos de los suyos. Aprende, hombre, aprende, cristiano, cómo debes seguir al verdadero Jesús; cuando una mujer despreció todo lo suyo, y siguió a Jesús en figura por la similitud del nombre. De donde Salomón dijo admirablemente: Las riquezas del hombre, redención de su alma (Proverbios XIII, 8). Redime, pues, tu alma. El dinero es vil, pero se vuelve precioso por la fe: es vil cuando se guarda, precioso cuando se dispersa; pues así está escrito: Dispersó, dio a los pobres: su justicia permanece para siempre (Salmo CXI, 9).

25. Si, pues, fueres tal, que puedas despreciar no solo todo lo tuyo; sino también tu propia carne por la justicia, que ninguna posesión puede ser más rica (pues la posesión preciosa es el hombre puro) aunque los ríos superiores te cierren el paso, pasarás. Pues aunque el Señor dé poder para tentarte, sin embargo, manda al diablo que guarde tu alma; según lo que está escrito: Para que destruyas al enemigo y al defensor (Salmo VIII, 3); pues tiente como adversario, defiende como siervo. Está escrito: ¿Y querrá servirte el unicornio? (Job XXXIX, 9). Sirve, pues, quien no ejecuta lo que desea por su propia voluntad, sino que, por necesidad, obedece a los mandatos imperiales a regañadientes. Mira la altura de Cristo, cómo retorció en el diablo el precio de su malicia. Él nos obliga a hacer lo que odiamos: Pues no hago lo que quiero, como dijo el Apóstol, sino lo que odio, eso hago (Romanos VII, 15). El Señor lo retorció en él, para que también él a menudo no haga lo que quiere; sino lo que odia, eso haga. En definitiva, el alma que quiere conquistar, guarda. Nosotros condenamos la corrupción de la carne, y la seguimos; como aquella viuda que hace nula la fe prometida a su marido, y después quiere casarse, lo que antes evitaba (I Timoteo V, 20). Él es enemigo de los santos, y se le emplea como defensor, para que sea más castigado; para que no se atreva a dañar, quien desea dañar. Y cuánto más tolerable es amar las virtudes, aunque no puedas cumplirlas, que odiar las virtudes, a las que no puedes dañar.

26. (Vers. 4.) No hay, dice, salud en mi carne a causa de tu ira. Isaías nos expuso este lugar: Pecamos, y te enojaste con nosotros (Isaías LXIV, 5). Sin embargo, ¿cuál es el rostro de la ira del Señor? No sea que aquel, porque los ojos del Señor están sobre los que hacen el mal (Salmo XXXIII, 17). Pues si los ojos del Señor están sobre los justos, ¿cómo se debilita el Profeta por el rostro de la ira de Dios? De donde también considera aquello que el mismo David dijo más adelante: Porque de todas las tribulaciones me has librado; y mi ojo ha mirado sobre mis enemigos (Salmo LIII, 9). Pues así como mira los bienes de los justos; así también descubre los ocultos de los pecadores. A menos que tal vez refieras esto a Cristo, quien fue librado de todos aquellos que lo oprimían; cuando se despojó del pueblo de los judíos, que lo oprimían con frecuentes sacrilegios e impiedades cotidianas; y llamó a sus enemigos a la gracia, a quienes el ojo de Dios vio y amó. Por lo tanto, porque Dios es piadoso, no se debe desesperar. Aunque se enoje, perdona; aunque golpee, sana; aunque entregue la carne a la destrucción, salva el espíritu. No temas, pues, la debilidad de la carne; porque el santo, cuando se debilita, es más poderoso.

27. Pero, ¿qué significa lo que dice: No hay paz en mis huesos a causa de mis pecados? ¿Cuáles son estos huesos; del alma, o del cuerpo? Pero no sería tan grande la preocupación del dolor corporal, donde también el alma sufre; siendo del santo querer que la carne sea flagelada por el alma; como también se flagelaba Pablo, para que su afirmación no fuera reprobada. Hay ciertos huesos del hombre interior, así como hay otros miembros, ojos de la mente, y narices; como dijo Job: El espíritu divino que está en mis narices (Job XXVII, 3). Hay, pues, también huesos, con los cuales se forma una cierta estructura de caridad. De donde también Adán dijo de la consorte de la caridad, y coheredera de la gracia de la vida: Esto ahora es hueso de mis huesos, y carne de mi carne (Génesis II, 23). Lo que el Apóstol interpretó diciendo: Este es un gran sacramento: pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Efesios V, 32). ¿Quién duda que el sacramento de Cristo y de la Iglesia no es carnal, sino espiritual; cuando un buen hombre en el mismo matrimonio no se mantiene por el decoro de la carne, sino por la virtud: y ama las costumbres en la esposa, no los usos? En definitiva, escucha, porque no habla según la carne, sino según la virtud interior: No está escondido mi hueso, que hiciste en lo oculto (Salmo CXXXVIII, 15). La virtud, por lo tanto, no es carne, que conoce los ocultos del Padre de Dios.

28. Por lo tanto, no hay paz en las virtudes del alma, cuando nuestros pecados se presentan ante nuestros ojos, y se imponen a nuestras mentes. Y esto lo interpretó bien el Doctor de los gentiles, en la segunda epístola a los Corintios diciendo: Pues cuando llegamos a Macedonia, nuestra carne no tuvo descanso; sino que en todo fuimos afligidos: fuera luchas, dentro temores (II Corintios VII, 5). A él lo afligían los pecados de los macedonios; cuánto más nos perturban nuestros propios pecados, para que no pueda haber descanso para nosotros. Un adversario más grave para nosotros es nuestra culpa, que nos inquieta ociosos, aflige sanos, entristece alegres, inquieta pacíficos, agita mansos, despierta dormidos. Somos culpables sin acusador, sin torturador nos atormentamos, sin cadenas nos atamos, sin vendedor nos vendemos. De donde también la Escritura dice: Por vuestros pecados habéis sido vendidos (Isaías L, 1). Estos, pues, son los pecados, que siempre están contra nosotros; como dijo el Profeta: Nos vendieron, y se enseñorean de nosotros (Isaías III, 12). El siervo que es vendido, sale de un servicio superior; para que migre a otro señor: nosotros no deponemos el yugo de los superiores, y nos inclinamos a nuevos pecados.

29. (Vers. 5.) De donde también el Santo gemía diciendo: Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza: como carga pesada se han agravado sobre mí; esto es, mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza, y me superan, para que depriman mis sentidos; pues los ojos del sabio están en su cabeza. Y por eso Nabal era malo y duro; porque sus sentidos estaban obstruidos por la malicia y la iniquidad. De donde tampoco pudo soportar la palabra de Abigail; sino que su corazón se endureció, y como enfermo cayó. O mira si esto es la cabeza, de la que dijo el Apóstol (Colosenses II, 19), porque no la sostiene, inflado con la mente de la carne. Pero esta cabeza es Cristo; porque la cabeza de todo hombre es Cristo. Esta es la cabeza que crece en el incremento de Dios a través de las articulaciones y ligamentos de todo el pueblo; porque en todos nosotros Cristo se levanta a través de cada uno de sus miembros. Por lo tanto, cuando nuestros pecados nos agravan, y con un cierto talento de iniquidad plúmbea somos deprimidos a lo terrenal, rompamos sus cadenas, y arrojemos de nosotros su yugo; para que podamos levantar los ojos de nuestra mente, y escuchar al que dice: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados; y yo os haré descansar (Mateo XI, 28). En definitiva, Egipto era agobiado por la avaricia, atormentado por el dinero, comerciaba con los etíopes, como está escrito: Trabajó Egipto, el comercio de los etíopes, y los hombres de Saba, hombres excelsos, pasarán a ti (Isaías XLV, 14). Trabajó Egipto, antes de conocer la verdad: pero ya no trabaja después de haber pasado a Cristo. Siguen

voluntariamente los hombres de Saba, que antes huían; porque los atan las cadenas de la caridad, que son más fuertes que el diamante. Hermosamente también se adapta a este lugar lo de Isaías: Toda cabeza está en dolor, y todo corazón en tristeza: desde los pies hasta la cabeza no hay herida, ni cicatriz, ni llaga con ardor (Isaías I, 5 y 6). Pues la iniquidad hierve, cuando domina, elevándose sobre nuestra cabeza, y ocupando el lugar; para que no lo ocupe Cristo, maestro de la penitencia. No tienen poca fuerza estas iniquidades, si consideras a aquel hombre de iniquidad, que vendrá según la obra de Satanás en todo poder, y señales, y prodigios mentirosos y toda seducción de iniquidad: a quien el Apóstol nos mostró que debemos evitar (II Tesalonicenses II, 9 y 10), porque recibirá la operación del error; para que sean probados los fieles, sean juzgados los infieles.

30. (Vers. 6.) Con razón, entonces, al estar bajo iniquidades, y lo que es peor, las tuyas propias, dice que sus cicatrices están corrompidas y podridas a causa de su insensatez; porque el remedio seguía más lentamente al que levantaba las cargas de las iniquidades. Sin embargo, también al santo Job, que rascaba la pus de sus llagas, cubierto de úlceras desde los pies hasta la cabeza, se le devolvió la salud; y Lázaro, el pobre que yacía a la puerta del rico, con los perros lamiendo sus llagas, fue llevado del hedor de sus cicatrices por los ángeles al seno de Abraham. Por lo tanto, hay en el santo David esperanza en el remedio de la salud; porque no huelen a ungüento, sino al hedor de sus heridas de pecado; y porque se aflige y se encorva por ellas, y no se deleita. Observa ahora a algún joven lascivo y extremadamente lujurioso, que vive en la lujuria, al estilo de aquel rico que yace en lino fino y púrpura, y banquetea espléndidamente cada día, cuyos suelos nadan en vino, la tierra está cubierta de flores y espinas de peces, los comedores se llenan con los olores de diversos inciensos, cómo se considera a sí mismo bienaventurado y juzga que huele bien; y aunque lleva graves y prolongadas heridas en su alma, y fluye sangre corrompida, sin embargo, no percibe ningún hedor de su cicatriz. Porque tiene las narices obstruidas por el lodo, y no puede decir: "El espíritu divino, que está en mis narices" (Job 27, 3). Por eso, aquel rico no pudo encontrar el remedio de la salvación, pero el pobre sí lo encontró. Finalmente, uno está en el infierno en suplicio, el otro en reposo.

31. Por lo tanto, también el santo profeta David encontró el remedio de la salvación eterna, quien confesaba que las heridas de su alma le apestaban, y que sus propias cicatrices se habían podrido a causa de su insensatez. Pero hay también una insensatez que, por la necesidad de la predicación, trae salvación a los creyentes. Por lo tanto, el Profeta, con espíritu ya evangélico, rehúye la sabiduría de este mundo, por la cual no se conoce a Dios: que cubre sus heridas, no las revela al Señor. Mejor es, por tanto, la insensatez que tiene ojos para ver sus llagas, que la sabiduría que no los tiene. Y por eso, advertido por la mirada de su insensatez, este gran rey espiritual proclama que está afligido por las miserias; para que pueda encontrar el remedio de la penitencia, que Judas, quien poseyó el campo por el precio de la iniquidad, no pudo encontrar.

32. (Vers. 7.) "Afligido por las miserias y encorvado hasta el fin: todo el día entraba contristado." ¿Hasta qué fin dice estar encorvado? ¿Hasta el fin legítimo de la penitencia? O más aún, para que entendamos místicamente, hasta Cristo, que es el fin de la Ley; quien se dejó azotar, permitió que su cuerpo muerto fuera lapidado. Pero ninguna fetidez de penitencia, sino todo el aroma de la gracia emanaba de aquellas heridas. Finalmente, no la podredumbre de la muerte brotó de su herida, como en los demás hombres; sino que de ella brotó la fuente de la vida eterna; como nos enseña la Escritura diciendo: "Y con gozo sacaréis agua de las fuentes del Salvador" (Isaías 12, 3). Por lo tanto, de la herida brotó agua, para que bebiéramos la salvación. Beberán todos los pecadores de la tierra, para que dejen sus

pecados. Observa cada detalle. Cristo fue afligido por las miserias, para hacer bienaventurados a los hombres, que estaban constituidos en miserias. Que nadie llame miserable al que es justo; porque él mismo dijo: "Nadie os hará miserables" (Isaías 33, 1). Él se encorvó, para que nosotros nos levantáramos: él se contristó, para que nosotros nos alegráramos; según está escrito: "Porque si yo os contristo, ¿quién me alegrará, sino aquel que se contrista por mí?" (2 Corintios 2, 2). Quien se contrista, pues, por el Señor Jesucristo, él mismo alegra a Cristo; y él mismo es alegrado por Cristo. Por eso, también nosotros reconocemos que no debemos satisfacer de manera superficial. Encorvémonos hasta el fin, es decir, no solo llevando a Cristo la fe, sino también la perseverancia de nuestras pasiones, y alegrémonos en nuestras pasiones; como también Cristo se alegraba en sus pasiones. Las que él asumía por sus siervos, nosotros las asumamos por el Señor. Este es, pues, el fin. "Para completar," dice, "lo que falta de las tribulaciones de Cristo en mi carne, por su cuerpo, que es la Iglesia, de la cual fui hecho ministro" (Colosenses 1, 24). Vemos lo que debemos asumir, quienes hemos recibido el ministerio sacerdotal; para que no solo por nosotros, sino también por la Iglesia del Señor debamos soportar valientemente las pasiones del cuerpo. David, sin embargo, añadió también las pasiones del alma.

33. (Vers. 8, 9, 10, 11.) Finalmente, él mismo dice: "Porque mi alma está llena de ilusiones: y no hay salud en mi carne. Estoy encorvado y humillado en extremo: rugía por el gemido de mi corazón. Y ante ti está todo mi deseo, y mi gemido no está oculto de ti. Mi corazón está turbado, y me ha abandonado mi fortaleza, y la luz de mis ojos no está conmigo." Advertimos, por tanto, que el trabajo del alma es mayor que el de la carne. Finalmente, comprende con qué ilusiones se llena el alma; porque en las tentaciones el diablo parece burlarse e insultar como si estuviera gravemente afligido. Sin embargo, Symmachus dice "lomos," en los cuales están las semillas de la generación humana. Por eso, la Sabiduría de Dios te ordena tener los lomos ceñidos (Lucas 12, 35); para que tu castidad no se disuelva. Finalmente, para que sepas que en los lomos están las conmociones de la lujuria, que a menudo son excitadas por el diablo; cuando intenta dispersar los miembros de Cristo, y hacerlos miembros de una prostituta: "He aquí," dice, "su fortaleza está en sus lomos, y su poder en su vientre" (Job 40, 11). En los lomos del hombre están las semillas, en el vientre de la mujer. Por lo tanto, el diablo se burla en estos, para cometer adulterio, incesto, fornicación. Y por eso, quien fornicar, peca contra su propio cuerpo, no fuera del cuerpo. Primero, porque la carne se debilita, que se disuelve en lujurias, y no guarda las moderaciones de la castidad; luego, porque las semillas que deben prosperar para la procreación de la descendencia, operan la contaminación del cuerpo, no el fruto de la posteridad. Por eso, tal vez se llaman ilusiones, porque en estos ardores del cuerpo a menudo se burla sin la celebración del coito. Por eso, bien dijeron los Setenta varones "ilusiones del alma"; porque el diablo burlándose de algún afecto, se esfuerza en vano por derramar sus fuerzas, y vaciar su virtud, disolver su fortaleza. Por eso, en otro lugar dice: "Y mis riñones se han disuelto" (Salmo 72, 21). En lo cual también nos confirma el bienaventurado Apóstol, que no debemos temer las ilusiones del alma, ni la debilidad de la carne; porque Cristo es la virtud de nuestra alma y cuerpo, quien cura a los enfermos, como médico: fortalece a los inválidos, como fortaleza de todos. Finalmente, "aunque nuestro hombre exterior se corrompa; el interior se renueva de día en día" (2 Corintios 4, 16).

34. Fatigado, pues, por estas ilusiones del alma, el santo David se había encorvado y humillado en extremo, no para dar lugar a las iniquidades que se imponían sobre su cabeza, como dijimos, ni para ceder al enemigo, quien en lo posterior enseña que no se debe ceder diciendo: "Cuánto ha obrado maliciosamente el enemigo en tus santos; y se han gloriado los que te odian, en medio de tu fiesta. Pusieron sus señales como señales; y no conocí como en

el camino sobre lo alto. Como en un bosque de árboles cortaron sus puertas con hachas" (Salmo 73, 3 y ss.). "Mis enemigos," dice, "poniendo las señales de su iniquidad sobre lo alto (¿qué es lo alto, sino tu cabeza, donde están los sentidos, donde Cristo es Sabiduría) yo no conocí, es decir, no consentí, no estuve de acuerdo con ellos, y no uní la sentencia de mi pensamiento a ellos." Por eso, en otro lugar tienes: "No conocí palabra perversa"; y: "A los que se apartan de mí, los malvados no los conocía" (Salmo 100, 3 y 4). Finalmente, aunque Cristo conoce todas las cosas, no conoció el pecado; porque conoce lo que es suyo, es decir, lo que es de las virtudes, no lo que es de los vicios. Por eso, la Escritura te dice: "Conoció el Señor a los que son suyos" (2 Timoteo 2, 19). Pero a los inicuos les dice: "Apartaos de mí, porque no os conozco" (Lucas 13, 27). Y habló por Jeremías diciendo: "Como cordero llevado al sacrificio, y no sabía" (Jeremías 11, 19). ¿Cómo no sabía lo que había predicho que sucedería? Pero dice: "No conocía sus pensamientos, su malicia. No quiero conocer lo que es de sangre. Finalmente, no congregaré sus asambleas de sangre" (Salmo 15, 4); y: "Borraré sus iniquidades, y no las recordaré" (Isaías 43, 25). No quiero conocer lo que vine a perdonar. No conocí la leña que arde, ni la que está puesta en el montón de leña, ni la paja, ni el heno, para que la llama los consuma más rápidamente con sus nutrientes. Quiero conocer lo que permanece, para que reciba el fruto de su recompensa: quiero conocer lo que está edificado sobre el fundamento, para que se mejore; no lo que está en el camino, donde lo arrebatan los transeúntes: quiero conocer lo que es vid, esa madera segura que da fruto, no lo que está recogido en haces para ser preparado para el incendio; es decir, no soy árbitro y compañero de lo que es caduco. No es, pues, la sociedad de alguna cosa, sino la sociedad criminal en la culpa.

35. ¿Por qué razón no conoció a los que se glorían en lo infructuoso y frágil? Porque con malas obras y con las hachas de su iniquidad derriban las entradas del alma fiel, y con hechos crueles desgarran los vestíbulos de la mente piadosa; para que Cristo no pueda entrar por ellos. Pero cada uno debe guardar sus puertas y entradas; para que cuando venga Cristo y llame, digan las potestades ministras que preceden y se adelantan: "Levantad, príncipes, vuestras puertas, y elevaos, puertas eternas" (Salmo 38, 7). Verdaderamente príncipes, que se han gobernado bien, para que Cristo haya entrado en sus almas. También es similar lo que dice Salomón: "Si el espíritu del que tiene poder se eleva contra ti, no dejes tu lugar; porque la cura mitigará grandes delitos" (Eclesiastés 10, 4). Porque la diligencia y la fe ocupan el lugar superior, la perfidia el inferior. Por eso, que suba a ti la buena diligencia, que excluye las insidias del enemigo y quita el pecado, para que la malicia del que tiene poder no pueda dañar. Esta malicia la ve el Eclesiastés en los Cantares bajo el sol, es decir, en este mundo, de donde también la Escritura ha mencionado este lugar como el del sol nascente. Por lo tanto, la vio bajo el sol, no sobre el sol, donde está la paz de los ángeles, o la santidad de las potestades celestiales. O tal vez dijo bajo el sol de la iniquidad; porque el diablo preside la malicia, Cristo las virtudes. Así que para vencer al espíritu que tiene poder, que ha recibido por un tiempo, David se encorvaba en oración, doblando su cuello como un círculo, y se humillaba en las súplicas; porque la oración del que se humilla penetra las nubes, y trasciende las alturas de los elementos, para acercarse a Cristo.

36. Y rugía por el gemido de su corazón. Ruge, quien solo expresa gemido, no palabras. Esta es, pues, aquella oración ilustre, cuando el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables (Romanos 8, 26), como lo afirmó el Vaso de elección. Este es el gemido que Dios no desprecia, quien no desprecia al siervo más joven huérfano de padre, ni a la viuda, si derrama su discurso.

37. Por lo tanto, el Apóstol pone el gemido como signo del Espíritu Santo, como leemos. Finalmente, guardemos las puertas de nuestra alma; para que no se desgarran las entradas de

nuestra confesión con las hachas de la mucha palabrería. Que nada insolente y soberbio salga de nuestra boca; para que no levantemos el hacha o el martillo, que no entran en la Iglesia del Señor. Cierra la puerta cuando ores, para que no se introduzca el espíritu maligno; para que incluso allí extorsione el pecado, donde queremos adquirir el beneficio de la piedad. Quien ora así, su gemido no está oculto al Señor. Finalmente, así fue conocido y escuchado el gemido del santo Pedro, cuando lloró amargamente. Ciertamente no las lágrimas amargas, sino el amargo afecto que las derramaba. Incluso en el pérfido Acab el gemido habría encontrado gracia; si no hubiera permanecido la envidia acumulando la ofensa. No se predica un gemido superficial; sino el que tiene conversión; porque está escrito: Si te conviertes y gimes, serás salvo.

38. También pongamos ante el Señor todo nuestro deseo: ¿Qué es el deseo? Porque el deseo de una buena cosa se lee: "Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros" (Lucas 22, 15); y: "El ciervo desea las fuentes de agua" (Salmo 41, 2). Sin embargo, creo que quien hace penitencia, quien se aflige, no debe enumerar sus bienes, sino los pecados cometidos. Finalmente, en esos versículos, como creo, se nos enseña esto, en los que dice: "Dios, te anunciaré mi vida: has puesto mis lágrimas en tu presencia" (Salmo 56, 9). Porque no anuncia una vida como inocente, donde se derraman lágrimas, que suelen recibir la embajada por los delitos. A menos que lo entendamos así, que aunque alguien sea inocente, no puede estar seguro, quien tiene contra gravísimos enemigos combates diarios; y por eso, aunque la conciencia sea alegre, sin embargo, la lucha es lacrimosa. Según estos versículos, podemos tomar la concupiscencia más que el deseo; porque el griego puso ἐπιθυμίαν: pero la concupiscencia y el deseo se llaman ἐπιθυμία. Pero la concupiscencia se dice tanto de lo bueno como de lo malo. "Mi alma ha deseado y desfallecido en los atrios del Señor" (Salmo 83, 13), por lo bueno; pero en la Ley de otra manera: "Porque no conocía la concupiscencia, si la Ley no dijera: No codiciarás" (Romanos 7, 7), ciertamente por lo malo. Finalmente, los sujetos nos enseñan, porque tomando ocasión, el pecado por el mandamiento opera toda concupiscencia en el afecto del hombre. Sin embargo, podemos tomarlo así, "Ante ti pongo todo mi deseo"; es decir, te manifiesto lo que deseo obtener; para que parezca referirse a la serie de peticiones, no a la jactancia de virtudes. Porque la jactancia insolente incluso en el íntegro, pero la súplica en el pecador es laudable.

39. También añadió el Profeta, que cuando su corazón está turbado, su fortaleza lo ha abandonado. Gran peligro si el corazón se agita, con el cual creemos para justicia. Pero sin embargo, como en grandes peligros de enfermedades si se siente dolor, y se expresa su sentido, se muestra el remedio de la salud (porque es más tolerable doler, que no doler; porque es una señal de vivificación aún presente, si duele, otra cosa es el indicio de la muerte suprema, si no hay sentido de dolor) así también el corazón muestra signos de salud, cuando reconoce las causas de su perturbación. Finalmente, el corazón de David se turbó contra Nabal, hombre pestilente, y encontró gracia, cuando se encontró con Abigail, que mitigara la conmoción de la indignación, y recibiera la santificación de la bendición. Pero Nabal, con un corazón duro y rígido, no pudo soportar la palabra de su esposa, y quedó estupefacto y se endureció, y cayó en la muerte.

40. ¿Qué fortaleza abandonó al Profeta? ¿La de la carne o la de la mente? Si la de la carne, ciertamente no se debe desesperar de la salud. Porque "la virtud se perfecciona en la debilidad" (2 Corintios 12, 9). De lo cual no discutió mediocramente el árbitro y luchador que, conociendo la lucha de la mente y el cuerpo, temperaba el combate de ambos; para restringir la carne; si veía más fuerte, para que no llevara cautiva a la mente en la ley del pecado. Por lo tanto, retiraba la carne, pero unía la virtud a la mente: así mereció llegar a la corona. Por lo tanto, esto dice el Profeta: Si la fortaleza de la carne me ha abandonado, la

fortaleza de la mente ha prevalecido. Pero si tomamos que la fortaleza de la mente lo ha abandonado, no es de extrañar si en gravísimas tentaciones, con el corazón turbado, el hombre piensa que la fortaleza de su mente lo abandona. Que él mismo te enseñe diciendo: "Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor" (Salmo 117, 14). Por lo tanto, buscaba al Señor; y por eso, para no merecer ser abandonado, pensaba que debía buscarlo más a menudo: y dondequiera que fluctuaba, pensaba que estaba abandonado. Así los Apóstoles despiertan al que duerme; para que no se duerma a sí mismo, no porque creyeran que se había dormido. Así Eliseo (para usar ejemplos anteriores) "¿Dónde está," dice, "el Dios de Elías?" (2 Reyes 2, 14). No porque pensara que estaba ausente; sino porque buscaba su presencia en los beneficios. Así Jeremías lo seguía como médico, diciendo: "Sáname, Señor, y seré sanado, sálvame y seré salvo. No me he fatigado tras de ti" (Jeremías 17, 14). Así la Iglesia lo buscaba en el Cantar de los Cantares, y rogaba a las hijas de Jerusalén, que despertaran el amor (Cantar 3, 5). Lo buscaba para encontrarlo, a quien retenía con su amor, y nunca lo sentía ausente. Así, pues, David no se quejaba de estar abandonado por Cristo; sino que juzgaba que, estando él presente, no podía ser turbado.

41. Finalmente, para que sepas que se debe entender más sobre Cristo, añadió: "Y la luz de mis ojos no está conmigo." ¿Qué es la verdadera luz de todos, sino Cristo Jesús de quien Juan dice: "Era la verdadera luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Juan 1, 9); porque él es quien ilumina tanto los ojos del cuerpo, como la mirada de la mente? Roguemos, pues, que siempre nos infunda su luz, y siempre esté con nosotros, como estaba con David; y por eso se atrevía a decir: "Porque contigo está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz" (Salmo 36, 10). Ciertamente él, como profeta, había visto una gran luz: que su lámpara nos ilumine, para que no podamos errar. Y la lámpara es la Palabra, así como la verdadera luz es la Palabra, que ilumina todo el mundo. Finalmente, "lámpara es a mis pies tu Palabra, Señor" (Salmo 118, 15). Y también el Profeta buscaba esa lámpara, no una linterna. Pero esa lámpara la encontró Juan, y la mostró: cuando el perseguidor vino con linterna y la mostró; porque la linterna tiene luz cerrada, no libre. El judío puede ver como una lámpara bajo el celemín, o antorchas bajo un velo, pero no ve: nosotros, sin embargo, con el rostro descubierto contemplamos la gloria del Señor eterna; para que a su imagen seamos reformados de gloria en gloria por el Espíritu Santo. Por lo tanto, vino la turba de los perseguidores con linternas; y por eso sus ojos no pudieron ver la luz encerrada en ellas. Vino con antorchas, que tienen más humo de oscuridad, que esplendor en la luz. Finalmente, las antorchas suelen arder en los cadáveres de los muertos. Por lo tanto, los judíos ya llevaban incendios para sí mismos, que perseguían al autor de la salvación. Vinieron con armas, significando que perecerían por las armas de los romanos hasta la destrucción de toda la ciudad y el templo, quienes rechazaron la paz del Señor.

42. (Vers. 12, 13, 14, 15.) Mis amigos y mis vecinos se acercaron contra mí, y se detuvieron. Y mis cercanos se mantuvieron a distancia. Y ejercían violencia los que buscaban mi alma. Y los que inquirían males para mí, hablaron vanidades: y todo el día meditaban engaños. Yo, sin embargo, como sordo no escuchaba, y como mudo, que no abre su boca. Y me convertí como un hombre que no oye, y que no tiene en su boca reprensiones. Veré quiénes son los que discuten estas cosas con agudeza. A mí, en primer lugar, en este versículo me parece que debe mantenerse la sentencia del Señor; porque en las tentaciones los enemigos se convierten en los domésticos del hombre. Esto, por tanto, lo confiesa el santo David pura y sinceramente y con dolor. Pues el verdadero dolor es, y la confesión del corazón interior; cuando se enumeran todas las cosas con las que las entrañas secretas de la mente son punzadas con el afecto más amargo, y se exacerban con hiel doméstica. Lamenta, por tanto, el Profeta haber sido atacado por amigos y vecinos, de quienes ciertamente no debía ser atacado, sino

ayudado. Lo cual ciertamente coincide con la queja del santo Job (Job XVI, 2 y ss.); porque él también reprendía a aquellos tres reyes consoladores de males, que le infligían mayores combates, cuando habían venido a consolarlo por gracia de amistad: lo cual ciertamente debemos evitar. Pues la consolación debe ser suave, no áspera, que más bien alivie el dolor, mitigue el fervor, que excite la conmoción. Ciertamente la medicina del cuerpo mismo nos enseña, que a las heridas ardientes se acostumbra aplicar medicinas más suaves, con las que se alivia el dolor. Por eso primero se fomentan las heridas, luego se cortan; para que la misma dureza no ofenda, y la incisión no exacerbe la herida. Cuánto más, por tanto, nos conviene tener cuidado; para que cuando vengamos a consolar, no hablemos fácilmente, no superficialmente. Job guardó silencio durante siete días, sus amigos también, y no habrían hablado, si Job no hubiera estallado en voz por el dolor; pues hay que buscar de dónde empezar, para que en el mismo discurso no ofenda tu consolación. Incluso el silencio mismo es medicina, y la rapidez en los discursos hiere más. ¿Por qué te sorprende si hiere a otro, cuando frecuentemente se hiere a sí mismo; porque del mucho hablar no escapa el pecado? Pues si el médico espera el tiempo de curar, para que, digeridas las enfermedades, se apliquen los auxilios de la medicina; para que la enfermedad aún amarga e inmadura, como dicen, no se resista a los remedios de la curación, y no pueda sentir el beneficio; cuánto más nos conviene explorar, para que oportunamente de nosotros proceda el discurso medicinal, que no parezca encender el luto, sino aliviarlo. La fuerza del dolor apremia: el corazón de la mujer afligida es oprimido, que ha perdido a su esposo o hijos por una muerte prematura: ¿por qué te apresuras cuando ella no te escucha, a menos que el dolor se calme? A menudo hemos visto disputas provocadas por las consolaciones. Has venido a dolerte, no a litigar. El orden del discurso mismo debe buscarse; para que no incurras en pecado ante Dios, mientras deseas consolar al hombre; para que al decirte: Escucha esto, y otras muchas cosas que no sirven de nada; te responda: Escuchad, consoladores de males (Ibid.); para que no introduzcas en el luto de otro la disputa de una charla vana; para que no te acerques, cuando sea necesario; para que no te acerques, y tu discurso sea más duro. Finalmente, que te enseñe el santo Job qué se dice de tales cosas: Me vinieron juntas tentaciones gravísimas, me rodearon los que acechaban: mis hermanos se apartaron de mí, reconocieron a extraños más que a mí. Mis amigos se volvieron despiadados (Job XIX, 12 y ss.). Aquí, por tanto, es natural el sentido también del santo profeta David; para que se queje de haber sido atacado por amigos, abandonado por vecinos.

43. Pero tampoco el afecto místico de piedad es ajeno, para que lo haya dicho por los ángeles, que se presentan a los que temen al Señor; para que los libren de las tentaciones, que no podrían soportar. ¿Cómo, entonces, se mantienen lejos, los que han sido asignados para ayuda? Pero no se separan ellos, sino que el que es acosado por tentaciones cree que están lejos, a quienes desea tener más cerca; y piensa que disimulan, cuando ellos esperan el tiempo de ayudar por la orden de su comandante, que ha ordenado a su atleta que luche más tiempo para que venza más gloriosamente. Y esto parece convenir más a lo que sigue; porque al relajar los ángeles las guardias de protección, los enemigos acechaban, buscando en su alma encontrar lo que dañe. Pues entonces se les permite el poder de una tentación más grave, cuando se encuentra una culpa más grave en el alma. De donde tienes aquello en el libro de los Reyes dicho por el rey Acab a Elías; cuando el Profeta lo reprendió vehementemente, y le anunció la muerte: Me has encontrado, dijo. Y Elías respondió: Te he encontrado; porque has hecho el mal ante los ojos del Señor (III Reg. XXI, 20). Ves, por tanto, que a los reyes no se les debe hacer injuria temerariamente ni por los profetas de Dios, ni por los sacerdotes; si no hay pecados más graves, en los que deban ser reprendidos: pero donde hay pecados más graves, allí no parece que el sacerdote deba perdonar; para que sean corregidos con justas reprensiones.

44. Sin embargo, David en este lugar dice que no parece que hayan encontrado nada; y por eso sus enemigos hablaron vanidades, porque no encontraron nada que pudieran hablar con verdad. O ciertamente, porque aunque pequé, sin embargo, mis pecados los purgaba con el dolor del arrepentimiento. En lo cual ellos hablaban conmigo con engaño: para confundirme con la reprensión, y apartarme de la conversión. Y mira si más bien sintió esto, que ellos buscaron sus males: pero cuando quisieron acusar, fueron prevenidos; porque él mismo había descubierto sus heridas, siendo su propio acusador; y por eso la fuerza de su acusación fue anulada: y hablaron vanidades, que ya no podían dañar al confesar la culpa.

45. Excluidos, por tanto, de la envidia de la acusación, aplicaban engaño; para que se levantaran, dice, y me insultaran, para provocarme a alguna conmoción: cuyo engaño viendo yo, como sordo no escuchaba. Considera la fuerza del discurso. No dijo, que simulaba no escuchar lo que decían: sino que no escuchaba, dijo; y que con la intención de la mente excluía la voz del que hablaba: ni abría su boca, como mudo. Bienaventurado el que puede tener tanta virtud, que provocado no se enoje, movido no quiera vengarse. Los enemigos hacen esto, para provocar a la ira: maldicen, para que maldigamos: acusan, para que devolvamos la acusación: insultan, para que nos exciten a la reciprocidad de la injuria. De donde Pedro puso admirablemente sobre el Señor Jesús en su epístola: Porque cuando era maldecido, no maldecía: cuando sufría, no amenazaba (I Pet. II, 23). A su semejanza e imagen, por tanto, deseando el justo formar las instituciones de su vida, acusado calla, herido perdona, disimula provocado, y no abre su boca; para imitar a aquel, que como cordero llevado al sacrificio, así no abrió su boca; y cuando puede tener algo que responder, prefiere callar que hablar. Pues el mismo Señor Jesús verdaderamente cuando era acusado, callaba; y cuando era golpeado, no devolvía el golpe. Finalmente, golpeado respondió: Si he hablado mal, da testimonio del mal: si bien, ¿por qué me golpeas? (Juan XVIII, 23). Mira cómo como verdaderamente débil, y como quien no pudiera vengarse, hablaba con un afecto casi infantil: así, por tanto, también tú si tienes con qué refutar al que te acusa, mejor callarás; para que con la reciprocidad de la refutación no reveles tu conmoción. Pues es mejor disimular la injuria, que cuando refutas, vengarte. Buen mudo, que no sabe hablar mal, de cuya boca no sabe salir crimen. Este es el mudo verdaderamente bienaventurado, que cuando calla, habla dentro de sí. El Señor me da lengua de erudición, para que sepa cuándo debo decir una palabra. Tales cosas hablaba dentro de sí Zacarías, cuando enmudeció: y verdaderamente porque no le había aprovechado hablar, para que no hablara, enmudeció; y para que hablara, fue escuchado por Cristo. Finalmente, escribió que Cristo escucharía; y recibió la voz, que Cristo le concedió; y añadió la gracia, que antes no tenía; para que profetizara a aquel, en cuyos mandatos antes no creyó. ¿Por qué hablo del Señor de todas las virtudes, cuando la mujer Susana, ni turbada por la debilidad del sexo, cuando se vio condenada al peligro de muerte, emitió voz? Era acusada, y callaba: era llevada a la muerte, y se cubría con el silencio, para no desnudar su pudor. Sin embargo, hablaba dentro de sí a Dios, que la escuchó más callando: que si hubiera querido hablar, tal vez no habría sido escuchada.

46. Y tú, por tanto, que has propuesto satisfacer por tus delitos al Señor tu Dios, purifícate con el corazón interior solo a Él, contempla a aquel, que puede lavar los pecados. Te ayuda, quien pensó que debías ser reprendido. Finalmente, cuando David era maldecido, y su jefe Abisai quería vengar la injuria del rey, David le dijo: Déjalo, para que maldiga; porque el Señor le ha dicho, para que vea mi humildad, y el Señor me retribuya bien por esta maldición (II Reg. XVI, 12). Ves, por tanto, que eres ayudado por los que te insultan, para que el Señor te escuche, y perdone tu pecado. Pues cuando tú mismo debes ser tu acusador, y acumular tus delitos, y ofrecerte a ti mismo al suplicio; ¿cómo deseas negar lo que se te imputa? La penitencia busca paciencia, la paciencia mitiga grandes delitos. ¿Cómo te enojas con otros,

siendo tú mismo reo de tu conciencia? ¿Cómo te conmueves, cuando debes ser miserable? Quien es acusado, y (lo que es más) por sí mismo, debe cuidar sus heridas, no herir a otro. Nadie se sana hiriendo a otro. Médico, cúrate a ti mismo. Si médico, cuánto más el reo debe primero curarse a sí mismo. Confiesas tu pecado, y te profesas médico ajeno: y si es de verdad lo que retuerces, no es el tiempo; pues al pecador le dijo Dios: ¿Por qué tú narras mis injusticias? (Sal. XLIX, 16). Usurpaste para ti el derecho de reprender sobre la Ley, tú que contra la Ley (Éxodo XXIII, 1) mismo actuaste. ¿Por qué pierdes el tiempo de las lágrimas? ¿Por qué disputando escuchas o hablas palabras vanas; cuando te está escrito: No aceptes oído vano; cuando has leído en el Evangelio (Mat. XII, 36) que por toda palabra ociosa se ha de rendir juicio? Aunque otro hable, calla; aunque otro insulte, cierra tu oído.

47. (Vers. 16, 17.) David venció a sus adversarios callando: y porque se hizo como mudo, recibió la voz; porque vuelto al Señor hablaba diciendo: Porque en ti, Señor, he esperado: tú me escucharás, Señor, Dios mío. Porque dije, no sea que alguna vez se regocijen en mí mis enemigos. Mira cada cosa: David callaba, hablaban los enemigos, provocaban para que él también hablara algo. Decían: Escuchemos tu voz. Dentro de sí él hablaba en silencio: ¿Qué necesidad hay, para que estos escuchen, a quienes no pueden beneficiar? En ti, Señor, he esperado; a ti solo hablo: tú escucha, que puedes escuchar. Siempre te he pedido, no sea que alguna vez se regocijen en mí mis enemigos; porque aunque he pecado, tú perdonas el pecado: aunque yo he caído, tú levantas, para que no tengan de qué regocijarse los que se alegran con los pecados ajenos. Pues hemos adquirido más, los que más hemos pecado; porque tu gracia nos hace más bienaventurados, que nuestra inocencia. Tenemos este sentido también en el libro del profeta Miqueas: No te regocijes sobre mí, enemiga mía; porque he caído, pero me levantaré (Miq. VII, 8). No es grave la caída de la debilidad, si no hay también el empeño de la voluntad de no levantarse de ella. Ten la voluntad de levantarte, está presente quien haga que te levantes.

48. Dijo, por tanto, David en su corazón, pidiendo ser escuchado por el Señor, y para que no se regocijara en él sus enemigos: pidiendo también que permaneciera en el propósito de su conversión; para que no, mientras los pasos de su propósito como ciertos pies de su alma se movieran, hablaran en él los adversarios con palabras llenas de soberbia y magniloquencia; como hacen los que desean insultar. Aunque se mueva como hombre, se dice preparado para los azotes; para que con el suplicio pague el error. Aunque cesen los azotes del Señor, sin embargo, se recuerda a sí mismo ser azotado por su propio dolor; para que no encuentre la culpa lo que condene, que la buena confesión haya prevenido. Esto es, por tanto, lo que dice: Y mientras se mueven mis pies, hablaron en mí cosas grandes; porque tan prontos están para las burlas de la insultación, que en la conmoción de mis pies ya tenían preparada la magniloquencia; o ciertamente así: Mientras se mueven mis pies, pensando que caería, ya hablaron cosas soberbias y magniloquas.

49. Pero sin embargo, porque él en los posteriores casi dijo que sus pies se movieron (Sal. LXXII, 2), para que no surja de aquí escrúpulo, considera aquí que se nos enseña el afecto de la penitencia, allí se excluye la opinión de su error, que las riquezas y el éxito más próspero de los malvados no deben movernos. Sin embargo, se encuentra en las Escrituras divinas una costumbre de locución de este tipo. Pues así también en otro lugar: Cuando el Señor convirtió la cautividad de Sion, fuimos como consolados (Sal. CXXV, 1). Aunque el santo no quiere ser probado en la ostentación de las palabras, sino en la virtud del espíritu. Por tanto, el sentido debe ser siempre considerado, que incluso él mismo la frecuente traducción del hebreo al griego, del griego al latín suele atenuar.

50. (Vers. 18.) Para todo lo anterior, por tanto, un hermoso remedio, que está preparado para los azotes, y se ofrece al Señor, para que los azotes que le plazcan a Dios los soporte (I Par. XXI, 13). Ciertamente leo que el santo David eligió el tipo de azote, que soportaría con ecuanimidad: pero eligió, porque de tres condiciones se mandaba elegir una. Donde, sin embargo, no se manda, está preparado para todo el siervo de Dios, ya sea que sufra enfermedad corporal, o huida de la cara del enemigo, o la muerte de los hijos, que no teme enviar adelante; porque puede recibirlos sin temor. Pues sabiendo que si aquí es castigado con suplicio temporal, puede aliviar en el futuro la pena de la aflicción perpetua: ruega, por tanto, que su petición sea recibida, y que él mismo sea castigado, para que sea recibido; pues el Señor castiga a todo hijo que recibe.

51. (Vers. 19.) Si ves a tu siervo confesando sus propios pecados ofreciéndose voluntariamente a la pena, te conmueves, perdonas: ¿y dudas de la misericordia del Señor? El mismo juez a quien no le está permitido en muchas causas abstenerse de la espada, porque sirve a las leyes; sin embargo, puede conceder el beneficio de las penas: ¿y tú aún dudas de lo que pides al Señor de las leyes y Autor de la misericordia, a quien la ley es voluntad, y el derecho de perdonar? Si, sin embargo, tú pides que te sean perdonados tus pecados, ni consideras tus honores, ni te avergüenzas de tus amigos; para que no parezca que has desviado tu dignidad. Amigo de Dios, profeta de Dios, rey elegido por Dios mismo, y ungido en el reino, se ofrecía espontáneamente a los azotes, y no se avergonzaba: ¿y tú te avergüenzas? No te ayudará mucho esta vergüenza, cuando vengas al juicio de Dios; pero te arrepentirás de este pudor, cuando en presencia no solo de los hombres, sino también de los Ángeles y de todas las Potestades celestiales, comiences a no negar tus propios pecados. ¿Cómo excusarás, cuando has cometido tanto? ¿Presentarás la debilidad de la condición, porque nadie está sin pecado? Se te responderá: Debiste, por tanto, hacer penitencia, te di el remedio, ¿por qué lo rechazaste? ¿Alegarás pudor, porque te avergonzaste de tus honores? Dirá: Si tú te avergonzaste de mí ante tus amigos, también yo me avergonzaré de ti ante mi Padre, que está en los cielos. Aprende que es verdad lo que está escrito, porque hay vergüenza que lleva al pecado (Ecli. IV, 25). David ponía su dolor ante sí mismo, para no olvidarlo nunca; David pronunciaba su iniquidad; David pensaba en su pecado, no en sus riquezas; David no se avergonzaba de enumerar sus pecados, para no avergonzarse de ellos en mi juicio: ¿y tú te avergonzabas? No estaría hoy en el descanso mi siervo Job, si se hubiera avergonzado de aquellos tres reyes sus amigos; ni el mismo David, si se hubiera avergonzado de confesar sus propios delitos. Por tanto, porque no se avergonzó de abrirme sus pecados; tampoco yo me avergonzaré de revelarles mis secretos. Y porque ambos no se avergonzaron de poner el precio de sus hechos en mi poder, de encomendarse a mi juicio y voluntad; tampoco yo me avergonzaré de tales siervos, para llamarlos amigos, que se han esforzado en hacer mi voluntad. Y por eso, porque ellos antes en el dolor, ahora en la consolación: tú porque en los deleites, ahora en los suplicios. Hay un gran abismo entre vosotros; para que ni la gracia de ellos pueda pasar a ti, ni tu pena a ellos. ¿Escuchas, por tanto, lo que dice David? Escucha, mientras se te permite corregir y enmendar: si aquí enmiendas, aquí descansarás. No te deleiten las dulzuras del mundo y de este siglo; pues suelen mover un grave amargor. No buscaba lo placentero estando en el reino, quien prefería la muerte de los santos, que la vida de los malvados.

52. (Vers. 20, 21.) Mis enemigos, dice, viven, y se han fortalecido sobre mí: y se han multiplicado, los que me odian injustamente. Los que devuelven mal por bien, me difamaban; porque seguí la justicia. Pero cuánto más ilustre aquel, que moría cada día, para vivificar a sus pueblos: y ofrecía su cuerpo a las heridas de la muerte; como él mismo dice: En muertes frecuentemente (II Cor. XI, 23). Pues la muerte es una redención honesta de la vida incluso

descolorida, o un firme sostén de la inocente: pero la salida de la muerte está en la mano de la vida. Y por eso el Apóstol prefería morir cada día; para comprobar el mérito de su vida. Pues está escrito: No alabes al hombre en su vida. Porque los que viven, morirán: los que mueren, resucitarán. Por tanto, está más cerca de la salvación, quien muere para resucitar, que aquel que vive para morir. ¿Quién es, sin embargo, el que muere cada día (Ecl. XI, 30), sino el que lleva la muerte del Señor Jesús en su carne, para que todos sus pecados mueran en él? Sin embargo, se han fortalecido y multiplicado los enemigos de David en este siglo; pero no es un firme sostén, sino de aquel que se fortalece en Cristo. Finalmente, ellos se fortalecen en el siglo, que odian injustamente al justo: por tanto, no es un odio justo, sino injusto; cuando odian injustamente.

53. Pero observa la diferencia. En los versículos posteriores dice: "Los que me odian sin causa" (Salmo LXVIII, 5); aquí se dice: "Los que me odian injustamente". Pero allí habla en persona de Cristo, aquí en su propia persona; donde habla en persona de Cristo, es odiado sin causa; donde habla en su propia persona, es injustamente. Un hombre puede no ser vulnerable a una herida, como la injusticia, la intemperancia, la impudicia; pero es vulnerable a otras heridas. En Cristo, sin embargo, no pudo haber causa alguna para recibir la herida de algún pecado, siendo inmune a la culpa, íntegro de delito, e inmaculado de vicio. Hay quienes piensan que ambos salmos se expresan en persona de Cristo, quien satisfacía al Padre por nuestros pecados. Aquí, por tanto, decía que era atacado contra la justicia, allí contra la gracia.

54. Y bien añade, para probar que fue atacado injustamente: "Porque he seguido la justicia". ¡Cuánta fuerza tiene la adición de una sola sílaba, para decir que ha seguido la justicia, no que la ha perseguido! Pues es más cercano quien sigue que quien persigue, y se llama sucesión del heredero más que acceso.

55. (Vers. 22.) Y sin embargo, aunque sigue la justicia, no cree que sea por su propia virtud, sino por la gracia celestial, si no es abandonado por Cristo; por eso ora con más fervor diciendo: "No me abandones, Señor mi Dios; no te alejes de mí"; es decir, los hombres me han abandonado, mis amigos han atacado al amado cercano a ellos: no se han acercado. Me huían como a un muerto, y me abominaban; porque deseaba abrirte mis pecados y confesarlos; porque me ofrecí a tus azotes para ser herido; porque elegí las cicatrices de las heridas sobre los banquetes de los reyes y la jactancia de los poderes: tú solo no me abandones, tú permanece con tu siervo, que levantas al pobre de la tierra y al necesitado del estiércol. Confiado en tu compañía, me consideraré más rodeado de pueblos. Mis cicatrices se han podrido; pero aún deseo las cicatrices de tus golpes, que cubren las heridas sanadas, para que después no aparezca ninguna llaga. Buenas son las cicatrices de las heridas triunfales, con las que se glorían los vencedores de esta batalla terrenal. ¡Cuánto más ilustres son las heridas que parecen recibidas por la fe y la gloria de tu nombre! Esta es la cicatriz que abre el cielo, adquiere el reino, encuentra la inmortalidad. Esta, hermanos, es la cicatriz bienaventurada, porque bienaventurados son los que lavaron sus vestiduras en su sangre. Así comenzó a ser la vestidura de gloria, la carne de muerte (Rom. VII, 24): en la que también Pablo, elegido de Dios, antes peligraba, si no hubiera pedido ser liberado del cuerpo de esta muerte, como leemos.

56. Y por eso, los que estamos en este cuerpo de muerte, oremos para que ese buen médico, amado de Dios, no nos abandone, a quien el patriarca David rogaba que no se apartara de él. Encomendémonos a él, preparados para ser curados con el medicamento que él quiera. Nadie le dice al médico de su cuerpo cómo debe ser curado. El médico sabe qué medicamentos

convienen a cada herida, qué putrefacción de úlcera debe ser amputada con hierro, para que no se extienda la ruina a todo el cuerpo. Si el médico dice el tipo de medicina con la que debe ser curado el enfermo, y este la desprecia, el médico se va y abandona al enfermo. Observa al que quiere ser curado, que se somete a todo tipo de médico; atiende al orden. Primero abre sus heridas al médico, y dice: Cúrame, pero te ruego que no en tu ira, porque mis debilidades no soportan una medicina dura. La medicina de Cristo es la corrección; pues el Señor corrige a quien quiere convertir. Por eso también Pablo dice al médico: "Reprende, exhorta, increpa" (II Tim. IV, 2). No rehúsa ser curado quien pide ser reprendido; pero quiere que se alivie el castigo, para que no sea reprendido con ira, ni corregido con el ímpetu de la ira.

57. Y observa el progreso. Primero pide ser reprendido; después, lo que es mayor, ser corregido. Luego no solo confiesa sus pecados, sino que también los enumera y acusa; pues no quiere que sus delitos permanezcan ocultos. Porque así como las fiebres, cuando están en lo alto, no pueden ser mitigadas; cuando salen afuera, traen esperanza de cesar: así la enfermedad de los pecados, mientras se oculta, arde; si se revela con confesiones, se evapora. Y por eso el justo es acusador de sí mismo al principio del discurso, antes de que el contagio de la úlcera se extienda internamente; pues la memoria de los delitos pesa en la conciencia, a menos que se pida medicina. Y si el médico tarda, el enfermo debe ofrecerse, para ser cortado más pronto; como David se ofrecía a los azotes del Señor diciendo: Devuélveme el doble de mis pecados, con tal de que aquí me castigues; no me abandones, no apartes tu rostro de mí; no desprecies ni te horrorices del hedor de mis heridas. Y Job, tu siervo, estaba herido de úlcera desde los pies hasta la cabeza, y encontró remedio para su salud; aunque aquella herida fue de virtud, esta de error. Hedían las heridas, que los médicos no podían curar. Hablaste, Señor, los misterios de tus sacramentos, manifestaste los venenos de la serpiente; y con el medicamento de tu sola palabra fueron curadas las heridas de tu siervo, porque no lo abandonaste; y no me abandones, Señor, no te alejes de mí. Los hombres me han abandonado; porque mis heridas les son repugnantes, que pensé debían ser reveladas a tu piedad. Ellos dicen: Aléjate de nosotros, porque eres pecador; vete, para que no nos contamines. Pero tú, Señor, curas, y no te contaminas; ayudas, y no te ensucias; porque eres el Dios de mi salvación, Señor, y tu mano no está acostumbrada a destruir, sino a sanar.

58. Hemos completado el salmo incluso con su interpretación del versículo que algunos códices griegos tienen, pero no todos los latinos. Pues antes del próximo responsorio está el versículo: "Y me arrojaron, como a un muerto abominable"; esto es, aquellos que me devolvían males por bienes. Pero tú no me abandones, Señor, no te alejes de mí; pues esto sigue; es decir: Tú no me abandones, que has acostumbrado a curar al muerto hediondo. Finalmente, tenemos esto en el Evangelio. Pues cuando llegó al sepulcro de Lázaro, y dijo: "Quitad la piedra"; Marta dijo: "Ya hiede, porque es de cuatro días"; le respondió: "¿No te dije que si crees, verás la gloria de Dios?" (Juan XI, 39 y 40). Y clamó a Lázaro, y salió sano. Creámoslo también nosotros; para que de nuestras heridas adquiramos la medicina de la salvación y la futura gloria.

59. En las oraciones y súplicas, con dolor y lágrimas, se debe exigir la penitencia, para que merezcamos ver esa gloria de Dios. No te conmueva que el luto, el dolor, la mortificación del cuerpo, sean pasiones gravísimas; aunque parezcan gravísimas, sin embargo, tales pasiones son indignas de la gloria venidera, como te testifica el apóstol Pablo (Rom. VIII, 18). No nos pese, pues, ofrecer aquí cosas más leves; para que allí podamos obtener la plenitud de alabanza y gloria, reportando premios perpetuos por los temporales a través del Señor Jesús: a quien sea la alabanza, el honor, la gloria, la perpetuidad desde los siglos, y ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos, Amén.

EN EL SALMO XXXVIII COMENTARIO. Título: Para el fin, por Idithum, Cántico de David.

841 1. (Vers. 1.) En el salmo anterior se expresa la forma de la penitencia: en este siguiente se señala la forma de la paciencia. Este salmo lo escribió David, y lo dio a Idithum, un hombre instruido en las disciplinas levíticas y sacerdotales, para que lo cantara, quien antes del arca del Señor componía con gran habilidad la serie de los salmos. Por tanto, como no fue Idithum quien escribió este salmo, sino el profeta David, y lo dio a Idithum, un hombre experto en el canto, para que lo cantara; por eso está inscrito así el título. Finalmente, también en los escritos seculares había quienes escribían, y otros que en escena, o cantos, o comedias, o tragedias, solían cantar. Y aquellos, en efecto, pedían la corona Olímpica: de donde también sus escritos al final testifican el himno de victoria; pero David, que no buscaba estas guirnaldas de coronas marchitas, sino que deseaba con piadoso afecto aquella incorruptible e incontaminada herencia de las recompensas celestiales, escribió el himno no de victoria; sino para aquel que impartía la victoria a los que creían en él, que es el fin de todo lo que pedimos con piadosa mente. Pues ya busques la sabiduría, ya te dediques a la virtud, ya a la verdad, ya al camino y la justicia, ya a la resurrección, en todo debes seguir a Cristo, que es la virtud de Dios y la sabiduría, la verdad, el camino, la justicia, la resurrección. ¿A quién, pues, debes dirigirte, sino a la perfección de todo, y a la suma de las virtudes? Y por eso te dice: "Ven, sígueme" (Mat. XIX, 21); esto es, para que merezcas llegar a la consumación de las virtudes. Por tanto, quien sigue a Cristo, debe imitarlo según su posibilidad; para que medite en sus preceptos consigo mismo, y en los ejemplos de las obras divinas.

2. Y por eso David meditaba consigo mismo, recordando que Cristo había hablado en él, para que cuando algunos le fueran molestos, y lo provocaran a la contienda, se revistiera de paciencia, declinara los deseos de luchar, de los cuales frecuentemente surgen ruidos vanos y disputas. Por eso, cuando muchos envidiaban al santo David por sus virtudes, creyendo que lo apartarían de su propósito de mansedumbre y afecto de humildad, frecuentemente lo atacaban; también aquellas malicias espirituales en los cielos, contra las cuales es grave la lucha para los justos, impulsaban a los ministros de su maldad para conmoverlo: para que entre las frecuentes disputas de los que se oponían, y los tumultos de las discusiones, no se le escapara alguna palabra de ofensa, el santo Profeta propuso callar. ¡Oh, fuerte escudo de la circumspecta defensa del silencio! ¡Oh, fidelísimo fundamento de estabilidad, en el cual si alguien pudiera permanecer, no podría temer el resbalón de la palabra! Pues muchos, aunque firmes de corazón, sin embargo, incautos, han caído frecuentemente por el error de la palabra fluctuante. Viendo, pues, el Profeta que era tentado por tales insidias y el vano ruido de los que disputaban, meditaba en su interior, imponiéndose la ley del silencio; y mientras callaba, a los que le insultaban, y lo provocaban a hablar; como suelen ser las disputas y palabras de los insolentes: Respóndenlos, si presumes de igualdad: ves que también tú has sido vencido, y no tienes nada que responder; cuando veía que casi era impulsado a la voz por los insultos, se retraía a sí mismo, para hablar en su corazón.

3. (Vers. 2.) Dije: Guardaré mis caminos; para no pecar con mi lengua. Puse guarda a mi boca; mientras el pecador está delante de mí; esto es, propuse, confirmé, me impuse, hablé a mi corazón: Guardaré mis caminos. Si lo hubiera dicho a otros, mi palabra debería mantenerse; ¡cuánto más estable debe ser lo que me he propuesto a mí mismo! Si alguien engaña a otro, es indecoroso: si alguien engaña a su prójimo, es grave; ¡cuánto más grave, si alguien piensa que debe ser defraudado de lo que se ha prometido a sí mismo; para que se considere infiel a su propio juicio y despreciable! ¿A quién, pues, puede parecer idóneo, quien se considera vil a sí mismo? Mantengamos, pues, la constancia de nuestra alma; para que no se precipiten apresuradamente los labios a la ofensa. Y Job venció su plaga con

silencio, y superó su tolerancia con taciturnidad. No se confía bien en la carne: habríamos vencido, si Eva hubiera callado. Por tanto, primero procedió el pecado de la voz, y aquella serpiente malísima y astuta nos tentó primero por la voz. Y ojalá Adán hubiera sido sordo, o Eva hubiera enmudecido: aquel, para no escuchar la voz de su esposa; esta, para no hablar a su marido, y con el ministerio de su voz resbaladiza transfundir al hombre los venenos de la serpiente. También Caín, aunque violó la naturaleza humana con parricidio, y el impío borró los derechos de la piedad; sin embargo, añadió sacrilegio a su crimen con la voz, para negar a Dios la muerte de su hermano. ¿Qué diré de cada uno? El mismo pueblo elegido por el Señor, al que Moisés en silencio abrió el mar, ingrato por los beneficios celestiales murmuraba, por lo que contrajo la ofensa divina. Luego rechazó al mismo guía de aquel camino inusitado e inexplorado, Moisés, y pidió a su hermano Aarón que le hiciera dioses para adorar.

4. Por eso, considerando también él tantos peligros de la voz: Dije: Guardaré mis caminos. ¿Cuáles son, pues, esos caminos del hombre, que deben ser cuidadosamente evitados, para no incurrir en una ofensa más grave, nos advierte un Profeta tan grande a considerar más diligentemente? También nos advierte Salomón, su hijo, intérprete de la mente paterna, a examinar más perspicazmente, quien escribió: "Tres cosas me son imposibles de entender, y una cuarta que no reconozco. La huella del águila volando, y el camino de la serpiente en la roca, y las sendas del barco navegando en el mar, y los caminos del hombre en la juventud. Tal es el camino de la mujer adúltera, que después de haber actuado, lavada, dice que no ha hecho nada malo" (Prov. XXX, 18 y ss.). Dijo, pues, que tres cosas le eran imposibles de entender, y una cuarta que él, teniendo entre los hombres el sello de la sabiduría, no reconocía, a saber, el curso de los caminos del hombre en la juventud. ¿De los cuales, pues, o inexplicables, o difíciles de reconocer, puede ser fácil su custodia? Por eso no sin razón el mismo David no ofreció defensa de los delitos de su juventud, sino que pidió olvido. "Los delitos de mi juventud, y mi ignorancia, no los recuerdes" (Sal. XXIV, 7). No sin razón, pues, Salomón dijo que no reconocía lo que su padre, en quien había mayor gracia de Dios, testificó que ignoraba. Y tal vez refirió los delitos de la juventud al fervor de la carne, y la ignorancia a la caída de las palabras, que no se fundan en nuestro juicio, sino que frecuentemente se vierten con un cierto ímpetu y curso de hablar; lo cual el Profeta, reconociendo que es peligroso, dijo: "Creí, por eso hablé" (Sal. CXV, 1). Sobre el fundamento, pues, de la virtud, la voz es segura; sin fundamento, resbaladiza. Por eso, como con un cierto sonido de trompeta, el intérprete elegido de la Escritura divina increpó: "Con el corazón se cree para justicia; pero con la boca se hace confesión para salvación" (Rom. X, 10). La fe de los creyentes es principal, la confesión es ejecución.

5. ¿Cómo, pues, propuso el santo profeta David, o por qué razón guardar sus caminos, escuchemos: "Para no pecar con mi lengua". Si esto lo evita el Profeta, ¿tú no lo evitas? Si esto teme, en quien hablaba la gracia de Dios, ¿tú no temes, que no rehúyes las palabras de error, y te deleitas en discursos teatrales? ¿Tú no temes, a quien se le ha escrito en el Evangelio (Mat. XII, 36), que por toda palabra ociosa darás cuenta? Si por la palabra ociosa hay peligro, ¡cuánto más por la criminal! No todo lo que es ocioso es criminal: pero todo lo que no es fructífero, es peligroso y erradicable; pues todo árbol que no da fruto, será cortado y echado al fuego. Cuando el ánimo se mueve, es agitado por los adversarios que lo estimulan, que lo insultan, que lo acusan, se escapa la palabra de la conmoción; por eso el silencio es tanto seguro como decoroso, que guarda la cautela con gravedad. ¿Qué son, pues, nuestros labios, sino nuestras cadenas? Finalmente, cada uno está atado por las cadenas de sus labios. Por eso el sabio calla a tiempo, y considera consigo mismo en qué momento debe hablar. De lo cual Salomón dijo admirablemente: "Los labios del sabio están atados con inteligencia" (Prov. XV, 7). Cuando, pues, ves al sabio callar ante los insolentes que se

burlan, di: "Este ha atado sus labios con inteligencia"; esto es, prudentemente calla, para no ser atado por las cadenas de sus labios. Puso guarda a su boca, cercó sus oídos con espinas, aplicó un cerrojo a las puertas de su boca, guarda el tesoro de su corazón y la plata de su elocuencia, para que, examinada y purificada, la saque cuando convenga; para que ningún ladrón o perturbador irrumpa primero en su corazón, y lo lleve cautivo a aquellos a quienes venda sus delitos.

6. Judas meditaba vender a Cristo, pero lo retenía tanta gracia del Señor, y ciertos consuelos de la piedad paterna, con los que se suavizaba su furor: y no habría estallado en crimen, si el adversario no se hubiera sumergido en su corazón, porque pensaba que engañaba a Cristo. No dudes, pues, cuando algunos te son molestos queriendo guardar la justicia, que son ministros de aquel malvado pecador, que es el autor de todos los crímenes. David veía con ojos proféticos, reconocía su figura; por eso callaba, para no hacer la voluntad de aquel que desea perturbar el afecto. Reprimía la voz, cerraba sus puertas con silencio, la paciencia se mostraba en él, y la custodia de la taciturnidad vigilaba; para que el enemigo no se infiltrara, para que de las cerraduras de su boca no saliera alguna palabra vaga e incauta. Por eso es más fuerte el paciente, que se contiene a sí mismo, que el que toma ciudades. El justo es para sí mismo una cerradura, es para sí mismo un vigilante guardián.

7. Cuando, pues, se protegía a sí mismo, hablaba en su corazón: "Puse guarda a mi boca, mientras el pecador está delante de mí". Siempre está presente el enemigo, porque siempre acecha. Aunque no lo veas, está presente: aunque no lo sientas, ataca. Si no lo ves, cree al que ve: "Está delante de mí el pecador". Quien ve su pecado, ve también al pecador burlándose de él en lo que ha hecho. Pero quien prevé al pecador, puede evitar el pecado. David veía al pecador estar delante de él; cuando Semei maldecía y apedreaba a su rey, y clamaba: "Sal, hombre de sangre" (II Sam. XVI, 7). Pues no sería tan temerario, que no se moviera por la reverencia de un rey tan grande, ni temiera a su ejército armado, cuando uno de su ejército podría haber matado al que lo insultaba; pero el diablo lo había vuelto loco, que lo empujaba a la muerte. Por eso David luchaba más contra el autor que perseguía al ministro. ¿Qué gran cosa es vengarse de un hombre débil, a quien otro empujaba al furor, en cuya muerte el pecador habría tenido el efecto de su voluntad? No con la espada se vence al diablo, sino con la palabra de Dios: por eso calle la lengua del hombre, hable la Palabra de Dios. Finalmente, también Cristo callaba ante el juicio de Pilato, para darnos la forma de callar; porque la lengua del cuerpo es fácil al error, proclive a la caída. Pero hay quienes callando hablan; como Moisés que estaba atónito y callaba, a quien Dios dijo mientras callaba: "¿Por qué clamas a mí?" (Éxodo XIV, 5). Como Susana, que calló en sus peligros, y el Señor la escuchó. Por tanto, aunque la palabra de Dios esté en ti; y callarás en la palabra de Dios, y callado clamarás, para ser escuchado por Cristo.

8. Medita, por tanto, en las cosas de Cristo, aquellas que el profeta David meditaba en su interior, en las que Cristo habló antes en este salmo. Pues está escrito: "Pero yo, cuando ellos me molestaban, me vestía de cilicio; y humillaba mi alma con ayuno, y mi oración se convertía en mi seno" (Sal. XXXIV, 13). ¿Qué significa "en alguno"? Porque es entonces cuando más fácilmente se escapa una palabra inoportuna o se agita el ánimo; cuando estamos en algún dolor o tristeza, o el alma se aflige por indignación, o se ve impedida por algunas preocupaciones, o se ocupa en discusiones. ¿Quiénes, por tanto, son molestos? Primero, entiende que se refiere al mismo autor del pecado y sus ángeles; luego, a aquellos que prefieren ser sus seguidores en lugar de Cristo. Se incita a la esposa, como a la de Job (Job II, 10 y otros lugares); al amigo, como se manifiesta en ese mismo libro; al hijo, como Absalón; al siervo, al liberto, al doméstico; porque los enemigos del hombre son también sus

domésticos, para que cada uno lo agite. ¿Cuál es, por tanto, el remedio contra tales enfermedades del alma, sino la paciencia, el silencio? Y, lo que es más grave, aquel que más te provoca es quien ha disfrutado de tus beneficios: y entre ellos, el que más te debe es quien más te exaspera; para que te conmuevas más por la amargura de un hombre ingrato o la indignidad de alguna persona vil.

9. Por tanto, el justo, aunque su amigo sea insolente, se duele por él; porque su amigo cae, ya que es impulsado por el tentador. Si se duele por el amigo, mucho más por la esposa, por el hijo: si también ellos se muestran insolentes; y si el hermano lo agita, como Esaú al santo Jacob, se duele y busca reconciliarse con su hermano, o huir de su presencia, como Rebeca aconsejaba, para que la ira del hermano no encontrara ocasión de hacer daño; y si es un vecino o doméstico, se duele; y si es un ministro, liberto o siervo, lo soporta pacientemente, y en todo esto guarda silencio: para no responder a quien ve que lo impulsa. ¿Alguien de los domésticos lo injuria? Se duele y calla; ¿lo injuria un liberto? Calla; ¿lo injuria un siervo? Calla. Así se vence a quien extiende el lazo de su alma con el cebo de la voz. Calla, por tanto, también tú cuando alguien indigno te injuria; calla cuando un siervo, y especialmente el tuyo, te insulta; y di en tu corazón: "Yo callo: Tú, Señor, no calles" (Sal. XXXIV, 22); y añade: "No te alejes de mí", como decía el profeta David; esto es, no me dejes solo ante los que me atacan. Pues no está solo aquel a quien Dios está presente. Recibe el testimonio. He aquí, dice, "viene la hora en que seréis dispersados cada uno a lo suyo, y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Juan XVI, 32).

10. El justo, por tanto, guarda silencio ante los insolentes, el justo ora. Escucha al justo orando: "En lugar de amarme, me calumniaban: pero yo oraba" (Sal. CVIII, 4). El justo bendice a quienes lo maldicen; como hacían los apóstoles, según afirma Pablo diciendo: "Nos maldicen, y bendecimos" (I Cor. IV, 13). El justo ama a sus enemigos. Observa cómo se le enseña a ascender gradualmente a los incrementos de las virtudes, diciendo el Señor: "Amad a vuestros enemigos" (Mat. V, 44). El justo ora por los que lo calumnian; porque también esto mandó el Señor añadiendo: "Haced bien a los que os odian, orad por los que os calumnian y os persiguen" (Ibid.). Él es justo en todo, quien guarda y observa estas cosas. Primero, porque calla y no responde a los enemigos; luego, porque ora, esto es, no está ocioso en afecto. Y quien ora, ora por el bien, no por lo que pueda dañar a su enemigo. Es más, por tanto, orar que callar. El justo bendice a quienes lo maldicen. Esto es más que orar por sí mismo; pues seguro de sí, bendice a quien no teme, o incluso a quien antes temía. El justo ama al enemigo. Es más amar que bendecir; porque el amor de la mente es mayor que la gracia del discurso. El justo hace el bien a quien lo odia. El justo ora por los que lo calumnian. Buena caridad, y buena piedad: ambas de Dios, y ambas son Dios; porque "Dios es caridad", como dijo Juan en la epístola (I Juan IV, 16). Por eso ambas están unidas: "Amad a vuestros enemigos... y orad por los que os calumnian y os persiguen". La plenitud de la Ley es la caridad: pero también esta plenitud del Evangelio nos manda orar por los que nos calumnian y persiguen, para que pidamos perdón por sus pecados; como por juicio divino fue elegido el santo Job, cuya oración borraría la ofensa de aquellos reyes que calumniaban al justo (Job XLII, 8).

11. Por tanto, aunque seas débil, ora; aunque seas fuerte, ora. El débil ora por sí mismo, el fuerte ora por su enemigo. Buen escudo de la debilidad, la oración. Tú oras, y el Señor te protege. Buen escudo también del triunfante, para que defiendas a tu enemigo a quien podrías herir; para que no sea asesinado por alguien, y (lo que es mayor) por Cristo, quien dijo: "Mía es la venganza, yo pagaré" (Rom. XII, 19). Esta es la oración que se convierte en el seno del suplicante, trayendo el fruto de lo que quiso obtener; para que los dones regresen a su alma y mente, que pidió al Señor; como en los posteriores este mismo profeta te enseñó diciendo:

"Así te bendeciré en mi vida, y en tu nombre levantaré mis manos. Como de sebo y grosura se llenará mi alma" (Sal. LXII, 5 y 6). Este es el seno del alma, el secreto de la oración, los recintos interiores de los votos recurrentes. Por eso se dice que los justos descansan en el seno de Abraham (Luc. XVI, 22), lo que significa que descansan en su gracia, en su reposo, en su placidez, quienes han asumido una fe conforme a la suya, y han hecho la misma voluntad en buenas obras.

12. Pero tal vez alguien se maraville, cuando el Señor dijo por boca de David, que humillaba su alma con ayuno (Sal. XXXIV, 13); cómo el mismo David dice más adelante: "Si no pensaba humildemente; sino que exalté mi alma" (Sal. CXXX, 2). Pero que considere que una cosa es lo que se refiere a la sabiduría de la mente, otra lo que se refiere a la humildad del corazón: la sabiduría de la mente es sublime; pero la sabiduría de la carne no debe inflarse. Por tanto, David humillaba su alma con ayuno, para enseñar a castigar la hinchazón de nuestra carne. El Profeta exaltaba su alma, por la sublime gracia de Dios; porque quien se exalta, será humillado; y quien se humilla, será exaltado (Luc. XIV, 11). No solo el soberbio es reprimido, y el humilde elevado con la digna recompensa de sus méritos, como primero debe entenderse: sino que, porque la palabra de Dios es aguda por todas partes, como una espada que es aguda por ambos lados, yo creo que puede entenderse que quien se exalta, sabe humillarse; y quien sabe humillarse, también sabe exaltarse. Finalmente, Pablo lo muestra, diciendo: "He aprendido a contentarme con lo que tengo. Sé vivir humildemente, sé tener abundancia" (Filip. IV, 11). Por tanto, también David, no pensando humildemente sobre Cristo, exaltaba su alma, que los arrianos humillan y abaten; y exaltando su alma, representaba con piadoso afecto el vigor del sentido, la gracia de la fe, la humildad de la virtud.

13. (Vers. 3) Por eso decía: "Enmudecí, y fui humillado, y callé acerca de los bienes"; porque sabía cuándo debía humillarse, y sabía cuándo debía callar. Enmudeció, para no alborotar con la misma contienda litigiosa con los que lo reprendían: fue humillado, para abatir la hinchazón de los soberbios, o para enseñarles con su ejemplo cómo debían humillarse: calló acerca de los bienes; porque una buena conciencia no necesita la defensa de las palabras, que se apoya en su propio testimonio, siendo su propio juez. Por eso el justo dice: "¿Quién me contradice, o quién se opone a mí?" (Isaías L, 8). Y Pablo dice: "Para mí es de poca importancia ser juzgado por vosotros, o por juicio humano" (I Cor. IV, 3). Contra los calumniadores y pecadores, el justo está contento con su propio juicio: pero reserva el juicio de sus méritos a Cristo. Por eso añadió: "Quien me juzga es el Señor" (Ibid., 4). Muy bien eligió como juez a quien no puede ser engañado por ninguna trampa; para que no se le pasen por alto las cosas ocultas, ni ofenda la caída de la condición débil: quien sabe perdonar la fragilidad. Por tanto, el silencio es útil para todo. Si reconoces el pecado, calla, para no exagerarlo negándolo; si no lo reconoces, calla seguro de tu inocencia. Las palabras ajenas no pueden imponer un crimen que la propia conciencia no ha aceptado.

14. Sigue: "Y mi dolor se renovó". Aún en un grado inferior de virtud, pronuncia estas palabras, que su dolor se renovó por la objeción de los pecados antiguos, que ya parecía haber cubierto el olvido, o que la compensación de las buenas obras había cubierto. Finalmente, más adelante, como más fuerte, dice: "Me vieron, y movieron sus cabezas" (Sal. CVIII, 25); porque amenazaban, y no podían hacer daño. Y añadió: "Maldicen a él, y tú bendices" (Ibid. 28). Y lo que habla como más fuerte, despreciando la injuria o la vergüenza, a quien la bendición del Señor abundaba por encima de todo. Por tanto, en este salmo treinta y ocho, como en una cierta meditación, aún no colocado en toda la perfección de la virtud, dice que su dolor se ha renovado. Pues el más fuerte no sabe sentir la ofensa de la cicatriz, ni puede temer la herida, quien es más fuerte. En la misma contienda de los luchadores, suele suceder

que el más fuerte espera ser provocado por algún golpe del inferior, para que, ofendido, se levante más vigoroso; así, fortalecido por mucha práctica y paciencia, como insensible al dolor, no puede sentir la herida, se ríe al ser golpeado, se inicia al ser provocado. Pero el inferior, si por casualidad recibe un golpe del atacante sobre la cicatriz de una herida antigua, siente el dolor renovado. Así es aquel a quien se le objetan los pecados anteriores, que ha dolido y llorado adecuadamente; para que con una satisfacción adecuada cubriera la cicatriz de sus pecados. Si es perfecto, calla ante los que lo injurian, sin renovarse ningún dolor; porque aunque haya pecado, está seguro de que los dones de Dios son sin arrepentimiento; y por eso lo que una vez ha perdonado, no suele desatarlo ni renovarlo, ya que él mismo dijo: "Yo soy, yo soy quien borra las iniquidades, y no me acordaré" (Isaías XLIII, 25). Si, sin embargo, es imperfecto y olvidadizo de los preceptos celestiales, el dolor se le renueva como una cicatriz desgarrada.

15. (Vers. 4.) "Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encenderá el fuego". Las heridas más graves, como sabemos, se curan con un medicamento cáustico o con fuego aplicado. Por tanto, el hombre sabio es su propio médico: sin embargo, aunque sea médico, cura su herida. Por eso, si no está completamente consumado en el hábito de la salud sin ofensa, su corazón se calienta, tiene fiebre, se enciende ante las injurias objetadas. Y si calla, se consume dentro de sí. La piedra, si se frota contra otra piedra, saca fuego; así también una buena conciencia se enciende de vergüenza, si se le renueva el recuerdo de sus delitos. Y en la misma meditación el fuego se enciende. No un fuego malo, que quema, pero no consume. Tal es el fuego de Dios que Moisés vio en la zarza; cuando la zarza ardía, pero no se consumía. Hay, por tanto, un fuego que disminuye el pecado, y consume la culpa con su ardor. Hay también un fuego que se excita con las meditaciones de las Escrituras celestiales; como aquel del que dice Jeremías: "Y era un fuego ardiente en mis huesos" (Jeremías XX, 9). O aquel del que Cleofás, y quien caminaba con él, cuando después de la resurrección Cristo se les unió, conversaban mutuamente diciendo: "¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos abría las Escrituras?" (Lucas XXIV, 32). Por eso vino el Señor, para enviar este fuego a la tierra; para iluminar las almas de todos, encender el cielo, consumir el crimen.

16. (Vers. 5.) "Hablé con mi lengua: hazme saber, Señor, mi fin: y el número de mis días que es; para que sepa qué me falta". Buen fuego, que hizo que el Profeta hablara. Y mira si no es el mismo fuego que se vio, cuando en el día de Pentecostés, estando los discípulos reunidos en un solo lugar, el Espíritu Santo descendió con gran fuerza sobre ellos, y hablaban en diversas lenguas. Pues está escrito: "Porque se vieron sus lenguas dispersas como de fuego" (Hechos II, 3). Este es, por tanto, quien dijo a Jeremías: "He aquí que pongo en tu boca mis palabras en fuego" (Jeremías V, 14). Por tanto, también David recibió esta lengua de fuego, para que, encendido por el ardor del conocimiento divino, hablara: "Hazme saber, Señor, mi fin". No pregunta sobre su muerte (pues no es este el fin para quien resucitará) sino sobre aquel fin del que el Apóstol dijo (I Cor. XV, 24 y ss.): Porque aquel es el fin, cuando el Señor Jesús entregue el reino a Dios Padre, y anule todos los Principados y Potestades: y cuando la muerte, la última de todas, sea destruida: para que los males cesen, y los bienes eternos sucedan. Y por eso se dijo: "Huirán el dolor, la tristeza y el gemido" (Isaías XXXV, 10). Este fin lo operaba en los hombres también Pablo diciendo: "¿Y quién me alegra, sino aquel que se entristece por mí?" (II Cor., II, 2). Pues al reprender, excitaba el dolor, la tristeza, los gemidos, para que hicieran penitencia; para que merecieran el perdón irrevocable y la salvación, de la que Dios no se arrepiente. Aquel, por tanto, es el verdadero fin, que no será el fin de uno solo, sino de todos. ¿Cómo, entonces, dijo "mi fin"? Pero considera quién habla.

Sin duda, un hombre, o uno de los hombres usando la comunidad de la sustancia, o porque se describe según la forma de todos, y se instruye hacia la perfección del hombre consumado.

17. Por eso añadió que se le hiciera saber el número de sus días que es, para que sepa qué le falta. Sin duda, qué le falta para la perfección, no para la vida de este cuerpo del que el profeta David deseaba ser liberado diciendo: "¡Ay de mí! porque mi peregrinación se ha prolongado, y he habitado con los habitantes de Cedar" (Sal. CXIX, 5). Finalmente, quería conocer el número de los días, no también de las noches. Pues aquí hay días y noches: pero allí solo hay días, allí luz perpetua y duradera. Y por eso añadió: "Que es", dice, no que pase. Pues el cielo y la tierra pasarán, pero la fe permanece, y los días de Cristo; porque ayer y hoy él es, y por los siglos. ¿Qué número, entonces, busca? En la casa, dice, "de mi Padre hay muchas moradas" (Juan XIV, 2). Por tanto, el Señor Jesús da a cada uno un lugar, esto es, una morada adecuada según los méritos de cada uno. Pues cada uno en su orden. Por tanto, precedió para preparar un lugar para los que creen en él. Por eso también dijo: "Si me voy, y os preparo un lugar, volveré a vosotros, y os tomaré conmigo; para que donde yo estoy, también vosotros estéis: y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino" (Ibid., 3 y 4). Hay, por tanto, un camino por el que Cristo resucitado ascendió. Y él ascendió sobre todos los cielos al trono de Dios: pero los hombres ascienden desde el primer cielo al segundo, y de allí al tercero, y desde allí por distinciones casi al séptimo cielo, y a la misma cúspide y cima de los cielos los que lo merecen, ascienden. Si, por tanto, hay un número de caminos, y un número de moradas; sin duda hay un número de días, por los cuales se llega a la altura del cielo.

18. (Vers. 6.) "He aquí que has puesto mis días antiguos": Otro tiene: "Has puesto mis días como un palmo". Si según los setenta varones, tomamos los días antiguos; esto es, entendemos que han sido consumidos según el hombre viejo. Pero nuestro hombre viejo ha sido crucificado. Por tanto, también el día viejo ha pasado, el nuevo ha venido. Pues otro es el día del hombre, otro el día de Cristo, que Abraham vio, y se alegró; del que también David dijo: "Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él" (Sal. CXVII, 24). Por tanto, el santo se regocia en el día del Señor en el día nuevo, en el que Dios el Señor nos iluminó, y nos dio nueva luz en una vida inocente e íntegra a los reformados. Por eso el hombre justo, seguro de la nueva luz y la gracia de Dios, dice (Apoc. XXI, 1, y XXII, 5): "Tendré un cielo nuevo, y una tierra nueva, y una nueva luz". Pues allí no brillará lámpara, ni luz del sol, ni de la luna; sino que el Señor iluminará sobre su pueblo. Por tanto, deseé aquello, anhelé aquello; y por eso no busqué el día del hombre.

19. Pero si tomamos los días como un palmo, entendemos por el nombre que están llenos de lucha y trabajo; porque los luchadores en la arena se llaman palmas, que luchan por la corona. Por tanto, porque nuestra lucha no es solo contra carne y sangre; sino también contra las maldades espirituales en los lugares celestiales; nuestros días, esto es, de esta vida, están en trabajo y dolor. Por eso también más adelante dice: "Nuestros años se meditarán como una araña: los días de nuestros años en ellos son setenta años. Si en los poderosos, ochenta años: y lo más de ellos es trabajo y dolor" (Sal. LXXXIX, 9 y 10). Por eso también el apóstol Pablo trabajó más abundantemente que los demás apóstoles; para que, luchando legítimamente, llegara a la corona que deseaba.

20. Sin embargo, dado que se dice que las medidas de los arquitectos son llamadas "palaestrae", con las cuales miden los edificios para determinar el número o el modo del espacio de la estructura, y el lugar donde deben ser ubicados los edificios; y porque Dios habló a través de Isaías: "¿Quién midió las aguas con la mano, y el cielo con el palmo, y toda la tierra con la mano cerrada? ¿Quién pesó los montes con una balanza?" (Isaías 40, 12).

Veamos si tal vez este sentido debe ser recogido en este discurso, ya que Dios tiene conocimiento de los días de todos: para quien nada es inmenso, quien comprende todo con una cierta medida de su ciencia, y nada le es inestimable, nada inexamined e innumerable, quien dice: "Pero hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados" (Lucas 12, 7). Por lo tanto, el Profeta dice: "He aquí que conoces mis días; mis actos cotidianos no te pasan desapercibidos; has puesto mis pecados ante tus ojos: y por eso mi sustancia es como nada ante ti. ¿Qué es el hombre, sino que te acuerdas de él? El hombre ha sido hecho semejante a la vanidad. El hombre en pecado: y si tiene algo de probidad y virtud, con razón se le prefiere a los demás seres animados terrenales, y sobresale ante los animales sobre los que ha sido puesto; pero ante Dios su sustancia es como nada. Por eso en otro lugar dice: "Porque no se justificará en tu presencia ningún hombre viviente" (Salmo 142, 2). Lo que Símaco expresó más claramente diciendo: "Y mi vida es como nada ante ti".

21. Sin embargo, hay quienes piensan que se llaman días breves, porque Símaco usó la palabra "πιθαμὸς": "πιθαμή" es el palmo; y porque se dice que Dios midió el cielo con el palmo (Isaías 40, 12) (el palmo es una parte de la mano que mide y comprende algo), por eso consideran que se llaman días breves; aunque el conocimiento de Dios puede entenderse por medida, como dijimos antes: este conocimiento celestial, para que todo se haga con medida. Por lo tanto, no se deben entender como días breves, sino como grandes días del Profeta, que Dios midió con el palmo con el que midió el cielo. Pues no diría que los días de su vida son breves, quien después dice: "¡Ay de mí! porque mi estancia se ha prolongado" (Salmo 119, 5); a menos que tal vez porque debido a los pecados de los hombres Dios hizo más breves los días de esta vida, que antes se extendían hasta novecientos y setecientos años, para que ahora se cierren dentro del curso de cien años. Así, pues, debe entenderse: He aquí que conoces mis días sujetos al pecado; porque los días de esta vida, que está sujeta al pecado, son breves: pero los días de la vida eterna son sin fin.

22. O ciertamente así (pues es nuestro deber buscar la verdad con argumentos, y el tuyo elegir qué seguir): Para que el pecado no creciera, acortaste los días de la vida humana que vivimos en estas tierras; y sin embargo, aunque el fin de los pecados sea más maduro en este breve curso de esta vida, con la rapidez de la muerte mi sustancia es como nada ante ti; porque aunque fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios, nos pesa, sin embargo, estando constituidos en este cuerpo, un cierto contagio terrenal: que no nos pesaría si prefiriéramos despojarnos más del hombre viejo, cuando nos revestimos de gracia, que sobrevestirnos; también nos traería menos trabajo el hombre viejo despojado que sobrevestido. Pues lo que despojamos, lo arrojamos: lo que sobrevestimos, lo vestimos. Y por eso gemimos y trabajamos, hasta que este vestido mortal del hombre viejo, y hecho sujeto al error, sea absorbido por la novedad de su vida espiritual; como si sobre el veneno se vertieran muchas mieles, difícil y muy tarde se elimina el veneno. También el agua mucha lucha largo tiempo con la hiel del veneno, si no lo expulsa, sino que lo absorbe. Por eso la penitencia es laboriosa, la gracia es suave; porque el pecado se despoja donde hay gracia: se absorbe donde hay penitencia; allí se perdona, aquí se oculta. Y por eso está escrito: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos" (Salmo 31, 1).

23. (Vers. 7.) Y descansó un poco gimiendo por la miseria de la condición humana; porque había dicho: "Sin embargo, toda vanidad, todo hombre viviente". Y después de un diapsalma, retomando el aliento, dijo: "Aunque el hombre camine en la imagen de Dios; sin embargo, se turba en vano: atesora, y no sabe para quién los acumula". Mira cómo antes de la aspereza de su sentencia la moderó: después completó la razón de su voz. Moderó diciendo: "Porque el hombre camina en la imagen de Dios". Bienaventurado el hombre, que camina a semejanza de Dios por la fe: bienaventurado el que tiene fe en ti: más bienaventurado si no tuvieras

avaricia. Un bien de la mente es eterno, otro es vano, el incendio de la codicia carnal. Porque la fe milita para Dios; la avaricia para el tentador: esta acumula lo que le beneficia, aquella lo que beneficia a otros. ¿Qué hay, pues, tan vano, como no saber para quién trabaja como heredero? ¿Quién sabe si su hijo, o su propio nieto le sobrevivirá? A menudo o el heredero escrito en las tablas del testamento precede al testador al sepulcro con funesta ambición, o el sobreviviente absorbe la herencia, o el lujurioso la disipa, o el más necio no la protege, o el proscrito la pierde. Si ves, pues, a alguien acumulando riquezas con esmero, di también tú: "Se turba en vano: atesora, y no sabe para quién las acumula". Porque no puede llevarse consigo lo que posee; y cuando muera, dejará sus riquezas a otros. Frecuentemente sucede que un enemigo y un ingrato sucede, y el sucesor insulta al predecesor. A quienes él amó, este persigue: a quienes él alimentó, este vende.

24. Sin embargo, el griego no tiene: "En la imagen de Dios"; sino solamente: "En la imagen". ¿En qué imagen, pues, camina el hombre? En la que ciertamente camina a cuya semejanza fue hecho; es decir, a imagen de Dios. Pero la imagen de Dios es Cristo; quien es el resplandor de la gloria, y la imagen de su sustancia. Cristo, pues, imagen de Dios, vino a la tierra; para que ya no camináramos en sombra, sino en imagen. Porque en Cristo camina en imagen, quien sigue el Evangelio. Por eso dice a su discípulo: "Vete detrás de mí" (Marcos 8, 33), para que me sigas. Por eso erró el pueblo de los judíos; porque caminó en sombra. Por eso no yerra el pueblo cristiano; porque camina en imagen, teniendo el sol de justicia resplandeciendo para él. Buena imagen, no pintada con ceras de pintura resplandeciente, sino expresada con la plenitud de la divinidad. En cuya imagen se ve al Padre y al Hijo al mismo tiempo; porque a través de ambos resplandece la unidad de operación. Aunque Cristo ya resucitó, sin embargo, en el Evangelio (Juan 11, 44) todavía se nos muestra su imagen. Leo que resucitó a Lázaro; y creo en la obra del Padre y del Hijo. El Hijo llamó, el Padre escuchó, y Lázaro caminó. Leo que los demonios lo confesaban; confesaban también al Padre, porque rogaban al Hijo de Dios; confesaban también a él, porque por él eran expulsados. Pues está escrito: "Pero si yo expulso demonios por el Espíritu de Dios, ¿en quién los expulsan vuestros hijos?" (Mateo 12, 27).

25. Primero, pues, precedió la sombra, siguió la imagen, será la verdad. Sombra en la Ley, imagen en el Evangelio, verdad en los celestiales. Sombra del Evangelio y de la congregación de la Iglesia en la Ley, imagen de la futura verdad en el Evangelio, verdad en el juicio de Dios. Por lo tanto, lo que ahora se celebra en la Iglesia, era sombra de ello en los discursos de los profetas: sombra en el diluvio, sombra en el Mar Rojo; cuando nuestros padres fueron bautizados en la nube y en el mar: sombra en la roca, que fluyó agua, y seguía al pueblo. ¿No era eso en sombra el sacramento de este misterio sacrosanto? ¿No era en sombra el agua de la roca, como la sangre de Cristo, que seguía a los pueblos que huían, para que bebieran y no tuvieran sed: fueran redimidos y no perecieran? Pero ya ha pasado la sombra de la noche y la oscuridad de los judíos, el día se ha acercado a la Iglesia. Ahora vemos a través de la imagen los bienes, y tenemos los bienes de la imagen. Vimos al Príncipe de los sacerdotes viniendo a nosotros, vimos y oímos ofreciendo por nosotros su sangre: seguimos, como podemos, a los sacerdotes; para que ofrezcamos por el pueblo sacrificio: aunque débiles en mérito, sin embargo, honorables en sacrificio; porque aunque ahora Cristo no se ve ofreciendo, sin embargo, él mismo es ofrecido en la tierra cuando se ofrece el cuerpo de Cristo: más bien, él mismo se manifiesta ofreciendo en nosotros, cuyo verbo santifica el sacrificio que se ofrece. Y él mismo, en verdad, está presente como nuestro abogado ante el Padre; pero ahora no lo vemos; entonces lo veremos, cuando la imagen haya pasado, la verdad haya venido. Entonces ya no a través de un espejo, sino cara a cara se verán las cosas que son perfectas.

26. Sube, pues, hombre, al cielo, y verás aquellas cosas de las cuales aquí era sombra o imagen. Verás no en parte, no en enigma, sino en consumación: no en velo, sino en luz. Verás la verdadera luz, el Sacerdote eterno y perpetuo; de quien aquí veías las imágenes, Pedro, Pablo, Juan, Santiago, Mateo, Tomás. Verás al hombre perfecto ya no en imagen, sino en verdad; porque como es el celestial, así también los celestiales. Ciertamente también ellos ya en gloria o en decoro, ya en la gracia de la resurrección; no en el cuerpo de muerte, y en la deformidad de la corrupción.

27. Mira que no llesves la imagen del terrestre, donde está la luz de los celestiales. Aquí, si alguien tiene las imágenes de un tirano, que ya vencido ha perecido, con razón es condenado. ¿Cómo introduces tú la imagen del enemigo y adversario en la ciudad del verdadero emperador; sino para que te condenes a ti mismo? Y si quisieras introducir la imagen del terrestre, el príncipe de este mundo te contradecirá, y te dirá: Esta es mi imagen; y lo que ofreces, es mío. ¿Qué harás descubierto, cuando te diga: Esta es mi avaricia, esta es mi ambición, estas son mis riquezas, cuya imagen reconozco en ti? Pues él es el adversario y defensor. Pero si fueras como Jacob, dirás a Labán que se transfigura en ángel de luz: "Reconoce si encuentras algo tuyo en mí" (Génesis 31, 32). Entonces él buscará, y no encontrando, se retirará confundido; porque has escondido y borrado todas las imágenes de los vicios. Bienaventurado el que puede decir: "Vendrá el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada suyo" (Juan 14, 3). Pues él busca lo suyo, no lo que es de Cristo. Si, pues, sigues lo que es de Cristo, no desees las riquezas que no tenías, aumentar las que tenías; y que el pobre te sienta rico para él. Introduce en tu casa al necesitado, parte tu pan con el hambriento, y viste al desnudo; para que se te guarde un tesoro en el cielo, que pase contigo. Cristo se hizo pobre, siendo rico, para que nos hiciera ricos con su pobreza. No te turbes, pues, en vano por las riquezas, no te despiertes del sueño, no pienses cómo guardar tu dinero, aumentar tus riquezas, salir de noche, vigilar en la casa del juez; para que no robes lo ajeno, no inicies pleito al pobre, no temas al recaudador de impuestos: esa turbación es vana.

28. (Vers. 8.) Y por eso el Justo dijo: "¿Y ahora cuál es mi esperanza? ¿No es el Señor? Y mi sustancia está ante ti. Nuestra esperanza y paciencia es Cristo: él se ha hecho nuestra redención, él es nuestra esperanza; para que digamos cada uno: "Esperando esperé al Señor, y me miró" (Salmo 39, 2). Míranos, pues, en tu juicio. Que tu misericordia nos mire; para que, desconfiando de nuestro mérito, seamos liberados por tu misericordia, en cuyo poder está la sustancia de nuestra vida y alma. Y por eso no temamos la muerte del cuerpo; sino a aquel que puede salvar o perder nuestra alma: cuya sustancia es la virtud, que Dios infundió a los pechos humanos a su semejanza.

29. (Vers. 9.) Cualquiera que tenga esta sustancia de su alma, dice: "Líbrame de todas mis iniquidades". No confiesa la caída de un solo crimen, quien ruega ser liberado de todas sus iniquidades. Pues sabe que si el Señor no perdona, nadie puede ser salvo, cualquiera que haya nacido bajo el pecado, a quien la misma herencia de la condición nociva ha atado a la culpa.

30. "Me has dado como oprobio al insensato". ¿Quién es el insensato, sino el que comete pecado, y elige el mal en lugar del bien? Por lo tanto, quien es autor de los pecados, él mismo es más insensato que su ministro. Cuando pecamos, pues, somos entregados como oprobio al adversario; para que él nos acuse y entregue como enemigo en el día del juicio. Aceptemos, pues, el oprobio de la cruz de Cristo, que Moisés aceptó, y prefirió a los tesoros reales de Egipto; y por eso no fue entregado como oprobio al insensato. Otros códices tienen: "No me entregues como oprobio al insensato". Pero más bien David tiene la costumbre de confesar más bien sus oprobios y pecados, y no avergonzarse de sus pecados y oprobios, quien sabe que en la confesión hay perdón, y en la condenación de su pecado justicia.

31. (Vers. 10.) De hecho, de lo que sigue, se manifiesta este sentido; porque añadió: "Enmudecí, y no abrí mi boca; porque tú me hiciste"; es decir, me diste como oprobio al insensato, por eso enmudecí, y no abrí mi boca, para no contraer pecados mayores. Reconocí tu voluntad, para que me avergonzara por un tiempo, y después fuera salvo pidiendo perdón. Por lo tanto, a veces también el oprobio es útil. Pues incluso el mismo provecho del cuerpo es testificado por el Apóstol diciendo: "Lo he entregado para la destrucción de la carne; para que el espíritu sea salvo en el día de nuestro Señor Jesucristo" (1 Corintios 5, 5). También David mismo testificó que el oprobio es útil diciendo a Abisai: "Deja que el hijo de Jemini me maldiga; porque el Señor le ha dicho; para que vea mi humildad, y el Señor me retribuya bien por esta maldición" (2 Samuel 16, 11-12). Y en verdad el Señor vio su oprobio, que iba llorando y descalzo, con la cabeza cubierta; y quitó su oprobio. Está claro, pues, que cuando David fue dado como oprobio, y huyó, y fue humillado, y satisfizo al Señor con sus pies descalzos, y no golpeó al que le arrojaba piedras, y no permitió que se vengara del que maldecía, y después de esto fue restituido a su reino íntegro; porque también el oprobio es del Señor, y es más útil soportar el oprobio que refutarlo. De hecho, la victoria siguió después. Por lo tanto, el oprobio es útil. Pero, ¿qué es lo que añadió: "Porque tú me hiciste"? ¿No dice que enmudeció, y no abrió su boca porque reconoció la voluntad del Señor: por eso se soportó pacientemente, para que se satisficiera al Señor por el oprobio por el pecado?

32. (Vers. 11.) Por eso también añadió: "Aparta de mí tus plagas" (Salmo 38, 18). ¿Cómo se concilia esto? En el salmo anterior se ofreció a los azotes, aquí pide que se aparten de él; a menos que ya haya pagado el doble de sus pecados de la mano del Señor, avergonzándose, soportando oprobios. Las compunciones de su corazón son y las de sus pensamientos, son también los azotes de las increpaciones. Sin embargo, veamos si no dijo que su sustancia está ante Dios; porque el adversario no la atacaría, a menos que hubiera recibido poder del Señor; pues lo que hizo el Señor, también lo protege. De hecho, el ángel está alrededor del hombre, que lo protege, para que nadie le haga daño. El ángel no se aleja, a menos que sea ordenado por el Señor, para que su atleta luche. Por lo tanto, como sustancia del Señor presume que el perdón de sus iniquidades puede serle concedido por su Creador; y por eso ruega, porque sabe que su Autor es misericordioso. Luego, porque fue dado como oprobio, no resiste; sino que sufre que el pecador se le oponga, y la conciencia de su sustancia, que es buena, calla, y puede refrenar la ferocidad del cuerpo, para que suceda la virtud, se ponga la culpa. Finalmente, porque fue hecho por el Señor, confía en que su pecado puede serle perdonado más rápidamente, quien pudo soportar la fortaleza de la mano del Señor.

33. Y esto ciertamente es de buena sustancia, aunque dice que ha desfallecido por la fortaleza de la mano del Señor. La mano fuerte, así como golpea mal, así sana rápidamente: que es fuerte para la herida, fuerte también para el remedio. Por eso él mismo dice: "Heriré, y sanaré" (Deuteronomio 32, 39); para que no recuerde la herida, quien ha sido sanado. De hecho, esta mano del Señor quitó todo al santo Job, y todo le fue devuelto; más bien, todo fue aumentado con creces, para que duplicara lo perdido. No te perturbe que haya dicho que desfalleció. Hay quien desfallece, y se levanta más fuerte; pues el Señor sostiene a todos los que caen, y corrige a todos los abatidos. Pues con virtud se levanta quienquiera que es corregido. Pablo desfalleció por la fortaleza de esta mano. Cayó como perseguidor, y se levantó como predicador del Evangelio. Esto es lo que dice: "Por la fortaleza de tu mano yo desfallecí".

34. (Vers. 12.) Y añadió: Con reprensiones por la iniquidad instruiste al hombre: y has hecho que su alma se consuma como una araña. El griego dijo ὑπὲρ ἀνομίας, esto es, por la

iniquidad; y puso el versículo completo, ἐν ἐλεγμοῖς ὑπὲρ ἀνομίας ἐπαίδευσας ἄνθρωπον, que significa: Con reprensiones por la iniquidad instruiste al hombre. Por eso el Sabio dijo: ¿Quién me dará los azotes de mis pensamientos... (Ecli. XXIII, 2) y el sello de mis labios (Ecli. XXII, 33)? Para que él mismo azotara su corazón con sus pensamientos, y sellara sus labios; para que así disminuyera sus pecados antiguos y no renovara otros hablando; para que, instruido por sus propias reprensiones, se revistiera de ejercicios de virtud. El alma se consume cuando el pecado disminuye: o cuando el alma se consume, la culpa se deposita: se engorda cuando los pecados se acumulan. Por eso el Señor dice de los pecadores: No permanecerá mi Espíritu en ellos para siempre; porque son carne (Gén. VI, 3). Y en otro lugar la Escritura dice: Se ha engrosado el corazón de este pueblo (Hech. XXVIII, 27). Por eso Jeremías primero vio una vara de almendro: luego una olla hirviente, para que se consumiera el alma del profeta que comenzaba; para que la culpa se alejara y la gracia se acercara. Pero, ¿por qué primero la vara y luego la olla? Porque quien no se corrige con la vara, es arrojado a la olla, para que arda y se consuma. Y por eso se dice al profeta Ezequiel: Toma para ti una sartén...: y tomarás las iniquidades de la casa de Israel... y las consumirás, y se consumirán, dice, en sus iniquidades (Ezeq. IV, 3 y ss.). Y en otro lugar en el mismo libro dice el Señor: Pero yo haré grande el tizón, y multiplicaré la leña, y encenderé el fuego; para que se derrita la carne, y se reduzca el jugo (Ezeq. XXIV, 9 y 10). Con estos testimonios se significa que las almas de los perversos se consumen al acercarse el fuego; para que dejen un cierto humor de carnalidad. Por lo tanto, las almas de los pecadores son arrojadas a la sartén; para que se derrita cierta carne de pecado, que había cubierto el vigor del alma y de la mente; y como con un cierto jugo, así había infundido el alma con las seducciones de las pasiones. Por lo tanto, nos esperan ciertas sartenes; por eso aquí rompamos nuestro corazón, para que se haga sutil, y deposite toda dureza y cierta gordura de carnalidad: lo que sufrirán quienes se han entregado a la lujuria en esta vida; y más bien creyeron que los juegos de las deshonras, que las obras de las virtudes debían ejercerse a la manera judía. Porque Jacob se ha engrosado, y se ha hecho gordo, y se ha levantado para jugar: aquel juego lo condujo del error de la fe a la perfidia. Con razón, entonces, Pablo castigaba su cuerpo, para no nutrir el cuerpo del pecado; porque con la lujuria hacemos miembros del pecado, pero con la sobriedad, miembros de la justicia. No es la naturaleza, por lo tanto, sino la culpa la que delinque.

35. No sigamos de nuevo cosas vanas e inútiles, para que no se nos juzgue tejer la tela de la araña: porque los pecados no pueden tener sustancia de perpetuidad. Por eso, cuando veas a algunos esforzarse por ampliar sus riquezas, acumular poderes, buscando el decoro, dirás aquello de Isaías: Tejen la tela de la araña en todo un día (Isa. LIX, 5), que no puede ser duradera; sino que pronto se rasga, y toda su obra se disuelve. Porque no se coloca sobre un firme sólido; sino que se suspende en el vacío. Nada flojo, nada blando conviene al verdadero soldado de Cristo; porque, en efecto, los que se visten de ropas suaves, están en las casas de los reyes. Todos los avaros parecen astutos e industriosos. ¿Qué hay más astuto, qué más diligente que la araña, que siempre se dedica a su obra día y noche, y sin ningún gasto, sin ningún costo, confecciona su vestimenta? Pero es vano todo lo que ha hecho. Así es todo hombre, que no construye su obra sobre el fundamento de Cristo. En vano se turba él mismo de noche y de día; cuando a menudo, como la araña, incluso en el mismo esfuerzo de su maldad, la ruina de su obra lo envuelve.

36. (Vers. 13.) Y por eso el sabio que conoce la vanidad de este siglo, no ruega por una larga duración de esta vida; sino que se apresura hacia aquellas cosas eternas, y anhela ser liberado del trabajo de este cuerpo y del dolor; como se sabe que el Profeta deseó diciendo: Escucha, Señor, mi oración y mi súplica: atiende mis lágrimas. No te calles ante mí, porque soy un

extranjero ante ti en la tierra, y un peregrino; como todos mis padres. Uno es el residente, otro el extranjero, otro el colono. Residente, quien es del lugar, y habita el lugar natal: extranjero, quien viene de otro lugar: colono, quien habita por un tiempo, y se muda con el cambio de los años. Esto es lo que dice David: Ante ti soy un extraño, mientras estoy en la tierra: no soy ahora un residente de tu paraíso. Por eso él mismo lo explicó añadiendo: Y peregrino; como todos mis padres. Lo que también el apóstol Pablo aclaró, afirmando que mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V, 7); porque aunque la fe está en nosotros, sin embargo, caminamos por fe, no por vista, es decir, no cara a cara, como presentes; porque caminamos aún en enigma, no en verdad. Finalmente añadió: Por tanto, tenemos confianza y preferimos estar ausentes del cuerpo, y presentes con el Señor (Ibid., 8). Tenemos confianza es una palabra de presunción en la fe de Dios, no de temeridad; y consentimos, es decir, voluntariamente accedemos y deseamos, no dependiendo de la autoridad de un conocimiento más pleno como si fuera principalmente de nuestro juicio: queremos que sea verdad lo que deseamos; para que nos acerquemos al Señor, de quien parece que la distancia de lo futuro y lo presente nos separa. Por tanto, tenemos confianza en estar presentes; y por eso dice: Nos esforzamos (Ibid., 9). Reconoces la palabra de quien aún desea llegar, no de quien ha llegado. Por lo tanto, en este discurso se muestra el afecto, no el efecto. Finalmente, interroga al mismo testigo de su discurso; más bien escucha diciendo, o más bien escucha dudando, cuando dice: Por eso nos esforzamos, ya sea ausentes, ya sea presentes, para agradarle (Ibid.): ausentes aún por la fe, presentes por la vista. Por lo tanto, esto también puede entenderse, que tanto aquí como allí deseamos agradar a nuestro juez, también redentor de nuestras almas. Porque es necesario que estemos ante él por la vista; para que cada uno reciba el mérito de sus obras con el juicio de una suerte digna: o el justo en el descanso, o el impío en la aflicción. Derrama, por lo tanto, lágrimas; porque cuando vino como extranjero a la tierra, se demora y se separa de su patria retenido por un largo exilio. Considera ahora a aquel Adán expulsado del paraíso, relegado a una fortaleza, mirando de dónde fue arrojado, llorando abundantemente; porque recuerda lo que perdió, y a dónde cayó. Y por eso demos gracias a Dios, que nos liberó del exilio perpetuo, abriendo la puerta por la cual volvamos a la patria. Por eso el Apóstol se atrevió a decir: Por tanto, ya no sois extranjeros ni forasteros; sino que sois conciudadanos de los santos, y domésticos de Dios (Efes. II, 19).

37. (Vers. 14.) Esto deseando recibir David antes de que Cristo viniera a la tierra, dijo: Perdóname para que me refresque, antes de que me vaya, y ya no seré; esto es, perdóname aquí, donde pequé. Si no me perdonas aquí, allí no podré encontrar el descanso del perdón; porque lo que quede atado en la tierra, quedará atado en el cielo, lo que sea desatado en la tierra, será desatado en el cielo. Porque el profeta y predicador de la Iglesia que ha de congregarse, preveía con espíritu evangélico las indulgencias del Señor; y el Señor le revelaba lo que debía ser ordenado a los apóstoles; más bien, esta era la antigua sentencia, que quien se atara en la tierra, atado migrara del cuerpo. Por eso el Señor, lo que antes era de su juicio, dio a los apóstoles la equidad de perdonar los pecados; para que no permanecieran atados por mucho tiempo, sino que fueran desatados pronto. Finalmente, escucha diciendo: Te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ates en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desates en la tierra, será desatado en el cielo (Mat. XVI, 19). A ti, dice, te daré las llaves del reino de los cielos, para que desates y ates. Esto no lo escuchó Novaciano, pero la Iglesia de Dios lo escuchó; por eso él en la caída, nosotros en el perdón: él en la impenitencia, nosotros en la gracia. Lo que se dice a Pedro, se dice a los apóstoles. No usurpamos el poder, sino que servimos al mandato; para que después, cuando venga el Señor, y encuentre atados a quienes debían ser desatados, se conmueva contra el dispensador, que ha mantenido atados a los siervos que el Señor había ordenado desatar diciendo, porque quien

conoció la voluntad de su señor, y no hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes: pero quien no la conoció y hizo cosas dignas de azotes, recibirá menos (Luc. XII, 47).

38. Con razón, entonces, David pide que se le perdone lo que sabía que no estaba atribuido a los sacerdotes según Aarón: sino que se reservaba para el Evangelio. Por lo tanto, a quien no se le perdona, está en el exilio, persevera en la injuria de la peregrinación. Aquí, por lo tanto, debe pedirse el perdón. Aquí se dijo: Bienaventurados los que ahora lloráis; porque reiréis (Luc. VI, 21): este es el lugar para pedir perdón. Lloramos, por lo tanto, en la tierra, para que merezcamos indulgencia. Si el pecado no es perdonado aquí, no tendremos descanso: si no hay descanso, no habrá vida eterna: si no hay vida eterna, no seremos. Por eso pide que se le perdone, antes de que se vaya, para que sea. Porque si no se le perdona, no seré, dice, con aquellos que son, con aquellos que merecen ascender al paraíso. Pero quien no es, será consumido con los que descienden al abismo, quien haya sido dejado en cadenas y prisión.

39. Por lo tanto, no dice definitivamente: No seré; porque en otro lugar dice: Te cantaré con el arpa, Dios santo de Israel. Mis labios se alegrarán cuando te cante; y mi alma que redimiste (Sal. LXX, 22 y 23). Por lo tanto, presume de la redención. Y en otro lugar escucha diciendo: Agradaré al Señor en la tierra de los vivientes (Sal. CXIV, 9). Por lo tanto, será quien presume de agradar. También puede entenderse así; porque dijo: Soy un extranjero ante ti en la tierra; y peregrino, como todos mis padres; y por eso perdóname, para que deje de ser peregrino: perdóname el exilio, al que fui relegado. Si me perdonas antes de que me vaya de aquí, ya no seré más exiliado y peregrino. Porque cuando tú me perdones, no seré peregrino; sino que seré ciudadano de tus santos. Seré con mis padres, que también fueron antes peregrinos, pero ahora ya son ciudadanos. Seré doméstico de Dios, para no temer el castigo, merecer la gracia: por nuestro Señor Jesucristo, con quien a ti sea la alabanza, el honor, la gloria, la perpetuidad, con el Espíritu Santo desde los siglos, y ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

EN EL SALMO XXXIX COMENTARIO.

859 1. En los salmos anteriores predicó la penitencia: luego habló de su paciencia, y de la perturbación del hombre: pero en el salmo trigésimo noveno, anuncia el Nuevo Testamento; porque quien hace penitencia de los males, espera. Pero no es propio del perfecto esperar, sino haber esperado; porque nadie, sino quien persevere hasta el fin, será salvo.

2. (Vers. 2, 3.) Por eso añadió: Esperando esperé al Señor. ¿Dónde, entonces, se dice esto, sino en el Evangelio? en el cual ya para nosotros quien era esperado, ha venido: en el cual ya para nosotros no oscurece la sombra de la Ley, sino que brilla la verdad; porque Cristo ha iluminado, quien escuchó las súplicas de los suyos, y nos sacó del pozo de la miseria, y del lodo del fango; donde ya sumergidos éramos retenidos por el abismo de nuestros pecados, y todo nuestro ser estaba adherido, ni podía nuestro ánimo liberarse, sepultado por la mancha de múltiples delitos. Demos gracias, por lo tanto, al Señor Jesús, unigénito Hijo de Dios nuestro redentor, quien descendió del cielo para perdonarnos todos los pecados; para que nos sacara del pozo y del lodo de este mundo, y de una cierta ciénaga fangosa de las tierras, también del cuerpo de esta muerte, y en su carne estableciera las huellas interiores de nuestro ánimo; para que confirmados en la palabra de Dios, y absueltos por la cruz del cuerpo del Señor, caminemos ya no en la afrenta de la deshonra, sino en la remisión del pecado. Confirmado, por lo tanto, y arraigado en Cristo, sobre la roca recuerda que sus huellas han sido establecidas. Por eso dice el Apóstol: Y bebían de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo (I Cor. X, 4). Roca, porque sigue a los sedientos, confirma a los que caen; para que a los sedientos no les falte agua, a los que caen, firmeza.

3. (Vers. 4.) Por lo tanto, a mí que esperaba, Señor Jesús, alguna vez viniste, dirigiste mis pasos en el Evangelio, pusiste en mi boca un cántico nuevo, que es el nuevo Testamento. Gozosos ya cantamos un himno a nuestro Dios, porque hemos conocido los preceptos de nuevas virtudes; para que dejemos todas nuestras cosas, siguiendo a Cristo, y amemos a nuestros enemigos. También hemos adquirido nuevas costumbres; para que por los que nos persiguen, llevemos una súplica al Señor. A los que maldicen, he aquí bendecimos. No sabemos jactar nuestras obras, ni ocultar nuestros pecados. A la manera de los ángeles también rechazamos las bodas.

4. (Vers. 5.) ¿Qué más? De aquel pecador afligido se ha hecho un hombre bienaventurado, ya no mirando las diversas vanidades de este mundo. Porque vanidad de vanidades, y todo es vanidad (Ecles. I, 2), todo este mundo es; como dijo el sabio Salomón. ¿Qué es sino vano seguir aquellas cosas, que no pueden perdurar; y todo pasa como una sombra? Sin embargo, las insensateces falsas, o estas contiendas de guerras, en las que por una posesión temporal se derrama tanta sangre: o las disensiones teatrales de las contiendas: o los estudios llenos de furia de los circos se declaran: o la doctrina mortal de los herejes: o los gestos simulados, palabras compuestas de los falsos profetas a modo de oráculos celestiales. Así dice el profeta: Bienaventurado el hombre cuyo nombre es su esperanza en el Señor: y no miró en vanidades, y en insensateces falsas.

5. Por lo tanto, hay también insensateces verdaderas, y quizás de los profetas, que puestos en éxtasis profetizaban, llenos del Espíritu de Dios, para que a algunos les pareciera que enloquecían; cuando olvidados de su propia salvación, a menudo desnudos y descalzos, como el santo Isaías, corrían entre los pueblos, clamando no lo que ellos querían, sino lo que se les ordenaba por el Señor. De estos, por lo tanto, se entiende que ha brillado el remedio de la salvación; porque quien era esperado, está presente.

6. Lo esperó Adán expulsado del paraíso; para que fuera liberado de un largo exilio. Lo esperó en Noé justo, quien fue reservado para la semilla de los futuros; para que de él brotaran las semillas de la justicia en los hombres. Lo consideraba el autor de la salvación pública, quien había merecido ser superviviente del diluvio. Lo consideraba el príncipe de la sabiduría, quien había cultivado la vid, y de su fruto se había embriagado. ¿Qué es la vid sino la sabiduría? como nos lo reveló David, intérprete celestial del oráculo diciendo: Tu esposa como una vid fecunda en los lados de tu casa (Sal. CXXXVII, 3). Porque en él estaba la plenitud de la sabiduría, que se esperaba en Cristo, quien lleno del nuevo sacramento de la sabiduría, lo que ojo no vio, ni oído oyó, se apresuró a traernos un misterio inusitado; para que yaciera desnudo, y fluyeran copas inauditas de sabiduría exuberante: para que olvidados de las cosas anteriores, resurgiéramos a nuevas costumbres, y a una nueva sobriedad de vida eterna; para que por la locura de la predicación se conociera a Dios, a quien por la sabiduría no conoció este mundo. Finalmente, en aquella figura del padre durmiente y desnudo, quien se burló de la locura, fue maldecido: quienes lo veneraron, obtuvieron la gracia de la bendición. Por lo tanto, quienes crean que la muerte del unigénito Hijo de Dios, padre y creador de todos, debe ser objeto de ofensa, o de reproche a nuestra fe, están atados a la perpetua aflicción de la maldición por los lazos de sus pecados: pero quienes la aceptan por la absolución de todo el género humano, son sostenidos por el auxilio de la virtud eterna. Porque la cruz de Cristo es para los judíos ofensa, para los griegos locura, como dijo el Apóstol (I Cor. I, 23 y ss.): pero para nosotros que creemos en el Señor Jesús, es poder de Dios y sabiduría.

861 7. Fue esperado en Moisés, cuando secó y atravesó las aguas del mar, y abrió un camino en las olas imposible para las fuerzas humanas: la roca lo seguía, y vomitaba aguas; para que saciara las entrañas internas de los padres sedientos en medio del desierto.

8. Fue esperado, y en Aarón, príncipe de los sacerdotes, quien se interpuso entre los vivos y los muertos: y estableció la serpiente para detener la plaga de la muerte; para que no pasara la destrucción de los cadáveres de los muertos a los vivos. ¿Qué es más propio de Cristo, que estar como abogado ante Dios Padre por los pueblos, ofrecer su muerte por todos, repeler la muerte, restaurar la vida a los que perecen?

9. Fue esperado también en Josué, hijo de Nun, y ciertamente vino, quien recibió su poder y su nombre; para que introdujera al pueblo en la tierra de la promesa, y verdaderamente fuera llamado con el nombre de Jesús. Secó las corrientes, convirtió el río en su fuente, detuvo el sol, hasta que completara la victoria con poder. Pero aún era figura, no verdad. Finalmente, el verdadero jefe del ejército celestial brilló para él, y Josué lo adoró; aunque aún no había estado en el cuerpo, sino que aún había venido en figura.

10. ¿Cuándo, entonces, vino el verdadero? Escucha diciendo: Anuncié y hablé: se multiplicaron sobre el número. Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero cuerpo me preparaste. Entonces dije, he aquí que vengo. En el rollo del libro está escrito de mí, para hacer tu voluntad: Dios mío, quise. ¿Qué más evidente que cuando con el don de su Evangelio nos vino el verdadero Jesús? Él mismo habló, y se congregaron innumerables pueblos de creyentes, que apenas creían individualmente antes. Él mismo vino en carne, y cesó el sacrificio de los judíos. Cesó la ofrenda por el pecado, porque había venido el perdonador de los pecados. No era necesario el remedio de la Ley, donde estaba presente el Autor de la Ley.

11. En el encabezado del Libro está escrito sobre mí. Está escrito ciertamente sobre Cristo al inicio del Antiguo Testamento que habría de venir, para que en la redención de los hombres, hiciera la voluntad de Dios Padre; cuando está escrito que formó a Eva en la figura de la Iglesia para la ayuda del hombre. ¿Qué puede sernos de auxilio en esta debilidad del cuerpo y en la perturbación de este siglo, sino solo la gracia de la Iglesia, por la cual somos redimidos, y nuestra fe, por la cual vivimos? En el encabezado del Libro está escrito: Hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y serán dos en una sola carne (Gén. II, 23, 24). ¿Quién es este que habló, o de quién es este sacramento? Escucha al que dice: Este sacramento es grande: pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Efes. V, 32). Por eso también advierte (Ibid., 25) que el hombre ame a su esposa como Cristo a la Iglesia; porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. ¿Qué mayor salvación hay, pues, que estar con Cristo y adherirse a Él en una unidad del cuerpo, en el cual no hay mancha alguna, ni torcedura de pecado?

862 12. Está escrito en el encabezado del Libro que la ofrenda de Abel el justo agradó a Dios, pero la ofrenda del parricida no (Gén. IV, 4 y 5). ¿No significó claramente el Señor Jesús que debía ofrecerse por nosotros, para que en su pasión consagrara la gracia del nuevo sacrificio, y aboliera el rito del pueblo parricida? ¿Y qué más claro que el hijo ofrecido por el santo Patriarca y el carnero inmolado? ¿No mostró claramente que la carne del hombre, que es común a todos los seres terrenales, no sería la divinidad del unigénito Hijo de Dios sujeta a la herida sagrada de la pasión?

13. Está escrito en el encabezado del Libro que vendría un hombre que mandaría a las Potestades celestiales (Gén. XXVIII, 12). Se cumplió cuando el Señor Jesús vino a la tierra, y

los ángeles le servían; como Él mismo se dignó decir: Desde ahora veréis los cielos abiertos, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre (Juan I, 51).

14. Está escrito en el encabezado del Libro: Un cordero sin mancha, puro, maduro, macho, de un año será para vosotros; y lo matará toda la sinagoga (Éxod. XII, 5). ¿Quién es este cordero? Habéis oído al que dice: He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo (Juan I, 29). Este es el que fue muerto por todo el pueblo de los judíos: a quien aún persiguen con odio hostil. Y era necesario que muriera por todos; para que en su cruz se hiciera la remisión de los pecados, y su sangre lavara las manchas del mundo: pero ¡ay de aquellos que negaron al autor de su propia salvación! Hicisteis, dice, un consejo; pero no por mí (Isaías XXX, 1). ¿Cómo podía aprobar el parricidio, quien no aprobaba el consejo? Y sin embargo, ¡cuánta piedad! Se apartaba del consejo; pero si se convertían, no negaba el remedio.

15. Está escrito también, no solo en el encabezado; sino en toda la estructura de la Ley, que vendría un hombre para conservar el género humano, que querría todo lo que Dios quisiera. De donde entiendes que es de la misma divinidad, quien es de la misma voluntad. Por eso también se acercó voluntariamente al sacrificio de la pasión, y con razón predijo: Voluntariamente te sacrificaré (Salmo LIII, 8).

16. Pero quizás digas: ¿Cómo en el Evangelio dijo: Padre, si es posible, pasa de mí este cáliz, pero no como yo quiero, sino como tú quieres (Mat. XXVI, 39)? Y parece haber una distancia de voluntad: pero entendemos que es una cosa lo que se expresa según la unidad de la divinidad, donde dice: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30): otra cosa es lo que se habla según el afecto del hombre, que insinúa que debe ser cauteloso, y no presumir de lo que no puede cumplir fácilmente; no sea que buscando la recompensa, caiga en sacrilegio. Por eso dice: Cuando os persigan en esta ciudad; huid a otra (Mat. X, 23). Con razón, entonces, al estar a punto de sufrir la pasión del cuerpo, comenzó a entristecerse y a estar afligido: y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo: Mi alma está triste (Mat. XXVI, 38), lo anticipó; y luego añadió: Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil (Ibid., 41). Ves que en todas partes habla según el hombre, ora según el hombre, está triste según el hombre, dijo según el hombre: Padre mío, si es posible (Mat. X, 23). Lo cual ciertamente no es imposible para Dios; pero es del hombre dudar, de Dios confirmar. Por eso tomó a los más dispuestos, como testigos elegidos de su último juicio, que reconocieran el sacramento de sus palabras. Finalmente, los otros dormían, estos solos vigilaban con mente fiel. Por eso también por Jeremías, aún no habiendo tomado cuerpo, él dice: Yo como cordero fui llevado, y no lo sabía (Jeremías XI, 19). ¿Qué es lo que no sabe la Sabiduría de Dios, que siempre está en el secreto del Padre? Y por eso el Hijo de Dios narró todas las cosas, porque él es la sabiduría de Dios Padre. ¿Cómo previó que sería llevado como cordero, y dice que no sabía a dónde sería llevado? ¿O cómo en lo anterior por boca de David dice: Dios mío, Dios mío, mira en mí: ¿por qué me has abandonado? (Salmo XXI, 2)? ¿Cómo es abandonado por el Padre el Hijo, que dice: Y no estoy solo; porque el Padre está conmigo (Juan XVI, 32)? Y en otro lugar: Fui entregado, y no salía (Salmo LXXXVII, 9)? Y en otro lugar: Me levante, y aún estoy contigo (Salmo CXXXVIII, 8)? sino para que adviertas que expresa el sentimiento de los hombres, que piensan que son abandonados por su Señor cuando están en peligros. Finalmente, escucha lo que sigue: Lejos, dice, de mi salvación, las palabras de mis delitos (Salmo XXI, 2); esto es, otras son las palabras de los delitos, otros los sacramentos de la salvación eterna. Las palabras no prejuzgan la virtud: la sustancia divina se sostiene por sus propias fuerzas. Se ve como hombre, se oye como hombre, se reconoce a Dios en las obras. Y sin embargo, de este hombre se ha dicho: Y es hombre y ¿quién lo conocerá? (Jeremías XVII, 9)? ¿Qué es, quién?

No porque nadie, sino porque raro, porque sabio; como aquello: ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién es sabio y entenderá estas cosas? (Oseas XIV, 10)? Finalmente, en otro lugar: El hombre insensato no las conoce, y el necio no entiende estas cosas (Salmo XCI, 7). Y tú, por tanto, cuando lees el Evangelio, como sabio y no necio, reconoce lo que lees: que te ilumine el resplandor de la Sabiduría eterna. Son palabras, pero también ellas purifican, y ellas iluminan, y ellas confirman, y ellas vivifican. Por eso dice Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tienes palabras de vida eterna, y no te dejaremos (Juan VI, 69).

17. Finalmente, para que advirtiéramos que había hablado según el hombre, poco después dijo: He aquí que se acerca la hora, para que el Hijo del hombre sea entregado en manos de pecadores (Mat. XXVI, 45). Y al que le besaba, Judas le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?; esto es, infundes veneno con un beso, donde se infunde la gracia de la caridad: con un beso que es el signo de la paz sagrada: con un beso donde se firma la amistad fiel: con un beso, donde se sella la fe santa? ¿Con este beso entregas al peligro a quien deberías venerar por el comercio del beso? ¿Y entregas al Hijo del hombre, hombre, que descendió del cielo por la salvación de los hombres? Pues así está escrito: El Hijo del hombre que está en el cielo, él es quien descendió del cielo (Juan III, 13). Entregas al Hijo del hombre, que te hizo apóstol de pecador: entregas al Hijo del hombre, que vino para lavar en su sangre los pecados de todos? Yo no niego el beso: tú mismo verás, que violaste la santidad del beso. ¿No has leído que son más útiles las heridas del amigo, que los besos voluntarios del enemigo (Prov. XXVII, 6)? No sin razón fue herido con un arma más grave Judas, por tanta dignación, que si lo hubiera herido un rayo. Finalmente, no pudo soportar la paciencia del Señor, quien traicionó la majestad; tanto que no pudo lavar de sí mismo la culpa de tan gran crimen. Así que se fue, devolvió el dinero; esto es, condenó su avaricia, autora de tanta impiedad, devolvió el precio de la perfidia a la sinagoga. No se excusa al traidor, que no pudo encontrar lugar para el arrepentimiento; pero se acumula el sacrilegio de los judíos, que incluso son acusados por las voces del traidor. Él reconoció su crimen diciendo, que había entregado sangre justa: estos recibieron el precio del crimen, y persiguieron con más ardor al príncipe de la justicia. Por eso, para la condenación perpetua de todos ellos, el ladrón crucificado es absuelto; porque aquel reconoció a Cristo en sus sufrimientos, a quien estos no reconocieron en sus beneficios: y confesó su pecado a Cristo, quien sabía perdonar; porque en su cruz contempló con la mente el reino del Señor, que Judas no pudo ver en el banquete de Cristo. Por eso la oración del ladrón fue seguida por una voz celestial de esta manera: En verdad, en verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). Te regocijabas, dragón, porque habías sustraído un apóstol a Cristo: perdiste más de lo que quitaste, al ver que el ladrón ha sido trasladado al paraíso. No hay nadie que pueda ser excluido, cuando ha sido recibido el ladrón, tu servidor; y ha llegado allí, de donde tú mismo fuiste expulsado.

18. Hemos añadido estas cosas por aquel versículo, porque dijo: Para hacer tu voluntad: Dios mío, quise; esto es, tengo contigo, Padre, una sola voluntad de divinidad. Y porque hay una sola voluntad, hay una sola sustancia; porque también es inseparable la majestad, y el poder de la Trinidad. Pero otra es la voz de la carne, y sin embargo, también ella consintió en la voluntad de Dios diciendo: No lo que yo quiero, sino lo que tú quieres (Marcos XIV, 37). Y en otro lugar: Si no puede pasar esto, si no lo bebo, hágase tu voluntad (Mat. XXV, 42). Es un afecto común temer la muerte, que Cristo asumió; para que crucificara, como crucificó, también la carne; pues luchó por mí, para que venciera por mí. Aunque la carne de Cristo es fuerte, y no sujeta al pecado; sin embargo, asumió los pecados: asumió las debilidades, aunque no tenía nada que doliera. Finalmente, escucha al que dice, que por nosotros duele (Isaías LIII, 4) . . . hasta que expulse en verdad el juicio (Isaías XLII, 4). No asumió otra

carne, sino esta; como enseña el Apóstol diciendo: Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal de inmortalidad (I Cor. XV, 53). Aunque nació de la Virgen y del Espíritu Santo, sin embargo, es hijo del hombre; porque la Virgen es hombre. Y por eso lo que nace de la carne, es carne; y el que nace de hombre, se llama hombre, mediador de Dios y de los hombres, hombre Cristo Jesús.

19. Por eso el incorruptible asumió esta carne, para hacerla incorruptible; y el inmortal, para hacerla inmortal. Si alguien, por tanto, lo sigue, se vestirá de inmortalidad. Si alguien hace su voluntad, no morirá eternamente; sino que Cristo le dice: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). ¿Qué es, hoy? Esto es, has pasado de la noche, estarás conmigo en la luz. No temas las tinieblas, a quien la luz eterna ha recibido. Hermosamente también añadió: Estarás conmigo en el paraíso (Ibid.); esto es, no temas por la carne, y me has visto en la carne: no temas, no sea que también tú caigas del paraíso, como cayó Adán; sino escucha que estarás conmigo, donde presente, no puedes caer. Cayó la carne en el paraíso, antes de ser asumida por Cristo. Allí serás recibido, donde también aquel que te recibió; porque no mintió diciendo: Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII, 24). No se apartará el pastor de sus rebaños, aunque ya no puedas temer al lobo en el paraíso, a quien se le dijo: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 18). Por eso antes de la consumación el adversario es arrojado al fuego, también es atado con cadenas perpetuas; para que ya no temas ninguna insidia.

20. Y Adán para caer, fue engañado por la serpiente, y fue persuadido por su esposa. Por eso ya no habrá matrimonios en el paraíso, sino que todos serán sin celebraciones de bodas, como los ángeles en el cielo. No le dijo a Adán: Estarás conmigo; porque sabía que caería, para ser redimido por Cristo. Feliz caída, que se repara en mejor. Por eso ya el pastor piadoso, buen negociante, no abandona a su rebaño, ni a su propia mercancía. Habrá, de hecho, aún en el paraíso con los ángeles lucha contra la serpiente, hasta que sea arrojada: pero quien está con Cristo, no podrá temer. Adán no estaba con Cristo, cuando fue engañado. Pues si hubiera estado con Cristo, y hubiera permanecido en su precepto, ciertamente no podría haber perecido. No permaneció en Cristo, porque no permaneció en su palabra. Finalmente, escucha, quien permanece en Cristo. Si permanecéis, dice, en mí y mis palabras permanecen en vosotros; lo que queráis, pediréis; y se os hará (Juan XV, 7). Y más adelante: Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor (Ibid., 10). ¿Quieres saber, porque Adán no estaba con Cristo? El Señor le dijo: Adán, ¿dónde estás? (Gén. III, 9)? Quien ciertamente busca como ausente, no diría: ¿Dónde estás; si lo conociera permanecer en él. Pero escuchemos quién lo hizo ausente. Se escondieron, dice, ambos de la faz del Señor (Ibid., 8). Cristo ve a todos: pero quien se esconde, se esconde; porque quien ignora, es ignorado. Porque el Señor conoce a los que son suyos. Él quiere que todos sean suyos, a quienes creó y formó. Ojalá, tú hombre, no huyas, y no te escondas de Cristo! Él incluso busca a los que huyen, y no quiere que los escondidos perezcan, sino que clama diciendo: Adán, ¿dónde estás? Esto es, hombre, ¿dónde estás? Yo te puse en la luz, tú buscaste las tinieblas.

21. Finalmente, en el paraíso, donde siempre era de mañana, se hizo tarde; porque todos los pecados son tenebrosos. Por eso tienes (Ibid., 8), que oyeron la voz del Señor Dios paseando al atardecer en el paraíso. Al mismo tiempo, reconoce el misterio. Erraste por la mañana: serás liberado al atardecer. ¿Cómo es atardecer donde está Cristo? Pues aunque su sede está sobre el cielo de los cielos, sin embargo, Cristo está en sus santos. ¿Cómo, pues, es atardecer donde está Dios, si Dios es luz? Finalmente, a Saulo en el camino le resplandeció la luz, cuando Cristo le salió al encuentro. Por eso también, al resplandecer la luz de Dios, el perseguidor fue cegado. ¿Por qué, pues, fue cegado; sino porque no había reconocido a Cristo? Pues si hubiera reconocido al árbitro de la luz, no habría perdido la luz de los ojos.

Finalmente, también cuando lo reconoció, lo recuperó. Es indicio de que no había reconocido a Cristo, quien al oír la voz: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4)? respondió: ¿Quién eres, Señor? (Ibid., 5)? No habría preguntado quién era, si lo hubiera reconocido. Por eso también el Señor como a un ignorante le dice: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues. Duro te es dar coces contra el aguijón (Ibid., 5). Y él dijo: Señor, ¿qué debo hacer? (Ibid., 6)? Mira las enseñanzas congruentes de ambos lados. El médico amenaza, para corregir; aterra, para curar: el enfermo primero requiere la persona del médico, si es idóneo de quien pueda presumir que puede ser sanado; cuando oyó al autor de la medicina, pidió el remedio, encontró la salud. Finalmente, del que se acercaba no solo expulsó la ceguera: sino que también recibió la luz que no tenía; para que viera a Cristo, a quien antes no había visto.

22. (Vers. 10, 11.) Veamos lo que sigue; repitiendo sin embargo el versículo sobre el cual parece tratarse: He aquí que vengo para hacer tu voluntad: Dios mío, he querido, y tu ley está en medio de mi corazón. He anunciado bien tu justicia en la gran Iglesia: he aquí que no prohibiré mis labios, Señor, tú lo has sabido. No he escondido tu justicia en mi corazón. Del versículo anterior entendemos: He aquí que vengo no solo para hacer tu voluntad; sino también tu ley en medio de mi corazón. Otros tienen: En medio de mi vientre. Pues hay un vientre del alma, que concibe las semillas de los sentidos; del cual Isaías dijo: En el vientre concebimos y dimos a luz el espíritu de salvación (Isaías XXVI, 18). Este vientre también lo dio a luz Pablo, quien dijo: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gálatas IV, 19). Cristo, por tanto, no se forma en un vientre corporal, sino en un cierto vientre del alma. Este vientre es el que el Apóstol engendró; como está escrito: Yo os engendré por el Evangelio (I Cor. IV, 15). Por eso, otros bien tienen: En medio del corazón; otros: En medio del vientre; para que entiendas el vientre del hombre interior, que se toma como estando en medio del corazón: en el cual guardamos los preceptos de la ley natural; que no solo se custodia, sino que también se realiza en nuestros corazones. Por eso también está escrito, que no solo los oyentes de la ley son justos ante Dios; sino que también los hacedores de la ley serán justificados (Rom. II, 13). Pues hay quienes naturalmente hacen las cosas de la ley; como los gentiles que no oyen la ley y son ley para sí mismos, quienes conservan los preceptos de la ley que conocen. Por tanto, como congregador del pueblo gentil, Cristo asumió nuestra persona en este lugar; para que dijera que hace la ley en medio de su corazón. Pues el pueblo de las naciones cumplió la ley que no oyó; para que reconociera a Cristo, a quien el pueblo de los judíos que recibió la ley, no recibió, ni consideró digno de conocer; porque está escrito: El buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor: pero Israel no me conoció (Isaías I, 3). Este, por tanto, es el vientre de los creyentes, en el cual el Espíritu Santo ha obrado, y lo ha llenado con semilla espiritual; como testifica en el Evangelio el Señor Jesús, quien dijo: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva (Juan VII, 38). De aquel río son estos ríos, de los cuales leemos: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Salmo XLV, 5). De aquellos, por tanto, de quienes fluyen estos ríos espirituales, se dice bien de ellos (Salmo XCII, 3 y 4): Los ríos han alzado, Señor, los ríos han alzado su voz. Los ríos alzarán sus olas a la voz de las aguas espirituales, que sobre los cielos alaban a Dios.

23. Quien haya alzado su voz, este puede decir: He anunciado bien tu justicia en la gran Iglesia. ¿Qué es lo que añadió, grande; sino porque antes no era grande? ¿Cuál es grande, sino la congregada de todas las partes del mundo; cuando desde el oriente y el occidente, el norte y el sur, los pueblos de las naciones son llamados? Sin embargo, en otro lugar leemos de la gran Iglesia: Te confesaré, Señor, en la gran Iglesia: en el pueblo numeroso te alabaré (Salmo XXXIV, 18). Allí, por tanto, la gran Iglesia, donde el pueblo es numeroso; esto es, no inquieto y móvil, que se sentó a comer y beber, y se levantó a jugar. El pueblo numeroso es el

que guarda la fe a su Dios, y que no se cambia por alguna ligereza: ni vacila y fluctúa, sino que está fundado en el amor en Cristo; para que pueda decir: Confío, porque ni la muerte, ni la espada, ni la tribulación podrán separarme del amor de Dios, que es en Cristo Jesús (Rom. VIII, 35 y ss.).

24. Pero quien predica en la gran Iglesia, no esconde la justicia de Dios en su corazón; sino que exalta con fuerza su voz, anunciando a Cristo. No teme predicarlo ante el pueblo, no se avergüenza de su cruz; sino que se gloria en esa pasión del Señor. No sigue la letra de la Ley; sino que extrae los profundos misterios, con los cuales revela la gloria del Señor Jesús: a quien la Ley significó que vendría a la Iglesia, que es grande y será congregada. Por tanto, la justicia es la fe. Finalmente, Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. He aquí que no prohibiré mis labios, Señor, tú lo has sabido (Gén. XV, 6). Así también en otro lugar: Tú conociste mi sentarme, y mi levantarme (Salmo CXXXVIII, 2).

25. Al Padre dice: No escondí mi justicia en mi corazón: tu verdad, y tu salvación he dicho. Todo este salmo es desde la persona de Cristo; por eso dice mi justicia: aunque no arrogantemente, también el hombre puede decir su justicia, quien cree en Dios, y confiesa que su fe le es contada por justicia. Ama la verdad y la misericordia, quien predica la verdadera fe, y perdona los pecados. Por eso vino Cristo, para establecer la fe, otorgar el perdón de los pecados.

26. (Vers. 15.) Y porque dijimos que todo este salmo es desde la persona del Salvador; no sea que los apolinaristas digan: He aquí el cuerpo, dijo, me preparaste (Salmo vers. 7), no también el alma; escuchen en las partes inferiores de este salmo diciendo: Sean confundidos y avergonzados a la vez, los que buscan mi alma, para quitarla.

27. Estas son las cosas que consideramos más difíciles en este salmo: las demás son claras y fáciles, y no consideramos que necesiten interpretación; ya que si caen en un Tratado, en otro salmo en el que parecen repetirse, las seguiremos más correctamente, con el favor del Señor Jesús: a quien es la alabanza, el honor, la gloria, la perpetuidad desde los siglos, y ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

EN EL SALMO XL COMENTARIO.

867 1. (Vers. 1.) Con buen orden, quien en el salmo anterior dijo: He aquí que vengo (Salmo XXXIX, 9); en este ya viene, y padece: y por eso se inscribe el salmo cuadragésimo, porque el Señor Jesús ayunó cuarenta días, para que con ese número consumara la perfección del hombre que había perecido. Pues así como por el deseo del fruto prohibido perdió la gracia, así por el ayuno era necesario que se reparara su virtud; para que quien había perecido en Adán, fuera reparado en Cristo. Por eso, al fin; porque él mismo es el fin de nuestra esperanza, a él dirigimos nuestros estudios, a él dirigimos nuestros votos; porque él es la plenitud, él es la consumación de todos, él es la suma de todas las virtudes. Por eso, a David; como a aquel que solo de todos en su carne asumió nuestros pecados, quien solo el Cordero de Dios quitó el pecado del mundo entero, quien solo el documento del decreto, con la efusión de su sangre lo borró, y lo quitó de en medio, y lo clavó en la cruz: como sabiduría sabiendo cómo resolver el antiguo pecado del mundo: como redención, cómo renovar al hombre de la culpa: como santificación, cómo santificarlo para la gracia. Este, por tanto, es el título, este el principio.

2. (Vers. 2.) Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y pobre. Abre tus oídos, tú que comienzas a conocer los sacramentos de la pasión del Señor. Por eso se te dice: El que

tiene oídos para oír, oiga (Lucas VIII, 8). Por eso el Señor tocó los oídos y los labios de aquel sordo y mudo en el Evangelio (Marcos VII, 16); para que supiera qué debía oír en el misterio, qué también debía hablar, y cuándo debía hablar. Pues no está escrito en vano: El Señor me dio lengua de erudición; para que supiera cuándo es necesario decir una palabra (Isaías L, 4). 868 Por tanto, debes saber qué oyes, saber qué debes hablar, saber también cuándo debes hablar.

3. Escucha, por tanto, diciendo: Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y pobre. Bienaventurado ciertamente el que se compadece del pobre, el que comprende sus necesidades, sabe qué mal trae la indigencia al necesitado: pero ¿qué significa este comienzo en la pasión del Señor? Es verdad que sufrió por los pobres; pero sin embargo, él reprendió a Judas diciendo sobre aquel unguento, que María derramó sobre los pies de Cristo: Esto pudo haberse vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres (Marcos XIV, 5). Lo mismo pensaron los demás apóstoles, pero con otro afecto: él por avaricia, ellos por misericordia; pues Judas miraba por el robo, los discípulos cuidaban del sustento de los pobres. A quienes en común respondió: Dejadla, para que lo guarde para el día de mi sepultura. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no siempre (Juan XII, 7 y 8).

4. Por tanto, otro bienaventurado debe entenderse aquí, quien entiende sobre el pobre. Aquí habla de la fe, en otro lugar de la misericordia. Primero, por tanto, la fe, segundo la misericordia. Con fe, la misericordia es preciosa: sin fe, desnuda; sin fe, inestable. Pues la fe es el fundamento estable de todas las virtudes. Bienaventurado, por tanto, el que entiende sobre la pobreza y necesidad de Cristo, quien por nosotros se hizo pobre, siendo rico: rico en el reino, pobre en la carne; porque asumió esta carne de pobres. Pues nos hicimos muy pobres, quienes perdimos las preciosas vestiduras de las virtudes por el engaño de la serpiente, excluidos del paraíso, expulsados de la patria, relegados al exilio, despojados incluso del manto del cuerpo, que antes las virtudes protegían, después los delitos desnudaron. Si, por tanto, pobre y necesitado en la carne, ciertamente pobre y necesitado en la pasión de esta carne. No, por tanto, en sus riquezas, sino en nuestra pobreza sufrió. Y por eso no la plenitud de la divinidad, que en él habita corporalmente, como testifica la Escritura (Colosenses II, 9), sino la carne sufrió. Entiende esto, persigue esto, mantén esto, para que no se te diga: No quiso entender sobre el mendigo y pobre. Pues si aquí dudas, ciertamente en aquel salmo que se dice contra la traición de Judas desde la persona del Salvador, de aquel versículo no podrás dudar, en el cual dice: Y persiguió al hombre necesitado y mendigo (Salmo CVIII, 17). Entiende, por tanto, en la pobreza de Cristo, para que seas rico; entiende en su debilidad, para que recibas salud; entiende en su cruz, para que no te avergüences; entiende en su herida, para que cures tus heridas; entiende en su muerte, para que adquieras vida eterna; entiende en su sepultura, para que encuentres resurrección.

5. Pero quizás digas: ¿Cómo rico en pobreza Cristo? Aunque me falte ingenio, sin embargo no faltan los auxilios de las lecturas divinas; cuando el Apóstol dijo: Porque el Señor Jesús se hizo pobre, siendo rico; para que vosotros os enriquecierais con su pobreza (II Cor. VIII, 9). ¿Qué, por tanto, es esta pobreza, que hace ricos? Consideremosla, atendamos a ese venerable Sacramento. ¿Qué puede ser más puro y simple que eso? Nadie se baña en sangre de toro, como se dice que tienen los sagrados de los gentiles: no se lava el pecador con la sangre de machos cabríos y carneros (pues nadie así se purifica; la carne se lava, no se diluye la culpa), sino que saldrá, dice (Isaías XII, 3), agua con deleite de las fuentes del Salvador: y se prepara ante ti una mesa celestial, y la copa embriagante ¡cuán gloriosa es! (Salmo XXII, 5). Estas son las riquezas de la simplicidad, en las cuales está la preciosa pobreza de Cristo. Hay también en las costumbres una buena pobreza; de donde también el Señor dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu (Mateo V, 3). Y en los Salmos encontramos que el

Señor salvará a los humildes de espíritu (Salmo XXXIII, 19). Hay también en la pequeña contribución una pobreza abundante, si abunda la fe. De donde el Apóstol dice: Y la profunda pobreza de ellos abundó en las riquezas de su simplicidad (II Cor. VIII, 2).

6. Pero para que también entendamos de otras voces tuyas, porque él mismo se dijo pobre, tenemos escrito en otro lugar: Pobre y doliente soy yo (Salmo LXVIII, 30); esto es, porque sufre por nosotros, como leemos (Isaías LIII, 4), pues en sí mismo no tenía por qué sufrir. Así como, por tanto, sufre por nosotros, como Isaías lo interpretó, quien lo vio en espíritu: ciertamente por nosotros estaba triste; según lo que llamó a su alma triste hasta la muerte, sin embargo no por la muerte: y llamó a la carne débil, que estuvo sujeta a la debilidad de la muerte; para que rompiera el aguijón de la muerte, por el cual nos liberara en el día del juicio, que no llamó superficialmente mala.

7. (Vers. 2.) Pues así añadió: En el día malo lo librará el Señor; porque parece amarga, que adjudica a muchos al castigo. Pues el camino de la virtud es angosto, el del delito ancho; por eso son más raros los que caminan en la virtud, más los que se versan en el vicio. Lo que hace que sea menor su número, quienes recibirán las recompensas de la remuneración, que quienes por el precio de graves pecados recibirán la suerte adversa del juicio. Como doliente, por tanto, dijo el día malo del juicio. Pues si los ángeles se alegran en la absolución de un pecador; ¡cuánto más se afligirán los hombres en la condenación de tantos hombres! Y bien sufre por aquella oveja, que él mismo llevó sobre sus hombros, y devolvió errante a su redil. El Hijo de Dios habla con nuestro afecto; porque para nosotros el día del juicio es amargo, que tememos. A todos parece malo, porque está lleno de terror: en el cual Dios no solo juzga las cosas forenses del hombre, sino también las ocultas: en el cual cada uno es obligado a revelar lo que hizo, o lo que sintió. Por eso muchos son condenados, pocos coronados. Pero incluso aquellos que son coronados, sufrirán; pues los justos serán coronados: el justo, sin embargo, considera como suya la desgracia del hermano. ¿Y quién soy yo para juzgar sobre aquel, en el cual el hombre será insertado en las asambleas de los ángeles? Escuchemos la sentencia del mismo Señor: Vendrá, dice, la hora, en la cual todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo del hombre; y saldrán los que hicieron el bien, a la resurrección de vida: pero los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Juan V, 28 y 29). Serán juzgados, por tanto, los que hicieron el mal: y por eso el día malo y áspero es llamado por el mismo juez; para que sepas que él mismo nos compadece en el Evangelio, quien compadeció en los profetas.

8. Pero también así podemos entender: En el día malo, esto es, en el tiempo malo; pues el mundo está puesto en el mal. Y por eso los días del mundo son malos, y abunda la maldad de su día. No es poca cosa, ser librado aquí de las insidias del pecador. Quien aquí sea libre de crimen, allí será libre de pena, y no podrá sufrir la severidad del juicio.

9. (Vers. 3) Y por eso es necesario el voto y las oraciones diarias, y la intercesión del Príncipe de los sacerdotes, de quien dice Juan el Evangelista: Tenemos un abogado ante el Padre, el Señor Jesús, y él mismo es la propiciación por nuestros pecados (I Juan II, 2). Este, por tanto, nuestro abogado, y propiciación por los pecados de todo el mundo, ora por aquel que entiende y cree en Cristo, y dice: El Señor lo conserve, y lo vivifique, y lo haga bienaventurado. Lo conserve de los peligros, lo vivifique como constituido en las tinieblas de la muerte, se digne hacerlo bienaventurado con la adición de buenas obras.

10. Y lo limpie, dice, en la tierra su vida (Ibid.). Bien añadió, en la tierra; porque si aquí no es limpiado, allí no podrá ser limpio. O ciertamente de este modo: Lo limpie en la tierra. Pues ¿cómo puede alguien ser limpio en el lodo; cuando la tierra lo ensucia? Por tanto, es

necesaria la mano del Señor, que hizo el cuerpo de la tierra; para que ella misma se digne limpiarlo.

871 11. (Vers. 3.) Y no lo entregue en manos de su enemigo. ¿Quién es el enemigo; sino aquel león que ronda rugiendo, buscando a quién devorar? Otros griegos tienen: Y no lo entregue en las almas de sus enemigos. Puso almas por manos: porque las almas de los enemigos acechan los bienes, y con sus pensamientos intentan derribar al justo. Se dicen también almas por hombres. Todas las almas setenta, que descendieron a Egipto (Gén. XLVI, 27). Por eso también David prefirió encomendarse al poder de Dios, que a las insidias de los enemigos, que no sabrían perdonar por su voluntad.

12. (Vers. 4.) Sigue: El Señor le ayude sobre el lecho de su dolor: todo su lecho has cambiado en su enfermedad. ¿Qué es el lecho del dolor, sino la carne de la debilidad? Y bien lecho del dolor, porque es el cuerpo de la muerte, del cual el Apóstol se deprecia ser liberado (Rom. VII, 24); para que pueda levantarse como de una tumba, en la cual yace enferma el alma, y como en un cierto lecho descansa. Symmachus, lecho de miseria, dijo: Aquila, camastro de miseria: más expresivamente los setenta varones, lecho del dolor, consideraron que debía decirse. Estos versículos, por tanto, deben usarse entre aquellos que son detenidos por más tiempo en la debilidad del cuerpo; para que tengan la medicina de Dios, por la cual merezcan ser sanos. El lecho, por tanto, del alma es la carne débil, cuya enfermedad nuestra alma compadece, que si tiene al Señor como ayudador, le dice: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa (Lucas V, 24). Confortado por la palabra de Dios, quien estaba enfermo, se levanta y toma su lecho en el cual yacía, y regresa al estado primitivo de salud. Esto es regresar a su casa, para que habite en la morada de la más robusta salud. Quien habita, gobierna: quien gobierna, tiene la gracia de la virtud que le asiste. Pero también el Señor cambia todo el lecho en la enfermedad del que languidece, a quien se digna asistir. Lo que se cambia, cambia de estado, o de salud a enfermedad, o de enfermedad a salud. Este, por tanto, que enferma, se cambia al remedio de la salud.

13. Así pues, el Señor Jesús, aunque fue herido por nuestras iniquidades, no permaneció en esa debilidad; sino que se transformó a sí mismo para el bien de la salvación de todos. Así, con su pasión, la debilidad fue disuelta, y la muerte con la resurrección. Así como se transformó para la redención de los pueblos, sin sentir el aguijón de la muerte ni la debilidad de la herida, de igual manera transforma a quien cree en Él, aunque esté gravemente enfermo, para liberarlo de la muerte y llevarlo a la vida. Por tanto, transformó toda debilidad humana en su propia debilidad. Pues asumió las debilidades de todos en su carne, se levantó en la cruz y transformó las debilidades de todos en la debilidad de su cuerpo. Por eso dice Isaías: "Por sus llagas fuimos sanados" (Isaías 53, 5). Los luchadores tienen esto, que se someten a aquellos con quienes luchan, para que parezca que pueden ser oprimidos; y de repente, cuando se les considera vencidos, se levantan y con cierta habilidad se transforman para superar al adversario. Cae quien era llevado, y quien llevaba se encuentra superior, para derribar al que lo presiona. Así, en la palestra espiritual, el Señor Jesús, al asumir nuestras cargas, se sometió en el combate de su pasión; y en apariencia de debilidad, para que el adversario lo juzgara como un hombre igual a los demás, a quien fácilmente podría oprimir, dejó las armas de la divinidad y asumió el manto de la humanidad. Seguro de la victoria, el tentador se acercó más: quiso herirlo con la lanza del soldado en el costado, pensando que, como a Adán, podría derribarlo por el costado. Pero el Señor Jesús, herido en el costado, sacó vida de la herida, eliminó todo pecado, derribó al adversario, a quien arrebató la muerte del ladrón; y en esa muerte, en esa sepultura de su cuerpo, cuando se le consideraba oprimido, se levantó por su propia virtud: cayó el adversario, el Señor resucitó.

14. (Vers. 5.) Sigue: "Yo dije: Señor, ten misericordia de mí: sana mi alma, porque he pecado contra ti". Esto puede decirse también desde la persona del rey David, quien viendo en espíritu tan gran victoria y gracia de Cristo, pide que en esa remisión de todos los pecados también se le tenga misericordia; pues él, aunque como rey no estaba sujeto a las leyes humanas, reconoce que ante Dios es responsable por sus pecados. Confiesa, por tanto, su pecado; para recibir el perdón y encontrar el don de la indulgencia general. Esto también puede expresarse desde la persona del Salvador, quien pide para nosotros la misericordia de Dios, y dice que ha pecado, porque por nosotros se hizo pecado. Al mismo tiempo, nos enseña que cuando estamos en alguna lucha contra los enemigos de Dios, imploremos la ayuda de Dios: confesemos nuestros pecados, y especialmente cuando somos presionados y afligidos, nos postremos con dolor y amargura, para que no parezca que hemos callado; para que la medicina llegue más rápido a nuestras heridas, y sanados resistamos al adversario. ¿Cómo puede luchar alguien herido? ¿De dónde aprendemos que somos heridos por los aguijones de nuestros pecados? La herida busca al médico, el médico exige confesión.

15. (Vers. 6.) Aquí también el Salvador comienza a revelar más y más el sacramento de su pasión, que sin duda concuerda con el Evangelio. Pues los judíos lo maldecían, buscaban su muerte, conspiraban, no soportaban la creciente gloria diaria de su obra. Esto, por tanto, anuncia la profecía, que se cumplió en el Evangelio: "Mis enemigos dijeron cosas malas de mí: ¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre?" Insensatos, que creían que el autor de la vida podía morir: pero sus deseos los destruía la Iglesia, creyendo que incluso muerto según la condición del cuerpo, su nombre crecería; y por eso le cantaba diciendo: "Recordaré tu nombre en toda generación y generación" (Salmo 44, 18). Repetía: "Tu nombre es un ungüento derramado" (Cantar de los Cantares 1, 2). Morirán aquellos que presumen que tú puedes morir: no moriré yo, que te conozco como árbitro de la vida, autor de la salvación. Sabemos que en el tiempo de la pasión y resurrección los discípulos oraban reunidos; cuando María Magdalena les anunció que el Señor había resucitado, y cuando, con la puerta cerrada, el Señor se mostró en el cuerpo de la resurrección, cuando Tomás vio sus heridas y creyó. Por tanto, los judíos se burlaban como si estuviera muerto: pero el Señor se revelaba vivo a los apóstoles. Así, cuando los judíos decían: "He aquí, todo el mundo va tras él" (Juan 12, 19); cuando decían que con sus obras maravillosas seducía al pueblo; ¿qué otra cosa decían, sino: "¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre?" Y por eso en su pasión clamaban: "¡Quítalo, quítalo de la tierra a este tal: crucifícalo, crucifícalo!" (Juan 19, 15). Se hizo lo que pedían, fue quitado de la tierra, resucitó, ascendió al cielo, y reformó su reino desde nosotros en las moradas del paraíso.

16. (Vers. 7.) También se subyace una profecía evidente sobre Judas el traidor en estos versículos que siguen: "Y salía para ver, hablaba vanidades: su corazón acumuló iniquidad para sí". Salía afuera, y hablaba. Así lo encontramos distinguido en los códices griegos. Judas, por tanto, entraba buscando traicionar al Salvador, para ver qué hacía, o qué decía; para atraparlo en su palabra, y anunciarlo a los judíos: pero no encontraba nada, quien no entendía nada. Bien dice la Escritura (Juan 13) que no estaba dentro con Jesús, quien se había apartado de su doctrina, y había dejado sus enseñanzas. Quería entrar, pero no podía penetrar; porque su propia perfidia lo excluía. Pues todo impúdico, o avaro, o inundo (lo cual es idolatría) no tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. No solo, por tanto, intentaba entrar, y no entraba; sino que también quería ver, y no veía. Finalmente, Jesús hablaba en parábolas, pero Judas no escuchaba. Finalmente, no veía los misterios divinos; pues no todos oyen la palabra de Dios, quienes se creen que oyen. Pues si todos oyeran, no diría Jesús: "El que tenga oídos para oír, que oiga" (Lucas 8, 8). Y por eso, porque no oía, ni podía ver, hablaba vanidades en lugar de verdades, y pensaba que engañaba a Jesús diciendo: "Esto

pudo haberse vendido, y dado a los pobres" (Mateo 26, 9); cuando no proveía a los pobres, sino a sus robos, llamándolo rabí. Pues, ¿cómo llamaba maestro a aquel de cuyo magisterio se desviaba; y cuyo corazón (en el que se había sumergido el diablo) acumulaba para sí y aumentaba iniquidades? Pues era iniquo para sí mismo, injusto para sí mismo, pecaba para sí mismo, quien meditaba engaño dentro de sí, que no podía ocultarse. Pues no era engañado Jesús, quien era traicionado voluntariamente, y testificaba: "Uno de vosotros me entregará" (Juan 13, 21). Finalmente, Judas confesó, diciendo: "¿Soy yo, rabí?" Y el Señor dijo: "Tú lo has dicho" (Mateo 26, 25). Ni así entendió Judas que era conocido. Pues si hubiera entendido, no habría traicionado.

17. Pero sin embargo, "y salía afuera, y hablaba". Versículo apto contra aquellos que revelan el secreto de alguien. Bien dice: "Salía afuera"; pues afuera están los lobos, afuera los ladrones: dentro Moisés en la nube con Jesús, afuera los judíos: dentro Zacarías el sacerdote en el templo, afuera la multitud: dentro el Espíritu Santo en nuestros corazones clama al Padre, afuera nuestro adversario como león vigila para la rapiña: afuera los infieles, dentro los fieles. Y por eso a los que están afuera, Dios los juzgará: pero a los que están dentro, Cristo los absuelve. Judas, por tanto, salía, y hablaba. Salía de la fe: salía del consejo y número de los apóstoles; salía del banquete de Cristo al latrocinio del diablo: salía de la gracia de la santificación al lazo de la muerte, quien hablaba vanidades a los pérfidos: salía afuera, quien dejaba los misterios de la vida interna; salía, quien no conocía los interiores de la Escritura. Pues si hubiera sabido, habría entendido al que dice: "¿Acaso el que duerme, no añadirá para resucitar?" Habría entendido también aquello: "Tú, en verdad, hombre unánime, mi guía y mi conocido, que siempre conmigo tomabas dulces manjares, en la casa del Señor caminábamos con consenso" (Salmo 54, 14 y 15). No entendió, por tanto, este salmo, ni el ciento ocho, ni otros, ni otros testimonios de las Escrituras. De quien bien dice el evangelista Juan, y de los demás infieles: "De nosotros salieron, pero no eran de nosotros. Pues si hubieran sido de nosotros, con nosotros habrían permanecido" (1 Juan 2, 19).

18. (Vers. 8.) No permanecía, por tanto, con los apóstoles el traidor, quien salía afuera, y susurraba con los pérfidos. Palabra que usó la Escritura divina, demostrando que la perfidia carece de autoridad, que teme ser descubierta en lo que habla. Pero al fiel se le dice: "Exalta con fuerza tu voz" (Isaías 58, 1). ¿A dónde había caído el apóstol Judas, quien había sido enviado a predicar la fe a las naciones con pleno pregón de autoridad; para que susurrara al oído de los insidiadores de su maestro, lo que temía ser oído? ¿No se condenó a sí mismo con su propio juicio? Pero se avergonzaba de ser oído, lo que no temía hacer: se avergonzaba; porque pensaba mal contra el autor de su vida, de su santificación, y de su honor: ni devolvía la gracia con beneficios, sino que devolvía males por bienes al buen maestro; lo cual incluso los hombres del mundo suelen condenar: se avergonzaba de ser descubierto ingrato, se avergonzaba de parecer avaro; cuando por dinero traicionaba la salvación de su autor: se avergonzaba de parecer pérfido. De manera similar, también los judíos que subornaban falsos testigos contra el maestro de la fe, para que dijeran que había predicado que el templo de Dios que Salomón había construido, sería destruido; cuando él había significado sobre el templo de su cuerpo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan 2, 19); verdaderamente estaban afuera, quienes estaban excluidos del conocimiento del Verbo celestial.

19. (Vers. 9.) "Propusieron", dice, "una palabra iniqua contra mí"; es decir, ilícita, y contra derecho y justicia propusieron un discurso, haciendo pactos sobre sangre humana, que Judas vendió de manera muy criminal: también los judíos creyeron que debían comprarlo, no con menor crimen, hombres vanísimos; como "el que duerme", dice, "no añadirá para resucitar" (Ibid.). Consideremos qué es la adición.

20. Es natural para todos los seres animados terrenales, y para las aves del cielo, y para los peces del mar nacer y morir: pero al hombre, a quien Dios había hecho más precioso que los demás seres animados de la tierra, le concedió especialmente esta gracia, que muerto reviva. Esta, por tanto, se llama adición para la renovación de la vida superior. Finalmente, también al rey Ezequías, cuando el Señor le había prescrito que había cumplido el tiempo de su vida: y le había mandado por Isaías que ordenara su casa; porque iba a morir: y él había orado al Señor, y había llorado con gran llanto; el Señor, compadecido, le mandó: "He aquí que añado a tu tiempo quince años" (Isaías 38, 5). Y en otro lugar el santo David dice: "Días sobre días del rey añadirás sus años" (Salmo 60, 7). Por tanto, se ha encontrado que al hombre se le puede añadir: pero a Dios no se le puede añadir nada; porque está escrito: "No hay que añadir, ni disminuir, en lo que todo es perfecto y pleno" (Eclesiástico 28, 5). Aunque Cristo resucitó, ciertamente resucitó en lo que había asumido, en lo que a la plenitud de su divinidad nada podía disminuir ni aumentar. Pues Dios es incorpóreo e inmortal, cuya suma naturaleza y plenitud de virtudes se señala sin ninguna adición de carne. Pero la carne es de la dispensación en Cristo, que asumió con título de misericordia y derecho de piedad; para redimir al cautivo, lavar al contaminado, resucitar al muerto. Y bien dice: "¿Acaso el que duerme, no añadirá para resucitar?" No dijo, no se añade; sino, "no añadirá para resucitar"; porque él mismo, el Hijo de Dios, se resucitó; como dijimos antes que dijo a los judíos: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan 2, 19). La carne recibió adición, como tomada del hombre, asumida de la Virgen: pero como Dios, él mismo operó la adición, quien resucitó por su propia virtud; para que fuera el operador de su propia resurrección. Pero para que entiendas que tanto el Padre resucitó al Hijo, como el Hijo mismo se resucitó, reconoce que aquella operación fue de la virtud divina; porque al Padre y al Hijo una virtud, operación común; puesto que una y la misma es la sustancia de la Trinidad.

21. (Vers. 10.) Pero, ¿por qué acuso a los demás (dice el Señor Jesús)? ¿Qué maravilla si el pueblo no me conoció, y me condenó a la cruz; cuando mi apóstol exigió el precio de la traición, cuando mi comensal vendió mi muerte? Pues el hombre de mi paz, en quien confié, que comía mis panes, amplió sobre mí la traición. Algunos piensan que Judas debe ser excusado; porque devolvió el dinero que había recibido como precio de la traición: pero he aquí que es condenado más allá de la infidelidad de los judíos; pues a quien más se le da, más se le exige. ¿Qué, dice, de los demás me quejo? El hombre de mi paz, a quien había dado mi paz, a quien había querido dejar mi paz, me entregó a los perseguidores, y me engañó, en quien confié. ¿Acaso ignoró que sería su traidor, de quien había predicho antes: "Uno de vosotros me entregará" (Juan 13, 21)? (Esto lo decía de Judas, como está escrito en el Evangelio.) No, ciertamente; pero para condenarlo más, dijo que había confiado en su fe. Aquila dijo, "confiaba"; Symmachus puso, "confiaba". Pues más gravamos a aquel en quien decimos haber tenido mucha esperanza o confianza; si después defrauda nuestra esperanza y opinión.

22. Al mismo tiempo, muestra cuán grande es la fuerza de la santificación divina, que excluye la maldad, y corrige el ingenio depravado; si se añade la forma de un mejor propósito. ¿Cuántos sabemos que se han convertido? Se transformó Zaqueo aquel publicano, y avaro inclinado al lucro, quien después con restitución cuádruple pagó su error, condenó en sí la avaricia, abjuró las ganancias del tiempo anterior, compensó en los pobres, si faltaba el recaudador. El mismo ladrón cambió su maldad con un mejor propósito, reconoció a Cristo en la cruz, confesó al Hijo de Dios, lo llamó rey con su propia voz. En qué tiempo muchos justos vacilaban, ciertamente los apóstoles se escondían: el mismo verdugo centurión no negó. ¿Por qué hablo del tiempo del Evangelio? Rahab era una ramera, que se alimentaba de los estipendios de la perfidia y la intemperancia; sin embargo, cuando vio a los exploradores

que había enviado Josué, se revistió de fe; y ante el peligro inminente, conservó la justicia; ni traicionó a los recibidos, sino que los protegió con fiel humanidad. Por eso, dice que había confiado en él; como si con razón hubiera presumido, que el apóstol dejaría lo anterior, seguiría lo mejor: y quien había recibido el don de santificar a otros, él mismo conservaría en sí la gracia de la santidad, y se adheriría a los deberes de la sinceridad. Bien dice, "confié"; porque al hombre le dio el libre albedrío de elegir, qué seguir. "Puse", dice, "ante ti el bien y el mal" (Deuteronomio 30, 15). Si eliges el mal, no peca la naturaleza, sino el afecto del que elige. Si cada hombre es condenado que elige el mal; ¿qué decimos de Judas, quien traicionó a aquel con quien se unía en la dulzura del banquete?

23. "Que comía", dice, "mis panes, amplió sobre mí la traición". ¿Qué es lo que añadió, "mis panes"? Pudo haber dicho: "Que comía panes conmigo"; a menos que entiendas aquello que es especial de Cristo, esto es, el alimento del verbo celestial; pues "no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios" (Mateo 4, 4). Finalmente, en otro lugar dice: "Que siempre conmigo tomabas dulces manjares" (Salmo 54, 15). Con estos versículos bien usamos contra aquellos que creen que deben ser matados, con quienes parecen haber comido. Se recuerda que los gentiles guardan esto, a menudo enemigos, incluso ladrones; para que perdonen a aquellos con quienes recuerdan haber compartido un banquete: también las mismas fieras se amansan con la sociedad de los alimentos. Por lo cual, por este tipo de afecto de gracia convivencial, si consideramos las palabras, no dijo en vano dulces manjares. Pues, ¿cómo dulces, que pronto se corrompen? Pero mira si dijo dulces manjares las palabras de vida. Pues estos manjares ninguna amargura corrompe, ninguna corrupción de muerte contamina. Por eso también dijo "siempre". Pues no siempre se podía comer. Pero siempre podemos adherirnos a la palabra de Dios, tanto de noche como de día, si meditamos en la ley de Dios día y noche.

24. ¿Qué es también, "amplió"? El griego dijo "ἐμεγάλυνεν", esto es, magnificó. El Señor nos expuso ambos, lo que podría conmovernos, diciendo en el Evangelio: "El que come conmigo el pan, levantó sobre mí el talón" (Juan 13, 18). Consideremos de dónde se tomó este discurso. "Fuimos", dice, "incrédulos errantes, sirviendo a deseos y placeres" (Tito 3, 3). Confesemos el error, para que seamos lavados. Y vi a un joven atleta, cuando había derribado al adversario, golpearle la frente con el talón: lo cual fue un signo, porque insultó al vencido. Esto es lo que dice: "Magnificó sobre mí la traición"; con lo cual declaró la jactancia del que insulta. Por tanto, Judas también levantó su talón sobre Cristo, cuando lo traicionó; pero no lo levantó impunemente. Aún Adán levanta el talón, que fue herido por la serpiente. Y ciertamente Cristo le había lavado los pies. Había oído decir: "El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies; pero está todo limpio" (Juan 13, 10). Pero lo que lavó la gracia, lo había manchado la perfidia. Judas, por tanto, levantó el talón para herir. Verdaderamente no sostuvo la cabeza, quien levantó el talón sobre Cristo. Adán lo levantó sobre sí mismo, este sobre Cristo; y por eso la serpiente lo hirió más gravemente que a los demás. Levantó su talón, quien ofrecía un beso fraudulento, con el cual traicionaría al autor; y por eso está escrito en el Profeta: "Amplió sobre mí la traición". También Esaú dijo de su hermano: "Dos veces me ha suplantado" (Génesis 27, 36). Quien suplantó, hace engaño, con el cual derriba o hiere al adversario. Por eso también se dice que Judas suplantó; porque con su beso infligió una herida, con la cual mostró a los perseguidores la señal para atacar al Salvador. Por tanto, suplantó como una serpiente; porque la serpiente con su boca infunde veneno, y hiere con el diente el talón: pues este no hirió la divinidad de Cristo, sino el extremo del cuerpo, el talón. También Judas levantó el talón como un luchador insolente y soberbio, en el cual golpearía la cabeza del Salvador: pero no pudo herir la cabeza de Cristo; porque la cabeza de Cristo es

Dios. Sin embargo, ató su propia cabeza con el nudo del lazo informe, para quitarse el remedio de la salvación.

25. Mira si puedes aplicar piadosamente lo que dijo el santo patriarca Jacob en el Génesis, cuando profetizaba sobre sus hijos: Dan juzgará a su pueblo como una de las tribus de Israel; y: Que Dan sea como una serpiente sentada en el camino, y en la senda, mordiendo el talón del caballo: y caerá el jinete hacia atrás, esperando la salvación del Señor (Gén. XLIX, 16 y 17). Leemos en realidad (Jueces XIII, 25) que Sansón de la tribu de Dan fue juez en Israel: pero aquí se significa a otro futuro, que surgirá de esa tribu y afligirá al pueblo con los castigos de la impiedad sacrílega. Ese Anticristo, que se sentará en el templo como si fuera Dios, verdaderamente tiene el juicio que su interpretación implica; pues Dan significa juicio. Y dijo acertadamente, porque juzgará a su pueblo, que será sujeto a pena perpetua; pues quien no cree, ya ha sido juzgado: pero quien cree, no será juzgado; porque cree en el Hijo de Dios como redentor de su alma. Y por eso dice como libro de juicio: Quien me juzga, es el Señor (I Cor. IV, 4). Juzgará, por tanto, al pueblo de la impiedad, no al pueblo; pues son juzgados aquellos que caen en la ruina de la perfidia, no quienes se levantan con la libertad de la fe.

26. Se sentará, por tanto, en el camino, y acechará en la senda, como una serpiente; para herir a los que pasan, y morder el talón de nuestro caballo; pues no podrá herir el alma de los fieles. ¿En qué camino se sentará, y en qué senda, sino en aquellas de las que Cristo el Señor, como leemos, llamó al pueblo de las naciones a su cena diciendo: Sal a los caminos, y alrededor de las cercas, y obliga a entrar; para que se llene mi casa (Luc. XIV, 23). Y porque de manera similar se lee que Judas amplió la suplantación sobre Cristo, parece que en este lugar se señala a él mismo, que habría de morder el talón del caballo, en el que Cristo el Señor era llevado. De donde se dijo: Tu cabalgadura es el cielo (Habac. III, 8); porque su carne habría de asumir el pecado de todo el mundo; para que la salvación sucediera a la destrucción, y la vida eterna a la muerte. Fue herido, por tanto, el caballo no mentiroso solo para la salvación: fue herido el caballo, que asumió los pecados de todo el mundo, y llevó nuestras cargas, y no se fatigó: fue herido el caballo, que no supo relinchar al furor del concúbito. Y por eso quizás al evangelista Juan se le mostró el cielo abierto, y un caballo blanco, sobre el cual estaba sentado teniendo en su cabeza diademas, y en su muslo un nombre escrito: Rey de reyes, y Señor de señores (Apoc. XIX, 16). Era blanco, porque era inmaculado, que no conoció mancha alguna de pecado. Pues si la lujuria es tenebrosa, con razón la santidad resplandece y brilla. Este, por tanto, es el caballo herido, pero no retardado. Finalmente, con esa herida resucitó del sepulcro, corrió al cielo sobre todos los ángeles y arcángeles, encontrado más veloz que toda la caballería del ejército celestial, sobre aquellos caballos de fuego con los que Elías fue arrebatado. Y con razón más veloz, quien sobre todos los cielos, y sobre el cielo de los cielos ascendió al trono de Dios omnipotente, y se sienta; como la Escritura nos enseñó diciendo: Veréis de aquí en adelante al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder (Marc. XIV, 62).

27. Este caballo, por tanto, fue mostrado en figura y antes en el tiempo de los Macabeos, sobre el cual estaba sentado aquel jefe del ejército celestial resplandeciente con armas doradas, que derribó y golpeó a Heliodoro, aquel saqueador del depósito de las viudas, y de las demás cosas que habían sido confiadas a la custodia sagrada, y después, a petición del sacerdote Onías, lo restauró para el uso vital. De donde verdaderamente en él resplandecieron las armas doradas; porque solo él montó este caballo, y venció, en el cual nadie exento de culpa escapó. Ni Enoc, que fue arrebatado, para que la maldad no cambiara su corazón: ni Abraham, ni Isaac, ni Jacob, ni Moisés. Todos bajo pecado, todos bajo muerte. Finalmente, la

muerte reinó desde Adán hasta Moisés. Solo este es quien no cometió pecado: solo es Cristo quien quitó el pecado del mundo, quien dijo a la muerte: ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? (I Cor. XV, 55).

28. ¿Cómo, pues, amplió sobre este su suplantación Judas, y cayó el jinete hacia atrás? Lo que está en Judas, hizo engaño: lo que está en Cristo, sufrió voluntariamente. A menudo vemos al más fuerte querer ser golpeado; para que, incitado, se levante más vigorosamente, se excite más vehementemente. Mordió, por tanto, la serpiente el talón del caballo, vomitó el veneno de su fraude: el jinete se arrojó a sí mismo voluntariamente, cayó voluntariamente; para levantarnos. ¿Qué es, sin embargo, lo que dice la Escritura: Y caerá el jinete hacia atrás (Gén. XLIX, 17)? ¿Por qué hacia atrás, sino para guiar a los que lo siguen hacia atrás? Hacia atrás estaba Pedro, a quien dijo: Vete detrás de mí (Marc. VIII, 33). Hacia atrás estaban los apóstoles, y los demás discípulos. Por eso cayó hacia atrás; porque sobre quienes cae, salva. Porque todo el que caiga sobre esta piedra, dice, será quebrantado: sobre quien caiga, lo limpiará (Luc. XX, 18). Algunos tienen, lo aventará; otros, lo triturará. Porque quien aventa el grano, lo limpia de la paja: quien tritura algo, lo reduce a polvo; para que la suavidad del polvo, ya sea para una bebida saludable, o para otro uso medicinal, se aproveche sin perturbación alguna. De donde concluimos que se debe tener cuidado, para que nadie, una vez recibido por el bautismo de Cristo, caiga de su cuerpo, esto es, sea expulsado de la Iglesia; pues esta es la ruina de la muerte perpetua. Aquel, sin embargo, que viene a creer en Cristo; para que su muerte lo encuentre, su cruz lo asuma, el clavo lo fije, la sangre lo infunda, su sepultura también lo envuelva, la gracia de la resurrección lo eleve, lo despierte del sueño, lo vivifique de la muerte: a él, digo, lo libera del mundo, lo limpia del pecado, lo sana de la herida, lo inclina de la dureza de la impiedad, lo suaviza a la mansedumbre de la piedad, para que con el corazón circuncidado, beba aquel espíritu incircunscrito e incomprensible, beba la copa de la salvación eterna. Cayó, por tanto, el jinete hacia atrás.

29. Toma también otra razón, por qué cayó hacia atrás y no hacia adelante. Después de él todos, nadie antes que él. Cayó, por tanto, no para sí, sino para todos; para que al caer sobre nosotros, suavizara la dureza de nuestro corazón. Cayó sobre Adán, a quien buscaba, para encontrarlo. Lo buscó hacia atrás; para que el buen pastor lo pusiera sobre sus hombros, y lo llevara consigo al paraíso en la redención de aquel ladrón.

30. Pero quizás digas: Y los perseguidores cayeron hacia atrás. Pues así está escrito (Juan XVIII, 6), que los príncipes de los sacerdotes, que el traidor Judas había traído, y los demás que habían venido a aprehender al Señor Jesús, se fueron hacia atrás, y cayeron en tierra. Esto es lo que yo también digo, que quiso caer sobre los pecadores, no sobre los justos; pues el justo no necesita médico, sino los pecadores. Si la sombra de los apóstoles sanaba; ¡cuánto más la carne de Cristo a quienes toca, los defiende de la muerte! Finalmente, tocó al leproso, y sin demora lo limpió. Para que sepas, sin embargo, tú que lees, que también quiso liberar a sus perseguidores, interroga al testigo de Cristo. Pues cuando Pedro reprendía a los judíos, porque habían matado al príncipe de la vida, mostró el remedio; para que hicieran penitencia, merecieran que se les perdonara el pecado que habían cometido. ¿Qué dudas, pues, que cayó para resucitar; cuando él mismo dijo: Heriré y sanaré (Deut. XXXII, 19)? Sin embargo, observa la diferencia de las palabras. En el Génesis se dice: Caerá el jinete hacia atrás, esperando la salvación del Señor (Gén. XLIX, 17); esto es, para que no aparte los ojos, la acción no refleje su mente, reivindique el privilegio de su resurrección, y se resucite con el poder divino. Aquí, sin embargo, se dice: Se fueron hacia atrás, y cayeron en tierra (Juan XVIII, 6). Quien es terrenal, cae en tierra: quien es celestial, se adhiere al cielo. Y si cae corporalmente, no cae en virtud: ni se ocupa de lo suyo, sino que siempre se dirige hacia lo alto; pues siempre mira al Padre, para cumplir su voluntad sobre nosotros. ¡Ojalá estos no se

hubieran ido hacia atrás, sino que hubieran recibido a Cristo! como lo recibió José, y lo sepultó en un nuevo sepulcro. Quien es fiel, no cae en tierra: quien es infiel, cae y desciende a las profundidades de la tierra; como está escrito: Desciendan al infierno vivos (Sal. LIV, 16). Por tanto, el perseguidor cae sobre la tierra, y al infierno: Cristo sobre los que han de resucitar, Cristo sobre la piedra, Cristo sobre la Iglesia. Escucha cómo cae sobre la Iglesia. Hacia atrás estaba Pedro, y lo seguía cuando era llevado por los judíos a la casa de Caifás, el príncipe de la sinagoga. Él es Pedro a quien dijo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mat. XVI, 18). Donde está Pedro, allí está la Iglesia: donde está la Iglesia, allí no hay muerte; sino vida eterna. Y por eso añadió: Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: y te daré las llaves del reino de los cielos (Ibid.). Bendito Pedro, a quien no prevaleció la puerta del infierno, no se cerró la puerta del cielo; sino que, al contrario, destruyó los umbrales del infierno, abrió los celestiales. En la tierra, por tanto, estando, abrió el cielo, cerró el infierno.

31. También puede convenir a este lugar, que el samaritano no pasó de largo al hombre herido por los ladrones que descendía de Jericó; sino que lo recogió, y curó sus heridas, vertiendo aceite y vino: y lo puso sobre su jumento, y lo llevó a la posada. ¿Qué dudas del buen caballo, cuando has leído buen jumento? Cuando has leído en Jerusalén que entran muchos jinetes y numerosos con carros y carruajes? No te perturbe lo que has leído: Estos en carros, y aquellos en caballos: pero nosotros en el nombre del Señor nuestro Dios nos magnificaremos. Ellos se han atado, y han caído (Sal. XIX, 8 y 9). Pero Elías no cayó, que entró en carro; pues donde está el nombre de Dios, allí nadie es atado, sino que todos son liberados. En el nombre de nuestro Dios, tanto el pobre está seguro, como el rico; tanto el noble, como el ignoble; tanto el débil, como el fuerte. Las riquezas no perjudican a la fe; si sabemos, sin embargo, cómo usarlas.

32. (Vers. 11.) Y por eso, teniendo el nombre de Dios en sí, dice: Pero tú, Señor, ten misericordia de mí, y resucítame, y les retribuiré. Lo cual ciertamente no lo dice como dudando de la resurrección, quien tenía en su poder decir: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19); sino que da forma al hombre, para que espere la misericordia de Dios, y la resurrección de Dios. Luego no pide ser resucitado: sino que pide que se le resucite a Matías en lugar de Judas; para que se complete el número apostólico. Pues como era necesario que pereciera el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura; era necesario que en su lugar se subrogara al hijo de salvación. Toma un tercer sentido. Pide ser resucitado, esto es, su cuerpo: pero el cuerpo de Cristo es la Iglesia. Y porque Judas era figura del pueblo infiel de los judíos, que compró o vendió a Cristo por dinero (lo que hacen quienes valoran más el dinero que la religión) por la destrucción del pueblo en la fe significa que la gracia de la resurrección de la Iglesia le resucitará. De donde también ella dice en los Cantares: Si despertáis y resucitáis el amor (Cant. II, 7); cuando buscaba a Cristo entre las jóvenes, porque Cristo es amor.

33. Pero lo que dice: Les retribuiré; entendemos esto, que con los progresos de la Iglesia floreciente serán atormentados: y entonces conocerán cuál es el castigo de la perfidia; cuando adviertan cuál es el esplendor de la fe, y de la gracia. O porque el Señor es bueno, quien podía decir: Me retribuían mal por bien (Sal. XXXIV, 12). Y la palabra retribución es intermedia, ya sea en bien, ya sea en mal: dice que retribuirá en bien: porque aunque la ceguera en Israel sucederá en parte, sin embargo, cuando la plenitud de los gentiles haya entrado, entonces todo Israel será salvado por la misericordia de Cristo.

34. (Vers. 12.) Y añadió: En esto conocí que me has querido; porque no se alegrará mi enemigo sobre mí. Antes habló de su pasión como hombre: ahora ya revela su majestad, que

solo sin pecado, solo a quien el pecador no pudo montar, solo a quien el Padre amó como a su único Hijo. ¿Por qué razón, pues, el enemigo no se alegró sobre él? Porque aunque aceptó la muerte por nosotros, resucitó sin embargo; y él mismo insultó al enemigo, cuya victoria destruyó, y quebró el aguijón de la muerte. Y nosotros, aunque en el mundo estemos tristes, y en nuestro dolor y contrición de corazón y alma nuestra se alegre el enemigo; sin embargo, resucitando destruimos su gozo. De donde también Miqueas dijo: No te alegres sobre mí, enemiga mía, porque he caído; pero me levantaré (Miqueas VII, 8). La resurrección es, por tanto, porque se desatan todas las cadenas del enemigo, se abole todo triunfo.

35. (Vers. 13, 14.) Sigue: Por mi inocencia, sin embargo, me has recibido: y me has confirmado en tu presencia para siempre. Bendito sea el Señor Dios de Israel desde el siglo y hasta el siglo: sea, sea. Inocente no daña a nadie, no peca contra nadie. Por eso sin pecado, sin engaño Cristo es señalado por la autoridad de la Escritura divina. Esto, por tanto, también se declara aquí, donde dice: Por mi inocencia, sin embargo, me has recibido. ¿Qué recepción se significa? Pues también leemos en otro lugar: Me has recibido desde el vientre de mi madre (Sal. CXXXVIII, 13). Por tanto, porque desde toda concreción de generación humana nació puro, quien nació del Espíritu y de la Virgen; por eso el Padre lo recibió, porque su origen no fue oscurecido por ninguna concreción habitual de generación corporal. Lo recibió resucitando; porque ninguna ofensa de caída lo salpicó. Inmaculado regresó al Padre, de quien inmaculado salió; cuando descendió a la tierra. De donde le dice el Padre: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Sal. II, 7); esto es, reconozco en ti el privilegio de mi generación, a quien ninguna mancha de pecado pudo contaminar. Entre pecadores te has movido, has asumido los pecados de todos, te has hecho pecado por todos, te has hecho maldición por todos; pero ningún uso de pecado pudo pasar a ti. Así entre pecadores te has movido, como si te movieras entre ángeles. Hiciste que la tierra fuera lo que es el cielo; para que también allí quitaras el pecado. Hoy te he engendrado, en quien me complazco. Has probado ser Hijo, quien has cumplido en todo la voluntad del Padre. Hoy te he engendrado, en quien reconozco la luz de la prole inmaculada. Ayer para mí y hoy tú mismo eres, y para siempre. No hay noche en ti, porque todo eres día. Bien confirmado en la presencia del Padre se dice para siempre; porque siempre está con el Padre: y verdaderamente en su presencia, cuya es el resplandor de la gloria, y la imagen de su sustancia. Pero así como el Padre se complace en el Hijo; así también el Hijo bendice al Padre. Pues el Padre honra al Hijo, y el Hijo honra al Padre.

36. Bendito, dice, el Señor Dios de Israel; esto es, del pueblo que ve a Dios, que también cree a su Señor y Dios: Desde el siglo y hasta el siglo: sea, sea. En hebreo se tiene: Amén, amén; como han asegurado, quienes han leído el libro escrito en letras hebreas. El griego en este lugar dijo γένοιτο, γένοιτο: que es: Sea, sea. Esta palabra tiene diversos significados, para que sea a veces de quien manda, a veces de quien ruega, a veces de quien confirma algo: es de quien manda, cuando el superior establece al inferior qué debe hacer, o seguir: es de quien ruega, como aquello: Hágase tu voluntad (Mat. VI, 10); pues nadie manda a Dios, sino que derrama una súplica: es de quien confirma, cuando bendice el profeta, o el sacerdote, o algún santo; y el pueblo responde: Sea, sea. Aquí, por tanto, más me parece una confirmación de la bendición, que una oración, o súplica: especialmente porque se ha hecho la repetición de la misma palabra. Y parece que el discurso hebreo ha sido cambiado; pero se ha expresado el mismo sentido. Pues así como cuando el sacerdote bendice, el pueblo responde, amén, confirmando la bendición para sí, que el sacerdote pide al Señor para el pueblo; así en el salmo se ha respondido: Sea, sea; como: Amén, amén. Amén, sin embargo, se muestra claramente como palabra de confirmación en el Evangelio, donde el Señor confirmando su discurso dice: Amén os digo (Mat. XIX, 23). Pero hay más fuerza, donde se ha repetido el

discurso; lo que encontramos más frecuentemente en el libro del Evangelio según Juan; porque él principalmente habló de los misterios celestiales y profundos; como está escrito: Amén, amén te digo; si no renace alguien del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (Juan III, 5). Y en otro lugar: Amén, amén os digo; si algo pidierais al Padre en mi nombre, os lo dará (Juan XVI, 23). Bastan dos ejemplos; los demás si alguien los busca, los encontrará.

37. También es un indicio del libro terminado: Fiat, fiat. Pues parece que el salterio está dividido en cinco libros. El primer libro termina con este salmo, es decir, el cuadragésimo. Y bellamente hasta la pasión del Salvador está comprendido el cuadragésimo salmo, que daría fin al libro, ya que la pasión del Señor es el fin de la cuaresma: para que el segundo libro comenzara con los misterios de la renovación, el cual, como cuaresma, abarca sacramentos más perfectos. Pues también preanuncia los sacramentos del bautismo, cuando dice: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas (Sal. XLI, 2): y el descanso de los santos que han llegado al tabernáculo celestial: y el descenso del Espíritu Santo, cuando se derramó la gracia espiritual en una cierta voz de las cataratas celestiales: porque con gran poder el Espíritu se movía, como leemos en los Hechos de los apóstoles (Hech. II, 2): y la entrada del hombre renovado al altar: y la ascensión del Salvador: y la santificación del propósito virginal. Este libro termina en el salmo setenta y uno, donde se anuncia con lenguaje profético el reino pacífico de Cristo difundido por todo el orbe, y la remisión de los pecados; 883 donde, después de haber precedido la bendición del Señor, añadió: Y se llenará toda la tierra de su majestad: Fiat, fiat (Sal. LXXI, 19). También el tercer libro termina con el salmo ochenta y ocho; y allí tiene: Bendito sea el Señor por siempre: Fiat, fiat (Sal. LXXXVIII, 53). El cuarto libro termina con el salmo ciento cinco, donde tiene: Bendito sea el Señor Dios de Israel desde siempre y para siempre; y dirá todo el pueblo: Fiat, fiat (Sal. CV, 48). El quinto libro es hasta el final; donde por esta palabra el Profeta dice: Todo espíritu alabe al Señor (Sal. CL, 6).

38. Pero quizás te preguntes de nuevo, cómo afirmo que son cinco libros, cuando es un solo Salterio. Pero también el Evangelio es uno, y no podemos negar que son cuatro libros. Sin embargo, que es un solo Evangelio, lo hemos indicado en otro lugar (Lib. I en Lucas, en el prólogo), si no me equivoco; y si se requiere de nuevo, fácilmente podemos enseñar, ya que el Salvador dijo: Amén os digo, dondequiera que se predique este Evangelio (Mat. XXVI, 13). Y el Apóstol: Me maravillo de que tan pronto os hayáis trasladado a otro Evangelio, que no es otro; sino que hay algunos que os perturban (Gál. I, 6 y 7). Y en otro lugar: Os hago saber, hermanos, el Evangelio (I Cor. XV, 1). Y en ninguna parte tienes de otro modo sobre este cuerpo de cuatro libros, sino que se significa el Evangelio. Finalmente, porque es un solo cuerpo también de los salmos, la Escritura dijo: En el salterio de diez cuerdas, con cántico en la cítara (Sal. XCI, 4). Pero de nuevo, porque son cinco libros, dijo en otro lugar: En los vasos de los salmos (Sal. LXX, 22).

36. Hermosamente, sin embargo, cinco libros y un solo Salterio; porque el hombre exterior es vivificado por cinco sentidos: y de nuevo, por cinco sentidos espirituales, aquel hombre nuestro escondido del corazón es consumado interiormente, que solo ante Dios se encuentra rico por el testimonio del apóstol Pedro (I Pet. III, 4). El que tiene, dice, oídos para oír, que oiga (Luc. VIII, 8). Tienes un solo sentido. Y así como hay quienes tienen ojos, y no ven; así hay quienes, sin ver con los ojos, se cree que ven más. Por eso también los profetas eran llamados videntes, incluso aquellos que no veían con los ojos. También es bueno aquel olor, del que el Apóstol dijo: Somos buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II, 15). Por eso también Job dice: Y el Espíritu divino, que está en mis narices (Job XXVII, 3). Así pues, el mismo

olor de Cristo, y del Espíritu Santo es para Dios; porque es un solo olor de la Trinidad. También hay un alimento interior, del que el Señor dijo: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que está en el cielo (Juan IV, 34). También hay un tacto interior, con el que aquella mujer en el Evangelio tocó a Cristo, que durante doce años fluía sangre, y no había recibido sanidad de los médicos; pero la recibió de Cristo. Es el tacto de la fe, con el que Cristo es tocado. Finalmente, los hombres no la veían; 884 pero Jesús la veía, y testificó haberla visto diciendo: Alguien me tocó; porque yo he conocido que ha salido poder de mí (Luc. VIII, 46). El conocimiento de Cristo es la concesión de la salud. Por lo tanto, puesto que es manifiesto que hay diez sentidos en el hombre; por eso David, que cantaba tanto exteriormente como interiormente; exteriormente con el cuerpo, interiormente con el corazón, dice en el salmo: En el salterio de diez cuerdas te cantaré (Sal. CXLIII, 9).

40. El Salterio, por lo tanto, es el hombre consumado en Cristo; en el cual, como en el arte de los que concuerdan las cuerdas, así resuenan las obras canoras de las virtudes de los que convienen, para que pueda decir: Te cantaré, Dios, en la cítara, santo de Israel: se alegrarán mis labios, cuando te cante; y mi alma, que redimiste (Sal. LXX, 24 y 25). Pablo dice de sí mismo: Fuera, luchas; dentro, temores (II Cor. VII, 5). Aquí se alegra tanto dentro como fuera: pero aquel aún en la lucha, este en la remisión; porque había conocido que había merecido la redención de su alma. Quien canta, está en alegría; quien lucha, en preocupación. Sin embargo, también Pablo sabía cantar: pero aún se reservaba para los procesos, cuando fuera más plenamente aprobado, para que cantara; y por eso dijo: Oraré con el espíritu, oraré también con la mente: cantaré con el espíritu, cantaré también con la mente (I Cor. XIV, 15).

41. Y porque mostró el doble oficio de cantar, también la Escritura enseñó que hay una doble voz, diciendo el Profeta: Con mi voz clamé al Señor, y mi voz a Dios, y me atendió (Sal. LXXVI, 2). ¿Qué es mi voz? Pues pudo haber dicho: Clamé al Señor. Pero, ¿cuál es nuestra voz; sino aquella que es mejor, que no sabe errar? Porque por el mucho hablar incurrimos en pecado, y no podemos evitarlo. Aquella voz del Profeta es la que llega a Dios, la que clamó al Señor mientras Moisés callaba: con la que también Ana clamaba en sus oraciones, cuando no movía los labios de su boca; y obtuvo el hijo, que antes no había obtenido durante mucho tiempo, cuando clamaba con la voz del cuerpo. De esta voz dijo el Señor: Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto: y tu Padre que ve en secreto, te recompensará (Mat. VI, 6). ¿Qué es recompensará? Esto es, lo que has suplicado, lo que has orado. Así como los pecadores reciben de la mano del Señor sus pecados dobles; así, por el contrario, los justos reciben con afecto sus propias peticiones. Escucha cómo reciben. Tu oración sube a Dios, y desciende a ti. Por eso también leemos en el salmo: Y mi oración se convertirá en mi seno (Sal. XXXIV, 13); para que, evidentemente, devuelva fruto al que pide. Bendito sea el Señor Dios de Israel, que nos ha revelado tantos misterios: desde siempre, y para siempre; es decir, de infinito en infinito: Fiat, fiat.

EN EL SALMO XLIII COMENTARIO.

885 1. (Vers. 1.) El título del salmo es: Al final, para los hijos de Coré, entendimiento. Donde se han recorrido los misterios de la pasión del Señor, y del bautismo, y de la entrada al altar sagrado, el santo profeta David enseña cómo Cristo ejercita a su atleta, cuyo nombre se mantiene en la lucha de los santos. Pues así como sin nuestro esfuerzo, no por obras, sino por fe, nos ha perdonado los pecados por su gracia, y nos ha admitido con indulgencia y bondad a la petición de la corona, y no nos ha hecho obstáculo los delitos anteriores, por los cuales seríamos juzgados indignos con tanto combate (pues se busca también en aquellos que se someten a esta lucha purificadora, también la disciplina de vida), así de nuevo, para que no nos relajemos con tan gran donación de pecados, y volvamos a los delitos anteriores o a la

desidia, este salmo nos advierte que se nos han propuesto muchas y graves luchas; para que nadie sea coronado, sino el que haya luchado legítimamente. Hay que luchar, por lo tanto, contra las seducciones de esta carne, y el ardor de la sangre: hay que luchar contra las maldades espirituales. Nadie es más grave que el adversario doméstico: nadie más nocivo que el enemigo al que le favorece el poder de la sustancia celestial. Cuando digo nadie, recuerda el divino sermón, en el que el Señor dijo: Porque entre los nacidos de mujer no hay mayor que Juan el Bautista (Mat. XI, 11). Pues el que nació de la Virgen, él es sobre todos. Y por eso no temamos a nadie, que tenemos a Cristo; porque si Cristo está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Luchamos, pues, hasta el final; para que, habiendo evacuado todas las cosas que militaban contra Jesús y la voluntad del Señor en nuestro cuerpo anterior, atentos a los ejercicios de la verdadera virtud, sirvamos solo a nuestro Dios y Señor. Este es el fin, como está escrito: Primicias Cristo... luego el fin, cuando entregue el reino a Dios y al Padre; cuando haya evacuado todo Principado y Potestad y Virtud... para que la muerte sea destruida como última (I Cor. XV, 23 y ss.), y comencemos a estar sujetos a Dios, guardando en nosotros el reino celestial, donde estaba antes la coluvie de los pecados.

2. Con razón, pues: Al final, para los hijos de Coré, entendimiento, se inscribe el salmo; para que en su conocimiento no opere un oído vulgar, sino un entendimiento espiritual. Finalmente, Aquila puso el salmo de la disciplina. Y por eso la Escritura te dice: Da tu corazón a la disciplina; y tus oídos prepáralos para las palabras del entendimiento (Prov. XXIII, 12). Y en otro lugar: Ama la sabiduría y la disciplina (Prov. I, 3). La sabiduría es la que brota de los sentidos: la disciplina es una forma de virtudes unida a la naturaleza por hábito, y una sentencia de la mente confirmada por las disciplinas del conocimiento. También la Escritura nos ha enseñado a entender el discurso oscuro y la prudencia de las palabras y los enigmas de los Proverbios (Prov. I, 6), por cuya autoridad recogemos que estas son las virtudes principales de la prudencia; ya que la sabiduría siempre como madre fecunda da a luz, la disciplina como maestra más severa corrige, el entendimiento como buscador diligente encuentra, y examina la verdadera justicia y juicio.

3. Enseñemos esto con testimonios de la sagrada lectura. La sabiduría dice: Yo como fuente del paraíso, dije: Regaré mi jardín... y aún derramaré doctrina como profecía (Eclo. XXIV, 41, 42 y 46). Pues infunde sus generaciones a la mente del hombre, es decir, buenos sentidos, como madre piadosa. Recibe también testimonios de la disciplina: Hijo, no desprecies la disciplina de Dios, ni te desanimes cuando seas corregido por él (Prov. III, 11 y 12); porque a quien ama Dios, corrige. La disciplina es severa al corregir, pero dulce al corregir; para que no fluyamos y vaguemos errantes, sino que seamos recibidos por Cristo. Pues la disciplina no examinada vaga, como está escrito. Pero aquí puso la disciplina para la conservación. Sin embargo, así como la sabiduría, también la disciplina, tanto perfecta como imperfecta, se llama con el mismo nombre: pero donde se nombran sin adición, ya sea disciplina o sabiduría, reciben la definición de perfección. Por lo tanto, la disciplina no examinada flota, pero la examinada no flota. También la misma Escritura define sobre el entendimiento, porque el buen entendimiento es para todos los que lo hacen (Sal. CX, 10): pero el entendimiento, teniendo en sí tanto la gracia de la sabiduría como el orden de la disciplina; ciertamente se nos enseña que tanto la sabiduría como la disciplina son buenas para aquellos que ejecutan sus institutos con sus ministerios. Habiendo hablado del título, abordemos el salmo.

4. (Vers. 2.) Dios, con nuestros oídos hemos oído; así Symmachus: Theodotion, en nuestros oídos dijo; como también los setenta varones. ¿Qué significa que dice, con nuestros oídos? Que si no fuera suficiente, hemos oído, ciertamente si esto hubiera sido suficiente: Con oídos hemos oído, era completo. Entonces, cuando se añadió, nuestros, ¿qué significa esto; sino que

entiendas que son nuestros aquellos que son de la mente; y que son mejores que los de este cuerpo? Y por eso, como de otro, dice este mismo Profeta: No temeré lo que me haga la carne (Sal. LV, 5). Y en otro lugar: Con mi voz clamé al Señor, y mi voz a Dios, y me atendió (Sal. LXXVI, 2). Aquella es mi voz, la que es escuchada por Cristo, no la que resuena en público. No quiere, por lo tanto, que sea suyo lo que es corruptible y terrenal, quien recuerda que fue creado a imagen y semejanza de Dios. Finalmente, la Escritura nos enseña que primero el hombre fue formado a imagen de Dios (Gen. I, 27), y después hecho de barro (Gen. II, 7). Como superior, pues (superior porque es más antiguo) y gobernador y rector de este cuerpo, el vigor del alma dice: Con nuestros oídos hemos oído. ¿Quién es este, sino aquel a quien se dice: El que tiene oídos para oír, que oiga (Luc. VIII, 8)? Porque hay quienes tienen oídos, y no pueden oír los misterios, de los que dice Jesús en la revelación de Juan: Fuera los perros y los hechiceros y los impúdicos (Apoc. XXII, 15); a quienes la codicia de los vicios, y el óxido del dinero les obstruye el oído para oír. Consideremos, por lo tanto, qué dicen haber oído, o de quiénes recuerdan haber oído.

5. Y nuestros padres, dice, nos lo anunciaron. ¿Quiénes son estos nuestros padres? El título dice que el salmo fue escrito para los hijos de Coré; para que lo canten aquellos que habían recibido el oficio de cantar, y habían sido destinados a tal función. Pero Coré, Datán y Abirón, junto con otros que se levantaron contra Moisés y Aarón con un espíritu contumaz, fueron tragados y muertos por la tierra en el desierto. Con ellos muertos, ¿qué otros padres pudieron anunciar a sus hijos las obras maravillosas del Señor? Pues en un alma maliciosa no entra la sabiduría. Si, por lo tanto, sus propios padres no anunciaron a sus hijos, mucho menos los ajenos, que declinaron la descendencia de los infieles. ¿Quiénes son, entonces, estos padres? Mira si no son aquellos de quienes se dijo: Pregunta a tu padre, él te lo dirá (Deut. XXXII, 7). Pregunta cuando lees a Pablo: o si no lees, y algo te mueve, búscalo en él. Pues él es el buen padre, que puede enseñar y formar en nosotros al Señor Jesús; como él mismo testificó diciendo: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). Te muestra estos padres el evangelista Juan, quien dice: Os escribo, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio (I Juan II, 13). Estos son los padres, cuya vejez es vida inmaculada. Por eso, en la asamblea de los ancianos pon tu dedo en tu boca; para que escuches lo que te aproveche, y conozcas los sacramentos de la vida eterna: no interrumpas insolente aprendiz a los doctores; y quien aún debe aprender, no presuma enseñar. ¿Qué, pues, dicen haber anunciado estos padres a los hijos de Coré?

6. La obra, dice, que operaste en los días antiguos. ¿Cuáles son estos días en los que Dios ha obrado grandes y maravillosas cosas, busquemos. Y la Escritura nos enseña que hay algunos días ilustres en los que han resplandecido las obras divinas; cuando se ha leído que el sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que venga el día del Señor grande e ilustre. Y será que todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo (Joel II, 31 y 32). Pues en ese día Cristo resucitó para los hombres, y por eso se dijo especialmente de él: Este es el día que hizo el Señor: regocijémonos y alegrémonos en él (Sal. CXVII, 24). Pues aunque todos los días los hizo Dios, a este día, sin embargo, se le ha otorgado la prerrogativa de la obra divina sobre los demás, en el que todo pecado fue quitado. Pero otros días son de pecados. Este, pues, es el día que iluminó aquel sol de justicia. Pues también tiene sus ortos y ocasos. Por eso está escrito: En sus días se levantará la justicia (Sal. LXXI, 7). Son, por lo tanto, días de Cristo en los que se levantó la justicia: son días de Cristo en los que se levantó la abundancia de paz: son días de Cristo en los que se levantó la sabiduría. Escucha cómo se levanta la sabiduría: Si alguno se cree sabio entre vosotros en este siglo, hágase necio, para que sea sabio (I Cor. III, 18). Y por eso dice la Sabiduría, que eligió lo necio de este mundo:

El Señor me creó principio de sus caminos en sus obras (Prov. VIII, 22). Pues así como en los días de Uzías rey, y en los días de Nabucodonosor se levantó la perfidia, dominó la cautividad; así en los días del Señor Jesús se levantó la fe, que difunde el esplendor de su claridad y luz por todo el orbe. Pues, ¿qué días mejores que aquellos en los que resplandeció para nosotros la visión de Dios; como dijo Jacob? Pues así está escrito: Vi a Dios cara a cara; y mi alma fue salvada. Y enseguida se levantó para él el sol (Gen. XXXII, 30 y 31). ¿Quién es este sol, sino el que hizo brillar los días de justicia, en los que en la tierra nació Cristo de la Virgen? En figura vio Jacob, y dijo haber visto a Dios: en verdad vieron los judíos, y no creyeron. Por eso a ellos se les acortaron los días, a nosotros se nos iluminaron; porque a ellos se les acababa el día, a nosotros se nos acercaba. Por eso, huyendo de la ceguera judía, dice el santo David: No me llesves en la mitad de mis días (Sal. CI, 25). Pues así el día del Señor es grande e ilustre, ciertamente no por la longitud del tiempo, sino por la claridad de la justicia o de la gracia. Por lo tanto, hay días a medias, en los que se acortan los días por la oscuridad de la impiedad, y la suciedad de la perfidia, en los que el sol se pone sobre los profetas (Miq. III, 6), como está escrito. Pues así como a los justos les nace el sol de justicia; así se pone para los infieles.

7. Pero surge aquello que dice el Señor: Por causa de los elegidos se acortarán los días (Mateo XXIV, 22). Y parece contradictorio, a menos que prestes atención diligente y repases lo anterior; pues el Señor dice: Entonces si alguien os dijere: He aquí el Cristo, o allí, no lo creáis. Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios; de tal manera que, si fuera posible, engañarán aun a los elegidos (Ibid., 23 y 24). Y por eso, para que no sean engañados los elegidos, el Señor advierte qué se debe seguir; para que no seamos atrapados por el discurso de los falsos profetas, ni nos engañen sus hechos prodigiosos: sino que entonces creamos que Cristo ha de venir, cuando los días llenos de justicia comiencen a resplandecer. Porque Cristo será revelado con la plena luz de su majestad; y así como el relámpago sale del oriente y su luz se extiende hasta el occidente: así también el Hijo del hombre, viniendo con sus ángeles, iluminará este mundo; para que todo hombre crea y toda carne sea salva. No creamos, pues, al Anticristo, de quien dirán los falsos profetas: Este es el Cristo; porque los días de perfidia serán los días del Anticristo. No creamos a quienes digan: Cristo en el desierto, Cristo en los aposentos; pues ya todo estará lleno de Cristo, cuando Cristo comience a acercarse. Pero cuando veamos los hechos que Cristo predijo en su Evangelio, entonces creamos en su advenimiento; para que, mientras buscamos la verdadera luz, no caigamos en las tinieblas de la infidelidad.

8. Por tanto, hay que evitar los signos de perfidia, por los cuales los días se acortan y disminuyen. Porque el sol se oscurecerá, las estrellas caerán, es decir, los justos de Dios; pues hay quienes brillan como estrellas en el cielo. Cuando veas esto, cree que Cristo aún tarda; porque donde está Cristo, allí la fe es más clara: donde está el Anticristo, allí los días son medios; de los cuales ciertamente no se quejaría el profeta David, si se refiriera a la brevedad del tiempo; cuando él mismo dijo en otro lugar: ¡Ay de mí, porque mi peregrinación se ha prolongado! (Salmo CXIX, 5). Pues, ¿cómo lamentaría él el retraso de la morada celestial, o la prolongación de esta terrenal, quien antes había pedido no ser llevado a la mitad de sus días; cuando la brevedad de los días parecería traer la ventaja de un curso acelerado? De donde se deduce también aquello que dice: Honra a tu padre y a tu madre, para que seas longevo sobre la tierra (Éxodo XX, 12); cómo debemos entenderlo. Pues muchos que honran, a menudo son arrebatados rápidamente, para morir en edad inmadura; y muchos que menos respetan a sus padres, disfrutan de las recompensas de una larga vejez; y a menos que entendamos esa longevidad como la vida eterna, la Escritura se encuentra desprovista del apoyo de la verdad. De donde el griego lo expresó más claramente: Para que seas de muchos

días; esto es, πολυήμερος. Pues quien guarda con diligencia los cultos piadosos, ajeno a las tinieblas de la noche, vive en la luz de los días. Y por eso quien lee el Deuteronomio: Leerá, dice, todos los días de su vida (Deut. XVII, 19); no ciertamente de noche, sino de día; porque el día brilla para quien lee los misterios de la verdad y los oráculos de la divina piedad. Consideremos lo que sigue.

9. (Vers. 3.) Tu mano destruyó naciones y los plantaste: afligiste pueblos y los expulsaste. Sabemos ciertamente que el Señor arrancó y destruyó muchas naciones; para que el pueblo de los judíos encontrara posesión, de cuyas tierras el Señor declaró que las daría a la descendencia de Abraham: pero como este salmo anuncia el Evangelio del Señor y los tiempos de su advenimiento, no me parece que se refiera a lo que anteriormente hicieron los judíos, sino a lo que está por venir: cómo el pueblo de las naciones habría de creer. Confirma, pues, la fe de la Iglesia, antes de anunciarla, y enumera las victorias de su piedad: que no expulsó a las naciones feroces con su brazo, ni con su espada, ni ahuyentó a las tropas hostiles con lucha bélica; sino que con mansedumbre y fe poseyó las tierras de los enemigos sin derramamiento de sangre; pues solo la fe luchó. Y por eso mereció triunfos, que no serían revocados por la perfidia, sino aumentados; porque la Iglesia del Señor no es vencida por sus persecuciones, sino probada. ¿Cuáles son, pues, esas naciones que la Iglesia ha vencido, reconozcámoslas. Digo nombres antiguos, pero misterios nuevos. Son los cananeos, heteos, amorreos, ferezeos, o cereteos, cuyos nombres detallaremos más adelante. Estos son nombres de pueblos; pero también debilidades de pasiones, y estímulos humanos y oprobios de pecados. Lo primero, pues, es que el hombre en Cristo se dominó a sí mismo, y se venció a sí mismo; para vivir para sí. Vive para sí, quien vive para Dios; para vivir la vida eterna de Cristo. No luchó, pues, el pueblo de la Iglesia con armas militares y lanzas de hierro; como luchó el pueblo de los judíos. Aquel luchó en figura, nosotros luchamos en espíritu: aquel luchó contra extranjeros, nosotros tenemos la guerra en nosotros mismos; y por eso primero debemos vencer las pasiones de nuestro propio cuerpo.

10. Escucha al apóstol Pablo luchando contra la nación de los cananeos: Veo, dice, una ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado (Rom. VII, 23). Ahora nuestra carne se levanta, ahora se abate. Se levanta contra la mente, se abate ante el poder: y donde se ve presionada, abandona la constancia, y se lleva sometida a la ley del pecado; para que abandone la fe, sucumba a la perfidia; y, despojada de la verdad bajo el dominio de la debilidad heteana, ceda a la mentira, sirva al crimen, se someta al error; y hable como amorreo, amargo en lugar de dulce. Porque la fe es dulce, la perfidia es amarga. De donde Pedro expresó claramente qué es la fe, diciendo: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos (Juan VI, 69 y 70); ¿cómo, pues, mandas que nos apartemos de ti? Capturado por la dulzura celestial de las palabras, no quería apartarse de Cristo. Pero quien niega a Cristo, se separa o es separado de Cristo. Pero ni la astuta disputa de los amorreos, que a través de la filosofía desvía a algunos de la verdad: ni la vil abyección de los jebuseos, que se somete y se postra ante el curso secular, que no puede ser perpetuo; sino que se agota en las puertas de la muerte, de las cuales se regocija el profeta David al ser exaltado (Salmo IX, 15): ni el cineo, que es poseído por su dinero; como el avaro con insaciable afecto: ni el cenezeo, que cree que en las riquezas está la posesión perpetua, y establece una vana esperanza en lo caduco, y se jacta con vana opinión: ni el refaíta, que profesa llevar medicina a otros, cuando no puede curar sus propias heridas; y por eso, si alguien acude a un médico de este tipo, es necesario que primero consuma todo su patrimonio, antes de recibir el beneficio de la salud; como aquella mujer en el Evangelio (Lucas VIII, 43 y 44) que durante doce años no pudo detener el flujo de sangre de las voluptuosidades corporales, sino hasta que acudió a Cristo. Comprendió que nadie es

médico perfecto; sino aquel que descendió del cielo, de quien había oído decir: Envió su palabra, y los sanó (Salmo CVI, 20); y advirtió que de él se dijo: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca, y te he constituido hoy sobre naciones y reinos, para arrancar, y destruir, y perder, y edificar, y plantar (Jeremías I, 9 y 10). Pues aunque Dios habló frecuentemente en los profetas; ¿en quién habló más claramente que en su propio Hijo, quien expresando todo el poder del Padre dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió (Juan VII, 16)? No, pues, Jeremías, quien en tiempo de cautiverio sufrió el exilio; sino el Señor Jesús, con sus palabras, arrancó de los corazones los vicios de los gentiles, destruyó la perfidia de las naciones y los perversos comentarios de las astutas reflexiones, y abolió todas las huellas de iniquidad. Luego infundió después la fe y la disciplina de la continencia; para que, como en un vaso corrupto, no se agriaran los sacramentos de las virtudes por la confusión de los vicios.

11. De donde el Apóstol te dice bellamente: Pero reinó la muerte desde Adán hasta Moisés (Rom. V, 1). ¿Qué es Moisés, sino la Ley; ya que él es el intérprete de la Ley: pero el fin de la Ley es Cristo Jesús? Reinó, pues, el pecado en este mundo, y en el pecado la muerte cruel, y una cierta pena intolerable del pecado. Moisés nos enseñó a levantar las manos al Señor, instituyendo la disciplina del culto piadoso. Nos enseñó cómo vencer a Amalec, el astuto; para que eleváramos nuestras costumbres y obras a Cristo, así se podría destruir la perfidia: pero si abatiéramos el alma, inclináramos el afecto, y apartáramos el ingenio del estudio de la continencia, para que la vana persuasión nos venciera; no habría remedio, a menos que Jesús levantara los brazos ya caídos de Moisés, como si sostuviera la debilidad de la Ley, y los sostuviera con su misericordia. Pero aún habría sido débil la ayuda de la Ley; si Jesús mismo no hubiera venido a la tierra, quien asumiera en sí nuestras debilidades, a quien solo nuestros pecados no podrían pesar, ni inclinar sus manos: quien se inclinó hasta la muerte, y muerte de cruz, en la cual extendiendo sus manos, levantó a todo el mundo que estaba por perecer: levantó a los caídos, y atrajo hacia sí la fe de todas las naciones, diciendo al hombre: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas XXIII, 43). Esto es, pues, destruir y plantar; para que lo vicioso sea arrancado, y lo mejor sea plantado en los corazones de cada uno. De lo cual Moisés dijo bellamente en el cántico del Éxodo: Introduciéndolos, los plantarás en el monte de tu heredad, en el lugar preparado para tu morada (Éxodo XV, 17); pidiendo que el Señor introdujera a su pueblo en esos plantíos de virtud excelsa y sabiduría, y allí fueran plantados en sus obras, y fueran instruidos en las disciplinas de los preceptos celestiales, y en él preparara para sí una morada de su santificación: lo cual ciertamente no por derecho hereditario, ni por la contemplación de nuestros méritos; sino que el Señor se digna conferir por su gracia. Pues, ¿cómo podríamos regresar allí donde no pudimos permanecer; si no fuera por el privilegio de la redención eterna?

12. (Vers. 4.) Y por eso el Profeta dijo bellamente: Porque no con su espada poseyeron la tierra, ni su brazo los libró: sino tu diestra, y tu brazo, y la iluminación de tu rostro; porque te complaciste en ellos. ¿Qué tierra es, pues, la que no se conquista con el brazo, ni se posee con la espada; sino la tierra de la promesa, de la cual el mismo Profeta dijo: Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Salmo XXVI, 13)? No en vano, pues, es tan ilustre su posesión, en la cual no dominan las adversidades del mundo, sino que los bienes eternos del Señor fructifican. Por eso no se adquiere con la espada, sino que se posee con mansedumbre, como el Señor Jesús testificó diciendo: Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra (Mateo V, 4). Nadie, pues, impaciente, nadie arrogante o soberbio; sino manso y humilde de corazón: que no se atribuya nada a sí mismo; sino que todo lo refiera a la gracia: que no se gloríe en su fortaleza, sino que crea que es protegido por la diestra de Dios diciendo: La diestra del Señor ha hecho proezas, la diestra del Señor me ha exaltado (Salmo

CXVII, 16). También recuerde que ha sido salvado por la espada de Dios, iluminado también por el rostro del Dios omnipotente en todos los cuales Cristo es protector, diestra, defensor, y espada. De donde también Simeón dijo a María: Y a ti misma una espada te atravesará el alma (Lucas II, 35). Porque la espada de Dios es la palabra, que más aguda que toda espada penetra hasta las divisiones del alma y las reflexiones; para que nada de su conocimiento pase oculto. También el rostro del Padre es el esplendor de Cristo; y por eso dice: Quien me ve, ve también al Padre (Juan XIV, 9); como el esplendor de su gloria, y la imagen de su sustancia. A él, pues, todo debe ser justamente referido. A él Moisés, a él Aarón, a él también los Padres consagraban todo lo que hacían; para que triunfaran sobre los enemigos. Pues no en su confianza dijo Josué: Detente, sol, sobre Gabaón (Josué X, 12); sino porque confiaba en Cristo, a quien reconoció como jefe del ejército celestial, y adoró humildemente: y por eso mereció erradicar a las naciones feroces, e introducir al pueblo de los Padres en la tierra de la promesa; porque no atribuía nada a sus obras, creyendo que las obras de los hombres son indignas de tan grande recompensa de gloria celestial: que el Señor ha decidido conferir a los que creen en él más por su misericordia, que por la contemplación de nuestras obras. De donde también Abraham creyó diligentemente en Dios; para encontrar en él la gracia de la justificación, que colocara como recompensa de su obra; pues los dones del dador son más abundantes que la recompensa del trabajador. Por eso también a aquel que envidiaba la igualdad de la recompensa, el Señor respondió: Si yo soy bueno; ¿por qué es malo tu ojo? (Mateo XX, 15). Nuestros padres, pues, como cercanos y herederos de los patriarcas, plantados en la tierra de la promesa, no reivindicaban esto por sus méritos. Por eso tampoco Moisés los introdujo, para que no se considere que esto es de la Ley, sino de la gracia; pues la Ley examina los méritos, la gracia mira la fe. De donde el Apóstol, siguiendo la fe de los padres, dijo bellamente: Pero ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios que da el crecimiento (I Cor. III, 7). Pues no Josué que los introdujo, ni quien los plantó; sino Dios que dio el crecimiento al pueblo, tiene el principado de la gloria.

13. No te perturbe que anteriormente dijo: Tu mano destruyó naciones y los plantaste (Salmo XLIII, 3). De aquí deduces que no todo el que planta, o el que riega, da el crecimiento: sino que quien puede dar el crecimiento, puede él mismo plantar; como se dice que el Señor plantó naciones. Pues él plantó, quien otorgó el efecto a la plantación; en aquellos, sin embargo, que por la fe en Cristo merecieron agradar al Señor, a quien solo el Padre dice: Tú eres mi Hijo: en ti me he complacido (Marcos I, 11). Quienes, pues, son partícipes de Cristo, de él obtienen la gracia de agradar. Y bellamente dice: Te complaciste en ellos; para que se vea que la diferencia se ha mantenido justamente. Pues Dios se complace en el Hijo; porque es igual al Padre, y no se encuentra en él decoloración alguna, porque agrada justamente por la naturaleza divina, y la unidad de sustancia. Y justamente el Padre se complace en el Hijo; porque el Padre es honrado en el Hijo, como en el Padre el Hijo. En nosotros, sin embargo, Dios se complació; porque él mismo nos otorgó, para que pudiéramos agradecerle. Y piadosamente también esto ha sido enseñado por la Escritura como dado especialmente al hombre, no usurpado con arrogancia. Conviene, pues, que en aquellos en quienes complació a Dios, a quienes hizo a su semejanza, y a quienes quiso que por su imagen tuvieran la prerrogativa de la gracia celestial. En su imagen, pues, Dios se complace: en aquellos, sin embargo, que son según su imagen, Dios se complace. En estos, sin embargo, su don y su regalo; que se revelará cuando venga lo perfecto; porque cuando se manifieste lo que somos, seremos semejantes a él como está escrito (I Juan III, 2).

14. (Vers. 5.) Por tanto, quien no presume en su brazo, es decir, en su operación, sino en la gracia de Dios; creyendo que no sus obras justifican a cada uno, sino la fe pronta, dice al Señor: Tú eres mi Rey, y mi Dios, que mandas las salvaciones de Jacob. No es un discurso

superficial, para que digas: Tú eres mi Rey. No cualquiera que dice esto, sino en quien está el reino de Dios: en quien, sin embargo, reina Dios, ciertamente en él no reinan los pecados; pues no es reino de Dios común con el crimen. ¿Quién, sin embargo, dice su Dios, sino quien le muestra pleno afecto de reverencia y piedad? Pues al justo se le dice: Yo soy tu Dios. Finalmente, también Tomás, cuando tocó con su propia mano el costado de Cristo, y encontró evidentes indicios de la resurrección indudable, respondió: Señor mío, y Dios mío (Juan XX, 28). Señor, porque redimió a sus siervos: Dios, porque no solo resucitó, sino que también se levantó a sí mismo. Mandó, sin embargo, las salvaciones de Jacob; porque en cada uno de los oráculos hay salvación: en cada una de las moradas también hay salvación: salvación en los ministerios de los ángeles, que son asignados para la protección de los hombres. Por mandato, pues, de Dios, la salvación es conferida al hombre, no por su operación. Pues Dios prefirió que la salvación del hombre se buscara más por la fe, que por las obras; para que nadie se gloriara en sus hechos, y cayera en pecado. Pero quien se gloria en el Señor, adquiere el fruto de la piedad, y evita el crimen de la jactancia.

15. (Vers. 6.) Este es, por tanto, quien puede decir: En ti ventilaremos el cuerno contra nuestros enemigos. ¿Qué significa ventilar el cuerno? El Señor ha dado cuernos a muchos animales para que puedan defenderse del ataque de las fieras. Por eso, el buey frecuentemente resiste al león, atropella al oso; el ciervo, aunque es tímido, también se defiende con sus cuernos; el carnero embiste al lobo. Así, los animales que tienen cuernos se dice que ventilan. Pero el hombre no tiene cuernos. ¿Cómo, entonces, ventila? ¿De dónde? Observa lo que dice la Escritura: En ti, dice, ventilaremos el cuerno contra nuestros enemigos. Tú eres nuestro cuerno, Señor Jesús; y por eso, así como no confiamos en nuestro brazo, tampoco tenemos protección en nuestros cuernos para ventilar, sino en Cristo. La fe tiene sus cuernos, que toma prestados de Cristo. No en vano leemos en las bendiciones de Moisés: El que fue visto en la zarza, venga sobre la cabeza de José, y sobre su vértice, glorificado entre sus hermanos primogénito: la gloria del toro es su aspecto, los cuernos del unicornio son sus cuernos: con ellos ventilará a las naciones hasta los confines de la tierra. Estos son los diez mil de Efraín, y estos los mil de Manasés (Deut. XXXIII, 16 y 17). ¿Quién fue visto en la zarza por Moisés, sino el primogénito Hijo de Dios, quien dijo: Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob (Éxodo III, 6)? Se mostró a los ojos humanos porque vendría para ser visto por todos. Por eso la zarza ardía y no se consumía; porque disponía quemar esta tierra que nos producía espinas y abrojos mediante la disciplina de la continencia, no consumirla por la aflicción de la muerte. Por eso dice el Profeta: Quema mis riñones y mi corazón (Salmo XXV, 2). Reveló, por tanto, un indicio futuro de esplendor corporal, por el cual esta carne resplandecería en la resurrección. ¿Qué significaba el fuego inofensivo, sino la luz de los resucitados? De ahí que el Apóstol se atreviera a decir que así como una estrella difiere de otra en claridad, así también la resurrección de los muertos (I Cor. XV, 41 y 42). Por eso, dice, venga sobre la cabeza de la tribu de José; para exaltar la cabeza de su pueblo: venga también sobre el vértice; para recorrer el vértice del cabello, amputando los excesos de los delitos, santificando los ornamentos de las virtudes.

16. Este es glorificado entre sus hermanos; como él mismo dice: Anunciaré tu nombre a mis hermanos (Salmo XXI, 23). ¿Qué mayor gloria hay que infundir en los corazones de las naciones el conocimiento de la divinidad? A quien José vio en visión, que su gavilla sería adorada por las gavillas de sus hermanos, y que el sol y la luna con las estrellas lo adorarían. Aquella gavilla se toma en figura de la carne; pues toda carne es heno. Este heno nuestro lo asumió; para que germinara su trigo y trajera el fruto de la resurrección. ¿Buscas testimonio? Escucha lo que dice de sí mismo: Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Juan XII, 21). Finalmente, para que sepas que Moisés habla

del Hijo de Dios, dice: Glorificado entre sus hermanos primogénito (Deut. XXXIII, 17). Ciertamente, José no era el primogénito entre los hijos de Jacob, sino Rubén; pues José era después de muchos. Pero se le llama primogénito, quien habría de venir para congregar a los pueblos de las naciones.

17. Por eso, la Escritura dice bellamente: La gloria del toro es suya (Ibid.). Así como el toro guía al rebaño, así Cristo condujo al pueblo de las naciones a la Iglesia, lo llevó a los pastos; para que pudiera decir: En lugar de pastos allí me colocó: sobre agua de refrigerio me estableció (Salmo XXII, 2 y 3). La belleza de este toro fue seguida por los rebaños según la capacidad de nuestra fragilidad, para que pudieran alcanzar la vida eterna. Este toro mugió, y la muerte huyó. El león ruge, ¿y quién no teme? Verdaderamente, el toro es la mayor víctima; para que tomemos testimonio de los adversarios (Virg. lib. II Georg.). ¿Qué mayor víctima hay que la que limpió el pecado de todo el mundo con su sangre? Escucha que el santo profeta Jacob también llama a este toro; cuando revelaba la pasión del Señor, a quien los judíos después persiguieron. En su furor, dice, debilitaron al toro (Gén. XLIX, 6). Y para aclarar que hablaba de los judíos, añadió: Los dividiré en Jacob, y los dispersaré en Israel (Ibid., 7). Este es el hombre que luchó con Jacob, y tocó su muslo, con cuyo toque el nervio del Patriarca se entumeció: significando que de su descendencia según la carne vendría él, quien sería debilitado por el pueblo de los judíos en la pasión de su cuerpo. No entendiendo este misterio, decidieron que los hijos de Israel no comieran el nervio. Y por eso se privaron de la redención de la sangre sagrada, y se apartaron de los beneficios de la pasión salvadora, para no merecer la vida eterna; porque está escrito: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tendrá vida eterna (Juan VI, 54 y 55). Toma otro ejemplo. ¿Qué es el nervio, sino lo que mantiene unido todo el cuerpo? El cuerpo de Cristo es la Iglesia, que se une con el vínculo de la caridad. ¿Qué otra cosa hicieron los judíos en Cristo, sino romper todo vínculo de caridad? Con razón Pedro es elegido sacerdote; quien se ató con el espíritu de la caridad divina.

17. Toma aún más porque Moisés lo significó. Añadió: Los cuernos del unicornio, sus cuernos: con ellos ventilará a las naciones (Deut. XXXIII, 17). Pero no temas porque ventila; pues dijo: Heriré y sanaré (Deut. XXXII, 39). Buenos cuernos, con los que abarcó el orbe de la tierra: buenos cuernos, con los que ventiló a aquel león nuestro adversario: buenos cuernos, con los que hizo que no temamos los cuernos del adversario; porque también Satanás tiene sus cuernos, como testificó Daniel diciendo: Veía yo aquel cuerno que hacía guerra contra los santos: y prevalecía contra ellos, hasta que vino el Anciano de días (Dan. VII, 21 y 22). Este es el Anciano de días. ¿Y quién es el unicornio, sino el unigénito Hijo de Dios, y el único Verbo de Dios, que estaba en el principio con el Padre? Este Verbo con sus cuernos mató y vivificó a los pueblos de las naciones; para que se convirtieran en diez mil de Efraín hasta los confines de la tierra, y hasta mil de Manasés: porque el pueblo de las naciones habría de creer en él, llenando todo el orbe de la tierra, y después también el pueblo de los judíos habría de creer, convertido del olvido a la gracia. Olvidó su salvación, quien tan tarde se convertiría a Cristo. Por eso Saúl en miles, David en diez miles; porque duro en pocos, manso en muchos.

18. Sin embargo, no niego, si alguien piensa que se dijo a José: Primogénito, la gloria del toro es suya (Deut. XXXIII, 17); y así piensa que debe distinguirse, porque también dio cuernos a sus santos: Pues exaltó el cuerno de su pueblo (Salmo CXLVIII, 14). Y Ana, madre del profeta Samuel, dice: Mi corazón se regocijó en el Señor: y mi cuerno fue exaltado en mi Dios (I Reg. II, 1). Ciertamente, también José tuvo cuernos espirituales en el Señor. Por tanto, que se tome a José, siempre que en él haya figura de Cristo, a quien se dice: José, mi hijo, ha sido engrandecido, mi hijo menor, vuelve a mí (Gén. XLIX, 22). Pues José no vuelve a

Jacob; sino que Cristo, resucitado de entre los muertos, vuelve a Dios Padre; como está escrito: Desde el extremo del cielo es su salida, y su curso hasta su extremo (Salmo XVIII, 7). Sin embargo, que se tome de José el Vuelve a mí; porque el pueblo vuelve a la tierra de los cananeos, en la que antes habían habitado los patriarcas. Por eso dice Isaac a Jacob: No tomarás esposa de las hijas de los cananeos (Gén. XXVIII, 1); y lo envía a Mesopotamia, para que allí encuentre esposa. ¿Acaso le tendieron trampas los señores de las flechas? ¿Acaso él fue bendecido en todo el mundo por la bendición del vientre materno, y no el Señor Jesús, a quien la Virgen engendró? Y por eso no solo sobre los hombres, sino también sobre los ángeles y arcángeles, y sobre toda la sublimidad de los poderes celestiales, es bendecido; como testifica la Escritura diciendo: Bendito el que viene en el nombre del Señor: Dios el Señor, y nos iluminó (Salmo CXVII, 26 y 27): pues el Señor Dios mismo es Rey de reyes, y Señor de señores en lo que hay en los cielos. Por estos cuernos del Señor Jesús, también David tocando con la voz de la trompeta de cuerno (Salmo XCVII, 6), fue escuchado por Cristo: y Moisés enseñó (Num. X, 10) que los ritos de los sacrificios debían celebrarse con el sonido de la trompeta; como también está escrito: Tocad la trompeta al principio del mes (Salmo LXXX, 4). ¿Para quién está escrito esto, sino para nosotros? Pues los antiguos solían observar los meses desde el principio de la luna. Pero la luna es la Iglesia, que se eleva con las predicaciones espirituales y evangélicas en la abundancia de la paz, como dijo el Profeta (Salmo LXXI, 7). En Cristo, por tanto, ventilaremos con el cuerno a nuestros enemigos.

19. Y en su nombre despreciaremos a los que se levantan contra nosotros. ¿Qué es el nombre sino aquello por lo que cada uno es propiamente significado, lo que no es común con los demás? Hombre es un término común; a menos que añadas quién es llamado, no puede ser declarado. Por tanto, el nombre es la propiedad de cada uno, por la cual puede ser entendido. Por eso creo que Moisés, queriendo conocer algo propio de Dios, algo especial que no fuera común con los poderes celestiales, preguntó: ¿Cuál es tu nombre? (Éxodo III, 13). Finalmente, conociendo Dios su intención, no respondió con un nombre, sino con un asunto; es decir, expresó la realidad, no la denominación, diciendo: Yo soy el que soy (Ibid., 14); porque nada es tan propio de Dios como ser siempre. Por tanto, como niegan que Cristo sea coeterno con el Padre, vean que niegan a Dios, cuyo ser es siempre, y que nunca no fue. Con este conocimiento de la propiedad divina, Moisés quería despreciar a los que se levantan contra él: o, como dijeron Aquila o Símaco, pisotear a los que se le resisten como serpientes y escorpiones: a quienes también el Señor dice en el Evangelio (Luc. X, 19) que deben ser pisoteados con los pies espirituales; para que no puedan impedir nuestro camino, que conduce a los secretos del paraíso. Por tanto, tenemos en nosotros el estudio del conocimiento divino: tenemos el Verbo de Dios, que es el nombre del Padre. Esta es verdaderamente la propiedad de Dios, porque es el Padre de Cristo: y por eso vino en el nombre del Padre, quien vino para hacer la voluntad del Padre. Y por eso dice: En el nombre del Padre vine, y no me recibisteis: si otro viene en su propio nombre, a él recibiréis (Juan V, 4); significando que los judíos creerán en el Anticristo, quien no quisieron creer en Cristo. Por tanto, quien cree en Cristo, no espera en su arco, ni en su espada; sino que pone su esperanza de victoria en su nombre.

20. (Vers. 7.) Y por eso dice: No confiaré en mi arco: y mi espada no me salvará. Pero si hay que confiar en un arco, ciertamente hay que confiar en el arco de Dios que puso en la nube; para que la humanidad dejara de temer al diluvio. Con este arco nos protege, con el cual también lanza flechas, para herir a nuestros enemigos y adversarios.

21. (Vers. 8, 9.) Por eso dice: Nos has liberado de los que nos afligen: y a los que nos odian, los has confundido. En Dios seremos alabados todo el día: y en tu nombre confesaremos por los siglos. Escucha cómo nos libera; porque con las flechas que lanza desde el cielo, los interiores de nuestra tierra son penetrados; para que todo movimiento terrenal perezca y se

calme, como dice más adelante: Desde el cielo lanzaste juicio: la tierra tembló, y se calmó (Salmo LXXV, 9). Así, por tanto, somos liberados, mientras se confunden los poderes enemigos y adversarios; o la sabiduría de esta carne es rechazada por los mandatos celestiales, se avergüenza de sus crímenes, y se confunde por la vergüenza de sus delitos: el adúltero en las llamas de su lujuria, y en el incendio de su amor insano: el avaro en el ardor de su codicia desmedida, que al arrebatarse lo ajeno, cuanto más invade, más desea: el borracho en su embriaguez, el criminal en su crimen, que aquí se confunden gravemente: pero mucho más se confundirán; cuando vean a los santos del Señor resucitando y se cumpla aquello del Evangelio, que dice el Señor: Muchos de los que duermen en los sepulcros de la tierra resucitarán: estos para vida eterna, y aquellos para oprobio y confusión perpetua (Juan V, 28 y 29).

22. Cuando, por tanto, comiencen a resucitar para confusión perpetua, el santo del Señor dice: En Dios seremos alabados todo el día: y en tu nombre confesaremos por los siglos. El opulento es alabado en las riquezas, el lujurioso en los banquetes, el libertino en la noche, el poderoso en esta vida que tiene noches: pero el santo no será alabado en esta vida, sino en Dios; quien se esforzó por agradar al Señor en todo, quien puede decir: Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor (Salmo CXVII, 14). Será alabado todo el día; porque actuó honestamente, y no ocultó sus obras y crímenes, sino que las presentó al rey eterno, caminando en el día, no en las tinieblas y ocultos. Por eso también el Apóstol: Como en el día, caminemos honestamente (Rom. XIII, 13); esto es, no en banquetes y orgías, no en lechos y lujurias, en los que el pecador se cree cubierto por las paredes, para poder pasar por alto el conocimiento de Dios; cuando todos los crímenes están descubiertos ante Dios, y los pecados ocultos no pueden escapar al conocimiento divino. Por tanto, el santo será alabado en el futuro; porque no buscó la alabanza de los presentes, sino la gracia de los futuros.

23. Sin embargo, observa la diferencia. Aquí, mientras está, se gloria en el Señor: allí será alabado en el Señor, y por breve tiempo recibirá la recompensa de la eternidad. Aquila, sin embargo, puso: En el Señor nos gloriaremos todo el día. Símaco dijo: A Dios le cantaremos himno todo el día. El sentido de todos concuerda, para que no dejemos de estar en torno a las alabanzas de Dios, ya sea diciendo himno, ya sea cantando en todo momento la gloria divina. Porque quien dice himno, lo dice con corazón puro y espiritualmente, y excluye todo tipo de pasión humana; para que su oficio no sea impedido por ninguna tristeza, ni su afecto sea exacerbado por la amargura de ningún dolor: sino que diciendo himno a Dios, permanezca inmóvil e inquebrantable; como el mismo David que dice: Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca (Salmo XXXIII, 2); como Job, quien habiendo perdido a sus hijos, con todos sus bienes destruidos, y sus riquezas saqueadas, dijo: El Señor dio, el Señor quitó... sea bendito el nombre del Señor (Job I, 21).

24. (Vers. 10.) Pero ahora nos has rechazado y confundido. Y no avanzarás, Dios, en nuestras fuerzas. Cuando el mismo santo David dijo en otro lugar: Porque el Señor no rechazará a su pueblo (Salmo XCIII, 14); ¿cómo dice aquí: Nos has rechazado; especialmente cuando habla de un pueblo al que no le enumera insignias mediocres de su propia virtud? Pues no es mediocre decir que tempestades y varias tentaciones vinieron sobre ellos, y no olvidaron al Señor su Dios, y no actuaron inicualemente en su Testamento (Infra vers. 19), y las demás cosas que siguen. Por eso también, el santo Apóstol interpreta (Rom. X), y dice que hasta el punto de no haber rechazado al pueblo, el Señor puso hablando a él: Todo el día extendí mis manos a un pueblo incrédulo y contradictor (Isaías LXV, 2). Con la autoridad de este discurso, dice: Digo, pues: 898 ¿Acaso ha rechazado Dios su herencia? De ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín (Rom. XI, 1). Dios no ha rechazado a su pueblo, al que conoció de antemano. Pero se puede

decir aquí que no rechazó al pueblo, porque las reliquias según la elección de la gracia fueron salvadas. Y parece que no rechazó al pueblo en pocos; aunque no a todo el pueblo, sino que rechazó a muchos de él. Por eso añadió poniendo la respuesta de Dios, que no solo en pocos preservó al pueblo, sino que también se reservó siete mil hombres, que no doblaron la rodilla ante Baal (Ibid., 4). Sin embargo, esto fue dicho por el Apóstol según el Evangelio; porque el Señor había pasado a los gentiles: pero el tiempo de la respuesta divina se refiere al celo aún ferviente de la fe; cuando también la gracia de los profetas abundaba para el pueblo de los judíos. Por eso, si en el tiempo de Elías el Señor negó haber rechazado a su pueblo; mucho más en el tiempo de David, o de los hijos de Coré, cuando aún brillaba la fe del pueblo elegido.

25. Sin embargo, para interrogar al mismo santo David, cómo el Señor no ha rechazado a su pueblo, recojamos. Pues siendo Dios cercano, no lejano, como tiene la escritura del Antiguo Testamento (Jerem. XXIII, 23); ciertamente quien se acerca, no rechaza. Es propio de la misericordia divina, que no sea causa de muerte para nadie, y considere a todos como redimibles. Pero observa si aquel es rechazado, quien se aleja del Señor, como dice David: Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán: has destruido a todos los que fornican lejos de ti (Salmo LXXII, 27). ¿Qué significa, fornican lejos de ti? Porque con las burlas de su propia deshonra te abandonan, y se alejan de ti, y se desvían de tus preceptos. Por eso, en otro lugar tienes escrito: Pero a los adúlteros los juzga Dios dispersándolos de sí (Hebr. XIII, 4). Por tanto, rechazaste, es decir, alejándolos de ti los perdiste. Por tanto, quien se separa del Señor, él mismo es separado del Señor: y quien no conoce al Señor, no es conocido por el Señor: y quien ignora, es ignorado; como el mismo Señor dijo: Apartaos de mí, todos los que obradores de iniquidad, no os conozco (Mat. VII, 23). Pues no se digna conocer a los ministros de la injusticia y a los autores de la iniquidad. Por tanto, el pecador no es rechazado; porque él mismo se rechaza. Por tanto, dice: Pero ahora nos has rechazado y confundido.

26. Sin embargo, el versículo siguiente explica cómo Dios rechaza. Dice: "Porque no avanzarás, Dios, en nuestras fuerzas". Dios, cuando no ayuda, parece rechazar. Cada uno que no siente que la ayuda divina le es concedida, se considera rechazado y abandonado. ¿Qué significa entonces que dice: "No avanzarás, Dios"? ¿Y qué quiere decir que a veces se dice que Dios avanza, sale, se levanta o desciende? Dios no se mueve corporalmente, ni sale de un lugar ni pasa a otro, ya que está por encima de todo: ni realmente se levanta, como si estuviera acostado en algún lecho, o sentado corporalmente en algún trono; pero se dice esto para que entiendas cuándo y hacia quién se dice que sale, y hacia quién se levanta. Leemos en este mismo salmo: "Levántate, ¿por qué duermes, Señor?" (Infra, vers. 25). Y debemos considerar si a veces, por nuestras acciones improbables, parece que duerme; como leemos en el Evangelio, cuando los apóstoles aún eran imperfectos, que Jesús Cristo dormía con ellos (Matth. VIII, 24). Pero cuando fueron golpeados por el miedo al naufragio y el temor, despertaron a Cristo que dormía (Ibid., 25). Por lo tanto, el Señor Jesús duerme para los infieles, pero vela para los fieles.

27. Finalmente, el que es fiel entra a Dios: y Dios parece salir y alejarse del negligente. Ciertamente, el Señor atrae hacia sí a los imperfectos y aún débiles; como has leído que dicen las jóvenes: "Atráenos, correremos tras el aroma de tus ungüentos" (Cant. I, 3). Pero Moisés, que ya era más fuerte y elegido por el Señor, se lee que sube y entra al Señor su Dios, como está escrito: "Porque Moisés subió al monte, y la luz rodeó el monte, y la majestad del Señor descendió sobre el monte Sinaí, y lo cubrió una nube durante seis días: y el Señor llamó a Moisés al séptimo día desde el medio de la nube. La apariencia de la majestad del Señor era

como un fuego ardiente sobre la cima del monte ante los hijos de Israel. Y Moisés entró en medio de la nube" (Exod. XXIV, 15 y ss.). Así como aquí Moisés entraba en la nube, donde primero fue llamado al monte por el Señor; así también, más adelante, cuando él mismo entraba en su tienda, descendía hacia él la columna de nube, y se detenía en la puerta de la tienda; y todo el pueblo, de pie, adoraba cada uno a la puerta de su tienda: en la nube estaba el Señor; porque puso las tinieblas como su escondite (Exod. XXXIII, 9 y 10). Para que sepas que habla del Señor: "Y el Señor habló a Moisés" (Exod. XXXIII, 1). Que se recuerde que la tienda de Moisés estaba fuera del campamento, para encontrarse con Dios, no parece ser contrario; porque quien busca a Dios, entra como a Dios, y con toda su mente entra en su conocimiento.

28. Por lo tanto, el justo entra al Señor; como Moisés entraba en la nube: y en la nube está Dios. Finalmente: "He aquí, el Señor viene en una nube ligera" (Esai. XIX, 1). Y en el Evangelio tienes escrito: "Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto: y tu Padre que ve en secreto, te recompensará" (Matth. VI, 6). Por lo tanto, dentro, como en tu habitación, está Dios. Escucha también en otro lugar, porque Dios está dentro. He aquí, dice, "el Señor saldrá de su lugar, y descenderá y ascenderá sobre las alturas de la tierra, y los montes se moverán bajo él, y los valles se derretirán" (Mich. I, 3 y 4). La Escritura dice esto: y ya entonces significaba que abandonaría al pueblo de los judíos, y pasaría a las naciones. Finalmente, también encontramos esto expresado en el salmo, cuando David dice: "Y él como un esposo saliendo de su cámara. Se regocijó como un gigante para correr su camino" (Psal. XVIII, 6).

29. Por lo tanto, encontramos en estos géneros la salida de Dios, o su entrada; como también el Señor Jesús dice que viene al hombre temeroso. He aquí, dice, "estoy a la puerta, y llamo: y si alguno oye mi voz, y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apoc. III, 20). Estas cosas hemos dicho porque el Profeta dice: "Nos has rechazado, y no avanzarás, Dios, en nuestras fuerzas".

30. Simplemente también tomemos esto; porque Dios avanzó en las fuerzas de los judíos, cuando Josué, el hijo de Nun, adoró al jefe del ejército celestial: y por eso sin hierro venció, y sin ningún asedio destruyó la ciudad de Jericó, que tenía murallas muy fuertes. Porque cuando Dios avanzó en las fuerzas de sus siervos, se logró la victoria. Pues el ángel avanzó a las oraciones de Ezequías, y derribó innumerables tropas de los asirios. Pero a veces el Señor también parece abandonar por un tiempo a aquellos que quiere coronar en la lucha; para que venzan por la fe, y la devoción no se relaje con las cosas favorables y prósperas. Finalmente, a menudo los que cayeron por el curso de las cosas prósperas y la usurpación de las cosas favorables, son corregidos por las adversidades. Por eso frecuentemente encontramos a los judíos caídos después de la victoria, corregidos después del servicio; porque con oraciones y lamentaciones hicieron que Dios regresara a ellos.

31. Por lo tanto, aquello que se dijo según el hombre, y el afecto del hombre, no es contrario a esta sentencia; porque el Señor dijo: "Dios mío, Dios mío, mírame; ¿por qué me has abandonado?" (Psal. XXI, 2). No porque el Señor haya sido abandonado, quien dice en otro lugar: "Porque no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Joan. XVI, 32); sino porque según la carne del hombre y el afecto, quien está en una grave lucha, parece abandonado por el Señor. Finalmente, no en vano dice la Escritura (Luc. IV, 13), que después de la primera tentación el diablo se apartó de él hasta un tiempo, es decir, hasta la lucha; porque cuando llegó la gran lucha de la sagrada pasión, nuevamente el adversario se acercó a las tentaciones: pero el hombre, cuando está como en una situación incierta, piensa que ha sido abandonado por su Dios. Pero así como tomamos esto según el afecto de la carne; porque el hombre se vio

a sí mismo como abandonado, cuyo progreso Cristo operó en su cuerpo: así también en la divinidad sabía que nunca sería abandonado por el Padre; porque él mismo dijo: "Yo en el Padre, y el Padre en mí" (Joan. XIV, 10), y señaló que no estaba solo.

32. (Vers. 11.) También añadió este versículo: "Nos has vuelto atrás ante nuestros enemigos". No está bien quien se vuelve atrás, porque "nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios" (Luc. IX, 62). Finalmente, la esposa de Lot, porque miró hacia atrás, no pudo llegar a la cima del monte, es decir, a las alturas; sino que se convirtió en sal, que es una sustancia que se disuelve rápidamente y no puede tener un uso duradero. Así son los que siguen las cosas temporales, y no siguen las eternas: y aquí se vuelven insípidos por su necedad, y no pueden tener la gracia de las cosas futuras. Sin embargo, hay quienes olvidan las cosas superiores que están detrás de ellos, y se extienden hacia las anteriores, para poder llegar al premio. Y a Pedro se le dice: "Vete detrás de mí, Satanás" (Marc. VIII, 33); para que sea provocado a mejorar. Y en los números, el que está detrás de Cristo es el primero. Por lo tanto, "ante los enemigos", porque ellos nos afligen, y ellos nos persiguen. Quisiste que estuviéramos atrás, para que nos extendiéramos hacia las cosas superiores, para que siempre miráramos hacia adelante, persiguiendo a nuestros enemigos, y deseando pasar su lugar.

33. Finalmente, así lo tiene Theodotion, como los setenta hombres; es decir, como se ha expuesto este versículo. Aquila tiene: "Nos has vuelto atrás del que nos aflige". Symmachus: "Nos has ordenado últimos de todo adversario". ¿Qué son las cosas contrarias a nosotros, sino las voluptuosas de este siglo, llenas de delicias y lujuria, y que son incentivos de la lujuria? La esposa de Lot fue engañada; porque detrás de ella tenía la lujuria de los sodomitas, y las tentaciones de su región. ¿De dónde fue engañada? Porque miró hacia atrás. Y tú, por lo tanto, no mires hacia tus enemigos, Dios te ha puesto último en el mundo. O: Quien se hace último por humildad, no se vuelve atrás; sino que siempre mira hacia adelante. Pero para que sepas quiénes son tus enemigos, escucha al que dice: "Escucha, Israel... ¿Qué es lo que estás en la tierra de tus enemigos... te has contaminado con los muertos?" (Baruc. III, 9, 10 y 11). ¿Quién es, sin embargo, tan enemigo y adversario tuyo, como el príncipe de este mundo, y sus socios, que persiguieron hasta la cruz al Señor Jesús, sin conocer su poder? Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la majestad. Por lo tanto, aunque seas el último, no sigas a tus enemigos; sino sigue al Señor Jesús, y su cruz con alegría, y sigue sus huellas. Porque quien sigue a Cristo, no mira hacia atrás; es decir, a las lujurias y tentaciones de los pecados; y por eso puede decir con los santos: "Nuestro corazón no se ha vuelto atrás" (Infra, vers. 19). De donde se entiende que incluso el que está delante de sus enemigos, se hace último y postrero de corazón, si mira hacia ellos, y se inclina más hacia los afectos carnales que hacia los espirituales. También puede el que es último, ser primero de corazón; si considera las cosas que están en el cielo, y no las que están en la tierra. Escucha porque el último en el mundo, está entre los primeros con Cristo. Creo que Dios nos ha mostrado a los apóstoles como los últimos, como destinados a la muerte; para que seamos espectáculo para este mundo, y para los ángeles y los hombres (I Cor. IV, 9). Se dijo último, y sin embargo mostró que era el primero, cuando dice: "Pero nuestra conversación está en los cielos" (Philip. III, 20).

34. (Vers. 12.) Sigue: "Y los que nos odiaban, nos saqueaban. Nos diste como ovejas de comida; y nos dispersaste entre las naciones". Quizás te sorprenda que, aunque en los posteriores, como dijimos, tienen la máxima constancia de fe quienes hablan, aquí digan que eran saqueados por aquellos que los odiaban: pero no te asustes por esto. Muchos aquí son saqueados; y sin embargo, sus méritos no pueden ser separados de Cristo. Los apóstoles eran arrebatados, golpeados con varas, arrojados a la cárcel, separados de sí mismos, y sin

embargo permanecían con Cristo: más bien, por el mismo hecho de ser arrebatados por los infieles, sus méritos crecían, y la gracia en los cielos aumentaba. Porque no inmediatamente quien es arrebatado por los hombres, también es vencido. Mira al apóstol Pablo regocijándose en sus peligros: mira cómo se gloria, que fue bajado por una ventana en un cesto. Mira cómo el santo Jeremías, el santo Ezequiel, el santo Daniel fueron llevados cautivos, y arrebatados por los asirios, sin embargo, no sufrieron ninguna cautividad de su propia fe; ni en el Testamento del Señor fallaron, quienes guardaron en cautiverio incluso los preceptos de la ley divina, ni pensaron que algo debía usurparse de los alimentos prohibidos contra la institución de sus mayores.

35. Por lo tanto, bien dijo Theodotion: "Y los que nos odiaban, se regocijaban sobre nosotros"; la burla de los enemigos no trae perjuicio a las buenas mentes, ni tampoco el saqueo de los enemigos. Por eso el santo dice, quien está seguro de que el saqueo no puede perjudicarlo: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia?" y demás: "Pero en todas estas cosas superamos y vencemos por aquel que nos amó: sabiendo que ni la muerte, ni la vida, ni el ángel, ni los Poderes, ni lo presente, ni lo futuro... nos pueden separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor" (Rom. VIII, 35 y ss.). Por lo tanto, quien es así, no se separa de Cristo. Por lo tanto, aunque sea arrebatado corporalmente, espiritualmente es libre: y no solo no está sujeto al saqueo, sino que también busca para sí mismo un saqueo loable; como aquellos de los que está escrito: "Desde los días de Juan el Bautista el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan" (Matth. XI, 12). Es victorioso, por lo tanto, quien estando en las cosas terrenales no conoce ser cautivo de la infidelidad; ni solo no se le arrebatara lo que es excelente, sino que más bien él mismo arrebatara lo que es eterno.

36. También hay quienes se convierten en ovejas de comida. Nuestro buen Señor Jesús Cristo porque se hizo oveja de nuestra fiesta. ¿Preguntas cómo se hizo? Escucha al que dice: "Nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado" (I Cor. V, 7). Y considera cómo nuestros padres en figura arrebataban el cordero y lo comían, significando la pasión del Señor Jesús, cuyo sacramento comemos diariamente. Por la misma oveja, por lo tanto, se hicieron rebaños de comida, como dijo Aquila: o, rebaños para comida, como habló Theodotion: o, pasto de los que comen, como dijo Symmachus. Pero la buena comida no solo no es temida por los santos, sino también deseada. De otra manera, no se puede llegar al reino de los cielos; cuando el mismo Señor dijo: "Si no coméis mi carne, y no bebéis mi sangre, no tendréis vida eterna" (Joan. VI, 54). Se ha demostrado, por lo tanto, que nuestro Señor es alimento, es comida, o alimento de los que comen; como él mismo dice: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Ibid., 51).

37. Y para que sepas que todas estas cosas se hicieron por nosotros, desde que él descendió, desde entonces el santo dice: "Todos nosotros somos un solo pan" (I Cor. X, 17). No temamos, por lo tanto, porque nos hemos convertido en ovejas de comida. Así como la carne del Señor, y su sangre nos redimió; así también Pedro sufrió mucho por la Iglesia. También el santo apóstol Pablo, y los demás apóstoles soportaron mucho; cuando eran golpeados con varas, cuando eran apedreados, cuando eran arrojados a las cárceles. Esa tolerancia de las injurias, y el uso de los peligros, fundó al pueblo del Señor, y la Iglesia alcanzó un crecimiento; cuando los demás se apresuraban al martirio, viendo que por esas pasiones nada disminuía en las virtudes de los apóstoles; sino que incluso por esta breve vida se les había buscado la inmortalidad.

38. Lo que también muestra el versículo siguiente, porque dijeron: "Y entre las naciones nos dispersaste". De manera similar, lo dijo Theodotion: pero Aquila y Symmachus: "En las

naciones", o "entre las naciones nos ventilaste". Porque los santos apóstoles fueron enviados a las naciones, y se dispersaron entre las naciones, como también los santos profetas, de los que hablamos antes; para que de esa dispersión nacieran muchos frutos. Porque así como nuestro Señor Jesús Cristo cayó como un grano en la tierra, y murió, para llevar mucho fruto: así también los santos apóstoles fueron dispersados, para llevar buena semilla entre las naciones; para que a su semejanza el fruto de las naciones brotara. Finalmente, la Escritura dice que el Señor dijo: "Porque por eso os envié, para que vayáis, y llevéis mucho fruto, y vuestro fruto permanezca" (Joan. XV, 16). Por lo tanto, el Señor Jesús Cristo se hizo como semilla, según lo que se dijo a Abraham: "Y a tu descendencia" (Gen. XVII, 8); que es Cristo. Por lo tanto, Cristo es la semilla de todos. Y por eso se dejó caer y esparcir, para conformar a su cuerpo el cuerpo de nuestra humildad. Por lo tanto, esta semilla salvadora brotó para todos los hombres, y de ella, formados a su imagen, como semillas, los santos apóstoles fueron enviados y dispersados por diversos lugares, para que en el campo de la Iglesia las naciones reunidas resplandecieran con diversos frutos en todo el mundo. Estas dispersiones, por lo tanto, se dicen, como también en los posteriores el mismo David dice: "El Señor edificando Jerusalén, y reuniendo las dispersiones de Israel" (Psal. CXLVI, 2). Porque fueron dispersados para hacer nuevos frutos, y luego como nuevo trigo serían llevados a los graneros de la Iglesia.

39. Pero esta dispersión no se hace en las cosas inferiores; es decir, no en la tierra, sino en el cielo. Finalmente, los preceptos de la Ley lo confirman, por la cual dice el Señor: "Si tu dispersión fuera desde el extremo del cielo hasta el extremo del cielo, desde allí te recogeré, dice el Señor" (Deut. XXX, 4). ¿Cuál es la dispersión desde el extremo del cielo hasta el extremo del cielo? ¿Quién es tan grande, que pudo ser diseminado así? Si es un hombre, nació en la tierra: comenzó desde abajo, no desde arriba. Si estas cosas te conmueven y perturban, vuelve a las cosas superiores de este santo profeta, y escucha quién es tan grande que fertilizó tales cosechas en la tierra, para que su fruto llegara a los receptáculos celestiales. Pero es el esposo que como un gigante recorrió todo este camino, intransitable para otros, transitable para él: y desde él comenzó a ser transitable ya para los mortales; así, sin embargo, que estos ascendieran: pero solo él mismo descendiera primero, para que después sus santos merecieran ascender. Escucha, por lo tanto, cómo fue la diseminación desde el extremo del cielo hasta el extremo del cielo. "Desde el extremo del cielo es su salida, y su curso hasta su extremo" (Psal. XVIII, 7). ¿A qué hombre se le puede atribuir esto? Moisés apenas subió a la cima del monte Sinaí, y esto porque fue llamado por el Señor, y fue alentado por una voz celestial. ¿Quién descendería desde el extremo del cielo sino Cristo, quien incluso cuando descendió a la tierra, permanecía en el cielo? Nadie ha ascendido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Joan. III, 13). Ves, por lo tanto, que incluso cuando descendía y ascendía, él era y permanecía en el cielo. Porque él mismo dijo: "Yo lleno el cielo y la tierra, dice el Señor" (Jerem. XXIII, 24). Él es, quien está en el cielo. Estas cosas sobre la dispersión han sido dichas suficientemente.

40. Sin embargo, lo que dice: nos has aventado; aunque difiere en la palabra, concuerda en el sentido. Así como aquellos que fueron dispersados, fueron probados: de igual manera, quienes fueron aventados, merecieron llegar a la prueba. Pues así como el trigo, si es aventado y separado de la paja, está limpio, si no es aventado, no puede estar limpio; sino que permanece mezclado y unido a la paja: así también el hombre, a menos que sea aventado por las tentaciones, no puede separar de sí las cosas frágiles como si fueran paja. Por eso también se dijo a Pedro: Simón, mira que Satanás ha pedido zarandearos como a trigo: pero yo he rogado a mi Padre para que tu fe no falte (Luc. XXII, 31 y 32). Observa lo que dice y entiende. Pedro es aventado para que se vea obligado a negar a Cristo. Cae en tentaciones,

dice ciertas cosas como si estuviera lleno de paja: pero lo dice con palabras, para que su afecto sea más firme. Finalmente, lloró, lavó sus pajas, y por esas tentaciones mereció que Cristo intercediera por él. ¿Cuánto mayor es el patrocinio que la tentación de aquella perturbación? Y por eso adquirió más de lo que sufrió; pues adquirió a Cristo como su defensor. El adversario se ve obligado a tentar a los santos del Señor para su propia pérdida. Pues al tentar, los hace mejores; para que quien es tentado pueda también instruir a otros, quien antes se veía a sí mismo como débil. Finalmente, Pedro es puesto al frente de la Iglesia, después de haber sido tentado por el diablo. Por eso el Señor indica de antemano qué es aquello, por lo cual después lo eligió como pastor del rebaño del Señor. Pues a él le dijo: Tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos (Ibid., 32). Así, el santo apóstol Pedro se convirtió en buen fruto, y fue aventado como trigo; para que él mismo fuera un solo pan con los santos del Señor, que fuera nuestro alimento. Pues al leer los actos de Pedro, conocemos las enseñanzas de Pedro, y se convierte en alimento de vida eterna y salvación para nosotros.

41. (Vers. 13.) Has vendido, dice, a tu pueblo sin precio. Parece ser un contrato equitativo de compra y venta: pero si consideras el afecto del comprador y del vendedor, cada uno vende lo que le es menos valioso, y compra lo que le complace. Para no hablar de ese tipo de personas que ejercen el comercio vendiendo esclavos; no es fácil que alguien venda a menos que le desagrade, y lo considere inútil para su servicio: y nuevamente, cada uno desea comprar a quien juzgue útil o adecuado para su servicio. Pero incluso aquellos que ejercen su gasto en la venta de esclavos, y buscan ganancias; ciertamente consideran tan despreciables a aquellos que venden, que les son más despreciables que el dinero: y a menudo prefieren retener a aquellos que consideran más aptos para su comercio, que venderlos.

42. Así también Dios vendió lo menos valioso, compró lo más valioso. Vendió al pueblo judío, no por la falta de clemencia de Dios, sino por su propia culpa; a quienes se les dice correctamente: He aquí que por vuestros pecados habéis sido vendidos, y por vuestras iniquidades he dejado a vuestra madre (Isaías L, 1). Así, el pueblo judío fue vendido de esta manera, y el pueblo cristiano fue comprado: aquel vendido por el pecado, este comprado con sangre. Por eso Pedro dice: Habéis sido comprados por precio, no con cosas corruptibles como oro o plata... sino con la preciosa sangre (I Pedro I, 18 y 19). ¿Qué sangre es preciosa, sino la de aquel Cordero inmaculado, es decir, de nuestro Señor Jesucristo? Así que el pueblo judío sin precio, pero el pueblo cristiano es precioso. Aquel no tiene precio, porque tiene pecado: este tiene precio, porque se le ha perdonado el pecado. Por eso se dice correctamente a los hijos de la Iglesia: Habéis sido comprados por precio, no os hagáis esclavos de los hombres (I Cor. VII, 23). Si se te dice que no te hagas esclavo de los hombres, y pierdas tu propia libertad; mucho más se te dice que no te hagas esclavo del pecado. Y nuevamente, que no te hagas esclavo de la serpiente enemiga y adversaria: sino que sirvas solo al Señor, quien te redimió con su propio amor; porque él es la redención de sus siervos.

43. Por lo tanto, el Señor no vende sino al siervo malo: ciertamente no vende al bueno. Pues aunque José fue vendido, el Profeta no dijo: José fue vendido por el Señor; sino: José fue vendido como esclavo (Salmo CIV, 17), a quien sus propios hermanos vendieron: a quien el Señor, sin embargo, en figura de su propia pasión, redimió de la esclavitud, renovó a la gracia. Así que sus hermanos lo vendieron, y recibieron dinero: pero el Señor no solo lo devolvió a la libertad, sino que también lo colmó de dignidad. La Escritura muestra que en él había una figura del Señor Jesús, que dice: Mi hijo, deseado por celo... vuelve a mí (Gén. XLIX, 22). Y en otro lugar: El primogénito de su toro es su gloria (Deut. XXXIII, 17); porque Dios Padre exaltó el cuerno de su Cristo.

44. Así que quien es vendido, es vil y sin precio; como quien más bien no es, que quien es. Por eso Aquila dijo: Entregaste a tu pueblo, para que no existiera. Y Símaco: Entregaste a tu pueblo sin sustancia. Pues no son, quienes son rechazados por Cristo: pero son quienes son elegidos por el Señor; porque el Señor llamó a lo que no es, como lo que es: y las naciones gentiles fueron elegidas; para que se destruyera la perfidia de los judíos. Así que aquel pueblo fue entregado a la nada; porque fue vendido por su pecado; pues la culpa no tiene ninguna sustancia.

45. Por eso creo que se dijo: Y no hubo multitud en sus cambios; es decir, nos dispersaste gratuitamente entre las naciones. Pues no recibes nada a cambio, para entregar el alma del hombre; pues nada te es más grato que la conversión del alma: pero si se niega a convertirse, ella misma se entrega a la nada; para ser esclavizada por el pecado y el vicio. Por eso tú vendiste al pueblo degenerado sin precio y sin intercambio. Por eso dice más adelante: Porque no hay cambio para ellos (Salmo LIV, 20). ¿Por qué no hay cambio para ellos? Porque no temieron, dice, a Dios (Ibid.).

46. Hay un doble entendimiento de por qué el pueblo del error no tuvo cambio; porque el hombre no puede redimir su alma con plata, oro o posesiones. Pues, ¿qué dará en cambio por su alma; cuando aquellas cosas son temporales o caducas: pero el alma permanece ya sea para premio o para castigo? Pero no hubo ese cambio incluso en los impíos, que es en la resurrección, de la cual dice el Apóstol: Todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados (I Cor. XV, 51). También puede entenderse así, porque aunque pocos redimidos merecieron ser transformados, como Abraham, Isaac, Jacob, Moisés: sin embargo, el cambio no llegó a todos. También está aquello, que no hay multitud en los cambios de los pecados graves; según está escrito, porque los pecados de algunos hombres son manifiestos, precediéndolos al juicio: pero a otros los siguen (I Tim. V, 24). Los que son graves y manifiestos, los preceden, y sin duda alguna se hunden: pero los que son más leves, a menudo se alivian con buenas obras. Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Donde la iniquidad prevalece, no se revoca con ningún cambio de buenas obras.

47. Así que si alguno fue redimido del pueblo judío, no fue redimido porque tuviera gran estima de sí mismo, ni porque tuviera multitud en su cambio: sino que fue redimido gratuitamente; lo que te enseña el Apóstol diciendo: Un remanente según la elección de la gracia ha sido salvo (Rom. XI, 5). Donde hay gracia, no es por mérito de obras, ni por justificación de virtudes: sino por la liberalidad del donante, la elección del redentor; lo que igualmente la Escritura te ha enseñado, diciendo el apóstol Pablo: Y si es por gracia, ya no es por obras: de otra manera la gracia ya no es gracia (Ibid., 6). ¿Qué pues, lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado? Reconoce por qué no lo ha alcanzado, porque deseaba justificarse a sí mismo, porque buscaba la jactancia de sus obras, porque no llevó fe, ni reconoció la gracia. Y por eso la elección lo ha alcanzado, que escuchó al que llama, recibió al que viene.

48. (Vers. 14.) Con razón, pues, se dice en persona de aquel pueblo: Nos has puesto en oprobio ante nuestros vecinos: burla y escarnio a los que están a nuestro alrededor. ¿Quiénes son estos vecinos, y cómo parece que pertenecieron a la vecindad del pueblo israelita, no es fácil discernir; si se busca la vecindad espiritual, teniendo cierta luz de conocimiento para investigar el misterio de Cristo: especialmente cuando en el mismo libro de Salomón que se llama Eclesiastés, hemos aprendido que cuanto más se busca la sabiduría, más profunda se juzga. Pues así está escrito: Dije, buscaré la sabiduría, y ella se alejó de mí, mucho más de lo que estaba: y en lo profundo, ¿quién encontrará su altura? (Ecl. VII, 24 y 25). Por eso me surge la desconfianza de escrutar los misterios de la Escritura divinamente inspirada, y de

examinar sus palabras: lo que aquel dignamente pudo, quien hablaba sabiduría entre los perfectos. Veo a los perfectos, y no sin razón los llamaría perfectos; cuando veo que tenéis los sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal: pero incluso aquel que sabía que los alimentos más sólidos eran para los que podían soportarlos, buscaba ayudas; para que en él la palabra del Señor corriera (II Tes. III, 1). Ni tampoco este pudo usurpar esto sin oración, para que su alabanza fuera agradable a Dios (Sal. CXLVI, 1); pues no es afirmación del usurpador, sino del que ora.

49. Sin embargo, para no parecer que hemos rehuido completamente, consideremos quiénes fueron vecinos de las tribus de los judíos. Pues para recapitular lo antiguo, los filisteos eran vecinos de la tribu de Judá: y por otro lado, los mismos se acercaban a la tribu de Rubén. También los amonitas estaban en el desierto: y los que estaban en los confines de Tiro y Sidón, se unían a Galilea; es decir, a la tribu de Zabulón y a la tribu de Neftalí, que estaban en Galilea; como dijo Isaías: Tierra de Zabulón, y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán (Isaías IX, 1). De donde se puede deducir qué propiedad tenía cada una de las tribus, para que se unieran a ciertos vecinos; para que poco a poco también se infundiera a las naciones el conocimiento de los sacramentos celestiales. Lo que ciertamente puede entenderse de aquella mujer cananea, que salió de sus confines; para encontrarse con el Señor Jesús que pasaba, y dejando atrás sus ídolos, adorara al verdadero autor de la salvación: a quien nuestro Señor Jesucristo dio testimonio de que su fe era grande. Ya resplandecía la gracia del Evangelio, y la luz de la presencia augusta: pero porque salió voluntariamente, y pidió misericordia, y confesó al Señor con voz piadosa, y aunque fue tratada con desdén, perseveró en el clamor de su petición; esta mujer de tal índole recibió no poca prerrogativa, que fue la primera en salir de las naciones gentiles, y con su perseverante súplica mereció recibir tan gran testimonio del Señor.

50. En este lugar he conocido que algunos han dudado, sobre qué significa lo que dice: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. XV, 24); como si el Señor pareciera haber buscado la nobleza del pueblo elegido para salvar las almas, quien vino para que todos fueran redimidos. Pero se dignó mostrar el propósito, que no deseaba rechazar a aquellos que primero había elegido; y a menudo buscaba revocar a los desviados y errantes con un cierto afecto paternal. Pero cuando ellos abandonaron a su propio autor, sabiendo que él es Dios de los montes, no de los valles, y que el reino de los cielos no es arrebatado por los que desprecian, sino por los que lo arrebatan, poco a poco se volvió hacia las naciones; para que también se probara más el afecto de las naciones, y por su mérito se condenara la obstinación de aquellos.

51. ¿Qué significa entonces lo que dice: No es lícito tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos (Mat. XV, 26)? Ciertamente llamó hijos a los israelitas, es decir, al pueblo judío: pero perrillos al pueblo de las naciones. ¿Qué pues? ¿Es de los ricos o de los más nobles recibir los sacramentos celestiales, y no de aquellos que más bien con fervor piadoso de mente se esfuerzan por alcanzar el conocimiento del misterio celestial? Y si algún israelita fuera remiso y negligente, o contumaz, que rechace las palabras de Dios: pero un cananeo que quiera diligentemente dirigir su mente a adquirir los sacramentos; ¿debe preferirse aquel que disimula, más que este que muestra diligencia? No ciertamente. Y por eso es necesario atender diligentemente a lo que expresó, quien después de haber dicho: No es lícito tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos, respondiendo la cananea: Porque también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos (Ibid., 27); alabó su diligencia y humildad, que no se arrogó desde el principio la profundidad de la sabiduría; aunque ya había salido de los confines de Tiro y Sidón: pero creía que debía recoger algunas migajas de la palabra salvadora que cayeran de la mesa de sus amos. Pues quien diligente y

sutilmente examina las palabras de la Escritura, suele llegar a la altura de los misterios. Por eso a esta se le dice: Grande es tu fe: hágase contigo como quieres (Ibid., 28); es decir, que se te abra la puerta de la palabra, y resplandezca el saludable misterio de la vida eterna.

52. Así que quien es vecino, salga, y desee ver a Cristo, y clame en oración; como esta cananea salió de sus confines, y vio a Cristo, y clamó con voz continua, para que recibiera su misericordia. Así que los judíos sean en oprobio para los cananeos creyentes, porque ellos mismos no creyeron: y duélanse de ser burlados, y giman por ser objeto de burla de aquellos que están a su alrededor.

53. Y parece que esta profecía es sobre las naciones que crearán; especialmente cuando las siguientes palabras lo muestran, porque dice: Nos has puesto en semejanza a las naciones, conmoción de cabeza entre los pueblos; porque por la falta de los judíos, la salvación llegó a las naciones: y lo que les sucedió a ellos en figura, ha servido para nuestro conocimiento, con el Apóstol como autor (I Cor. X, 11), lo hemos conocido. Y verdaderamente fueron puestos en oprobio ante las naciones; porque las naciones prefirieron el oprobio de la cruz del Señor a todas las riquezas mundanas. Pero quien consideró aquella cruz como oprobio, y la evitó como oprobio, ese verdaderamente permaneció en oprobio duradero. Sin embargo, porque no parecen ser israelitas según la carne, quienes pudieron decir: Porque no hemos actuado inicualemente en el Testamento del Señor (Infra, vers. 19): ni su corazón se apartó del Señor; mira si se refieren a aquellos que estaban a su alrededor, que dicen el Señor: Me rodearon muchos toros (Salmo XXI, 13). Pues lo rodearon los perseguidores, cuando según el consejo de su voluntad sufrió la pasión. Por eso también en otro lugar dice: Me rodearon, me rodearon, y en el nombre del Señor me vengué de ellos (Salmo CXVII, 11). Por eso es mejor seguir el camino recto, en el cual los malhechores no pueden caminar. Pronto caen, porque no caminan en la dirección correcta. Por eso también aquellos cuando quisieron aprehender a Jesús el Señor, cuando los miró, cayeron. Por estos, pues, que acostumbran caminar en derredor, el Señor puso un ángel, que repela a los enemigos que acechan por detrás. Por eso el ángel del Señor se extiende en derredor de los que le temen, y los protege y guarda. Pues en derredor caminan los impíos; como está escrito (Salmo XI, 9). Mira, pues, la diferencia. Los impíos caminan en derredor: pero el ángel se extiende en derredor de aquellos que no caminan en derredor; y por eso se extiende, para librar a los justos de las asechanzas de los perseguidores. Así que los justos parecen ser los israelitas espirituales que dicen estas cosas, porque han estado sujetos a las tentaciones del mundo, y han sido oprobio de los vecinos; es decir, de aquellos que no habitaban la patria de Jerusalén. También fueron burla de las iniquidades espirituales y potestades, contra las cuales los justos suelen luchar. Finalmente, la historia te enseña que los judíos llevados a Babilonia, aunque parecían estar sujetos por sus pecados, sin embargo, eran considerados mucho mejores que las naciones. Pues eran peores los que estaban a su alrededor, que se burlaban de ellos, cuando ellos mismos estaban agobiados por el peso de sus graves pecados.

54. Por lo tanto, el primer entendimiento debe tomarse de los padres cautivos, a quienes los asirios insultaron, burlándose de ellos en Babilonia: sobre quienes también gobernaba aquel rey malvado Nabucodonosor. El segundo entendimiento debe referirse a cosas más altas, que el rey más cruel es el diablo: él es el asirio Nabucodonosor, que suele acechar a los buenos, para arrastrarlos al pecado por la tentación de la carne. Observa, pues, a este rey en el lugar donde dice el Apóstol: Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado (Rom. VII, 23); es decir, en aquella ley de la tentación carnal. El adversario es un león, que oprime a los que están sujetos, fatiga a los justos. Por eso Aquila puso bellamente: Nos has puesto en desprecio y pompa para aquellos que están a nuestro alrededor. Pues así eran considerados despreciables, quienes fueron

hechos espectáculo para este mundo, y para los ángeles y los hombres; porque aunque no pecan en el Testamento de Dios, ni se apartan del Señor por las tentaciones de la carne; sin embargo, parecen ser llevados en una cierta pompa y despreciados: ya que los pecadores suelen insultar la humildad de los justos; para que consideren oprobio la cruz del Señor Salvador, y la humildad de los justos. Finalmente, como en una cierta pompa del teatro, el Apóstol dice: Me complazco en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias (II Cor. XII, 10). En estas cosas se complace, quien considera todo lo que es del mundo como pérdida; para ganar a Cristo, buscando solo a través de la vida y la muerte: para quien vivir es Cristo, y morir es ganancia, para ser hallado en Cristo.

55. (Vers. 15.) Estos israelitas aún añaden diciendo: Nos has puesto en parábola para las naciones, conmoción de cabeza entre los pueblos. ¿Para qué naciones nos has puesto, sino para las que creerán? Pues las cosas que sucedieron a los judíos, fueron hechas en semejanza de figura; para que se hiciera para nosotros tipo y figura la destrucción de los judíos, y de esa semejanza a través de la parábola, busquemos solución para los presentes, para que podamos evitar sus ejemplos. Luego, porque todas las cosas judías son como parábolas; es decir, como figuras que necesitan solución. Finalmente, el Señor hablaba a los judíos en parábolas, para que los inexpertos no entendieran, entendieran los sabios; como entendían los apóstoles, y en lo que se movían, preguntaban al Señor: pero los judíos ni entendían, ni nuevamente deseaban aprender lo que no entendían.

56. Qué es una parábola, escucha. Abraham, por tanto, tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre (Gálatas IV, 22). El judío no entendía esto sino según la letra. No sabía cuál de los dos hijos recibiría la herencia del padre, porque se inclinaba hacia lo carnal. La parábola necesitaba una solución. Vino el Doctor de las naciones, y la fe de las naciones, y entendió que aquellas dos mujeres son dos Testamentos: uno del monte Sinaí, que engendró al pueblo judío para la servidumbre, que es Agar (Ibid., 24). Y por eso Sinaí, que por interpretación significa su medida: la medida de la Ley es, pero la gracia es sobreabundante. Sinaí también se llama recompensa, y conviene al pueblo judío, que prefirió justificarse por la recompensa de las obras que por la gracia de la fe. Así que la Jerusalén que estaba bajo la Ley servía con sus hijos: pero la Jerusalén que está arriba es libre. Y por eso Sara, que se dice principal, tiene libertad; porque es dueña de sí misma, quien es justo e íntegro. De los dos Testamentos, por tanto, dos pueblos: uno de los judíos, otro de las naciones, que creyó en Cristo. Aquel de los judíos, que no creyó, sirve: él es nacido según la carne; porque interpretó la Escritura divina según la carne y según la letra, no según el espíritu. Pero el que es de la libre, nació por la promesa; esto es, a quien la promesa es por la fe, él es hijo de la Iglesia, manteniendo la libertad de la gracia por quien la Iglesia dice: Expulsa a la esclava y a su hijo; porque no heredará el hijo de la esclava con mi hijo Isaac (Génesis XXI, 16). Y el Apóstol dice: Así que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre (Gálatas IV, 31). Esta es, por tanto, la solución; porque lo que el judío ignoraba, la fe de las naciones lo resolvió, infundida por Pablo, el doctor en las mentes de las naciones. Por eso, entonces, sus hechos son para nosotros en parábola.

57. Pero también el Señor dijo: Me he convertido en parábola para ellos: contra mí se ejercitaban los que se sentaban en la puerta (Salmo LXVIII, 12 y 13). Se convirtió en parábola; porque decís, dice: Médico, cúrate a ti mismo (Lucas IV, 23). Se convirtió en parábola; porque increpaba a los que se sentaban en la puerta; pues en la salida no debemos estar ociosos, sino ejercitados. Por eso está escrito: Mirad que vuestra huida no sea en invierno, ni en sábado (Mateo XXIV, 20); esto es, no en ocio, sino en negocio. Así que los judíos perezosos se sentaban; porque no podían estar de pie, quienes no conocían los atrios de

la verdadera Jerusalén; pues si hubieran conocido aquella Jerusalén, la habrían buscado. Estos, por tanto, fatigados, se sentaban en la puerta. Y no solo dijo, se sentaban; sino que también odiaban al Señor que los reprendía en las puertas. Pues estaba en la puerta, quien iba a sufrir la pasión de su cuerpo, por la cual migraría de la tierra, regresaría al cielo. Estaba en la puerta cuando decía: Caminad mientras tenéis la luz (Juan XII, 35). ¿Qué es, entonces: Me he convertido en parábola para ellos (Salmo LXVIII, 12); sino que el fin de la Ley es Cristo, y su muerte resolvió los enigmas de los profetas; y aquellas cosas que antes eran desconocidas para los judíos, cuando se profetizaban, después se manifestaron por el efecto de la pasión del Señor? Se convirtió en parábola para ellos; porque se mostró como vil, presentándose a ellos, no rehuyendo sus sediciones, y llevándolos al tiempo de su beneplácito; para que muriera por todos los hombres, para que con su sangre se limpiara el género humano.

58. De manera similar está escrito en parábola: No atarás la boca del buey que trilla (Deuteronomio XXV, 4). El Apóstol resolvió esta parábola diciendo: ¿Acaso le importa a Dios de los bueyes? ¿O lo dice ciertamente por nosotros? Pues por nosotros está escrito. ¿Quién es el que ara, sino el que ara con esperanza (I Corintios IX, 9 y 10)? para que en el juicio del Señor coseche? Y por eso, como buenos agricultores, donde por esperanza nuestra tierra no ha sido arada con continencia corporal: sembremos no cosas carnales, sino espirituales: porque de las cosas carnales se recoge corrupción, de las espirituales se adquiere vida eterna. Así que los hechos de los mayores sean para nosotros tipo y figura. La ley sea tipo escrita en nuestros corazones, para que en ella haya para nosotros una figura de las cosas futuras, no la verdad. La ley, por tanto, sea para nosotros como figura: el Evangelio como luz y sello de la verdad.

59. En parábola, por tanto, el Señor se mostró a los judíos: pero no entendieron la parábola; porque no recibieron al médico, que curaría las almas de los que trabajan, y absolvería de toda enfermedad e iniquidad de incomodidad. También se convirtió en parábola, porque asumió la carne, que los judíos crucificaron, no entendiendo la parábola espiritual. Hasta tal punto no entendieron, que cuando crucificaron al autor de la vida, y vieron suspendida en la cruz la carne salvadora del Señor, movieron la cabeza. Pues si hubieran entendido, ciertamente no habrían insultado, sino que habrían gemido. Y sin embargo, ese mismo movimiento de cabeza les resultó en semejanza; para que no significara lo que ellos sentían, sino lo que los misterios declaraban. Pues ellos, insultando al Señor según el uso del vulgo, movían su cabeza; como quienes desean insultar a los justos, si acaso los ven fatigarse en este mundo, mueven la cabeza.

60. Este movimiento de cabeza tiene un doble entendimiento. Pues parecen reprochables según la autoridad de la Escritura, quienes mueven la cabeza; cuando también Mateo dice: Los que pasaban blasfemaban al Señor Jesús moviendo sus cabezas (Mateo XXVII, 39). Y Marcos: Los que pasaban (Marcos XV, 29). Pero que los que pasan sean considerados reprochables, lo enseña este mismo Profeta, que dice de la viña de Sabaoth: Y la vendimiarán todos los que pasan por el camino (Salmo LXXIX, 13). Finalmente, el verso que sigue señala esto: La devastó el jabalí del bosque, y la bestia solitaria la devoró (Ibid., 14). Y en los posteriores dice: Y no dijeron los que pasan por el camino: Bendición del Señor sobre vosotros (Salmo CXXVIII, 8); porque quien pasa, y no se detiene en los atrios del Señor, no da bendición. Así, por tanto, los judíos movían la cabeza sobre el Señor Jesús, para pasar de largo, quienes no podían tener un firme y sólido vestigio de fe. Movían, sin embargo, su cabeza, de quienes Cristo debía ser la cabeza, a quien no debía mover ni derribar la perfidia de los judíos. Pero porque no quisieron ser miembros de Cristo, por eso Cristo no fue su cabeza. Tampoco era la Ley su cabeza, porque eran despojados incluso de la Ley por el

pueblo de las naciones. No fue para ellos cabeza la palabra de Dios; porque habían perdido a los profetas, y no tenían apóstoles. Esto se ha dicho de la reprensible conmoción de la cabeza. Sin embargo, hay también una conmoción de cabeza laudable: reprensible para los judíos, laudable para el pueblo de las naciones. ¿Qué es, pues, la cabeza, sino en la que están los sentidos? Pues los ojos del sabio están en su cabeza; que deben moverse los ojos, es decir, los sentidos de tu mente, para que no se adormezcan por alguna pereza. Mueve, por tanto, tu prudencia, mueve tu sabiduría, mueve tus pensamientos con la comparación de los discursos celestiales, y la discusión de las palabras proféticas; para que no peques en el Testamento de Dios, sino que la fe sea firme. Pues hay herejes que mueven sus sentidos, para excitar, sin embargo, la perfidia, no la fe.

61. Pero ya más expresamente sobre esa misma conmoción de la cabeza que se ha puesto en semejanza del pueblo, debe decirse. ¿Quién es la cabeza de los pueblos, sino Cristo? Pues la cabeza de la mujer es el varón, la cabeza del varón es Cristo. Pero también la Ley es la cabeza de la mujer inteligible. Finalmente, bajo la Ley está el pueblo de los judíos como bajo un varón; porque la Ley se dice νόμος en griego; y por eso la Sinagoga está unida al νόμος como a un masculino, pero a la Ley corporal, no espiritual; esto es, al rito de la Ley judía, a cuyos vínculos está ligada, ignorando los sacramentos legítimos del matrimonio. Pero si la Ley ha muerto, esto es, la interpretación corporal de la Ley; entonces el pueblo, como si su primer esposo hubiera muerto, legítimamente se casará con un segundo varón, que ha resucitado de entre los muertos. También es cabeza de esta mujer el Evangelio. De donde algunos, interpretando mística, han querido que, muerto el rito judío, como al hermano del difunto, la mujer se case con el Evangelio según la Ley; porque la Ley ha anunciado el Evangelio. Por eso la primera Ley es el varón, después las nupcias del segundo varón, esto es, los sacramentos del Evangelio. Pues dos matrimonios, dos son los Testamentos. Un matrimonio es el Antiguo Testamento, que se disolvió con la muerte del primer varón. Y por eso aquella mujer a quien la Ley ha muerto, correctamente entra en un segundo matrimonio, esto es, el Nuevo Testamento. Así se une a dos hermanos, a quien los pecados anteriores mueren, después se renuevan mejores sacramentos. Esto nos lo expuso claramente el Apóstol diciendo: Porque la mujer que está bajo el varón, mientras el varón vive, está ligada a la ley; esto es, a la ley de su varón, para que le deba castidad: Pero si el varón ha muerto, está libre de la ley del varón; esto es, para que se case con quien quiera, siempre que, muerto el varón, se case; porque viviendo el varón, dice, será llamada adúltera si se une a otro varón: pero si su varón ha muerto, está libre de la ley del varón, de modo que no sea adúltera si está con otro varón (Romanos VII, 2 y 3). Este sacramento también pertenece a Cristo y a la Iglesia, lo ha demostrado también en otro lugar porque es un gran sacramento (Efesios V, 32). Aquí tampoco lo omitió diciendo: Así que, hermanos míos, también vosotros habéis muerto a la Ley por el cuerpo de Cristo; para que seáis de otro, que ha resucitado de entre los muertos (Romanos VII, 4). ¿Cómo has muerto a la Ley, sino para que la sombra de la Ley muera para ti, cuando te acercas a los sacramentos celestiales? Pues no debes acercarte de otro modo al Evangelio; sino libre de los impedimentos de la interpretación corporal. De lo contrario, es adulterio mezclar lo verdadero con lo falso: pero la castidad espiritual, si tu alma despojada de todos los impedimentos del conocimiento desviado, se acerca sin arruga a la palabra de Dios. Así que como la cabeza de la Iglesia es Cristo, así también la cabeza de la Sinagoga es la Ley; esto es, para aquellos que están bajo la Ley, por quienes el apóstol se hizo estar bajo la Ley, cuando no estaba bajo la ley; para ganar a aquellos que están bajo la Ley. Y nuevamente se hizo doctor de las naciones, como si él mismo estuviera sin Ley; para adquirir para Cristo a aquellos que estaban sin Ley. Pero dijo bien que no estaba sin la Ley de Dios, y permanecía en la Ley de Cristo (I Corintios IX, 21).

62. Pero la Ley no es la cabeza de la Sinagoga desde el principio; porque Cristo era la cabeza de la antigua Sinagoga, que Moisés fundó y estableció. Finalmente, escucha decir que fue fundada por la palabra del Señor. Por la fe, dice, Moisés, hecho grande, negó ser el nieto del rey Faraón. Prefirió compadecerse de los afligidos, que deleitarse con lo temporal: y consideró y prefirió mayores riquezas que los tesoros de Egipto, el oprobio de Cristo. Pues miraba la recompensa de las promesas de Dios (Hebreos XI, 24 y ss.), que es la gracia de la resurrección. Pero donde por la perfidia de los judíos murió la Palabra de Dios para los infieles, y cayó de los corazones de los judíos; el entendimiento espiritual de la ley murió, y la Sinagoga se casó con el rito corporal, y la observancia de la perfidia. Pero no fue aquella sobriedad de las nupcias espirituales, sino adulterio de castidad. Por eso la Sinagoga no pudo ser libre, que se casó mal, y no creyó que la resurrección de Cristo sería futura. De donde bien se casó con la Iglesia, a quien según la sagrada dispensación según la carne Cristo murió; para que aquella alma judía que antes había estado ligada al pecado, por la muerte de Cristo fuera absuelta del vínculo de los delitos. No se casa, por tanto, la mujer con otro varón, sino ha muerto su varón; esto es, a menos que haya sido absuelta del vínculo del amor legítimo. Pero si su varón ha muerto, está libre.

63. Ciertamente estaba obligada por la Ley, para que se uniera al hermano de su propio esposo; si su marido no le hubiera dejado descendencia (Deuteronomio XXV, 55). Este vínculo lo ataba más la interpretación de la letra, que la gracia espiritual. Finalmente, el hermano del difunto tenía en su voluntad, que si no quería, no tomara a la esposa de su hermano para resucitar la descendencia del difunto. De donde se le ordenaba desatar su calzado, para que estuviera libre del vínculo de su unión, que había mostrado ajena a su gracia. Pues así está escrito, que el hombre desataba su calzado, y lo daba a su prójimo diciendo: Esto será en testimonio en Israel. Y decía el pariente: Tómallo, y adquiérello para ti. Y desataba su calzado. También decían los presentes: Que el Señor te dé una esposa, que entra en tu casa, como Raquel y como Lía, que ambas edificaron la casa de Israel, e hicieron virtud en Efrata (Rut IV, 7, 8, 11). Pero esto, según la interpretación de la letra, ataba al judío. Sin embargo, era figura, que Cristo vendría a la tierra, quien resucitaría la descendencia del pueblo difunto. Con razón del hermano: porque se ha dicho: Anunciaré tu nombre a mis hermanos (Salmo XXI, 23); y: Cuyos padres, y de los cuales es Cristo según la carne (Romanos IX, 5). O porque el Evangelio operaría la reparación de la Ley difunta en los descendientes; para que la descendencia que la Ley no había dejado, el tenor del Evangelio la resucitara.

64. No es de extrañar, por tanto, si movieron su cabeza con mala interpretación; para que ellos mismos perturbaran su sabiduría, el autor de su salvación: o ciertamente moviendo su cabeza, fuera causa de conmoción de cabeza no para pocos; sino para los pueblos. Esta conmoción de cabeza se hizo: puesto que su sonido salió a toda la tierra; para que toda la tierra fuera del Señor, y el reino del Señor fuera en las naciones. De donde también en los posteriores dice: El Señor reinó, enójense los pueblos: que se sienta sobre los querubines, muévase la tierra (Salmo XCVIII, 1). Lo que Aquila interpretó bien, para que dijera ἀλλάγμα; esto es, transmutación, que es de un lugar a otro, de Judea a los pueblos de las naciones. Lo que de esa lectura que está en el Evangelio, podrá manifestarse claramente, cómo la Ley se ha movido, diciendo la Escritura: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos. Todo lo que os digan, guardadlo y hacedlo: pero no hagáis según sus obras; porque dicen, y no hacen. Atan cargas pesadas, y las ponen sobre los hombros de los hombres: pero ellos ni con su dedo quieren moverlas. Todo lo hacen para ser vistos por los hombres (Mateo XXIII, 2 y ss.).

65. ¿Qué es, se sentaron los Escribas; sino que la letra se escribe? de donde también γραμματεῖς en griego se llaman escribas, siguiendo la interpretación de la letra, no el entendimiento del espíritu; pero la letra mata. Siguiendo, por tanto, la letra que mata, y resonando con esa misma denominación escribas: los fariseos, sin embargo, son, esto es, quienes están divididos de la unidad de la verdad; porque phares se interpreta división. Dividen, sin embargo, los fariseos de esta manera las palabras de la Ley, para que resuenen, y en ellas mediten: pero no ven los misterios espirituales de la Ley y los sacramentos. Pues si la Ley es espiritual, ciertamente los preceptos de la Ley son espirituales, y sus obras son espirituales. Enseñando, por tanto, lo que Moisés escribió, atan cargas pesadas a los corporales de la Ley (pues son pesadas las que son contrarias al yugo de Cristo) y por su enseñanza desviada imponen cargas pesadas a los oídos de los oyentes, que ellos mismos ni siquiera quieren mover, para que de los corporales de la Ley se muevan a las palabras espirituales de la Escritura. Pues así debe entenderse, porque no quieren moverlas con su dedo; esto es, ni siquiera con un pequeño punto y momento se trasladan al entendimiento espiritual. De aquí es también aquello que está escrito: Pero si en el dedo de Dios yo expulso demonios (Lucas XI, 20). ¿Qué es el dedo, lo interpreta la misma Escritura, que dice en otro libro del Evangelio: Pero si en el Espíritu de Dios yo expulso demonios (Mateo XII, 28). El dedo de Dios, por tanto, es el Espíritu de Dios; pues Dios es Espíritu, y no tiene en su sustancia nada corporal, sino que es todo Espíritu. En el Espíritu de Dios, por tanto, expulsa el demonio, quien en el dedo de Dios lo expulsa. De donde también el santo David dice: Porque veré tus cielos, obra de tus dedos (Salmo VIII, 4); esto es, tus cielos son obra de tu Espíritu, como también está escrito: Por la palabra del Señor fueron firmados los cielos, y por el espíritu de su boca toda su virtud (Salmo XXXII, 6).

66. Para concluir, por tanto, la discusión, los escribas y fariseos no refieren nada al hombre interior, que como él mismo fue hecho a imagen y semejanza de Dios; así en lo que piensa y medita, debe pensar más en lo que es espiritual, que en lo que es carnal. Todo, por tanto, lo refieren a aquel exterior, a aquel hombre terrenal: y por eso todas sus obras son tales, para ser vistas por los hombres; no para agradar al Padre, que ve en lo oculto. Pues temen revelar sus obras.

67. Esta es, por tanto, la conmoción de la cabeza que se hizo en los pueblos; o, como dijeron Aquila y Símaco, en las naciones; pues todas las naciones movieron su cabeza, para interpretar la Ley espiritualmente. Que nadie piense que será salvado según la letra de la Ley; porque la letra de la Ley tiene maldición: el espíritu trae bendición. Nadie puede ser justificado por las obras de la Ley; porque bajo maldición están todos, los que están bajo la letra. Huyan, por tanto, todos de la maldición de la Ley, y acudan a la gracia de la bendición; para que tengan bendición en los celestiales, en Cristo Jesús, que murió por nosotros, para que la fe pasara a las naciones: que aunque fue varón antes de la Sinagoga, no la abandonó, y nos redimió; pues no la abandonó, para que las reliquias fueran salvas: nos redimió eligiendo a los pueblos de las naciones. Esta elección de las naciones es, por tanto, salvación para los judíos; pues las reliquias no fueron salvas por sus obras, sino por la elección de la gracia. La gracia de Cristo es, por tanto, la que nos redimió, y vivificó las reliquias. Se hizo, sin embargo, conmoción de cabeza en las naciones: pero de esta conmoción no fue poca la gracia de la mutación que los judíos soportaron, cuyas reliquias fueron salvas.

68. (Vers. 16.) Sigue: Todo el día mi vergüenza está contra mí: y la confusión de mi rostro me ha cubierto. ¿Qué significa que a veces este salmo se dice desde la perspectiva de una persona, y a veces desde la de muchas? Pues desde el principio comenzó con muchos, como es: Dios, con nuestros oídos hemos oído, y lo que sigue (Supra, vers. 2 y sig.). Luego dice: Tú

eres mi Rey y mi Dios. De nuevo: En ti venceremos a nuestros enemigos. Y después: No confiaré en mi arco; y: En Dios seremos alabados todo el día; y: Todo el día mi vergüenza está contra mí. ¿Qué significa este cambio, que se repite frecuentemente en los salmos; como también en el salmo ciento ocho dice: Dios, no calles mi alabanza; porque la boca del pecador y la boca del engañador se ha abierto contra mí (Sal. CVIII, 2). Esto de uno, sigue de muchos: Hablaron contra mí con lengua engañosa... y pusieron odio por mi amor (Ibid., 3 y 5). Luego de uno: Pon sobre él al pecador (Ibid., 6). Lo que parece en el salmo ciento ocho referirse de una manera al pueblo de los judíos, y de otra a Judas el traidor. Cuando se dice en plural, al pueblo: cuando en singular, a Judas. Aquí también podemos decir, cuando se dice en plural, a los santos: cuando en singular, a nuestro Señor Jesucristo; porque se puede considerar que habló el Profeta tanto por muchos como por sí mismo. Y por eso diría: Mi vergüenza está contra mí; que se dice ἐντροπή; ἐντροπή es, cuando alguien quiere infundir vergüenza a otro, para que cambie su propósito, como es: Descienda ahora de la cruz, y creeremos en él: confió en Dios, que lo libre ahora (Mat. XXVII, 42 y 43). Hermosamente dice: Todo el día; porque la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo trajo luz al mundo. Por tanto, es el día de la Encarnación, del cual el mismo Señor dice: Caminad mientras tenéis la luz (Juan XII, 35); y: Abraham vio mi día (Juan VIII, 56). Por lo tanto, esta vergüenza tiene en sí confusión. Por eso también Símaco dice: Todo el día, dice, mi confusión está contra mí. ¿Y cuál es la confusión de Cristo, sino la cruz; que colgó desnudo en ella? Y bien, todo el día; porque desde que fue clavado en la cruz, hasta la hora novena hubo tinieblas: y después de la hora novena la luz resplandeció hasta el atardecer. Este día es el primero de tres. Sin embargo, también el coro de los santos puede hablar de sí mismo en plural y en singular; pues el coro tiene como una persona singular, pero es el número de muchos; como es aquello: Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí (Isaías XXIX, 13).

68. ¿Y cuál es la confusión que cubrió al Señor Jesús, cuando los pecados causan confusión; pues son ellos los que cubren al pecador: pero él no cometió pecado? Pero así como hay una confusión que lleva al pecado, así hay una confusión que borra el pecado; como la confusión de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual los pecados son limpiados. También hay toda confusión buena, que soportas por el nombre de Cristo, y es muy gloriosa; si, por ejemplo, en la persecución hay una ley, para que el cristiano sea azotado, para que pierda su dignidad, para que carezca de privilegio, para que sea llevado a prisión. Esta confusión, aunque no tiene privilegio, tiene la gloria de la piadosa confesión. También hay confusión de Cristo, como él mismo dice: Quien se avergüence de mí ante los hombres, yo también me avergonzaré de él ante mi Padre, que está en los cielos (Mat. X, 33). Buena, por tanto, es la confusión. Sin embargo, para muchos esta confusión de Cristo es amarga; esto es, para los no creyentes: agradable para los creyentes.

69. (Vers. 17.) Ya sea que quieras entender la confusión de Cristo en su cruz, que a los judíos les parecía ser confusión, quienes se burlaban de él; como si Cristo se avergonzara en esa obra, en la que obraba la salvación pública: o también esta confusión, que parecía ser infligida, por la voz del que reprocha y habla mal: por la presencia del enemigo y del perseguidor. Pues se avergonzaba de que su pueblo elegido hubiera caído así, y se confundía ante el Padre por ellos, cuyo fin había llegado; pues el Padre estaba presente con el Hijo, de quien el Hijo nunca puede separarse. Y por eso el Padre escuchaba decir a los judíos: He aquí, vuestra casa os será dejada desierta (Mat. XXIII, 38).

70. Sin embargo, hay quienes también se glorían en su confusión; como aquellos de quienes dice el Apóstol: Porque su gloria es su confusión (Filip. III, 19); a quienes es contraria la gloria de Cristo, quien aceptó la cruz, y no rehuyó la confusión. La cual nosotros tampoco debemos temer, ni evitar por miedo o desdén; para que el pecado no nos traiga, lo que puede

traer la gracia de la vida. También hay gloria en la confusión, como si te encuentras con muchos gentiles, o filósofos, y ellos te reprochan la cruz de Cristo, y no puedes responder con palabras, ni nadie escucha palabras saludables de quien las refiere, hay confusión; pero por la voz del que reprocha y habla mal: por la presencia del enemigo y del perseguidor. Y por eso no respondas al insensato según su insensatez: sé como un hombre mudo y silencioso, y como si no escucharas las palabras de los que insultan y hablan mal; no porque no puedas responder, sino porque no debes responder. Pues hay tiempo para todo: tiempo de callar, y tiempo de hablar. Debes callar, cuando no encuentras un oyente dispuesto: debes hablar, cuando el Señor concede la lengua de la enseñanza; para que tu palabra obre en los afectos de los oyentes. Pero, ¿cómo te escuchará, quien te habla mal porque no quiere escuchar tu palabra saludable? ¿O cómo te obedecerá, quien es perseguidor, y quiere reivindicarte para sí? O, como dijo Aquila, o Símaco, para vengarse y castigarte, porque la herencia de Cristo parece haber sido transferida a las naciones. Por tanto, esta confusión está lejos de la confusión y el oprobio del pecador. Pues la conciencia de este se ilumina, quien no ha olvidado a su Dios: se confunde la de aquellos, cuyo ingenio se oscurece y perturba con el recuerdo de sus delitos.

71. (Vers. 18, 19, 20.) Y por eso bien conscientes de sí mismos dicen: Todas estas cosas vinieron sobre nosotros, y no te hemos olvidado, y no hemos actuado inicualemente en tu pacto. Y no se ha apartado nuestro corazón: y has desviado nuestros caminos de tu senda. Parece que el último versículo no concuerda con los anteriores. Pues, ¿cómo se desviaron aquellos, a quienes no les sobrevino olvido de la divinidad, ni conciencia de alguna iniquidad, ni negligencia alguna? Pero si consideras que el justo apenas se salva, entiendes ciertamente que a veces también vacilan sus pasos, y que el autor de su desviación parece ser Dios; porque él también permite que los justos sean frecuentemente tentados, para que sean más probados al ser instruidos por las tentaciones. ¿Quién es tan fuerte, que no se mueva en la tentación; a menos que el Señor esté a su lado como ayudador? De hecho, el mismo profeta David se turbó: porque dijo en su abundancia: No seré movido para siempre (Sal. XXIX, 7). ¿O quién es aquel a quien el lugar de aflicción, y la corrupción de la tierra no mueve; cuando la sentencia divina no ha exceptuado a nadie, que esté exento del ejercicio y del cansancio de esta tierra, a quien se le dijo: Maldita será la tierra en todas tus obras... espinas, dice, y cardos te producirá (Gen. III, 7, 18). De hecho, el mismo Pablo, vaso de elección del Señor, absuelto de la maldición de la antigua sentencia por la pasión del Señor Jesús, sin embargo, lamentó vehementemente ser llevado cautivo a la ley del pecado, y no encontró a nadie sino a Cristo de quien pudiera ser liberado; cuando la ley de su cuerpo y la sombra de la muerte lo apremiaban.

72. Hemos dicho el sentido: pero es conveniente que consideremos más expresamente cuál es el lugar de aflicción. ¿Es este mundo, que está puesto en el maligno: o es nuestra carne, en la que nuestra alma se humilla, mientras desciende a la sociedad de esta carne: o son las adversidades por las que somos ejercitados estando en este cuerpo, en el que gemimos cargados; porque no queremos ser desnudados, sino revestidos? Pues es un trabajo pesado mientras esperamos, para que lo mortal sea absorbido por la vida, de lo cual debemos despojarnos; pues se despoja con menor trabajo, que se absorbe. Y mira si hay esa diversidad entre el que se despoja, y el que espera ser absorbido por la vida. La gracia despoja, la penitencia absorbe: la sublimidad de la mente despoja, la diligencia absorbe. Pero, ¿cómo dudas que este sea el lugar de aflicción, cuando es el cuerpo de la muerte, en el que nos cubre también la sombra de la muerte? Y por eso siempre debemos atender a aquella lámpara, que es la palabra de Dios; para que sepamos cómo dirigir los caminos de nuestra alma y los pasos internos de la mente, para que la luz de las almas disuelva las tinieblas corporales.

73. Sin embargo, también la interpretación de Aquila ha expresado cómo debemos entender el lugar de aflicción, diciendo: Porque nos humillaste en el lugar de las sirenas. Para que no sea la carne en el vicio, o la naturaleza; sino aquellas cosas que hicieron que la carne sea corruptible. De hecho, las sirenas de las que la Escritura divina hizo mención en segundo (Isaías XIII, 21) y tercer lugar (Miqueas I, 9), la historia gentil relata que eran unas doncellas, que con la suavidad de su propia voz, con los encantos del canto, y el deseo de escuchar, atraían a los navegantes a acercar sus naves a la costa: y la antigüedad transmitió a la posteridad que, al seguir la gracia de la voz, solían naufragar en un lugar rocoso (Hom. Od., B). Su interpretación es esta, el placer de la voz, y una cierta adulación. Así, el placer del mundo nos deleita con una cierta adulación carnal para engañarnos. Así que allí no era la costa el vicio, sino la dulzura sonora, que hacía que no se evitara la aspereza de la costa: así no es la carne el vicio; sino aquellas cosas por las que esta carne es solicitada y fluctúa. De hecho, el mar, si no hay tempestad, está tranquilo: si la tormenta azota, es peligroso.

74. Y parece que la sentencia de los setenta varones concuerda con estas; cuando dicen que está escrito: Porque nos humillaste. De cuya interpretación debemos buscar testimonios en las Escrituras divinas. Pues dice en el Deuteronomio: Si sales, dice, a la guerra contra tus enemigos, y el Señor tu Dios te los entrega en tus manos, y tomas sus despojos, y ves en esa depredación a una mujer hermosa de aspecto, y cohabitas con ella (Deut. XXI, 10 y 11). Y más adelante: Si después no la quieres, la dejarás libre... porque la humillaste (Ibid., 14). Ves, por tanto, que no es por su naturaleza, sino quien le arrebató la integridad de su pudor, se dice que la humilló. La humillación, por tanto, es obra, por la cual esta carne se ha convertido en cuerpo de pecado, y lugar de aflicción. De nuevo en otro lugar: Si una virgen está desposada con un hombre, y un hombre la encuentra en la ciudad y duerme con ella, serán llevados ambos a la puerta de su ciudad, y serán apedreados: y morirá la joven, porque no clamó en la ciudad, ni invocó a un hombre que la socorriera: y el hombre, dice, porque humilló a la mujer de su prójimo (Deut. XXII, 23 y 24). Y aquí la causa de este discurso es la misma, para que se diga humillada por el corruptor. También tienes un tercer testimonio sobre este asunto, y más, si buscas. Sin embargo, escucha del mismo libro: Si alguien encuentra a una virgen, que no esté desposada, y forzándola duerme con ella, y es encontrado, el que durmió con ella dará al padre de la joven cincuenta denarios, y será su esposa, porque la humilló: y no podrá despedirla en todo tiempo, porque la humilló (Ibid., 28, y 29). La misma palabra se repite, para que entiendas que no parece que la condición de la carne nos humille, sino la culpa.

75. Sin embargo, no podemos negar que para muchos la carne se humilla, por el mismo lugar, por las mismas seducciones, también por la fragilidad que estuvo expuesta al error. Que, aunque no fue engañada por un adversario mediocre, la serpiente, tenía sin embargo una gracia no mediocre, antes de que el pecado se introdujera: Adán estaba en la presencia de Dios, florecía en el paraíso, resplandecía con gracia celestial, hablaba con Dios. ¿Acaso lo has leído humillado antes, sino después de que su propia transgresión lo humilló? De cuyo vicio transmitió la herencia hasta nosotros; para que estando en este cuerpo no queramos peregrinar fuera del cuerpo, y estar con Dios. Y por eso humillamos nuestra alma que anhela elevarse a Dios: pero este cuerpo corruptible pesa sobre el alma, y las moradas terrenales pesan, para que la mente devota a Dios frecuentemente se incline hacia el mundo, y no pueda someterse a Dios, porque la sumisión de sí misma la ignora la sabiduría de la carne, que envuelve nuestro afecto.

76. Diciendo estas cosas de nosotros, ¿qué diremos de la carne de nuestro Señor Jesucristo? Que ciertamente asumió la verdad de esta carne, y por eso se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 8). Atiende diligentemente, y considera cada cosa. Ve que voluntariamente asumió esta forma de nuestro cuerpo, y los servicios de tu servidumbre,

hecho a semejanza de los hombres: no a semejanza de la carne, sino a semejanza de los hombres pecadores; pues todo hombre está bajo pecado. Por eso también fue hallado en apariencia como hombre; como está escrito de él: Y es hombre, y ¿quién lo conocerá? (Jerem. XVII, 9). Hombre según la carne, pero más allá del hombre según la operación. Como hombre, dice, se humilló a sí mismo (Filip. II, 8); porque Dios vino a aquellos que habían sido humillados, para liberarlos. Él mismo, por tanto, se humilló por nosotros. Por tanto, su cuerpo no es cuerpo de muerte; pues es cuerpo de vida: ni su carne, sombra de muerte; pues es resplandor de gloria: ni en él hay lugar de aflicción; pues en ese cuerpo hay gracia de consolación para todos. Se humilló, para que aprendieras qué es la humildad. De hecho, escucha diciendo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Él se humilló, para que tú fueras exaltado; pues quien se humilla será exaltado. Pero no todos los que se humillan, serán exaltados; pues muchos son humillados por el crimen para su ruina. Sin embargo, el Señor fue humillado hasta la muerte; para que desde las puertas de la muerte fuera exaltado.

77. He aquí, ve la gracia de Cristo, ve sus beneficios. Después de que Cristo vino, esta carne que era sombra de muerte, comenzó a resplandecer por la gracia del Señor, y a tener luz propia; por lo cual también se dijo: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo (Mat. VI, 22). Pero ve de qué ojo habla; no del exterior, sino del interior: Si tu ojo, dice, es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso (Ibid.). Es ciertamente el ojo interior, que ilumina todo el cuerpo del hombre. También es el ojo interior, que quita la ceguera a todo el cuerpo; porque está escrito: Pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo será tenebroso (Ibid., 23). Ves en un hombre de dónde nacen las tinieblas, de dónde surge la luz. Tú mismo, por tanto, eres para ti oscuridad, o luz. La oscuridad es la iniquidad, las tinieblas son los pecados: la luz es la inocencia. Tú mismo, por tanto, eres para ti el autor de la injuria, o de la gracia: la operación divina no yerra. La luz está en ti mismo; porque tu infancia es inocente. La mente del hombre es pura antes del desliz de la adolescencia, y del error de la juventud. Tú mismo, por tanto, has hecho que las tinieblas sean lo que es luz. De hecho, el mismo ojo, es decir, el sentido del hombre, es tenebroso en el pecador, espléndido en el inocente.

78. No pasemos por alto lo que Símaco dice: Nos afligiste en un lugar desierto. Por eso somos afligidos porque a veces nos falta la protección celestial, y esta región está bajo maldición, o en el resbaladizo secular. Tampoco aún había bendecido el Señor nuestra tierra; y por eso trabajaban, ni se dirigía la mirada de los ojos espirituales hacia la luz de su piedad. Luego, porque el placer y la delectación del mundo frecuentemente se infiltran (Hom., Odys., M). Por lo cual no debemos atarnos y encadenarnos con los lazos de aquel hombre, ni cerrar los oídos con cera: sino apartar el oído siempre que alguien considere hablar cosas ajenas a la fe, y contrarias o adversas a nuestra utilidad; para que en ese discurso no nos cubra la sombra de la muerte: y si se dice algo así, sin embargo, debemos insertar la palabra de Dios, que ilumine los ojos de nuestra mente con el resplandor de la discusión.

79. (Vers. 21, 22.) Sigue: Si hemos olvidado el nombre de nuestro Dios, y si extendemos nuestras manos a dioses ajenos. ¿No requerirá Dios estas cosas? Aquila dijo: investigará estas cosas. Symmachus: ¿las encontrará? Porque Él conoce los secretos del corazón. Porque por ti somos entregados a la muerte todo el día: somos considerados como ovejas para el matadero. ¿Qué significa que dice: Dios requerirá? Como si al no requerir, ignorara: y así Dios requerirá tu olvido que se ha infiltrado, para eliminar todo rastro de él. Por eso Aquila dijo: investigará estas cosas. Pues ciertamente, quien conoce los secretos del corazón, ¿cómo busca, si incluso lo que está en el interior le es manifiesto? En efecto, ante Dios la conciencia de cada uno se revela, y el pensamiento del hombre ante Él se condena o se purifica. Finalmente, Aquila dijo

visiones del corazón, porque ve nuestro corazón, y todo nuestro pensamiento del corazón está a la vista de Dios, y la imagen de nuestros pensamientos resplandece ante Él. Bien dijo Aquila: En ti somos entregados a la muerte; porque morir en Cristo es arduo y glorioso: y en Él muere quien es coronado por su nombre con sagrada pasión. Pero, ¿por qué te sorprende que este versículo declare a Dios requiriendo los secretos del corazón; cuando en otro lugar has leído que Dios es el escudriñador del corazón? ¿Por qué también te sorprende si nuestras palabras no pueden explicar la majestad de la sustancia divina (Jerem. XVII, 20), cuando dice el Apóstol: No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, quien iluminará lo oculto de las tinieblas, y manifestará los consejos de los corazones: y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios (I Cor. IV, 5)? A menudo leemos las tinieblas del corazón en lugar de crimen; más bien, casi en todas partes. Mira, pues, que estas cosas sean lo oculto de las tinieblas, que son los secretos del corazón; y por eso han recibido el nombre de tinieblas, porque no son percibidas por otros, sino que permanecen ocultas. Y por eso el Señor en el día del juicio se dice que iluminará lo oculto de las tinieblas; porque el corazón de cada uno será manifestado, lo que antes era oculto: conocido solo por Cristo, quien sabiendo la gracia de su juicio dice: No hay nada oculto que no se manifieste (Mat. X, 26).

80. Sin embargo, hay muchas cosas que reprimimos por vergüenza, y para cumplir el mandato celestial, las mantenemos en afecto silencioso dentro de nosotros; para no parecer gloriarnos en lo que es nuestro, y al divulgar su fruto, comenzamos a perderlo. Son, sin embargo, los secretos de la sabiduría, que el apóstol Pablo, arrebatado al paraíso, escuchó: y porque no le era permitido al hombre hablar de ellas, las ocultaba en sí mismo: no porque envidiara a otros su uso o gracia; sino porque no le era permitido al hombre hablar, tal vez incluso al hombre escuchar no le era provechoso: que el Señor iluminará cuando llegue el tiempo de iluminar los secretos. Mira si también en el Evangelio encuentras alguna diferencia, donde dijo: Nada hay oculto que no se manifieste, ni escondido que no se revele (Ibid.). Sin embargo, eso apoya la interpretación anterior, para que creamos que ambos son de los buenos; porque está escrito: Conoce el Señor a los que son suyos (II Tim. II, 19). Por lo tanto, conoce a los suyos, y conoce a los que conocen a Dios: pero ignora a los que ignoran a Dios; porque quien ignora, será ignorado. El Señor, por lo tanto, reconoce lo que es bueno: lo que está lleno del conocimiento divino, lo que son los secretos de la sabiduría, el Señor lo conoce: pero rechaza lo que está lleno de iniquidad y pecado.

81. Finalmente, si consideras la persona de estos, a quienes ningún olvido del culto divino separó, para que extendieran sus manos a un dios ajeno, y no quisieron abrir sus almas, entenderás que en sus secretos no había alguna maldad, sino que contenían lo que era de inocencia; puesto que eran entregados a la muerte por el culto de Dios, y todo el día se movían en la muerte: como también se movía Pablo, quien dijo: Muero cada día por vuestra gloria (I Cor. XV, 31). Y verdaderamente Pablo moría cada día según la carne, en ayunos, en naufragios, en diversos peligros, en miserias constituidas: pero no moría del todo. Moría su hombre exterior, pero se renovaba el interior: y por eso no desfallecía, aunque era acosado por tantos peligros; porque aunque su hombre exterior se corrompía, el interior se renovaba día a día; porque la fe y la gracia de la operación iluminan el día de cada uno. Por eso ni el apóstol Pablo conocía la noche; porque quien se renueva, siempre está en la luz. ¿No te parece en la luz, quien contiene en sí la caridad de Cristo? Y por eso, seguro de la inmolación, no rehúye lo duro: ni ninguna persecución, ni hambre, ni espada puede separarlo de Cristo el Señor, a quien los lazos de la caridad divina atan.

82. (Vers. 23.) Sin embargo, mientras tanto, incluso en las buenas obras, la mente humana se turba y es sacudida por tentaciones. Sin embargo, esto también es de los justos, para que cuando se vean tentados, pidan ayuda; como los apóstoles en el Evangelio (Mat. VIII, 25),

cuando Cristo dormía en la nave, temiendo la tempestad de las olas, despertaron al Señor Jesús, para que alejara de ellos el temor. ¿No te parece que los santos apóstoles dijeron estos versículos: Levántate, ¿por qué duermes, Señor? Levántate, y no nos rechaces hasta el fin. Ciertamente, aunque la letra parezca diferir, concuerda el sentido. Ni siquiera estando en el cuerpo dormía así nuestro Señor Jesucristo, que ignorara la tempestad del mar, y que la tormenta de los vientos que se levantaba excediera su conocimiento por la profundidad del sueño. Dormía en el cuerpo, pero vigilaba con su poder. Y fue disposición que el Hijo de Dios, el Verbo de Dios, subiera a la nave: también subieran con Él sus discípulos: a quienes no permitió ser descuidados y negligentes, como seguros de la presencia y favor del Señor, se dispuso al sueño del cuerpo. Por lo tanto, con esa apariencia de sueño, el Verbo de Dios mostraba a los apóstoles que dormía para este mundo. Sin embargo, su poder y providencia vigilaban, que levantó la tempestad en el mar; para que la nave, casi cubierta por las olas que se levantaban, fuera conocida si se sostenían por la previsión de un consejo saludable, o si excedían el remedio. Pero en aquellos para quienes Jesús no dormía, vigilaba la fe: y por eso, levantándose, despertaron al Señor Jesús, diciendo: Señor, sálvanos, perecemos (Mat. VIII, 25).

83. Mira si también eso difiere del Evangelio, lo que leemos de Jonás (Jonás I, 5), quien dormía en el vientre de la nave, y roncaba: en el cual precedió la figura de la sagrada pasión. Así como Jonás dormía en la nave, y roncaba seguro, como si no temiera ser descubierto; así nuestro Señor Jesucristo, quien cumplió esa figura con el sacramento de su muerte, en el tiempo del Evangelio durmió en la nave: y así como él estuvo tres días y tres noches en el vientre del pez; así el Hijo del hombre estuvo tres días y tres noches en el corazón de la tierra, en la pasión de su cuerpo. Quien cuando se levantó de la muerte, y relajó el sueño de su cuerpo, para resucitar por la salvación de todos, visitó a los discípulos. Este es, por lo tanto, el verdadero Jonás, quien ofreció su alma como redención por nosotros. Por eso, fue levantado y enviado al mar, para ser recibido y devorado por el pez, para que, puesto dentro del vientre del pez, vaciara sus entrañas. De qué pez se dice esto, escucha a Job diciendo: Quien tiene, dice, un gran pez para devolverlo cautivo (Job III). ¿Quién es este? Sin duda lo reconoces, cuando lees que nuestro Señor Jesucristo llevó cautiva la cautividad; pues habiendo vencido al adversario y enemigo, nosotros que éramos cautivos, comenzamos a poseer la libertad por Cristo (Ephes. IV, 8).

84. Finalmente, la misma oración del santo Jonás enseña que son misterios de la pasión del Señor, cuando dijo: Clamé, dice, a mi Señor en mi tribulación, y me oyó desde el vientre del infierno (Jonás II, 3). Ves que dijo el vientre del infierno, no del pez? Sin embargo, el Señor no descendió al pez, sino al infierno; para que también aquellos que estaban en el infierno fueran liberados de las cadenas perpetuas. Finalmente, muchos también resucitaron. ¿Qué ríos rodearon a Jonás, o de qué abismo dijo Jonás: El abismo me rodeó hasta el final, hundió mi cabeza en las grietas de las montañas; descendí a la tierra, cuyas cerraduras son eternas (Ibid., 6 y 7)? Sin duda, esto no se ajusta a la persona de Jonás, y conviene. Sin embargo, el Hijo de Dios descendió a las grietas de las montañas, cuando descendió al sepulcro; pues José mismo, como enseña el Evangelio (Mat. XXVII, 60), lo puso en su nuevo sepulcro, que había excavado en la roca, y rodó una gran piedra a la entrada del sepulcro. Finalmente, en otro libro: Lo puso, dice, en un sepulcro excavado, en el cual aún no había sido puesto nadie (Juan XIX, 41).

85. ¿Quién es, entonces, quien con voz de alabanza y confesión sacrificó al Señor; sino el Príncipe de todos los sacerdotes, quien también hizo votos por todos y los cumplió? Solo él tuvo poder sobre su propio ser. Así como Jonás fue enviado al mar, y el mar se calmó de su conmoción; así nuestro Señor Jesucristo vino a este mundo, para ganar al mundo, y con su

sangre pacificar todas las cosas, ya sean terrenales o celestiales. Con su venida, por lo tanto, redimió a todos los hombres; y provocó el culto a Dios con sus obras, cuando resucitaba a los muertos, sanaba a los enfermos, infundiendo el temor de Dios en los afectos humanos. Él es quien sacrificó al Señor un sacrificio de salvación por nosotros, y ofreció a Dios las dignas ofrendas de nuestra conversión; él es quien durmió, y despertó.

86. Debemos, por lo tanto, tener cuidado de que no duerma para los pecadores; pues parece dormir para aquellos a quienes no ha resucitado, y a quienes rechaza hasta el fin. ¿Quién es, entonces, quien es rechazado; sino quien se aleja del Señor, porque no se aleja del cuerpo? ¿Cómo pueden agradar a Dios los que están en la carne? Y por eso no estemos en la carne, sino en el espíritu: unámonos al Señor Jesús, quien dice que fue rechazado en el salmo ochenta y ocho por nosotros. Pero tú rechazaste por nada, Señor, pospusiste a tu Cristo, destruiste el pacto de tu siervo (Sal. LXXXVIII, 39 y 40). Por lo tanto, fue rechazado en nosotros, hecho oprobio para sus vecinos; pues él soportó el oprobio de la cruz, para que nos revistiera de la gloria de su resurrección. Parece rechazado, como muerto; y cubierto de confusión, como crucificado: pero bendito es por siempre, quien quitó la maldición, y adquirió la gracia de la bendición.

87. (Vers. 24.) Sigue: ¿Por qué apartas tu rostro? Creemos que Dios aparta su rostro de nosotros, cuando estamos en algunas aflicciones; para que las tinieblas se derramen sobre nuestro afecto, con las cuales impedidos no podamos absorber con nuestros ojos el resplandor de la verdad. Pues si Dios atiende a nuestro ingenio, y se digna visitar nuestra mente, estemos seguros de que ninguna cosa puede cubrimos de oscuridad. Pues si el rostro del hombre resplandece más que las otras partes del cuerpo, y a quienquiera que miramos, ya sea desconocido lo reconocemos, o conocido lo reconocemos, a quien nuestra mirada no permite ocultarse; ¡cuánto más el rostro de Dios ilumina a quien mira! De quien, como son las demás cosas de Él; así también esto es claro en el santo Apóstol, quien verdaderamente es intérprete de Cristo, para que lo infundiera en nuestras mentes con un sentido y discurso más adecuado; de donde dice: Porque Dios, que dijo que de las tinieblas resplandeciera la luz, ha brillado en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo Jesús (II Cor. IV, 6). Por lo tanto, hemos oído dónde resplandece Cristo en nosotros. Es el resplandor eterno de las almas, que el Padre envió a la tierra, para que iluminados por su rostro, podamos contemplar las cosas eternas y celestiales, que antes estábamos oscurecidos por la niebla terrenal. ¿Qué puedo decir de Cristo; cuando incluso el apóstol Pedro dijo al cojo desde el vientre de su madre: Mira en nosotros (Hechos III, 4); quien miró a Pedro, y fue iluminado por la gracia de la fe? Pues no habría recibido el remedio de la salud, si no hubiera creído fielmente. Por lo tanto, con tanta gloria en los apóstoles, al oír que el Señor Jesús pasaba, Zaqueo subió a un árbol; porque pequeño y diminuto en la multitud no podía verlo. Vio a Cristo, y encontró la luz. Lo vio, y quien antes robaba lo ajeno, dio lo suyo. Con razón, por lo tanto, dicen estos: ¿Por qué apartas tu rostro?

88. O tal vez se dice por esto; porque el advenimiento de Cristo hacía esperar a los que lo deseaban. Pues Él es el rostro del Padre, quien es la imagen y gloria de Dios. Ciertamente, si no lo tomamos como el sacramento de su Encarnación, también lo usan correctamente los santos diciendo: ¿Por qué apartas tu rostro? es decir: Y si apartas, Señor, tu rostro de nosotros, sin embargo, está sellada en nosotros la luz de tu rostro, Señor. Lo tenemos en nuestros corazones, y resplandece en el afecto más íntimo; pues nadie puede subsistir, si tú apartas tu rostro. Pues todos esperan de ti, para que les des su alimento a su tiempo. Dándoles tú, recogerán: abriendo tú tu mano, todos se llenarán de bondad: pero apartando tú tu rostro, se turbarán. Quitarás su espíritu, y perecerán, y se convertirán en su polvo. Enviarás tu espíritu, y serán creados: y renovarás la faz de la tierra (Sal. CIII, 27 y sig.). Reconoces cuál

es el alimento que Dios suministra a los hombres? Él mismo es el alimento que según la voluntad del Padre, su unigénito Hijo, nuestro Señor, se deleita; como Él mismo dice: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre, que está en los cielos (Juan IV, 34). Este alimento es para nosotros saludable, y todas las cosas de Dios son saludables.

89. Oyes algunos miembros de Dios, reconoce las virtudes. Pues su mano es la plenitud de la bondad: su rostro es la iluminación de la mente. Y por eso siempre esperemos de Él, dirijamos a Él nuestros votos y todos nuestros esfuerzos: no desesperemos, aunque corporalmente no podamos verlo; pues tampoco desesperó Moisés, a quien se le dijo: No puedes ver mi rostro; porque no verá mi rostro el hombre, y vivirá. Y añadió: He aquí un lugar junto a mí, estarás en la roca: y cuando pase mi gloria, te pondré en la hendidura de la roca, y te cubriré con mi mano, hasta que pase; y quitaré mi mano, y verás mis espaldas: pero mi rostro no podrás ver (Éxodo XXXIII, 20 y sig.). Por lo tanto, el rostro de Dios no es visto por el hombre. Sin embargo, hay un lugar donde Dios se muestra al hombre por la fe. Este es el lugar junto a Dios: y por eso, si permanecemos en la roca, es decir, en la conciencia de esta carne, y en la firmeza de la fe; aunque no podamos ver su plenitud, como podemos, casi como reliquias de su luz, la absorberemos. Pues Moisés no vio toda la plenitud de su divinidad, que habita en Cristo corporalmente: pero vio las espaldas de Cristo, vio su esplendor como hombre, vio su gloria de la pasión, por la cual nos abrió el reino celestial.

90. Sin embargo, Aquila: ¿Por qué escondes tu rostro?, puso; pero también los demás, lo que parece convenir con las palabras de Moisés, quien dijo: Muéstrate a mí (Éxodo XXXIII, 13), como si dijera: No escondas tu rostro de mí, sino más bien muéstrate al que desea verte.

91. Y añadió: ¿Olvidas, dice, nuestra pobreza, y nuestra tribulación. De qué pobreza dice el santo Profeta que ha caído en el olvido de Dios? O ¿cuál es esta pobreza, que se queja de haber sido olvidada por nuestro Dios y Señor? No es esta una pobreza ociosa; a menos que tal vez sea aquella que ha tenido a Dios como protector y remunerador. Pues si hay una pobreza a la que se le abre el reino de los cielos, correctamente estos consideran que su pobreza ha caído en el olvido divino, quienes lamentaban que su alma estaba humillada en el polvo, y decían que su vientre estaba pegado a la tierra. Pues quienes están pegados a la tierra, parecen estar privados de la protección divina. ¿Cuál es, entonces, esta pobreza, escucha: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Si, por lo tanto, es bienaventurada la pobreza, a la que se le abre el cielo, descuidemos estas riquezas terrenales, evitemos la abundancia corporal. Sigamos las huellas de los apóstoles, ante cuyos pies cada uno lo que tenía de dinero del precio de sus campos lo traía, para que se distribuyera a los pobres. Esta pobreza evangélica, por lo tanto, estos santos hombres comenzaron a practicar mucho antes; y por eso decían: Olvidas nuestra pobreza. Esto es como aquello apostólico: He aquí que hemos dejado todo, y te hemos seguido (Mat. XIX, 27). Buena, por lo tanto, es la pobreza, que procede de la piedad, y es recibida en el ejercicio de las virtudes.

92. No solo su pobreza, sino también su tribulación se quejan de que ha caído en el olvido de Dios. Buenas son también las tribulaciones que son propias de los justos, quienes no las soportan por sus méritos, sino por piedad: en las cuales el justo no es oprimido, sino ensanchado, como declara el santo Profeta diciendo: En la tribulación me ensanchaste (Sal. IV, 2). Y el mismo Señor Jesús dice: En la tribulación invoqué al Señor, y me oyó en la amplitud (Sal. CXVII, 5). Ensanchó al santo apóstol Pablo, cuando le quitó la luz de los ojos; pues así confesó a Cristo, a quien antes negaba. Por eso mereció ser vaso de elección. Finalmente, para que sepas que el Señor Jesús ensanchó a Pablo, escucha al mismo Apóstol diciendo: Nuestra boca está abierta a vosotros, oh corintios, nuestro corazón está ensanchado

(II Cor. VI, 11). Abre, por lo tanto, tu boca, confiesa a Cristo; porque es plenitud: donde hay plenitud, también hay amplitud. Y como buen maestro que desea tener discípulos iguales, también nos exhortó a que nos ensanchemos, diciendo: Ensanchaos también vosotros (II Cor. VI, 13).

93. Cuando Dios en alguna tribulación ensancha; entonces se produce la amplitud del corazón, como la arena del mar innumerable. ¿Cuál es esta amplitud? Escucha al santo Salomón diciendo: "Deseé, y se me dio el entendimiento; invoqué, y vino a mí el espíritu de sabiduría" (Sab. VII, 7). Pues para recibir la sabiduría de Dios, no pidió riquezas, ni nobleza, ni poder; sino que pidió sabiduría, y en ella encontró todo lo que no había pedido. Por eso la Escritura dice que tal era la amplitud de su corazón, como la arena del mar innumerable (III Reg. IV, 29). De donde percibas esta amplitud, dice de sí mismo reconociendo: "En la amplitud de tu corazón descríbela" (Prov. VII, 3). Y por eso quien tiene sabiduría, no la mantenga oculta, no por un momento; sino que la cante al salir: en todas partes lo que siente, con autoridad lo predique.

94. Sin embargo, Símaco en lugar de tribulación puso aflicción. Sea aflicción o tribulación, es necesario que permanezcamos en el Señor, y no nos alejemos de Él; porque con el Señor como protector y asistente, podemos soportar valientemente toda lucha. Pero si descuidamos al Señor, y nos alejamos de Él, hacemos de nosotros un adversario más fuerte.

EXPOSICIÓN SOBRE EL SALMO XLV.

925 PREFACIO.

1. (Vers. 1.) El título de este salmo está inscrito así: "Al final, para los hijos de Coré, para los ocultos, salmo de David". ¿Qué significa "para los ocultos"? Que tuvo conocimiento de los ocultos por la revelación del Señor Jesús, también lo recuerda el santo Profeta en el salmo cincuenta diciendo: "Me manifestaste los secretos y ocultos de tu sabiduría" (Sal. L, 8). Y cuáles son esos ocultos, se nos enseña en el santo Evangelio, cuando el Hijo de Dios dice que los misterios de la sabiduría están ocultos a los sabios y revelados a los pequeños (Mat. XI, 25). Estos son, si no me equivoco, los que ojo no vio, ni oído oyó, ni subieron al corazón del hombre: los que el Señor preparó para los que lo aman. Por tanto, en el secreto de nuestro corazón guardemos los ocultos de la sabiduría, no los divulguemos temerariamente a algunos; salvo a los consortes de los sacramentos, a quienes el Señor ha llamado a su gracia, quien quiere ser rogado en secreto; porque solo Él conoce lo oculto y escondido.

2. De hecho, el mismo Señor Jesús quiso que solo Moisés, aunque no sin Jesús, subiera al monte para recibir la Ley. También en el Evangelio reveló solo a Pedro, Juan y Santiago, de entre todos los discípulos, la gloria de su resurrección (Mat. XVII, 1). Así quiso que su misterio fuera oculto: y frecuentemente advertía que no anunciaran fácilmente lo que habían visto; para que nadie más débil cayera en escándalo, quien con mente vacilante no pudiera captar la fuerza de los sacramentos. De hecho, el mismo Pedro no sabía lo que decía, quien creía que debían hacerse tres tiendas para el Señor y sus siervos. Luego no pudo soportar el resplandor de la gloria del Señor transfigurándose: sino que cayó en tierra, y también cayeron los hijos del trueno, Santiago y Juan, y una nube los cubrió; y no pudieron levantarse hasta que Jesús vino, los tocó y les ordenó que se levantaran y dejaran el miedo. Entraron, pues, en la nube, para conocer lo escondido y oculto; y allí escucharon la voz de Dios diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco: a Él escuchad" (Mat. XVII, 5). ¿Qué significa "Este es mi Hijo amado"? Esto es, no te equivoques, Simón, al pensar que el Hijo de Dios

debe ser comparado con siervos: "Este es mi Hijo"; no es hijo Moisés, no es hijo Elías; aunque uno abrió el mar, el otro cerró el cielo. En la palabra del Señor ambos vencieron la naturaleza del elemento: pero ellos prestaron servicio, este es quien solidificó las aguas, cerró el cielo con sequedad, y cuando quiso, lo resolvió en lluvias. Donde se adquiere el testimonio de la resurrección, los ministerios de los siervos dan su apoyo: donde se muestra la gloria del Señor resucitado, el esplendor de los siervos se oculta. Pues los mismos globos de las estrellas el sol naciente cubre, y todas sus luces se desvanecen bajo el sol del mundo. ¿Cómo, pues, bajo el eterno sol de justicia, y aquel resplandor divino, podrían verse las estrellas carnales? ¿Dónde están, pues, aquellas luces, que ante vuestros ojos brillaban con cierto milagro? Todo es tinieblas, en comparación con la luz eterna. Otros se apresuran a agradecer a Dios con sus ministerios: este solo es la verdadera y eterna luz, en quien el Padre se complace, o en quien me complazco; para que sea mío, lo que aquí hizo: y lo que yo hice, se crea con razón que es obra del Hijo. Escuchadlo diciendo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). No dijo: "Yo y Moisés somos uno". No dijo que él y Elías tuvieran alguna participación en la gloria divina. ¿Por qué preparáis tres tiendas? No tiene este tabernáculo en la tierra, sino en el cielo. Los apóstoles escucharon, y cayeron turbados por el miedo. Vino el Señor, y los levantó, y les ordenó que no dijeran a nadie lo que habían visto.

3. Guarda, pues, tus ocultos para aquel a quien David encomendaba sus ocultos diciendo: "Líbrame de mis ocultos, Señor" (Sal. XVIII, 13). Deben ser puras las moradas, en las que están los ocultos misterios de la piedad. Y por eso se te dice: "Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos... y en las plazas rebosen tus aguas, para que seas purificado con fuente de riego" (Prov. V, 15 y 16). Por eso se te dice: "Que tus lagares rebosen de vino" (Prov. III, 10). Por eso se dice: "En la tribulación me invocaste, y te libré, te escuché en el escondido de la tempestad: te probé en el agua de la contradicción" (Sal. LXXX, 8). Hay, en efecto, en las tribulaciones una cierta tempestad interna de los pechos, cuando hay luchas fuera, temores dentro. Hay agua de contradicción, cuando como con cierto ardor de sal amarguísimo fluctúan nuestros pensamientos, y no se apaciguan con la estabilidad de una definición en lo profundo de las mentes. Entonces la tempestad en lo escondido, entonces el agua de la contradicción, que solo puede ser calmada por la palabra de Cristo, quien nos perdona nuestros pecados, según lo que Él mismo se dignó decir: "Ya estáis limpios por la palabra que os he hablado" (Juan XV, 3). Habla, Señor Jesús: tu palabra es medicina, tu palabra es luz, tu palabra es ablución de nuestra suciedad, tu palabra es fuente. Tú hablas, y la culpa se lava.

4. Y porque de lo escondido de la tempestad, y del agua de la contradicción se ha traído el discurso, todo nos ha sido hecho la palabra de Dios. Se hizo carne, para salvar la carne; se hizo agua, para templar con su gracia el agua de la contradicción, y quitar la amargura de la impiedad. Por eso está escrito: "Agua profunda es la palabra en el corazón del hombre" (Prov. XX, 5). En otro lugar palabra, en otro lugar consejo; allí, en efecto, buen consejo, donde es buena la palabra de Dios. Y por eso la Ley te dice: "Cuídate, no sea que haya en tu corazón una palabra mala" (Deut. XV, 9); y diga Jesús: "¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?" (Mat. IX, 4). Pues Dios envió su Palabra, para sanar al hombre, no para perderlo. Esta Palabra es medicina, no castigo. Esta Palabra esté en tu corazón, y en tu boca: esta Palabra esté en los ocultos, donde el diablo acecha: entre la Palabra, salga el diablo. Pues si se infiltra el diablo, Cristo se retira; como se retiró de Judas después de que el diablo se sumergió en su corazón. Y tú, pues, di: "Líbrame de mis ocultos, Señor"; para que el diablo no aceche en los ocultos, como león en su guarida. Si guardas fiel y piadosamente los ocultos de Cristo, no podrá haber lugar para que el diablo aceche. Por eso en el salmo noveno David escribiendo sobre los ocultos sacramentos del Señor; que es la conversión de los pecadores, la

vocación de las naciones, el reino de Dios, la preparación del corazón, el juicio de los pobres, el sustento de los necesitados; antes de los ocultos de tu pecho y secretos, dice que el adversario debe ser exterminado: para que no se siente en los ocultos deseando matar al inocente. Por eso se te dice: "Entra en tu habitación, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en lo escondido" (Mat. VI, 6). Que tu oración descienda allí, donde la escuche quien escudriña lo escondido: allí encuentre tu paciencia, ya sea para cubrir la injuria, o para evitar la jactancia; pues el sabio oculta su injuria. Allí está el escondite de la sabiduría; "puso las tinieblas su escondite" (Sal. XVII, 12). Me buscarán los malos, y no me encontrarán (Prov. I, 28).

5. Por eso Abraham cavó un pozo, para que quien buscara agua, la encontrara: por eso cavó un pozo Isaac: por eso el Señor Jesús se sentaba junto al pozo; y había allí una fuente de Jacob. Se sentaba junto al pozo, para que buscaras, la Fuente está allí, donde está Cristo. Es fuente, para que las aguas rebosen para los que buscan; donde se laven todos los delitos de la carne, o se apaguen los incendios. Esta, pues, es la profundidad de la sabiduría y ciencia de Dios; para que los malos no la encuentren, los buenos la busquen, y en el estudio y meditación de adquirirla se ocupen. ¿Quieres saber cuán cierto es? Escucha las palabras de la misma sabiduría: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Luc. XI, 9). Llama, pues, a la puerta; porque Cristo es la puerta: llama a la puerta de la Palabra; para que se te abra para hablar el misterio de Cristo, y puedas encontrar los tesoros de la sabiduría escondidos en Cristo. En Él nos es la sabiduría, en Él nuestra vida está escondida; como afirmó Pablo (Col. III, 3), quien fue arrebatado hasta el tercer cielo, para escuchar cosas que al hombre no le es lícito hablar. ¡Cuánta es la disciplina de los ocultos! Es lícito saber al hombre, y no es lícito hablar. Saber es vida, hablar es muerte.

6. Conociendo, pues, que el fin de los ocultos, que en griego se dice σκοπὸς, es este, y su suma, para que los indignos no aprehendan la disciplina de la sabiduría: y quienes tienen deseo, pero con los méritos de la vida y la fe como apoyo, se esfuerzan por captar el conocimiento de los divinos sacramentos, y sudan en ejercicios cotidianos, para merecer alcanzar el fruto de su intención; leamos con más diligencia el noveno salmo y el cuadragésimo quinto, para que podamos comprender con mente fiel la sabiduría escondida en el misterio. Solo estos dos llevaron el título de los ocultos. Pero ya abordemos el salmo.

EXPOSICIÓN.

7. Dios es nuestro refugio y fortaleza. ¿Qué significa "nuestro"? Esto es, de aquellos que creemos en ti. Así también en otro lugar: "Señor, has sido nuestro refugio" (Sal. LXXXIX, 1). A nosotros, dice, creyentes, no a los incrédulos: a nosotros que buscamos, no a los que huyen de la verdad. Pues solo puede decir esto aquel que ha puesto su esperanza de salvación en la protección de Dios. Por tanto, has sido nuestro refugio, y nuestro refugio y fortaleza, que somos de los pueblos de las naciones. Los judíos te negaron, los judíos no te recibieron; y por eso te volviste a los gentiles, nos llamaste, y has sido nuestro refugio, y eres fortaleza para nosotros. ¿Quieres saber que se dijo de nosotros que somos de los gentiles? La cruz del Señor es para los judíos tropiezo, para los griegos necedad: pero para nosotros es poder de Dios y sabiduría (I Cor. I, 18). Y más adelante: "De Él sois vosotros en Cristo Jesús, quien se hizo sabiduría para nosotros de Dios" (I Cor. I, 30). Ciertamente Pablo no habló de los judíos, ni de los gentiles: sino de aquellos que convertidos al Señor Jesús proclaman al autor de su salvación. ¿Has huido, pues, a Cristo? No abandones el fundamento, no dejes a tu confirmador; para que quien te recibió, Él mismo te proteja, y el piadoso negociador de nuestras almas reconozca su mercancía.

8. (Vers. 2.) Ayuda en las tribulaciones que nos han encontrado en gran manera. Bien "en gran manera" responde a ambos, tanto para que en las tribulaciones que nos han encontrado en gran manera, como para que la ayuda en gran manera pueda ser entendida. Pues cuanto mayores sean las tribulaciones, tanto mayores y más vehementes ayudas nos son necesarias. Y por eso a menudo sucede, que en combates más graves y ásperos somos coronados: porque con lágrimas y gemidos y oraciones más frecuentes nos procuramos la ayuda de la eterna divinidad.

9. (Vers. 3.) Por lo cual no tememos, cuando nuestra tierra se turba, y se trasladan los montes; porque si tú estás por nosotros, ¿quién contra nosotros? No podemos temer las fragilidades de esta carne, que se rompe por el temor y el miedo, se inflama con las pasiones, se ablanda con la lujuria, se debilita con los placeres, se calienta con las fiebres, se aflige con el dolor, se desanima con las angustias. O cuando se trasladan aquellos montes al corazón del mar, de los cuales dijo el Salvador: "Si tuvierais fe como un grano de mostaza, no solo haréis esto de la higuera; sino que también si dijerais a este monte: Quítate, y échate en el mar; nada os será imposible" (Mat. XXI, 21). Este monte se lanzó al corazón de Judas, y turbó su mente con una grave tempestad, agitándola con las olas de diversas pasiones. Pues así como la fertilidad de las tierras se compara con el alma fecunda en buenas obras y frutos de devoción y fe, como el olor de Jacob, como el olor de un campo lleno; así también la inquietud del mar tempestuoso se figura con el alma de aquel que no sabe estar en paz, y con amargos pensamientos excita graves olas. De hecho, ni con su beso el Señor Jesús pudo templar la amargura del traidor Judas. El traidor recibió el beso, infundió veneno, infligió muerte: cuyo aguijón ciertamente Cristo embotó, pero solo el traidor no escapó. Y para manifestarnos claramente este monte, también en otro lugar cuando ordenó al demonio salir del hombre, a los apóstoles que preguntaban por qué no habían podido ellos expulsarlo, dijo: "Este género no sale sino con oración y ayuno" (Mat. XVII, 20). Y añadió: "Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Pásate de aquí allá" (Mat. XVII, 19), señalando con la mano cuál era ese monte, que la fe perfecta podía trasladar. Pues la fe perfecta se comparó al grano de mostaza, diciendo el Apóstol: "Si tuviera toda la fe, de modo que trasladara montes: pero no tengo caridad, nada me aprovecha" (I Cor. XIII, 2).

10. (Vers. 4.) También hay quienes distinguen así: "Y se trasladarán los montes"; para que siga: "En los corazones del mar sonaron, y se turbaron sus aguas: se conturbaron los montes en su fortaleza". No son buenas las aguas que suenan, y se turban, y no pueden ofrecer bebida. Son mejores las que pasan; como está escrito: "Entre los montes pasarán las aguas, y beberán todas las bestias del campo: recibirán los onagros en su sed" (Sal. CIII, 10 y 11). De hecho, cuando la legión de demonios pidió y recibió poder para entrar en los cerdos, se precipitó con gran ímpetu en el mar (Luc. VIII, 32): y aquellas aguas se turbaron con la precipitación de su rebaño. También en otro lugar el mismo David profeta lo puso así: "Te vieron las aguas, Dios, te vieron las aguas, y temieron" (Sal. LXXVI, 17); esto es, las buenas virtudes, que con el conocimiento del Verbo celestial son apacibles, no terribles con sonido y fragor. Pero de las malas virtudes, ¿qué dice? "Y se turbaron los abismos, la multitud del sonido de las aguas" (Sal. LXXVI, 17 y 18). Los abismos no ven a Dios, y por eso siempre están sujetos a turbaciones. Y explicó qué eran los abismos. "La multitud", dice, "del sonido de las aguas". Pues también aquella bestia Anticristo sube del abismo, para luchar contra Elías y Enoch, y Juan que por el testimonio del Señor Jesús son devueltos a la tierra, como leemos en el Apocalipsis de Juan: a quien se le dio boca para hablar grandes cosas, para que resonara contra Dios con llenas de furia injurias y sacrilegio (Apoc. XIII, 5 y sig.).

11. Sonaron, pues, las aguas, es decir, los espíritus inmundos, cuando se turbaron viendo las obras de Dios, temiendo que en la venida del Señor Salvador se acercara su juicio. Sonaron y

se turbaron las aguas en la pasión del Señor. Por eso se dijo: "¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas?" (Sal. II, 1). Y en otro lugar la Escritura dice: "Pereció su memoria con estruendo" (Sal. IX, 8). El diablo busca el sonido, Cristo el silencio. De hecho, "como cordero ante el que lo trasquila, así no abrió su boca" (Isa. LIII, 7). Y en otro lugar: "No clamará, ni gritará, ni se oirá su voz en la calle" (Isa. XLII, 2 y 3)... hasta que saque a la victoria el juicio (Mat. XII, 19 y 20). ¿Cuál es esta sino la victoria sobre la serpiente? En esta fortaleza del Hijo de Dios se conturbaron los montes; cuando el diablo y sus ministros vieron a los muertos resucitar. Estos son los montes que se turban: aquellos montes que se trasladan al paraíso, a quienes se les dice: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Luc. XXIII, 43). Y a otro a quien se le dice: "Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú sígueme" (Juan XXI, 23). Y Enoch que fue arrebatado; para que no se cambiara por la maldad del siglo.

12. Después de la pasión del Señor, ¿qué otra cosa debía seguir, sino que del cuerpo del Señor salió un río: cuando de su costado fluyó agua y sangre, con lo cual alegró las almas de todos; porque con aquel río lavó el pecado de todo el mundo? Hay también un río que salió de Edén, y rodeó toda la tierra, el Verbo de Dios con el cual se riega el paraíso inteligible, y toda alma es llamada a la gracia de Cristo, diciendo el mismo Verbo de Dios: "Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. Al que yo le dé agua, de su interior correrán ríos de agua viva" (Juan VII, 38 y 39). De aquel único Verbo de Dios manaron los cuatro ríos de la prudencia y la fortaleza, la templanza y la justicia. A uno, en efecto, por el Espíritu se le da palabra de sabiduría, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro gracia de curaciones en un Espíritu, a otro operación de virtudes... Pues todo esto lo obra uno y el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno como quiere (I Cor. XIII, 9 y sig.). Estos son los ímpetus del río, cuando se transfiere en la gracia de los ministerios de operación y virtud con espontánea división.

13. Con estos cursos del río celestial, la ciudad en la que habita Dios es regada; y el tabernáculo del Altísimo es santificado, toda alma que es habitada por Cristo; o aquel cuerpo que la Virgen engendró, del cual el ángel Gabriel dijo: "Y lo que nacerá de ti santo será llamado Hijo del Dios vivo" (Luc. I, 35). Buen tabernáculo, que ningún pecado pudo oscurecer. Admirable templo de Dios, y aula celestial, que no pudo ser corrompida, sino que resucitó al tercer día, levantada por aquel que parecía muerto. No es de extrañar, cuando Dios estaba en medio de su ciudad, y no fue conmovido, ya sea porque el Hijo de Dios no fue conmovido por la caída de ningún pecado, ni vaciló por la ofensa de ningún error, ni se inclinó por el impulso de la tentación corporal; o porque la gracia de Dios no abandonó su alma, sino que permaneció inseparable en ella, de modo que permaneció inmaculada de toda mancha de pecado. Por eso el Hijo de Dios dijo al Padre: "No dejarás mi alma en el infierno" (Sal. XV, 10). Por lo tanto, porque estaba presente en él y no pecó en la carne, dijo divinamente: "Yo en el Padre y el Padre en mí" (Juan XIV, 10). Y en otro lugar: "Fui entregado, y no salía" (Sal. LXXXVII, 9). Ciertamente no se apartaba de aquel a quien después dijo: "He resucitado, y aún estoy contigo" (Sal. CXXXVIII, 18). Pero cuando alguien peca gravemente, Dios se conmueve en él, para apartarse de él. Por eso, cuando Adán pecó, se le vio caminar, y a Esteban estar de pie; porque aquel cayó en la transgresión, y este fue coronado en el martirio. Y en el libro de Zacarías está escrito: "El Señor caminó en la conmoción de su ira" (Zac. IX, 14). Algo similar se dijo en el Evangelio a los judíos: "He aquí, vuestra casa os será dejada desierta" (Mat. XXIII, 38). Porque el Señor abandonó a los judíos, y de inmediato siguió la ruina de la Sinagoga. Si Cristo no la hubiera abandonado, nunca la habría seguido la destrucción final. Así hemos explicado lo que se dijo: "Dios en medio de ella no será conmovido".

14. Sigue: "Dios la ayudará al amanecer". Esto significa que la resurrección matutina nos confiere los auxilios celestiales, que repelen la noche y devuelven el día, como dice la Escritura: "Despierta, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo" (Efes. V, 14). Observa el misterio. Cristo sufrió al atardecer: por eso, según la Ley, el cordero es sacrificado al atardecer (Éxod. XII, 6). Resucitó por la mañana; pues así está escrito: "El primer día de la semana, María Magdalena vino al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la piedra removida de la entrada" (Juan X, 1). Al atardecer del mundo es sacrificado, cuando la luz ya declinaba; porque todo este mundo estaba en tinieblas, y habría estado envuelto en mayores oscuridades si Cristo, la luz eterna, no hubiera venido del cielo para devolver los tiempos de inocencia a la humanidad. Así, el Señor Jesús sufrió, y con su sangre perdonó nuestros pecados, la luz resplandeció en una conciencia más pura, y el día brilló con la gracia espiritual. Por eso el Apóstol dice: "La noche ha pasado, el día se ha acercado" (Rom. XIII, 12). Hemos despertado, por lo tanto, ya no durmamos. Nos hemos vestido con la vestidura de la luz, no volvamos a las vestiduras y despojos de la conversación tenebrosa. Hemos dicho adiós a las comilonas y placeres, que son del tiempo nocturno: hemos elegido la sobriedad, por cuya gracia Jacob encontró la primacía que no tenía.

15. En otros códigos también se encuentra: "Dios la ayudará con su rostro". ¿Qué significa esto también? Que el mismo Profeta nos enseñe. Pues él mismo dijo más adelante: "Muestra tu rostro, y seremos salvos" (Sal. LXXIX, 4). Por lo tanto, la visión de Dios es nuestra salvación, y en su rostro está nuestra ayuda. La Escritura divina declara cuán grande es su poder, que no en vano añadió que "Dios miró con favor a las ofrendas de Abel, pero no miró con favor a las ofrendas de Caín" (Gén. IV, 4 y 5); y por eso Caín se entristeció, al saber que su sacrificio había desagradado a Dios, mientras que el de su hermano había agradado. Por eso también lo que hoy se cantó en el responsorio del salmo, contribuye mucho a nuestra afirmación: "Esperando, esperé al Señor, y me miró" (Sal. XXXIX, 2). A quien el Señor mira, salva. Finalmente, en la pasión del Señor, cuando Pedro vaciló en su discurso, no en su mente (aunque el discurso vacilante de Pedro es más fiel que la doctrina de muchos), Cristo lo miró, y Pedro lloró; con lo cual lavó su propio error. Así, a quien parecía negar con su voz, lo confesaba con lágrimas.

16. Las naciones se turbaron, los reinos se inclinaron: el Altísimo dio su voz, y la tierra se conmovió. Con la venida del Señor Salvador, las potestades adversarias con su legión se turbaron, ordenadas a salir de los cuerpos humanos, y suplicaron ser enviadas a los cerdos. Con las potestades más malvadas turbadas, era necesario que los adoradores de ídolos se turbaran, y también que los reinos del pecado se inclinaran. Pues era un reino grave, que había sometido a su grave servidumbre las almas de todos los pecadores; porque quien comete pecado, es esclavo del pecado. Pero el reino del pecado es el reino de la muerte, que durante mucho tiempo prevaleció en todo el mundo. Por eso el Apóstol dice: "Pero reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no pecaron a semejanza de la transgresión de Adán, que es figura del que había de venir" (Rom. V, 14). Vino la verdad, cesó la figura: vino la vida, el reino de la muerte se desvaneció: vino el perdón de los pecados, y las cadenas del pecado fueron desatadas. Antes, incluso los delitos más leves estaban atados con los lazos de la muerte: pero después de la venida del Señor Salvador, incluso los crímenes más graves fueron perdonados. Por lo tanto, los reinos de las maldades espirituales que están en los cielos se inclinaron; porque el culto a los ídolos y la tentación del pecado comenzaron a disminuir con la predicación evangélica de la doctrina. La perfidia se inclinó después de que la fe comenzó a reinar en los corazones de las naciones. Los reinos del pecado se inclinan cuando se lee: "No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal" (Rom. VI,

12). El Señor inclinó todos los reinos de la perfidia con su voz diciendo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. XI, 28).

17. Esta voz dio el Altísimo, y todos los pueblos de las naciones lo siguieron, huyendo de los duros reinos del pecado, y de la atrocidad de la muerte eterna, y de la intolerable servidumbre de todos los crímenes; cuando prometía descanso a los cansados, remisión a los cautivos, libertad a los siervos: y, al quitar el yugo de hierro del rey de Babilonia, su yugo suave lo substituyó en los cuellos de los fieles; para que el enemigo no volviera a atar los cuellos vacíos de los gentiles con las cadenas de su iniquidad. Porque Cristo a quienes ata, libera: y a quienes sujeta, absuelve. Finalmente, quien es llamado siervo por el Señor, es liberto del Señor; y quien es llamado libre, es siervo de Cristo. Por eso Pablo se gloria en sus cadenas diciendo: "Pablo, prisionero de Jesucristo" (Efes. III, 1). Lo que bajo otros es una afrenta, bajo Cristo es gloria. El Señor dio su voz en la pasión, y todos los elementos temblaron, toda la tierra se conmovió (Sal. XXIII, 1); para que se disolviera el rito de los gentiles, y la tierra se convirtiera en la del Señor, y su plenitud, como está escrito; cesaran los augurios de los infieles, y el sacrificio de la impiedad fuera abolido por el conocimiento de la fe y el celo de la devoción. El Señor da su voz diariamente, y resuena en los corazones de cada uno; para que todo lo terrenal se aleje de aquel que cree bien, y todos los sentidos interiores de las almas se muevan del error, de la corrupción de la lujuria y de la disolución, al conocimiento de los sacramentos celestiales, y al estudio de la castidad; de la maldad a la virtud con una piadosa confesión.

18. (Vers. 8.) Por lo tanto, dice que se movieron aquellos que están en la tierra, o porque todos los hombres eran tierra, en los cuales había corrupción terrenal; porque no sabían elevar y levantar los ojos de sus mentes a la sublime gracia celestial; ni podían decir: "Dios de los ejércitos está con nosotros"; con quienes no estaba sino el incitador de la caída, y el autor del error. Pero después de que la voz del Señor resonó en el Evangelio, el Profeta se atreve a decir: "Dios de los ejércitos está con nosotros". Bien dice; "Dios de los ejércitos está con nosotros"; quien creyó que la Virgen concibió en su vientre y dio a luz. Nos atrevemos también a decir; "Dios de los ejércitos está con nosotros"; después de que Emmanuel, es decir, Dios comenzó a estar con nosotros. Donde está Emmanuel, allí "Dios de los ejércitos está con nosotros".

19. Nuestro protector es el Dios de Jacob (Ibid.). Imitemos, por lo tanto, al patriarca Jacob, su fragancia, su virtud, su trabajo. Así como debemos hacer las obras de Abraham, para merecer ser llamados sus hijos con justicia; así también debemos asumir los ejercicios y combates del santo Jacob, para que el Dios de Jacob sea creído como nuestro Dios. Pues si no reconoce en nosotros las obras de Jacob, o porque no podemos igualarlo, los esfuerzos de su obra y su fe; ¿cómo se dignará ayudarnos como el Dios de Jacob?

20. (Vers. 9.) Mientras decía esto, he aquí que por el Espíritu Santo se le infundió una imagen presente de las cosas futuras; y viendo la paz difundida por todo el mundo desde la grave perturbación de las guerras en la venida del Señor Salvador, clama a todos diciendo: "Venid y ved las obras del Señor, que ha puesto prodigios sobre la tierra. Venid", se refiere a la congregación: "Ved", a la intención, y al estudio del conocimiento de la verdad. Ved, dice, las obras del Señor llenas de maravillas, en las que hay signos de grandes virtudes. Finalmente, τέρατα en griego, se dice admirables en latín. No tomes, por lo tanto, las obras del Señor como un horror prodigioso, sino como llenas de admiración. Ha puesto admirablemente "sobre la tierra"; es decir, en la tierra.

21. (Vers. 10.) Quitando las guerras hasta los confines de la tierra, romperá el arco y quebrará las armas: y quemará los escudos con fuego. Y verdaderamente, antes de que se difundiera el imperio romano, no solo los reyes de las ciudades individuales luchaban entre sí; sino que incluso los mismos romanos eran frecuentemente desgastados por guerras civiles. Mario luchó contra Cinna. En ambos lados se derramó sangre romana. Sila se levantó, y nuevamente provocó guerras civiles contra Mario el vencedor. Lépido y Sertorio se mostraron rebeldes al imperio romano. César persiguió a Pompeyo, y levantó la furia de las Galias contra las armas romanas. Después de vencer al mayor Pompeyo, derrotó al menor en las partes de Hispania. ¿Qué puedo decir de los Triunviros, amigos convertidos en enemigos, y nuevamente progresando en tumultos hostiles: los mares también manchados de sangre romana en la batalla de Actium? De donde sucedió que, por el tedio de las guerras civiles, el imperio romano fue conferido a Julio Augusto; y así se calmaron las luchas internas. Esto, sin embargo, sirvió para que los apóstoles fueran enviados correctamente por todo el mundo, diciendo el Señor Jesús: "Id y enseñad a todas las naciones" (Mat. XXVIII, 19). A ellos, de hecho, incluso los reinos encerrados por montañas bárbaras se les abrieron, como la India a Tomás, Persia a Mateo. Pero, sin embargo, para que recorrieran más espacios de tierras, en el surgimiento de la Iglesia, el poder del imperio romano se difundió por todo el mundo, y las mentes disidentes, y las divisiones de las tierras se compusieron con la paz otorgada. Todos los hombres que vivían bajo un solo imperio terrenal aprendieron a confesar con fiel elocuencia el imperio de un solo Dios omnipotente.

22. Por lo tanto, quitó las guerras hasta los confines de la tierra; lo cual no hay duda de que se ha hecho. Pero observa si quitó las guerras de la debilidad, que están en el corazón de los que titubean. Porque quien ha pasado lo terrenal, ya no dice: "Fuera, luchas; dentro, temores" (II Cor. VII, 5); sino que dice: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filip. III, 20). Pasa, por lo tanto, el mundo, para que comiences a estar por encima del mundo; περάσαι significa pasar, o para decirlo más expresivamente, cruzar. Por lo tanto, el Señor quitó las guerras que la maldad espiritual nos movía: y, habiendo vencido al diablo, nos dejó su paz. Rompió el arco, del cual se lanzaban las flechas encendidas del adversario: y quemó con fuego los escudos de la perfidia; para que el escudo de la fe permaneciera inviolable.

23. (Vers. 11.) "Estad quietos", dice, "y ved que yo soy el Señor". Voz del Señor después de que las guerras se han calmado: "Estad quietos", para que no haya ocupación de las almas; para que la ofuscación de las perturbaciones mundanas no cubra el ojo interno de la mente. "Estad quietos", dice, de los errores, estad quietos de las perturbaciones, estad quietos de los pecados; porque "todo el que peca, no ha visto a Dios, ni lo ha conocido" (I Juan III, 6); como dijo Juan el Evangelista en su Epístola. Estad quietos, por lo tanto, en el estudio del conocimiento de la divinidad: no os ocupéis en obras terrenales. Por eso el rey de los egipcios ordenaba aumentar el número de ladrillos, y las demás cargas de los judíos; para que no conocieran a Dios, y se dedicaran al culto sagrado, ofendido por la voz de Moisés y Aarón, los santos, que decían: "Deja ir al pueblo de Dios, para que vayamos y sirvamos al Señor nuestro Dios" (Éxod. V, 6 y sig.).

24. "Seré exaltado entre las naciones, y será exaltado en la tierra". El Señor era sublime en las alturas, es decir, en los ángeles y arcángeles, en los patriarcas y profetas, que pensaban cosas sublimes de él, y no lo comparaban con imágenes terrenales y simulacros de piedra; pero no era sublime entre los pueblos de las naciones, que parecían buscar a su Dios en cuevas y habitáculos de cavernas. Finalmente, Magdalena es reprendida, que lloraba a Cristo como muerto, y lo buscaba como sepultado en el sepulcro. Por eso Cristo le dice: "María, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?" (Juan XX, 15) ¿acaso a aquel que podía ser llevado? Oyó la voz, y lo reconoció, y quería tocarlo; y el Señor dijo: "No me toques" (Ibid., 17), a quien piensas

muerto. Voy al Padre. ¿Te maravillas de no haberlo encontrado en el sepulcro, a quien los cielos esperan? O tal vez es reprendida, porque a Cristo no lo toca sino la fe perfecta; como la hemorroísa lo tocó con plena fe. Por eso el Señor dijo: "Alguien me ha tocado: siento que ha salido virtud de mí" (Luc. VIII, 46). Dicho esto, ella reconoció en sí misma que había sido curada por la virtud que había salido; y de inmediato confesó, consciente de sí misma, que ella había tocado al Señor. Por eso el Señor dijo: "Tu fe te ha salvado: ve en paz" (Ibid., 48). Pero el Señor fue exaltado en la tierra, según lo que él mismo dijo: "Cuando sea levantado, atraeré a todos a mí mismo" (Juan XII, 32). O porque se hizo su voluntad como en el cielo, así también en la tierra.

25. (Vers. 12.) Y repite diciendo: "Dios de los ejércitos está con nosotros, nuestro protector es el Dios de Jacob". La repetición es confirmación. O porque no solo cuando nació de la Virgen, Dios se hizo con nosotros; sino también después de la resurrección él mismo dijo: "He aquí, yo estoy con vosotros... hasta el fin del mundo" (Mat. XXVIII, 20). A quien sea honor y gloria, perpetuidad desde los siglos, y ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

EN EL SALMO XLVII COMENTARIO.

935 1. (Vers. 1.) Este es el título: "Salmo de cántico para los hijos de Coré, segundo del sábado" (Sal. XLI y sig.). Buenos hijos de Coré, ya aprobados en los salmos anteriores, porque con sentidos y pensamientos adecuados componían en sí mismos un salterio espiritual, y vigilantes con la atalaya de la mente, eran dignos de beber los secretos de los misterios celestiales. Y por eso, habiendo recibido el deber y el oficio de cantar diariamente los salmos ante el arca del Señor, parecen haber sido elegidos para recibir especialmente el salmo de cántico en el segundo del sábado. Pues a quienes se les confió correctamente cantar con su voz la ascensión del Señor resucitando de los infiernos; a estos, sin duda, se les debía encomendar celebrar con su servicio y ministerio el mismo día de la resurrección. ¿Qué es el segundo del sábado, sino el día del Señor que seguía al sábado? Pero el día del sábado era posterior en el orden de los días, anterior en la santificación de la Ley. Pero cuando llegó el fin de la Ley, que es Cristo Jesús (porque el fin de la Ley es Cristo para justicia a todo creyente) y santificó con su resurrección el octavo: comenzó a ser el mismo primero que es octavo, y octavo que es primero: teniendo la prerrogativa del orden del número, y la santidad de la resurrección del Señor. Por eso también leemos en el Evangelio "δευτερόπρωτον" sábado (Luc. VI, 1), que en latín se dice segundo-primero. Donde el día del Señor comenzó a sobresalir, en el que el Señor resucitó; el sábado que era primero, comenzó a ser tenido como segundo del primero. Porque la primera paz cesó, la segunda sucedió. Por eso, escribiendo a los Hebreos, el Apóstol dice: "Por lo tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Apresurémonos, pues, a entrar en ese reposo" (Heb. IV, 8, 9 y 11).

2. Por lo tanto, el verdadero reposo ya no está en la cesación de la obra, sino en el tiempo de la resurrección. Y por eso, quienes guardaban la solemnidad del sábado según la Ley, llamaban al primer día del sábado, como si fuera un solo sábado y no otro. Nosotros, que hemos adoptado la observancia espiritual, y deseamos formar nuestra milicia a semejanza y descanso de Dios, y exhibir nuestro ministerio en esa ciudad celestial: donde no hay ejemplo, no sombra, sino verdad; decimos el primer día del sábado, como está escrito: "Al atardecer del sábado, que alumbra en el primer día del sábado" (Mat. XXVIII, 1). Nada más hermoso, nada más expresivo. Antes de la resurrección lo llamó sábado, después de la resurrección lo llamó primer día del sábado. También el evangelista Juan dice: "El primer día del sábado vino María Magdalena por la mañana; cuando aún estaba oscuro" (Juan XX, 1). Oscuridad por el tiempo, mañana por la gracia. Pero estos más expresamente según el Evangelio, como

si el velo hubiera sido retirado. David, sin embargo, puesto bajo la Ley, mantuvo la moderación del canto debido, y no reprimió el misterio, para declarar el día del Señor como el segundo del sábado; para que entre los judíos se pensara que se había mantenido el orden del número, y se reconociera el sacramento espiritual revelado. Escuchemos, por lo tanto, lo que dice quien canta a Dios en el segundo del sábado.

3. (Vers. 2.) Dice: Grande es el Señor y digno de suprema alabanza, en la ciudad de nuestro Dios, en su lugar santo. ¿Acaso no es Dios grande y digno de alabanza en todas partes? Ciertamente, Él es grande y poderoso en todas partes; pero la mente limitada no puede comprender la magnitud de su poder y gracia divina. Cuanto más se acerca nuestro conocimiento a Dios, más excelsa nos parece su majestad. Por ejemplo, Tomás, quien antes decía: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no creeré" (Juan 20, 25); cuando metió su dedo y reconoció las evidencias de la resurrección, admirando en su interior la gracia de Dios, dijo: "¡Señor mío y Dios mío!" (Juan 20, 28). Entonces confesó plenamente su divinidad y dominio, cuando no dudó de que había resucitado de entre los muertos. En Sion, un himno conviene a Dios, y se le cumple un voto en Jerusalén. ¿Qué maravilla, entonces, si en la ciudad celestial y en ese lugar supremo y etéreo se proclama más intensamente su poder?

4. (Vers. 3.) Añadió: "Extendiendo el júbilo de toda la tierra". Y verdaderamente se dice grande, quien difundió el júbilo por todo el mundo en esta tierra donde antes germinaban las intolerables semillas del pecado, donde había tristeza y gemidos. Así, la conciencia de los hombres, que antes se lamentaba sumergida en los abismos de sus delitos, ahora se regocija liberada del miedo por la indulgencia de Cristo y la remisión de todos los pecados. Conviene, por tanto, que lo entendamos así, como hemos dicho; pero porque en algunos antiguos ejemplares encontramos: *εὐρίζω ἀγαλλιάματι πάσης τῆς γῆς*, que en latín significa "con buena raíz, el júbilo de toda la tierra": advertimos el mismo sentido; porque se alaban en nosotros los dones divinos de Dios Padre, quien nos dio un júbilo fundado en buena raíz, a saber, Dios Jesús, la verdadera y fecundísima vid, de la cual fluyeron los sacramentos celestiales; en los cuales hay alegría perpetua y duradera, porque en ellos se lava todo pecado y se purifica la conciencia interna: y reconocemos que la expresión es adecuada; porque nos regocijamos con un júbilo bien arraigado, quienes nos regocijamos en Cristo. Pues la alegría del mundo es temporal, pero la alegría de quien se regocija en el Señor es perpetua.

5. (Vers. 4.) Monte Sion, los lados del norte, ciudad del gran rey. Dios se hará conocer en sus escalones, cuando la reciba. ¿Por qué es el júbilo de toda la tierra? Lo expresó claramente; porque el Señor Jesús reunió para sí a la Iglesia de entre los pecadores. Así, quienes antes eran los lados del norte, es decir, socios y adherentes del diablo, a quien se dice: "Levántate, norte, para que venga el sur" (Cantar de los Cantares 4, 16); se han hecho fieles a Cristo. Ellos son de quienes se dice: "Los que confían en el Señor son como el monte Sion" (Salmo 125, 1). Se han hecho, por tanto, el monte Sion por la gracia de Cristo y el sacramento del bautismo. El viento del norte inteligible es un soplo pesado, que antes movía las más ásperas tempestades y tormentas en los afectos humanos: comenzó a perder a los suyos, quien atormentaba a los ajenos. Había destruido a toda la nación de los judíos, tenía a todas las naciones atadas bajo su dominio, eran sus lados; es decir, aspiraban con él. Pues así como llamamos lados del príncipe a sus escoltas y compañeros, y así como la mujer es el lado del hombre, porque se une a él en sociedad obediente; así eran los lados del diablo, quienes hacían su voluntad. Ellos, por tanto, ahora son el monte Sion, quienes contemplan al Dios eterno, y a él atienden de noche y de día. Mira a Pablo, cuando perseguía a la Iglesia del Señor, era el lado del norte: míralo ahora, cuando se lee en la Iglesia, es un monte de

observación, por el cual conocemos y vemos la gloria de Cristo. Y porque el griego dijo montes, es decir, ὄρη; mira cómo los siervos de Cristo son montes. "Montes alrededor de ella" (Salmo 125, 2); en los cuales está la Iglesia del Señor, que es la ciudad del gran Rey. Al mismo tiempo, porque el Señor, según el curso del cielo, sufrió en el Venerario; que era un lugar en el lado del norte. Allí también está el monte Sion, allí Jerusalén que está en la tierra.

6. Mira si también parece expresado que la congregación del pueblo de Dios, que estaba unida al norte por culpa, se ha hecho Iglesia de Cristo por gracia; para que ya no se llame Sinagoga, sino Iglesia de Cristo. Y porque las reliquias de los judíos fueron salvadas por la elección de la gracia, en ellos se conoce a Dios, en Pedro, Pablo, Juan, Santiago, quienes son hombres graves y excelsos como fundamentos y cumbres de la Iglesia. Como fundamentos graves, que ningún soplo pesado del norte ha sacudido; sino que han mantenido inamovible el fundamento de la fe, para que toda la Iglesia no vacile: excelsos como cumbres, que han elevado su cima con las torres de su virtud. Pues así como en sus obras se reconoce al creador, y en sus edificaciones al edificador; que aunque no oigas el nombre, sin embargo, por la calidad de las obras descubres al artífice (y qué maravilla de las humanas, cuando del mismo Creador eterno, que no es visto por nosotros, sin embargo, sus invisibles se entienden por las cosas que han sido hechas), así en las casas excelsas y grandes (que casas somos nosotros, si mantenemos firme hasta el fin el fundamento de la libertad y la gloria) se reconoce a Dios como habitante, como Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob. Pues Él es el verdadero Dios, quien fundó a tales hombres con la enseñanza de sus preceptos. Por tanto, así como en ellos se demostró a sí mismo como Dios eterno; así, dice, cuando el gran Rey reciba la ciudad, infundirá en sus escalones la recepción de su conocimiento: para que se hagan enseñables de Dios, quienes hayan oído su mandato y lo hayan considerado ejecutable; para que no degeneren de la firmeza de aquella casa edificada sobre la roca.

7. (Vers. 5, 6.) "Esto, dice, viendo los reyes de la tierra se congregaron, y pasaron juntos. Ellos viendo entonces se maravillaron". Buenos reyes que pueden presentarse como rectores de su propio cuerpo, descendientes de la misma origen y enseñanza del patriarca Abraham, quien enseñó que el pecado puede ser superado. Por eso, el verdadero rey, quien no conoció estar sujeto a delitos, en quien no pudo reinar la seducción de la culpa y el error. Por eso se dijo a un hombre de este tipo por los hijos de Het: "Eres un rey de Dios para nosotros" (Génesis 23, 6). Tales reyes de la tierra, que gobernaban la carne, se congregaron; para que fueran de un solo corazón, y de un solo espíritu, como leemos: "Porque la multitud de los creyentes tenía un alma, y un corazón, y no había en ellos ninguna separación" (Hechos 4, 32). Ellos son quienes pasaron juntos no tanto a un lugar, como a un mismo afecto y propósito. Pues al aprobado se le dice: "Pasa, recuéstate" (Lucas 17, 7). Pues no es de virtud mediocre pasar de lo impropio a lo honesto, de lo terrenal a lo eterno, y cambiar la costumbre de la vida carnal, y abolir todo su uso, asumir nuevas costumbres, y torcer todo el estado de la antigua conversación. Con razón se le dice: "Si pasas por el agua, estoy contigo" (Isaías 43, 2). Con el que pasa está Dios, no con el que desiste.

8. Ellos, por tanto, que antes estaban discordes dentro de sí mismos, cuando se reunieron en uno, en mente y estudio, recibida la paz que hizo de ambos uno, y disolvió las enemistades en su carne con la destrucción del muro intermedio: se maravillaron, ya sea de aquel que se reconoce en sus escalones, o de que los hombres estén tan convertidos; para que quienes antes servían al diablo, ahora estén entregados al Señor Jesús con la justicia de un servicio piadoso. Y porque los reyes de su cuerpo en sí mismos experimentaron una fuerza no mediocre de trabajo (pues no es fácil ni mediocre vencer el ánimo, cortar las codicias, domar la lascivia de la carne, apartar la lujuria, que resistía incluso a Pablo, para que lo atara como cautivo con la ley del pecado) así como admiraban la gracia en aquellos que habían avanzado

en virtud: también se conmovían para que nadie recayera en los vicios, derribado del superior pináculo de las virtudes. Pues la condición humana es inclinada y mutable en ambos sentidos; para que a donde quiera que se dirija, allí se incline y tienda, ya sea hacia los estudios de las virtudes, o hacia la seducción de los delitos.

9. Y por eso no se agitaban con un afecto mediocre; de tal manera que por el temor el temblor los aprehendía, considerando lo que está escrito: "Porque en los lugares de los impíos gemirán los justos" (Proverbios 28, 28). Por ejemplo, mira a Pedro llorando amargamente, porque el error se le había insinuado; y la virtud de su mente se había inclinado por la caída de la fragilidad corporal: con razón fue reprendido por Cristo, por haber osado usurpar la constancia, sin considerar la naturaleza sujeta. Y él, en efecto, por la gracia corrigió el error; pero Judas permaneció en el crimen, perseveró en el gemido. Era justo cuando estaba entre el número de los apóstoles: pero porque fue suplantado por el diablo, ahora en los lugares de los impíos deplora y gime; porque de la gracia ha recaído en el castigo. Por tanto, cuando caen hombres de este tipo, como fue el traidor Judas, o Saúl llamado por el Señor Dios a reinar, incluso los hombres fuertes temblaban.

10. (Vers. 7.) Comparando, por tanto, con cuánto esfuerzo se llega al fin, cuántas contriciones de los justos, cuántas preocupaciones, qué tipo de adversario, cuánta contienda con trabajo prolongado, cuántas amarguras del terror del superior, qué vínculos de continencia, qué azotes de la conciencia, no se perturbaban moderadamente; para que nadie cediera a tantos trabajos de vida más austera, o dolores. Pues allí hay dolores amargos y graves; es decir, en la Iglesia, en esa ciudad del gran Rey hay dolores, como de parturienta, hasta que Cristo se forme en nosotros. Pues Pablo no estaba sin dolor, cuando veía en los Gálatas insensatos un progreso más lento de su doctrina. Por eso decía: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros" (Gálatas 4, 19). El Señor también testifica en el Evangelio que los dolores de la parturienta son graves; cuando dice: "La mujer cuando da a luz, tiene tristeza; porque ha llegado su hora: pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda de la tristeza por el gozo; porque ha nacido un hombre en este mundo" (Juan 16, 21). Gran trabajo, pues, es que alguien se adquiera a Cristo; para que no flote como un barco en el mar de este mundo sin un timonel. Por eso los apóstoles estaban tristes, cuando Cristo les recordaba que volvería al Padre, porque pensaban que serían abandonados sin un guía. Cristo es el gozo. Él es también el niño que da a luz, quien en el vientre de su mente ha recibido el espíritu de salvación. Quien lo ha dado a luz, y lo ha nutrido, se regocija: quien da a luz, se estremece y se compunge.

11. Es bueno que también lo des a luz, y lo nutras. No cocines al cordero en la leche de su madre (Éxodo 23, 19), no se te diga: "¡Ay de las que están encintas y de las que crían!" (Mateo 24, 19). Pues así nació Cristo de María, para que lo reconozcas, como el buey reconoció a su dueño: y sepas que Él te creó, y poseyó a tus mayores. No lo nutras como a un niño pequeño, sino que lo conozcas como al verdadero y perfecto Dios, nacido del verdadero y perfecto Dios, digno de adoración. Así lo adoró el Mago, para que no cocinara al cordero en la leche de su madre; sino que lo venerara como al Dios eterno. Por eso, para encontrarlo, miraba al cielo. No lo buscaba, pues, en la tierra, a quien la estrella resplandeciente del cielo mostraba. Por eso María no lo dio a luz, sino que lo parió, porque sabía que de ella nacería el Señor y Salvador, como ella misma testifica diciendo: "Engrandece mi alma al Señor: y se alegró mi espíritu en Dios mi Salvador" (Lucas 1, 46 y 47). Allí, pues, dolores como de parturienta. Dolor es dar a luz, dolor es nutrir, a quien al principio debes tener perfecto.

12. (Vers. 8.) Por eso muchos se quiebran gravemente, como significa el versículo que siguió: "Con un viento fuerte quebrarás las naves de Tarsis". Pues mientras los siervos de Dios

desean llegar a la perfección de la fe, mortifican su cuerpo, castigándolo más severamente, y reduciéndolo al servicio de la servidumbre; para que no sean reprobados quienes ya han sido aprobados. Esto lo hacen en el espíritu santo fuerte y vehemente. Pues es espíritu de consejo y de fortaleza, para que con excesiva abstinencia disuelvan su cuerpo, para que evacuen todas sus voluptuosidades; para que se les diga: "Fortaleced las manos caídas, y las rodillas debilitadas" (Isaías 35, 3). Pues cuando alguien ha sido liberado de esta estructura terrena, entonces resurge más fuerte para la vida eterna. Miento, si no lo confirma la Escritura, que dice: "Desearía partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor" (Filipenses 1, 23). Quien se disuelve, comienza a estar con Cristo. Y en otro lugar: "El tiempo de mi partida está cerca" (2 Timoteo 4, 6). Quien, pues, haya meditado disolverse a sí mismo por la abstinencia, no podrá temer el día de su pasión.

13. Y bien dijo espíritu vehemente, para hablar de naves. Las naves, sin embargo, las dijo de los cuerpos, que se mueven por el fluctuante oleaje de diversas pasiones: y pronto se hunden, a menos que tengan un timonel. Por eso en otro lugar dice: "Los que descienden al mar en naves" (Salmo 107, 23). Pero navegan bien, quienes en las naves de Cristo llevan la cruz como un árbol, y desde allí exploran los soplos de los vientos; para que dirijan sus cuerpos hacia la gracia del Espíritu Santo, seguros y protegidos en el madero del Señor: ni permiten que sus naves vaguen por el mar, sino que se dirigen al puerto de la salvación, y a la consumación de la gracia con la dirección de su curso; para que obtengan una estación segura, donde puedan reparar sus cursos disueltos en la resurrección, donde no puedan temer el naufragio.

14. Y nosotros, por tanto, contemplemos esta gracia, seamos sus observadores, exploremosla; para que nuestros cuerpos se hagan naves de Tarsis. Pues la carne se reduce al servicio, cuando nos dirigimos a la gracia de Dios; para que sigamos lo que es amargo por un tiempo, como es el ayuno, no lo que es dulce y voluntario. Tarsis, por tanto, es el observatorio de la gracia, la ciudad inteligible, como Sion superior. Hacia ella se apresuraba Jonás. De ella dijo la Escritura, porque Josafat se asoció con el rey Ocozías, y así les agradó hacer, e ir a él en naves a Tarsis. Pero porque se unió con el impío, por eso fue enviado a él el profeta, quien le dijera: "El Señor ha destruido tu obra, y tus naves han sido quebradas, y no pudieron ir a Tarsis" (2 Crónicas 20, 35, 36 y 37). Lo que significa que los cuerpos de los que transgreden el mandato de Dios no pueden llegar a la consumación de la gracia. Pero a Salomón, como hombre sabio y pacífico, las naves de Tarsis venían con oro y plata, y dientes de marfil sin ninguna ofensa, y él mismo las enviaba allí. Pues tenía con el rey Hiram un comercio espiritual de sagrada negociación, y un afecto de gracia mutua concertante. Estas naves, por tanto, aquellos que poseen en sí la autoridad real para contener la ferocidad corporal, viendo que de corruptibles se han hecho incorruptas, de manchadas resplandecientes con la luz suprema de la gracia, de disueltas y desgastadas renovadas, vivir de los muertos, resurgir de los sepultados, las conmemoran con célebre discurso.

15. (Vers. 9.) "Como hemos oído, así hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios: Dios la ha fundado para siempre". Oímos fuera de la ciudad, vimos en la ciudad, donde Dios es luz eterna, brilla el día sin sol mundano, no se busca la luna: su fundamento no es temporal, sino eterno.

16. (Vers. 10.) "Hemos recibido, dice, tu misericordia, Dios, en medio de tu templo". Si se dice al Hijo de Dios, entendemos el templo, según lo que Él mismo dijo de su cuerpo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan 2, 19). Verdaderamente el cuerpo de Cristo es el templo de Dios, en el cual está la purificación de nuestros pecados. Verdaderamente el templo de Dios es esa carne en la que no pudo haber contagio de pecado;

sino que fue sacrificio por el delito de todo el mundo. Verdaderamente el templo de Dios es esa carne, en la que resplandecía la imagen de Dios, y habitaba corporalmente la plenitud de la divinidad; porque Cristo mismo es la plenitud. Por tanto, se dice a Él: "Hemos recibido, Dios, tu misericordia en medio de tu templo". ¿Qué es esto, sino lo que dice: "En medio de vosotros está, a quien no conocéis" (Juan 1, 26); esto es, está en medio de vosotros, y no se ve? Si, sin embargo, se refiere al Padre, ¿qué es: "En medio de tu templo"; sino que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo?

17. En ese templo, por tanto, "hemos recibido, dice, tu misericordia"; esto es, el Verbo que se hizo carne, y habitó entre nosotros. Pues así como Cristo es la redención, así también es la misericordia. ¿Y qué mayor misericordia, que se ofreció a sí mismo para ser inmolado por nuestros delitos; para que con su sangre lavara al mundo, cuyo pecado de ningún otro modo podría ser abolido? Pues si de los santos varones el Apóstol dijo: "Vosotros sois el templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros" (1 Corintios 3, 16); cuánto más diré que la carne del Señor Jesús es el templo de Dios, quien siempre se lee lleno del Espíritu Santo, y Él mismo testimonia diciendo: "Siento que de mí ha salido virtud" (Lucas 8, 46); virtud que sanaba todas las heridas amargas. También puede entenderse que dijo haber recibido con el pueblo la misericordia de Dios en medio de su templo; porque Él mismo fundó su Iglesia, y la propagó para siempre; porque Él mismo verdaderamente con su Hijo unigénito concedió esta gracia a su pueblo, a quien también mostró como edificador diciendo: "Él edificará para mí la ciudad" (Isaías 45, 13); que difundida por todo el orbe de la tierra, hizo que toda la tierra estuviera llena de su alabanza y de su nombre. Pues así como está escrito: "La tierra está llena de su alabanza" (Habacuc 3, 3); así está escrito: "Se le dio un nombre sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre" (Filipenses 2, 9 y ss.).

18. (Vers. 11.) Por eso el Profeta dijo propiamente: Según tu nombre, Dios, así también tu alabanza hasta los confines de la tierra: tu diestra está llena de justicia. No es de extrañar que esté lleno de la justicia de Dios, quien es la diestra de Dios. Sin embargo, es lo mismo la virtud de Dios y la justicia de Dios; para que, según lo que está lleno de la justicia de Dios, sepas que esa plenitud de justicia está en él como la tiene el Padre: y según lo que se lee como la virtud y justicia de Dios Padre y sabiduría, no entiendas que hay nada diverso en él de la majestad divina; sino que el Hijo ha recibido todo del Padre, y reconozcas que el Hijo es el resplandor de toda la gloria paterna, y el carácter de su sustancia: quien ha expresado al Padre de tal manera, que en él está todo el Padre, así como en el Padre está todo el Hijo.

19. (Vers. 12.) Y porque el Profeta vio en espíritu que las alabanzas de Cristo serían predicadas en todas las tierras, como haciendo un epílogo del exceso del discurso asumido, nos exhorta a la alegría y al culto de su nombre diciendo: Alégrese el monte Sion; es decir, los que confían en el Señor, como él mismo interpretó después diciendo: Los que confían en el Señor son como el monte Sion, etc. (Sal. 124, 1). El mismo Señor Jesús, que es el monte y la altura de su Iglesia, que contempla a su Cristo con todo afecto, alégrese en su fe y devoción que complació a Dios; porque ha sido repudiada la infiel. Por lo tanto, esto también puede entenderse piadosamente, ya que él mismo es superior a todos, el monte al que se ordena ascender a quien predica la fe, diciendo la Escritura: Sube a un monte alto, tú que evangelizas a Sion (Isaías 40, 9).

20. Exulten, dice, las almas que te confiesan. Ellas son las hijas de Judá en la que Dios es conocido. Pues esa Judá que está en la carne o en la letra, no reconoció al Señor. Porque si lo

hubiera reconocido, también lo habría recibido. Pero no lo reconoció, a quien no recibió, y huyó de sus juicios: por los cuales les recordaba que no descendían del padre Abraham, sino de la semilla del diablo; porque todo pecado es semilla del enemigo. Pero las hijas de la confesión no cometen pecado, sino que lo cubren. Y por eso son bienaventurados aquellos cuyos pecados están cubiertos. Y con razón exultarán las hijas de la confesión por los juicios del Señor, cuando conozcan sus juicios y sus caminos, que en este mundo son inescrutables e ininvestigables para los hombres: y cuando comiencen a ver cara a cara la verdad, entonces comprenderán aquellas cosas que ahora parecen inescrutables, y se alegrarán con su conocimiento.

21. (Vers. 13.) Rodead, dice, a Sion, y abrazadla: narrad en sus torres. Los que entienden a Sion, la rodean y la abrazan con sus sentidos; para que la sostengan y no la dejen, no sea que la disciplina vigilante de la virtud pueda serles arrebatada. Y por eso ella dice en los Cantares: Lo sostuve, y no lo dejaré (Cant. 3, 4); quien buscaba la sabiduría de Dios, y abrazaba la justicia de Dios con los brazos de la caridad, y con ciertos músculos de fe y devoción; porque este es el abrazo de una mente piadosa. Por lo tanto, también nosotros comprendamos cuanto podamos los misterios internos de la verdad, y escribámoslos y fijémoslos en nuestros sentidos, y la virtud del oráculo celestial: para alcanzar lo cual Moisés, experto en toda la sabiduría de los egipcios, subió al monte y entró en la nube; para conocer lo oculto y lo cubierto, con Jesús como compañero; porque nadie sin el verdadero Jesús puede comprender las incertidumbres y los secretos de la sabiduría. Y por eso, en la figura de Jesús Nave, se le significaba la presencia del verdadero Salvador, por quien todos serían enseñados por Dios, quien abriría la Ley, revelaría el Evangelio.

22. Por lo tanto, quienes rodeen a Sion con su prudencia, y la abracen con entendimiento subiéndola a sus torres, narran desde arriba a quien no pudo subir a sus torres, qué debe hacerse o qué debe evitarse. Porque la ciudad de Dios está amurallada; y por eso en otro lugar dice el Señor: He aquí, Jerusalén, he pintado tus muros (Isaías 49, 16). Está distinguida por torres, desde las cuales el insidioso puede ser descubierto si comienza a acercarse. Tiene aquel ejército suyo, con el cual acostumbra a asediar las almas de Dios, acercar máquinas; para poder asaltar las torres fortificadas. Pero vosotros, dice, predicad desde las torres; porque en las torres de Jerusalén hay abundancia. Predicad la justicia, advertid la vigilancia; porque la sabiduría se canta en la salida, y se predica en lo más alto de los muros. Y en otro lugar dice de nuevo: En tus muros he puesto guardianes, que no callarán día y noche hasta el fin (Isaías 62, 6). Narrad, pues, sin interrupción, sin fin. El adversario vigila, ronda, y con rabia feroz busca a quien devorar. Por eso siempre debe ser cantado el Señor, quien rompe los dientes de los leones y quiebra sus bocas; para que no puedan hacernos daño.

23. (Vers. 14, 15.) Poned, dice, vuestros corazones en su virtud; es decir, para que entendáis su virtud: y distribuid sus grados, para que los narréis a la generación siguiente. Porque este es Dios, nuestro Dios por siempre, y por los siglos de los siglos: él nos guiará por los siglos. Βύπεις dijo el griego, esto es, casas altas y con torres; de donde el Profeta, al hablar de la ciudad de Dios y de sus habitantes, dijo: Distribuid, dice, sus grados; esto es, sus mansiones altas y sublimes en los cielos. Con lo cual enseña que debe guardarse el orden de los méritos. Porque cada uno en su orden (Juan 14, 2). De donde también el Señor dice que va a preparar mansiones para sus discípulos; para que cada uno obtenga moradas dignas según la razón de sus méritos, en las cuales disfrute de aquel descanso eterno.

24. También hay preceptos sublimes y altos, en los cuales hay ocultos misterios de piedad, y teoremas de discursos celestiales. Estos, dice, distribuid, y dividid según la capacidad de cada uno, cuanto pueda cada uno comprender con su propio ingenio. Porque Pablo no discutía lo

mismo con todos. A algunos no les predicaba nada sino a Cristo Jesús, y a este crucificado, no en persuasión de palabras de sabiduría; sino en demostración de espíritu y de poder; pero entre los perfectos hablaba sabiduría; porque no todo el pueblo podía recibir la sabiduría en el misterio que está escondido.

25. Por eso Cristo la escondió, para que los necios no la entendieran, los prudentes la buscaran con más diligencia; y la narraran a la generación siguiente, que sería más perfecta en virtud del espíritu; porque la generación anterior, por la debilidad de la fe, no pudo conocer los sacramentos de la sabiduría perfecta. Y por eso buscaba una señal, rechazaba la verdad; cuando ciertamente no es la verdad de la señal, sino la señal de la verdad. De donde el Señor le respondió: Generación malvada y adúltera busca una señal; y no se le dará señal, sino la del profeta Jonás (Mateo 12, 39). Para reprobear así la perfidia de los judíos, se trae el ejemplo de Jonás; porque los ninivitas creyeron en la señal, y consideraron que debía seguirse la predicación de Jonás, quien había estado en el vientre del cetáceo: pero los judíos ni siquiera después de la resurrección del Señor Jesús creyeron, quien resucitó del corazón de la tierra al tercer día, y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

EN EL SALMO XLVIII COMENTARIO. Su título es: Al final, para los hijos de Coré, Salmo de David.

1. (Vers. 1, 2.) Escuchad esto, todas las naciones: percibid con los oídos todos los que habitáis el orbe de la tierra. En el mismo principio reconocemos la voz del Señor salvador llamando a las naciones a la Iglesia; para que renuncien al error, sigan la verdad, y reconozcan el don del culto piadoso. Pero como los corazones de la sucesión humana estaban infectados por los venenos de la serpiente, y la conciencia sujeta a pecados, mientras desesperaba del perdón, no podía volverse: promete remedio, ofrece indulgencia por la generosidad de su propia piedad; para que el culpable no tema, el bien consciente se regocije, porque ofrece al buen señor el ministerio de la servidumbre, quien sabe perdonar los pecados, honrar las virtudes. Finalmente, en la misma serie de vocación, también en el Evangelio el Señor nos exhorta diciendo: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo 11, 28 y 29). Luego recuerda que su yugo es suave, y su carga ligera; porque quien haya desesperado del remedio, no podrá estar sano. Y por eso a todos les es grata la mansedumbre, que cura las heridas de los ánimos interiores.

2. Por lo tanto, viniendo a los enfermos, viniendo como médico, quien curaría nuestras graves llagas; propone medicinas, para que los hombres vean, y concurren con fiel diligencia al remedio de la salvación. Así aquella en el Evangelio mereció la sanidad, que sufría flujo de sangre durante doce años. Oyó que había venido el médico, se apresuró a tocar diciendo: Si toco su manto, seré salva (Mateo 9, 20 y 21). Esto dijo dentro de sí, y Cristo lo oyó: y tocó el manto, y salió virtud del Salvador, que curó a la enferma, fortaleció a la débil, detuvo el flujo, probó la piedad. De manera similar, aquí llama a todas las naciones a la fuente de la sabiduría y la prudencia: promete redención a todos, para que nadie tema, nadie desespere, donde nadie es excluido; sino que toda alma es invitada a la gracia, para que sin precio sea redimida del crimen, y obtenga el fruto de la vida eterna.

3. Este es el sentido del salmo, que ordenaremos en su debido orden, una vez que hayamos explicado la fuerza y calidad de las palabras anteriores. Se ordena a las naciones escuchar, y a los que habitan el orbe de la tierra percibir con los oídos. Aquel orbe de la tierra, del cual dijo antes: Del Señor es la tierra y su plenitud: el orbe de la tierra, y los que habitan en él. Él lo fundó sobre los mares: y lo preparó sobre los ríos (Sal. 23, 1 y 2). Que los griegos llaman

οἰκουμένην, porque es habitado por Cristo; como él mismo dijo: Porque habitaré en ellos; habita, para llenar lo que parecía vacío. ¿Qué es, pues, οἰκουμένη; sino la santa Iglesia, templo de Dios, y morada de Cristo? Y no incongruentemente los latinos, aunque con un término disonante, pero con igual sentido, lo llamaron orbe de la tierra; porque la vida de los santos que son habitados por el Espíritu, como una rueda en un orbe, se mueve sin ninguna ofensa en su curso.

4. Por lo tanto, la Iglesia se funda en tribulaciones, en tempestades y tormentas, en preocupaciones y tristeza, en cosas adversas y se prepara sobre los ríos. ¿En qué ríos? Escucha diciendo: Los ríos elevaron su voz (Sal. 92, 3). Y escucha también en el Evangelio: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto decía del Espíritu que recibirían los que creyeran en él (Juan 7, 38 y 39). En estos ríos, pues, se prepara la Iglesia, en los cuales fluye la gracia de Dios. Estos son los ríos que perciben con el oído la palabra de Dios, y hablan; para infundir la palabra en los corazones de cada uno. Y por eso la Escritura hizo una distinción diciendo: Escuchad esto, todas las naciones: percibid con los oídos, todos los que habitáis el orbe de la tierra. Todos pueden escuchar, pero no todos pueden percibir con los oídos, sino los Elegidos de Dios. Y por eso el Salvador dice: El que tiene oídos para oír, oiga (Lucas 8, 8). Se refiere a aquellos oídos espirituales del hombre interior, de quien también leemos las narices, diciendo Job: El espíritu divino que está en mis narices (Job 27, 3). No todos los hombres tienen estos oídos, y estas narices. Porque una es la forma del cuerpo, otra la de la gracia espiritual. El que es espiritual, oye todas las cosas, juzga todas las cosas: pero el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios. Este es terrígeno, aquel celestial.

5. (Vers. 3.) Y por eso añadió: Y vosotros terrígenas, y hijos de los hombres: juntos en uno rico y pobre, para llamar a todos. ¿Quién es terrígeno, sino hijo del hombre? ¿Quién es espiritual, sino Hijo de Dios? Aquel formado de sangre, y generado por el placer de la carne y del hombre: este nacido de Dios. Uno rico en toda palabra, y conocimiento: otro pobre, pero rico en gracia; porque también el pobre clamó, y el Señor lo escuchó. Por el contrario, hay también un rico en soberbia, y un pobre en humildad. Todos son llamados a la Iglesia, para que todos sean redimidos por Cristo. El que está enfermo, encuentra médico; el que está sano, adquiere sabiduría; el cautivo redentor, el libre remunerador. La Escritura divina edifica a todos. En ella encuentra cada uno, con qué curar sus heridas, o confirmar sus méritos. Pero la vocación conjunta en uno de rico y pobre, nos provoca a una cierta humildad e igualdad; para que ni el rico desprecie al pobre, ni el pobre envidie al rico: sino que una misma gracia conecte a ambos; porque también el Señor se hizo pobre, siendo rico; para que él mismo fuera salvador de pobres y ricos.

6. (Vers. 4.) Y añadió: Mi boca hablará sabiduría, y la meditación de mi corazón prudencia. Con razón todos son llamados, porque a todos abunda la fuente de sabiduría, y no se compara con el tesoro pecuniario, que se declara más preciosa que todos los tesoros. Y por eso ni el rico se aparta, ni el pobre se excluye; porque la sabiduría no discrimina facultades, sino voluntades. Aquel es más apto, quien primero en afecto, y próximo en disciplina. Porque si la meditación del corazón habla prudencia, ¡cuánto más la doctrina perfecta! Luego se nos advierte no proferir un discurso tumultuario: sino con un cierto ejercicio de meditación, y con la balanza de la mente interna examinar lo que se va a decir; porque está escrito en otro lugar: La balanza engañosa no es buena (Prov. 20, 23).

7. (Vers. 5.) Inclinaré mi oído a la parábola: abriré mi proposición en el salterio. El oyente sabio atiende, y inclina su oído, para entender las figuras de las parábolas. El mismo Salvador dice su oído, quien tiene oído para oír. También el Señor abre su proposición cerrada; cuando

ha encontrado un órgano apto para sí y un vaso de elección, que llama salterio: del cual semejante Pablo resonó con todos los nervios la dulce melodía de la gracia, pulsando con el plectro del Espíritu Santo la cuerda interna y externa, para que orara con la lengua y con la mente. Y por eso dice: Oraré con el espíritu, oraré también con la mente: cantaré con el espíritu, cantaré también con la mente (1 Cor. 14, 15). Por lo tanto, Cristo promete mucho antes a un hombre de este tipo, por quien manifestaría lo oculto, y abriría lo envuelto en la oscuridad del discurso profético. Buen salterio, cuando la vida de la fe concuerda, y la carne aspira al alma, la voluntad a la virtud. Este es el dulce salterio, donde la disciplina de vivir es armoniosa; para que se cumpla aquello que está escrito: Clara será la lengua de los mudos (Isaías 33, 6).

8. (Vers. 6.) Sigue: ¿Por qué temeré en el día malo? La iniquidad de mi talón me rodeará. Esto es, cuando mi boca hable sabiduría, y la meditación de mi corazón prudencia, en el día del juicio, ¿qué puedo temer; a menos que tal vez la iniquidad de mi talón deba ser lavada? Otra es nuestra iniquidad, otra la de nuestro talón, en el cual Adán fue herido por el diente de la serpiente, y dejó la herencia sujeta de la sucesión humana con su herida, para que todos cojearamos con esa herida. Por eso el Señor lavó los pies a los discípulos, para lavar los venenos de la serpiente: y Pedro es reprendido porque se excusaba de que el Señor le lavara los pies. Y por eso se le dijo: Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo (Juan 13, 8). Al oír esto, no solo ofreció los pies, sino también las manos para ser lavadas. A lo cual el Señor respondió: El que está lavado, no necesita lavarse de nuevo, sino que lave sus pies: pero está todo limpio (Ibid., 10).

9. Por lo tanto, David dice: Mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza (Sal. 38, 5); quien sabía que había sido concebido en iniquidad, y en delitos había sido engendrado por su madre. Pero el Señor, que no tuvo sus propios pecados, ni conoció iniquidades propias, dice: La iniquidad de mi talón me rodeará; esto es, la iniquidad de Adán, no la mía. Pero esa no puede serme terror; porque en el día del juicio se castigan en nosotros las faltas de nuestra propia iniquidad, no las de otra. Por lo cual creo que la iniquidad del talón es más bien el resbalón de delinquir, que la culpa de algún delito nuestro. Y con razón el Señor, que asumió todo por nosotros: Lavemos, dice, también los pies, para que podamos quitar el resbalón del talón; para que pueda haber una estación fiel de virtudes, y no caiga nadie por el error paterno, quien está preparado para mantenerse en su propio propósito: y no tema el resbalón de la herencia, quien desea mantener la huella de la virtud. Por lo tanto, la iniquidad de nuestro talón es la transgresión de Adán, por la cual cayó en el desprecio y la disimulación de los mandamientos celestiales.

10. También hay una iniquidad del talón, la traición de Judas que debe ser evitada. Talón, porque está escrito: El que come pan conmigo, levantará su talón contra mí (Sal. 41, 9). Bien dijo allí suyo, y aquí mío: suyo, porque Cristo sin iniquidad, esta es la iniquidad del traidor solamente: pero mi talón, como si llamara a Judas la última parte de su cuerpo, de quien somos cuerpo y miembros. Los apóstoles son los miembros más destacados y activos de Cristo: Judas el talón, como la parte extrema del cuerpo sujeta a la serpiente, y abierta a la herida. El primer talón es Adán, el segundo talón es Judas. Aquel es la caída de toda la herencia, este es solo del traidor, quien no pudo implicar la herencia; porque ya no somos carnales, sino herencia del Redentor, diciendo la Escritura: Hay herencia para los creyentes en el Señor (Isaías 54, 17).

11. También está aquella iniquidad de su talón, que rodeó a Cristo: Rodeándome, dice, me rodearon, y en el nombre del Señor me vengué de ellos (Sal. 118, 11). Su talón es la

Sinagoga, el decoro y la gloria de su rostro es la Iglesia; como está escrito: El Señor reinó, se vistió de decoro (Sal. 93, 1).

12. (Vers. 7.) Ellos, pues, son el talón, de quienes dice: Los que confían en su fuerza, y los que se glorían en la abundancia de sus riquezas. Los ricos han carecido y han tenido hambre (Sal. 34, 10). Lo cual se dijo de los judíos. Pero también todos los que viven lujosamente, y no sostienen la cabeza, son el talón de Cristo. Pero estas son generalidades, que se extienden ampliamente. Sin embargo, especialmente habló de Judas el traidor, quien se consideraba fuerte y rico en la gloria del apostolado.

13. (Vers. 8, 9.) Finalmente, se teje un discurso sobre la Pasión del Señor: El hermano no redime, redimirá el hombre; ni dará a Dios su propiciación, y el precio de la redención de su alma; esto es, ¿por qué temeré en el día malo? ¿Qué puede hacerme daño, si no solo no necesito redentor, sino que yo mismo soy el redentor de todos? ¿Haré libres a otros y temblaré por mí mismo? He aquí que haré todas las cosas nuevas, que están por encima del mismo afecto de hermandad y piedad. A quien el hermano, nacido del mismo vientre materno, no puede redimir porque está retenido por la debilidad de la misma naturaleza, lo redimirá el hombre; pero ese hombre del que está escrito: "Porque el Señor les enviará un hombre que los salvará" (Isaías XIX, 20); quien de sí mismo dijo: "Buscáis matarme, hombre que os he hablado la verdad" (Juan VIII, 40). Pero aunque sea hombre, ¿quién lo conocerá? ¿Por qué nadie lo conocerá? Porque así como hay un solo Dios, también hay un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Él es el único que redimirá al hombre, superando en piedad a los hermanos; porque por los extraños derramó su sangre, que nadie puede ofrecer por su hermano. Así que no perdonó su propio cuerpo, para redimirnos del pecado: y se dio a sí mismo como redención por todos; como lo afirmó su verdadero testigo, el apóstol Pablo, quien dijo: "Digo la verdad, no miento" (Rom. IX, 1). Pero, ¿por qué solo él redimirá? Porque nadie puede igualarlo en piedad; para que ponga su vida por sus siervos: nadie en integridad; porque todos están bajo el pecado, todos están sujetos a la caída de aquel Adán. Solo se elige al Redentor, que no puede estar sujeto al pecado antiguo. Por lo tanto, entendamos por hombre al Señor Jesús, quien asumió la condición humana; para que en su carne crucificara el pecado de todos, y borrara con su sangre el documento de deuda de todos.

14. Pero tal vez digas: ¿Cómo se niega que el hermano redima, cuando él mismo dijo: "Narraré tu nombre a mis hermanos" (Salmo XXI, 23)? Pero no como hermano para nosotros, sino como hombre Cristo Jesús, en quien estaba Dios; nos perdonó los pecados. Pues así está escrito: "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo" (II Cor. V, 19). En ese Cristo Jesús, de quien solo se dijo: "Porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan I, 14). No habitó entre nosotros como hermano, sino como Señor, cuando habitó en la carne. Por lo tanto, al reconciliar al mundo con Dios, ciertamente él mismo no necesitó reconciliación. ¿Por qué pecado suyo propiciaría a Dios, quien no conoció pecado alguno? Finalmente, a los judíos que pedían el didracma, que se daba por el pecado según la Ley, dijo a Pedro: "Simón, los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran tributo o censo, de sus hijos o de los extraños?" Respondió Pedro: "De los extraños". A lo que el Señor dijo: "Entonces los hijos son libres. Pero para que no les ofendamos... echa el anzuelo, y al primer pez que suba, tómallo; y al abrir su boca, encontrarás un estatero: tómallo y dalo por mí y por ti" (Mat. XVII, 24 y ss.). Mostró que no debía propiciación por sus pecados; porque no era siervo del pecado, sino que era libre de todo error el Hijo de Dios. Pues el Hijo es libre, el siervo está en deuda. Por lo tanto, este libre de todo, no da el precio de la redención de su

alma, cuyo precio de sangre podría abundar para redimir todos los pecados del mundo entero. Correctamente, entonces, libera a otros, quien no debe nada por sí mismo.

15. (Vers. 10.) Añado más. No solo Cristo no debe el precio de su redención o propiciación por el pecado, sino que incluso si tomas a cualquier hombre fiel, puede entenderse que no deben cada uno su propiciación; porque Cristo es la propiciación de todos, y él mismo es la redención de todos. ¿De qué hombre es ya suficiente su sangre para su redención, cuando Cristo derramó su sangre por la redención de todos? ¿Hay alguna sangre humana que pueda compararse con la sangre de Cristo? ¿O quién es tan poderoso hombre, que pueda dar su propiciación por encima de esa propiciación, que en sí mismo ofreció Cristo, quien solo reconcilió al mundo con Dios por su sangre? ¿Qué mayor sacrificio; qué sacrificio más excelente; qué mejor abogado, que aquel que fue hecho intercesión por los pecados de todos, y dio su vida por nosotros como redención? No se busca, por lo tanto, propiciación o redención de cada uno; porque el precio de todos es la sangre de Cristo, con la que nos redimió el Señor Jesús, quien solo reconcilió al Padre: y trabajó hasta el fin; porque él mismo asumió nuestro trabajo diciendo: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados... y yo os haré descansar" (Mat. XI, 28). Mira al que trabaja: "He trabajado clamando, se han vuelto roncadas mis fauces" (Salmo LXVIII, 4). Y en otro lugar: "Issacar deseó lo que es bueno, descansando entre los fuertes. Y más adelante: "Puso su hombro para trabajar, y se hizo hombre agricultor" (Gén. XLIX, 14 y 15). Por lo tanto, el hombre ya no dará su propiciación, ni redención; porque una vez fue lavado del pecado por la sangre de Cristo. Sin embargo, trabajará para guardar los preceptos de vida, y no apartarse de los mandamientos celestiales. Mientras viva, esté en trabajo, y persevere en él; para que viva hasta el fin, no sea que también él muera, cuando ya ha sido redimido de la muerte.

16. (Vers. 11.) Pero quien haya guardado los mandamientos de vida, no verá la destrucción, cuando vea morir a aquellos que se consideraban a sí mismos los más sabios y prudentes en este mundo. Esto se refiere especialmente a los escribas y fariseos, que se adjudican cátedras en las sinagogas, como si fueran el principio de la sabiduría. Quienes verdaderamente trabajan en vano, cuando piensan que serán liberados por el didracma, cuando han despreciado el precio espiritual de su alma, y ese sacrificio singular del cuerpo del Señor, con una cierta interpretación vana de la Ley, rechazando el sacramento del bautismo. Porque la sangre de machos cabríos y toros no redime a nadie: pero todos son liberados por una sola sangre, la de Cristo, cuya figura está en el Levítico, no la verdad. No somos liberados por didracmas, sino por el precio de la sangre de él solo.

17. Seamos, por lo tanto, enseñables por Dios; para que ninguno de nosotros vea la destrucción en aquel día, cuando sean condenados a muerte eterna los sabios de este mundo, o los príncipes de los judíos, cuando juntos el insensato y el necio perezcan. No es lo mismo uno que otro. El necio es quien no sabe nada, y entiende cosas necias: el insensato, quien tiene mal juicio. Dijo el insensato, porque no hay Dios. Como el iniquo, no porque no conozca la equidad, sino porque con la maldad de su corazón comete iniquidades: también se le llama improbo; porque quiere destruir la probidad con su malicia, no porque ignore la probidad. Por lo tanto, cuando el insensato y el necio perecen, dejan sus riquezas a otros; porque no pueden encontrar un heredero legítimo de su necedad e impropiedad. Los legítimos dicen: "Porque somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos con Cristo: si es que sufrimos con él, para que también seamos glorificados con él" (Rom. VIII, 16 y 17). Por lo tanto, los insensatos no tienen riquezas, porque tampoco tienen herencia. Los infieles no tienen riquezas, ni posesión; porque para el fiel todo el mundo es posesión. No tienen herencia, porque solo hay herencia para los que creen en el Señor. Pero tienen sus propias riquezas. Por eso el avaro dice: "No tengo dónde almacenar

mis frutos" (Luc. XII, 17); porque no es un verdadero fruto, sino el fruto del avaro, el dinero. Y el Señor dice al avaro: "Ve, vende tus bienes... y ven; sígueme" (Mat. XIX, 21). Porque no es un bien perfecto el patrimonio, sino que estos son los bienes del avaro, que están constituidos en algún beneficio. Vende, dice, lo que crees que es tuyo; cuando no es tuyo, porque pasan a otros como un río: y sígueme, para que conozcas el bien inmortal. Por lo tanto, los sabios son llevados a la destrucción, a quienes Dios esconde lo que ha revelado a los pequeños. Perecerán juntos, y en un mismo lugar estarán el insensato y el necio, y dejarán sus riquezas a otros; porque la maldad no encuentra un sucesor legítimo.

18. (Vers. 12.) Y sus sepulcros son sus casas para siempre, sus moradas de generación en generación: invocaron sus nombres en sus tierras. En todas partes la Escritura considera los sepulcros como viles, a los que se comparan los degenerados y los ávidos de esta vida. "Sepulcro abierto es su garganta" (Salmo V, 11). Para aquellos que viven para el día y del día, los sepulcros son como casas. Porque la casa de los justos no está en la tierra, sino en el cielo; como enseñó el Apóstol diciendo: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filip. III, 20). Esa es nuestra casa, que es la casa de Cristo. De donde dice la Escritura: "Y Moisés fue fiel en toda su casa, como siervo en testimonio de lo que se diría: pero Cristo como hijo en su casa" (Heb. III, 5 y 6). Para los piadosos, la casa es la Iglesia, para los piadosos la patria es el cielo. Por eso el justo dice: "Soy un extranjero contigo en la tierra y un peregrino, como todos mis padres" (Salmo XXXVIII, 13). Para los lujuriosos, la casa es el sepulcro. Finalmente, viven como en un sepulcro, quienes pueden decir: "Comamos y bebamos; porque mañana moriremos" (Isaías XXII, 13), no teniendo la resurrección ante sus ojos. Por eso están aferrados y sepultados en sus tumbas, porque no creyeron que podían ser resucitados. Por lo tanto, su morada está en su tumba, y su tabernáculo en la generación y descendencia terrena; quienes dejan como herederos a los gusanos de su cuerpo; para que aquí esté solo su memoria, y no pueda pasar a la eternidad.

19. Finalmente, sus nombres en sus tierras; porque sus obras son corruptibles y terrenas. Y por eso sus nombres se escriben donde prefirieron vivir. Pero a quienes elevaron sus obras, se les dice: "No os regocijéis de que los demonios os estén sujetos: sino regocijaos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo" (Luc. X, 20). De aquí entendemos que no en vano el Señor los reprende, quienes edificaban para sí sepulcros, o tumbas de los profetas, y las adornaban (Mat. XXIII, 28). Porque los judíos son condenados, quienes a los profetas que mataron, les ofrecían consuelos terrenales, no premios eternos. Por eso prohíbe que su discípulo entierre a su padre (Mat. VIII, 22); porque debe estar siempre atento al Padre eterno. Y en el libro de Isaías está escrito: "¿Por qué, dice, has edificado y excavado para ti un sepulcro?" (Isaías XXII, 6). Y se reprende a María, quien buscaba a Cristo en el sepulcro. Deja los sepulcros, que dejaron quienes al oír la voz del Señor en su pasión se levantaron de las tumbas. No habites entre los muertos, tú que vives. Escucha la voz de Jesús resucitador: "Levántate, tú que duermes, y resucita de los muertos; para que la luz de Cristo te ilumine" (Efes. V, 14). Otra luz suya es el Espíritu Santo, que iluminó a los santos apóstoles en la dispersión de las lenguas como fuego.

20. (Vers. 13, 14.) Sigue: "El hombre, cuando estaba en honor, no entendió: fue comparado a los animales que carecen de sentido; y se hizo semejante a ellos. Este es su camino, un tropiezo para ellos mismos: y después se complacerán en su boca". Porque el hombre no entendió, cuando estaba en honor (y el honor es que fue hecho a imagen de Dios, hecho capaz de razón), fue comparado a los animales, que no tienen sentido: pero quien entendió, se compara a los ángeles. Y por eso aquí fue magnificado por la claridad de sus buenas obras: aquel es considerado como un caballo relinchante por la suciedad de su vida, que trae tropiezo en la vileza y obscenidad de los que viven. Porque la insensatez del hombre

contamina sus caminos. Pero hombres de este tipo viven según su propia apetencia, que crea tropiezo, y después del tropiezo se complacerán en su boca, pero no en su corazón. No son buenos, de quienes se dice: "Con su boca bendecían, y con su corazón maldecían" (Salmo LXI, 5). Lo que también se responde a aquellos que tienen en sus códigos escrito así: "Y después en su boca bendecirán". Porque tu palabra esté cerca, y en tu boca, y en tu corazón.

21. (Vers. 15.) "Como ovejas serán llevados al infierno: la muerte los pastoreará. Y los justos dominarán sobre ellos en la mañana; y su ayuda se envejecerá en el infierno, lejos de su gloria". Quienes no quisieron que Cristo los pastoreara, la muerte los pastoreará. ¿Quién, entonces, dejará al buen pastor, que pone su vida por sus ovejas, porque le concierne el cuidado de su rebaño? ¿O quién elegirá la muerte mercenaria, que se paga con la digna recompensa de las peores obras? Reconoce, hombre, que Cristo es el verdadero pastor, que alimenta a los suyos para la vida. La muerte entró, que lleva a la destrucción a los extraños, y devora a aquellos a quienes puede prevalecer debido a sus crímenes. Aunque en esta vida tuvieron el afán de poder y riquezas, para dominar sobre otros: pero en la resurrección habrá servidumbre, cuando el esplendor matutino ilumine a los justos: cuya figura es que Jacob es puesto como señor sobre su hermano. Miserable, por lo tanto, es la servidumbre, para que en el tiempo en que otros son llamados a la gloria del esplendor y la luz, su gloria envejezca y se consuma en las tinieblas del infierno. Con razón se dice de ellos: "De su honor y gloria fueron expulsados"; porque esta gloria es temporal.

22. (Vers. 16.) "Sin embargo, Dios liberará", dice, "mi alma de la mano del infierno; cuando la tome". Bien dice esto, quien sabía que su alma no sería dejada en el infierno. Porque descendió para liberar a los cautivos de las fauces del infierno, no para que su alma quedara cautiva en ellas.

23. (Vers. 17.) Por lo tanto, ya que estas cosas que están en este mundo no pueden pasar con nosotros; por eso se te dice: "No temas cuando el hombre se enriquezca: y cuando se multiplique la gloria de su casa. Porque no llevará nada cuando muera: ni descenderá con él la gloria de su casa". No temas, dice, las riquezas, y el poder del rico, y la gloria mundana; porque son caducas, y pasan más rápido de lo que vinieron. Este tesoro es un sueño: despiertas, y se ha ido; porque quien pueda dormir la embriaguez de este mundo, y asumir la sobriedad de la virtud, desprecia estas cosas, y considera el dinero como nada. Ni temas cuando escuches que se ha multiplicado la gloria de la casa de algún poderoso. Examina cuidadosamente, y está vacía, que no tiene nada en sí de la plenitud de la fe. ¿Y qué de la casa diré? Todo este mundo estaba vacío antes de que Cristo lo llenara con el número de creyentes. Por eso está escrito: "Juzgará entre las naciones, llenará las ruinas" (Salmo CIX, 6). ¿Qué otra cosa había antes en este mundo, sino la ruina de la infidelidad? ¿Qué es la ruina? Escucha al que dice: "Donde está la ruina, allí también están las águilas" (Mat. XXIV, 28); es decir, donde está la ruina, allí también está la resurrección. La ruina, está vacía de firmeza: la resurrección, es la plenitud de la vida. Por eso la ruina de aquel Adán nos vació, pero la gracia de Cristo nos llenó. Por eso él se vació; para que nos llenara, y en la carne del hombre habitara la plenitud de la virtud. ¿Qué es la ruina, reconoce. Mientras el hombre vive, está lleno de espíritu: cuando muere, está vacío de este espíritu vital. Mucho más vacío hace la pérdida de la gracia espiritual, que la gracia solía llenar; para que podamos decir: "Porque todos nosotros de su plenitud recibimos, y gracia sobre gracia" (Juan I, 16). De otro se dice: "En vano trabajé" (Isaías XLIX, 4): pero el justo es como el olor de un campo lleno.

24. (Vers. 18.) ¿Qué no es vacío, que es secular y mundano; cuando correctamente dijo, quien con sobria virtud despreció este mundo: "Desnudo nací, desnudo moriré" (Job I, 21)? ¿Acaso alguien puede llevar consigo lo que posee? Aquí deja todo, entra solo en la tumba, y vacío es

el sepulcro de aquel rico, a quien ni la misma tierra contenía. De donde se dijo: "¿Acaso habitaréis solos sobre la tierra? ¿Acaso descendió a ese sepulcro la gloria de su casa o sus riquezas?" (Isaías V, 8). Mira la fuerza de la Escritura. La gloria del mundo no desciende con el pecador, pero la gloria de la virtud asciende con el inocente. Y para decirlo más brevemente, la gloria del hombre ascenderá con el que asciende: con el que desciende no descenderá. Lo que es de gracia y virtud, ascenderá. Se asciende al paraíso, se desciende al infierno. "Desciendan", dice, "al infierno vivos" (Salmo LIV, 16). Por eso el pobre Lázaro fue elevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico lujurioso, levantando sus ojos en el infierno, ruega a Abraham que envíe al pobre, y con su dedo toque su lengua, para que pueda obtener algún alivio en el gran ardor en que se encuentra. Mira a ese pobre abundante en todos los bienes, a quien rodeaba el descanso bienaventurado de los santos Patriarcas. Mira a este vacío, quien en este mundo parecía abundar en todo, cuya alma en su vida era bendecida: pero ahora inerte es atormentada por la muerte (Luc. XVI, 22 y ss.).

25. (Vers. 19.) Por eso sigue bellamente: Porque su alma será bendecida en su vida: te confesará cuando le hagas bien. Bendecirán, dice, con bendición terrena. Hombres necios, que consideran lo presente, no lo futuro. Lo bendecirán sus seguidores y parásitos. Él también se considera afortunado si ha invadido algún campo que deseaba. Confiesa entonces a Dios, cuando en este mundo le suceden cosas favorables: pero cuando le ocurren adversidades, maldice con boca impía. Por eso dice que el secular no da gracias en la pobreza y adversidades; pero el justo en las angustias bendice más al Señor con afecto agradecido. Finalmente, el diablo dice a Dios: ¿Qué maravilla si Job te bendice? Todo le abunda. Pero extiende, dice, tu mano, y toca lo que posee, veamos si te bendecirá en la cara (Job. I, 11). Y el Señor le dio poder para quitarle lo que era de este mundo: cubrir su carne con la atrocidad de la úlcera. Sin embargo, Job bendecía diciendo: El Señor dio, el Señor quitó... sea bendito el nombre del Señor (Ibid., 21).

26. (Vers. 20, 21.) Entrará hasta la generación de sus padres: hasta el siglo no verá la luz. El hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado con las bestias que no tienen sentido, y se hizo semejante a ellas. Por eso, dice, este entrará en la generación de sus padres. ¿Quién es el padre de los impíos? El Señor lo declaró diciendo: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII, 44). También hay esos padres de los que se dice: Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mat. VIII, 22). Por eso los moabitas fueron prohibidos de entrar en la Iglesia del Señor hasta la tercera y cuarta generación (Deut. XXIII, 3); para que sus hijos, por los pecados de sus padres, entraran en la generación de aquellos cuyos hechos y costumbres imitaban. Por eso está escrito: Los hijos de los adúlteros serán consumidos (Sab. III, 16). Así que quien no sigue a aquel Padre que está en el cielo, sino a aquel que vive en la suciedad terrena, entra en la progenie del padre terrenal. Porque como es el terrenal, así son los terrenales; para que su vida sea terrena, sin descanso después de la muerte. En la eternidad no verá la luz; porque buscó lo temporal. Pero aquel que siguió la gloria de Cristo, que deseó aquella luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, encontrará y verá la luz eterna; porque Cristo lo redimió de la muerte.

27. Entonces pensará consigo mismo, porque cuando estaba en honor, no entendió; y por eso será semejante a las bestias, quien debió ser semejante a los ángeles, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo: a quien es honor, gloria, perpetuidad desde los siglos, y ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

EN EL SALMO LXI COMENTARIO. Título: Al final, para Idithum, Salmo de David.

En el tratado de este salmo, el Beato Ambrosio reprende gravemente la infidelidad e impiedad del tirano Máximo, quien se atrevió a asesinar a su señor, el emperador Graciano, con fraude y engaño: a quien el emperador dice habitar en el tabernáculo del Señor y descansar en su monte.

1. (Vers. 1.) Es costumbre indudable de todos nosotros apresurarnos al final, y de lo que leemos o vemos y oímos, queremos conocer la suma. Por eso el título mismo no nos permite ser ociosos, ni pasar con oídos desatentos la indicación del deseo común. Porque sobre todo, aunque también en los demás resplandezca, el oráculo divino brilla en este tipo de salmo. Por eso consideremos más diligentemente qué es el fin; porque el fin se llama τέλος, y la suma de la cosa que queremos explicar. El fin se llama Cristo, porque él es el fin de la Ley; como está escrito: Porque el fin de la Ley es Cristo para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). También se llama fin, porque él es el principio y el fin. Por lo tanto, estos salmos que se titulan: Al fin; o son de Cristo, o de Cristo mismo: de Cristo, cuando él es anunciado: de Cristo mismo, cuando él se anuncia a sí mismo, y promete venir a la tierra, y se digna revelarnos la futura pasión de su propio cuerpo.

2. Y por eso se inscriben a David en el título, como si los ministerios de la boca profética se atribuyeran al mismo Señor, por quien la fuerza celestial increpó con el oficio de la voz humana, y la sentencia divina resonó.

3. Y con razón para Idithum, quien fue profeta, y cantaba los salmos con sus seis hijos, es como una especie de prefacio; porque a estos se les debía profetizar, quienes en el ministerio del canto estaban constituidos, para que hablaran los oráculos divinos con voz humana. Y porque para abolir el error de todo el mundo debía asumirse la pasión del cuerpo del Señor, aunque bajo el nombre de aquel cuya diligencia se probara, expresó una enseñanza más recomendada para el pueblo. Así que escuchemos al mismo hablando.

4. (Vers. 2) ¿No estará mi alma sometida a Dios? Nuestro Señor Jesús, al asumir la carne del hombre para purificarla en sí mismo, ¿qué debía hacer primero sino abolir el primer contagio del pecado antiguo? Porque como por la desobediencia se introdujo la culpa, al ser violados los mandamientos divinos, debía reformar la obediencia sobre todo, para excluir la semilla del error. Porque la fibra del pecado manaba de allí: y por eso, como buen médico, debía cortar primero las raíces de la úlcera; para que el remedio saludable de los medicamentos sintieran las bocas de la herida. En vano habrías curado la cicatriz, si las infecciones internas se propagan; más bien, la herida se agrava, si se cierra por fuera, cuando el veneno hierve por dentro. Porque ¿de qué serviría perdonar el pecado, si permaneciera el deseo de pecar? Esto era no sanar la cicatriz, sino cerrarla. Quiso, por tanto, limpiar la herida, para sanar el deseo; para que no quedara ninguna suerte de desobediencia. Él mismo asumió la obediencia, para transfundirla en nosotros. Porque así convenía, que como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, por la obediencia de uno muchos fueran constituidos justos.

5. Por eso, el hecho indica que están muy equivocados aquellos que dicen que Cristo asumió la carne del hombre, pero niegan el deseo: y van contra el consejo del mismo Señor Jesús, que quitan al hombre del hombre; cuando el hombre no puede ser sin el deseo del hombre. Porque la carne sin deseo está libre tanto de premio como de culpa. Por lo tanto, debía asumir y sanar aquello de donde manaba la culpa; para cerrar el origen del error y ciertas puertas del delito que brotan. Por eso hoy reconozco al hombre, al Señor Jesús, cuya carne no veo, pero leo su deseo: ¿de dónde, digo, lo reconocería como hombre; si no hubiera tenido hambre, si no hubiera tenido sed, si no hubiera llorado, si no hubiera dicho: Mi alma está triste hasta la

muerte (Mat. XXVI, 38)? Finalmente, está escrito: Y es hombre, y ¿quién lo conocerá (Jer. XVII, 9)? Pero el hombre se conoce por estas cosas, quien por las obras divinas es estimado por encima de los hombres. Así que él mismo quería ser creído hombre hasta tal punto, siendo Dios; que se llamara a sí mismo hombre diciendo: ¿Por qué me buscáis para matarme, hombre que os he dicho la verdad (Juan VIII, 40)? Y no solo hombre, sino también hijo del hombre diría, como dice: ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre (Mat. XVI, 13)? Por eso aquel fue pronunciado como quien tiene la suma de la fe, quien reconoció al Hijo de Dios, y no negó al hombre. Él, por tanto, es ambos, uno, inseparable en número, y debe ser reconocido por la distinción de la obra, no por la variedad de persona. No es otro del Padre, y otro de María: sino que quien era del Padre, tomó carne de la Virgen: asumió el deseo de la madre, para que él mismo asumiera nuestras debilidades. Por eso dice el Profeta: Y por nosotros sufre (Isa. LIII, 4). ¿Cómo sufría con mi dolor, si no llevaba mi deseo? Hombre, dice, en la herida, y sabiendo llevar la debilidad (Ibid., 3).

6. Así que como hombre se debilitó, como hombre sufrió; y nosotros lo estimamos como hombre en dolores: pero como vencedor de las debilidades, no vencido por las debilidades, sufría por nosotros, no por sí mismo; y se debilitó no por sus pecados, sino por los nuestros, para sanarnos con su llaga. ¿Qué significa hombre en la herida, y sabiendo llevar la debilidad; sino que tenía compasión de la herida? ¿O cómo sabía llevar la debilidad, si había excluido el sentido de la debilidad? Porque lo que llevamos, lo soportamos como carga. Por lo tanto, asumió nuestros pecados, para llevarlos: también asumió, para purgarlos. Finalmente, está escrito: Y él purgó sus pecados. Por eso él poseerá en herencia a muchos, y repartirá los despojos de los fuertes (Ibid., 11 y 12). Porque allí hay mayor triunfo, donde la mente interna se purifica. Lo que lleva, por tanto, pertenece al perdón: lo que purga, a la corrección. Por lo tanto, asumió nuestra compasión, asumió también la sujeción. Porque lo que sometió a sí mismo todo, es suyo: lo que fue sometido, es nuestro. Por eso dice: ¿No estará mi alma sometida a Dios? Alma, dice, sometida, no divinidad: alma sometida, no la virtud de Dios. Porque la virtud de Dios no está sometida al poder; sino que usa de la unidad y compañía de su poder. Aquella está sometida, que por la fragilidad de la condición humana a menudo se cambia, no la que no puede cambiarse. El alma compadece a la carne, y la carne al alma, que se unen en una especie de convivencia. Aquella está sometida, que está triste; porque está escrito: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38). Aquella está sometida que fue asumida, no nacida de Dios Padre: aunque esa sujeción no es en la apariencia de debilidad, sino en la operación de la virtud; más árbitra de una dispensación temporal, que esclava de un servicio perpetuo. Por eso dice: ¿No estará mi alma sometida a Dios?

7. ¿Por qué dijo, estará, si es una sujeción sempiterna? Pero porque el Hijo de Dios que hablaba es eterno, y el alma fue asumida en el tiempo; por eso dice que la sujeción de su alma será futura. Por ella, por tanto, la obediencia, por ella la humildad; que sin embargo no son asumidas por la debilidad del poder, sino por la enseñanza de la disciplina. Porque el mismo Señor Jesús, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, hallado en la apariencia como hombre: se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (Filip. II, 6-8). Como dice el Apóstol, no deseando declarar una sujeción perpetua y continua, sino temporal: tal como fue asumida con la carne, y depuesta con la servidumbre del mismo cuerpo. Así también está escrito a los Hebreos. Porque habiendo propuesto el ejemplo diciendo: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec; añadió el mismo Pablo: Quien en los días de su carne ofreció ruegos y súplicas al que podía librarlo de la muerte, con gran clamor y lágrimas: y fue oído por su temor. Aunque era Hijo, aprendió obediencia por lo que padeció: y habiendo sido perfeccionado, se

convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen: llamado por Dios sacerdote según el orden de Melquisedec (Hebr. V, 6-10). ¿No clamó evidentemente el Apóstol diciendo que aquella obediencia y humildad no eran de la divinidad, sino de la carne? Porque lo que se aprende, es temporal. Así que como hombre, por lo que padeció, aprendió obediencia; para que se perfeccionara en la carne, y por la sucesión de la obediencia transfundida en nosotros se convirtiera en causa de salvación eterna para nosotros, a quienes antes por la herencia de la desobediencia aquel primer Adán se convirtió en causa de muerte.

8. La sujeción, por tanto, es el magisterio de la virtud humana, no la disminución del poder divino. Porque si dicen que el Hijo es menor e inferior al Padre, porque estaba sometido al Padre Dios; ¿acaso también es menor que la madre, porque estaba sometido a la madre? Porque está escrito de José y María: Y estaba sujeto a ellos (Luc. II, 51). Pero la piedad para todos nosotros no es una disminución, sino un incremento, por la cual el Señor Jesús infundió fe y gracia en todos nosotros; para que nos haga sujetos al Padre Dios con espíritu fiel. Y por eso, con un nuevo y profundo consejo, el Apóstol dice que él mismo será sujeto al Padre en nosotros, cuando haya plenitud de fe en todos, y una cierta unidad de devoción. Porque ahora, mientras discrepamos en opiniones, de alguna manera disminuimos el reino de Cristo; porque aún no le están sujetas todas las cosas, cuyo reino es unidad: Pero cuando le estén sujetas todas las cosas, entonces también él mismo será sujeto a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28); como está escrito. Porque ahora está sobre todos por poder, pero es necesario que esté en todos por voluntad: y lo estará, cuando conozca que todo en nosotros está lleno de él, y vacío de delitos. Por tanto, aún no está sujeto al Padre; porque aún no es todo y en todos Cristo: pero cuando sea todo y en todos Cristo, será todo y en todos Dios. De donde se concluye que el reino del Padre y del Hijo, y también del Espíritu Santo, es uno; porque quien recibe al Hijo, recibe también al Padre, recibe también al Espíritu Santo; porque una es la potestad, una la gracia, una la operación de la Trinidad.

9. Y con razón añadió el Señor: Porque de él es mi salvación. Como si dijera: No os turbéis porque dije que mi alma estará sometida a Dios. El alma estará sometida, que es parte vuestra: pero mi salvación es de él; esto es, porque del Padre y en el Padre soy siempre. Porque del Padre vine a este mundo: y aunque veis al hombre, creed al Hijo de Dios. Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de mi Padre, el espíritu de verdad, que procede de mi Padre, él dará testimonio de mí (Juan XV, 26). Y el Hijo procede del Padre, y el Espíritu procede de él. Por lo tanto, nada ambiguo sobre la unidad de la divinidad. Y por eso David deseó que esta salvación de Dios nos fuera dada; porque él es la vida eterna, si también al Padre verdadero Dios conocemos y al Hijo, que ciertamente vino por nuestra salvación: pero no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Separa la afirmación de su divinidad, y representa el oficio de la dispensación humana.

10. (Vers. 3.) Y por eso añadió inmediatamente: Porque él es mi Dios, mi ayudador, mi defensor: no seré movido más. Esto ciertamente lo dice como hombre; porque en Dios debemos poner nuestra esperanza, para no tambalearnos fácilmente: aunque en lo que dijo: No seré movido más; muestra tener los signos de la potestad divina. Porque tienes en otro lugar diciendo: Aún una vez moveré la tierra (Ag. II, 7). Movié con el diluvio, cuando fuera del arca de Noé toda carne pereció: movió cuando Sodoma y Gomorra fueron consumidas por fuego sagrado. Estos son indicios de la indignación celestial. Pero porque el Señor eligió más bien salvar al género humano que perderlo, no será movido más a la indignación, quien vino a la misericordia: vino para redimirnos con su sangre, no para derramar la nuestra: vino para ofrecerse por nosotros, y como buen negociador conservar su mercancía con la pasión de su propio cuerpo.

11. (Vers. 4.) Y al decir esto, levantó sus ojos, y vio aquí a los perseguidores, allí a las maldades espirituales reunirse en uno, y dijo: ¿Hasta cuándo arremetéis contra el hombre, matando a todos, esto es: ¿Por qué os apresuráis a destruir el género humano? ¿No sabéis que vine como hombre para la redención de todos? Me ofrecí por todos, para proteger a todos con mi oblación. Por lo tanto, o tomamos al hombre por toda la multitud humana: o si lo tomamos de uno, entendemos que se dice de él mismo: Arremetéis, pero contra el hombre; porque sobre Dios no podéis arremeter; como tienes en otro lugar: ¿Por qué me buscáis para matar al hombre (Juan VIII, 40)? Porque la divinidad no podía estar sujeta a la muerte, sino la asunción humana. Si, por tanto, arremetéis contra mí, y queréis apresarme; ¿por qué queréis matar a los que están conmigo? Os basta tener a quien buscáis. No busco compañero de pasión, quien para la salvación de todos no necesita ayudante. No requiero legado, no envío mensajero; sino que yo mismo me ofrecí como mensajero a los que no buscaban: me entregué a los que no comprendían; para liberar a los que estaban atrapados en los lazos de la muerte. Arremetéis, por tanto, como contra un muro inclinado y una pared empujada, ignorantes de que vine no para inclinar el muro, y empujar la pared; sino para desatar. Porque vine como paz, para hacer de ambos uno; y deshaciendo el muro intermedio de la pared, que dividía la carne y el alma, para que no pudieran sentir lo mismo: y por eso la carne se oponía al alma, y no podía estar sujeta a su imperio; porque por el obstáculo del muro interpuesto no podía obedecer a sus mandos.

12. Por lo tanto, la ley de la carne se oponía a la ley de la mente. Este muro de enemistades antiguas como un muro lo levantó el Señor Jesús, y hizo accesibles los encuentros de la mente y la carne; para que uniéndose en uno, siguieran lo que era saludable para ambos. Por lo tanto, el muro es una cierta eminencia de delitos. Por eso dice Pablo al sumo sacerdote de los judíos: Dios comenzará a golpearte, pared blanqueada (Hechos XXIII, 3); porque el muro se construye con barro y cemento. De aquí construían los egipcios ciudades, cuando los judíos eran obligados a hacer ladrillos. En Egipto se fabricaba el barro, y el pueblo de Dios allí obraba el pecado. Por eso gemía, por eso fue oído y liberado del pecado. Por eso se dio la Ley, se prometió la gracia; para que la Ley cortara en parte el pecado, la gracia lo perdonara todo.

13. (Vers. 5.) Y mientras nos confería estas cosas, sufría estas por nosotros, nosotros rechazábamos su precio. De donde dice: Sin embargo, pensaron rechazar mi precio; cuando, al referirse al precio por el traidor Judas, los judíos no quisieron ponerlo en el tesoro diciendo: No nos es lícito ponerlo en el tesoro; porque es precio de sangre (Mat. XXVII, 6). Aquí es condenado por su propio juicio el traidor, que devolvió el precio que había recibido, débil para el testimonio del sagrado ministerio, pero fuerte testigo de su crimen. Pues cada uno es un acusador más grave de sí mismo, y lleva en sí una sentencia inexcusable. Los príncipes de la Sinagoga se condenan a sí mismos con su juicio. Pues reconocen que es precio de sangre lo que dieron, ya que acusan al que lo devuelve. Pues si no debía recibirse, tampoco debía pagarse. Y ojalá no lo hubieran dado, o porque lo dieron, no lo hubieran recibido. Rechazaron lo que no quisieron poner en el tesoro, y compraron con ello un campo para sepultura de extranjeros. Con razón, pues, los gentiles, para quienes el campo de aquel que fue comprado con la muerte de Cristo, la sepultura fue provechosa, ya no son extranjeros ni peregrinos: sino que se han hecho ciudadanos de los santos, y domésticos de Dios; porque son sepultados con el Hijo de Dios: pero los judíos que rechazaron el precio de su pasión, peregrinan lejos de Cristo. Más tolerable es para ellos incluso en esto el traidor, que confiesa su error: pero ellos agravan su crimen excusándolo. Pues es más vergonzosa la confesión después del delito. Impudicamente, pues, refutaban el sacrilegio común confesando diciendo:

¿Qué nos importa? Tú verás (Ibid., 4). Pues ¿qué decía el traidor, sino esto: He pecado entregando sangre inocente (Ibid.)? Lo que era crimen del que entregaba, ¿cómo no podía ser pecado del que recibía; cuando el crimen se une al crimen, para que al que compraron criminalmente, lo mataran más criminalmente?

14. Corrí, dice, en la sed. Es verdad que nuestro Señor Jesús tuvo sed. Bendita sed del Señor; porque tuvo sed por nosotros, y especialmente en la pasión. Finalmente dijo: Tengo sed (Juan XIX, 28). Entonces tenía sed, cuando de su costado manaban corrientes de agua viva que apagaban la sed de todos. Finalmente está escrito: De su vientre correrán ríos de agua viva (Juan VII, 38). Pero en griego está puesto en medio; porque ἔδραμον significa tanto el número singular como el plural. Por lo tanto, también corrí; y corrieron, según el griego podemos entender. Dijimos, pues, qué expresa, corrí, esto es, me apresuré a recibir la sed de todos, para saciar a todos con la abundancia de la fuente perpetua (a quien le diere agua, no tendrá sed, ni aquí, ni en el futuro (Juan IV, 13), como se dijo a la samaritana); ahora digamos qué significa: Corrieron en la sed. Esto es, se apresuraron a secar sus gargantas con la aridez eterna, negando la fuente viva en el ardor de su perfidia; como el mismo Señor dice: Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas (Jerem. II, 13). Y no es de extrañar si tuvieron sed, quienes no podían retener el agua de la fuente eterna por las grietas de su perfidia resbaladiza. Tuvieron sed, pues; porque se privaron del agua espiritual, que habían bebido de la roca que los seguía. De donde también Símaco dice: Τῷ δόλῳ αὐτῶν εὐλόγουν, esto es, les agradó en la mentira, cuando presentaban lo falso por verdadero. Toda mentira tiene sed, la verdad abundancia, que persevera para siempre.

15. Y cuán pronto probó que corrieron en la mentira. Con su boca, dice, bendecían, y con su corazón maldecían. Miserable sed de los pérfidos, que tenían una cosa en el corazón, y otra hablaban con la boca. Pero donde abunda la riqueza de la fe, se cree con el corazón para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación. Cómo bendijeron con la boca, y maldijeron con el corazón, lo muestra la serie de la Pasión, cuando decían: Descienda de la cruz y creeremos en él (Mat. XV, 32). ¡Necios! Resucitó de la muerte, y no creyeron; ¿cómo si descendiera de la cruz, habrían creído? Confió en el Señor, librélo: sálvelo ahora, si lo quiere (Sal. XXI, 9); porque decían estas cosas burlándose más que deseándolas, y preguntaban si era Hijo de Dios, hablando palabras pacíficas, pensando en su corazón la acusación de sacrilegio.

16. Pero estas son cosas místicas, pasemos a las morales. Pues porque Cristo no es apetecido una sola vez, fue apetecido una vez en su cuerpo que tomó en la Virgen, es apetecido frecuentemente en ese cuerpo, que es la Iglesia; pues nosotros somos el cuerpo de Cristo y miembros. Es apetecido también en cada uno de sus santos e inocentes, que se han dedicado al Señor.

17. Recordamos a alguien (Graciano emperador) recientemente apetecido por todos, abandonado y traicionado por los suyos: que, colocado hace poco en el trono del imperio, de repente necesitado de todo por aquellos de quienes había heredado la obediencia, comenzó a ser acosado, con los que se precipitaban hacia su fin, llevándole a la muerte, sin ningún auxiliador, sin ningún compañero suyo, sin ningún acompañante. ¿Qué otra cosa mejor podría haber dicho, que lo que recibió de aquel a quien se había dedicado: No se someterá mi alma a Dios? Esto es, ¿por qué me perseguís; por qué os enfurecéis; por qué insultáis? Podéis matar la carne, no podéis matar el alma. Podéis arrebatarse esa vida del cuerpo, no podéis extinguir el mérito. Pues está escrito: No temáis a los que pueden matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma: sino más bien temed a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno (Mat. X, 28). El alma, pues, que está sometida a Dios, no está sometida al poder

humano; pues de él espera el fruto de la vida eterna, y la ayuda de la salvación perpetua. Aquel, pues, a quien me he entregado, me protegerá muerto, y resucitará al que ha sido asesinado, y vengará al que ha sido matado. El justo fue arrebatado, para que la maldad no cambiara su corazón. Esta muerte, pues, es más una huida del pecado, que una pérdida para el que muere.

18. Pues él es mi Dios, mi ayudador, mi defensor: no seré movido más. El que cae, se conmueve; porque cae de una cierta posición de integridad e inocencia. Pues una vez colocado en la roca de Cristo, no debe tener un paso resbaladizo; sino mantener el fundamento de su propio estado. De donde se dice inmóvil, el que guarda una voluntad inmóvil, y ejecuta algún propósito con la intención de un alma fiel. Pues también leemos la voluntad inmóvil de Dios, como tienes en Hebreos: En la cual queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su voluntad, interpuso juramento (Hebr. VI, 17). Con razón, pues, la voluntad de Dios es inmóvil, que no se mueve por las seducciones de ningún pecado. Los hombres, en cambio, son móviles, resbaladizos para delinquir, fáciles para errar. Finalmente, de los judíos se dijo: Y los que pasaban le blasfemaban, moviendo sus cabezas (Mat. XXVII, 39). Y el mismo Señor en el salmo dice: Todos los que me veían, se burlaban de mí: y hablaban con los labios, y movían la cabeza (Sal. XXI, 8). Cristo es la cabeza de todos. Es mejor, pues, que Cristo permanezca en nosotros, que se mueva por algún movimiento nuestro. De donde los judíos moviendo sus cabezas decían: Quita de la tierra a tal hombre (Hech. XXII, 22). Los gerasenos rogaban, que se apartara de sus confines (Luc. VIII, 37): pero la Iglesia lo retuvo, y no lo dejó. Por eso aquella que lo retuvo, lo posee: aquellos que lo movieron, no pueden retenerlo. Hermosamente dice el evangelista que los que pasaban movían sus cabezas (Mat. XXVII, 39): los que pasaban, no los que estaban. Estamos en los atrios santos, pasamos en las calles. El sacerdote pasó, el levita pasó: se detuvo aquel que curó las heridas infligidas. Y por eso aquellos que pasaban por el camino no dijeron: La bendición del Señor sobre vosotros: os bendicimos desde la casa del Señor (Sal. CXXVIII, 8); pues los pies de los que bendicen están, no pasan. Finalmente, también la viña cuya protección está desatada, los que pasan la vendimian, no los que permanecen. Los que pasan silban, como leemos en las Lamentaciones de Jeremías: Todos los que pasaban por el camino aplaudieron sobre ti: silbaron y movieron su cabeza sobre la hija de Jerusalén (Lam. II, 15). Por eso el sacerdote no pudo ser coronado, el levita no pudo, porque pasaron, y como sombra pasaron. Pero Esteban fue coronado con el martirio; porque veía al Señor Jesús de pie, inmóvil, no pasando. Inmóvil, pues, en la fe, Esteban veía a Cristo inmóvil: no era movido por ningún temor a la muerte. No se movió Esteban, no se movió Cristo. Se movieron los hijos del traidor, de los cuales se dice: Que sus hijos sean movidos y mendiguen (Sal. CVIII, 10). Necesita médico el que se mueve. El pecador es pobre, el justo es rico; porque no le falta ningún bien, quien siempre busca al Señor.

19. Y porque de ahí se ha tomado el discurso, quien dijo: No seré movido más; muestra que moverse es culpa, el mismo David dice: Que puso mi alma en la vida, y no permitió que mis pies se movieran (Sal. LXV, 9). De donde también se dice al santo por nuestro Señor Dios: Pero tú aquí quédate conmigo (Deut. V, 31); porque quien está cerca de Dios, no puede estar cerca de la caída. Pues toda culpa, como un adversario, suele derribar del lugar, y mover la mente de su propio estado: lo cual parece tomado ya sea del enemigo, ya sea de la lucha. La ira perturba, la lujuria enciende, la envidia estimula, la avaricia atormenta, el miedo derriba, la tristeza aflige. Y a Pedro le dijo el Señor Jesús: Ven detrás de mí (Mar. VIII, 33). No dijo: Ven detrás (pues esto solo lo dijo al diablo) sino: Ven detrás de mí; pues no está detrás, quien está detrás de Cristo. Pero porque Pedro erraba, como el mismo Señor le dice: Porque no

entiendes, dice, las cosas de Dios, sino las de los hombres (Ibid.); por eso ven detrás de mí, para que comiences a entender no las cosas humanas, sino las divinas. Por eso también aquí el justo que ha de ser arrebatado de la tierra dice: No seré movido más. Pues deseo partir, y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor (Filip. I, 23). Pues no podrá caer quien comience a estar con Cristo; porque la muerte para el justo no es el fin de la naturaleza, sino del pecado.

20. Entre estas voces de repente ve las huestes de los perseguidores, y puesto entre los peligros no preocupado por sí mismo; sino por aquellos a quienes deseaba liberar, dice: ¿Hasta cuándo os lanzáis contra un hombre, matando a todos (Supra, vers. 4)? Si me buscáis a mí, ¿por qué queréis matar a otros? Me ofrezco yo mismo por muchos; porque solo él pudo ofrecerse por todos, quien es el autor de todos. Por lo tanto, el imitador de aquel a quien seguía dice (Juan XVIII, 8 y 9): Si me buscáis a mí, dejad ir a estos; para que se cumpla la palabra que dijo Jesús: Que no perdí de ellos a ninguno excepto a uno (pues esto lo comprende la sentencia del Señor en otro libro); que sin embargo pereció más por su propia voluntad, que por mi severidad, dice, fue castigado. Y cuando yo me ofrezco voluntariamente, os lanzáis y os abalanzáis como contra una pared inclinada, y un muro empujado (Salmos vers. 4); esto es: El ápice de una noble sede augusta, y el muro una vez fuerte del imperio rodeado por todo el orbe romano, como una pared inclinada, o un muro empujado colapsa.

21. Pero sea, me han apeteído hasta la muerte, me han buscado para la muerte diciendo: Quitemos al justo, quitemos al misericordioso; porque es pesado para nosotros incluso verlo: pero también mi reputación, mi castidad pensaron herirla con falsas calumnias; esto es: Pensaron rechazar mi precio; porque nuestro precio es la castidad, que nos separa de las bestias, nos une a los ángeles. Nuestro precio es la misericordia, que mientras se confiere a los necesitados, nos redime de la muerte. Nuestro precio es la fe, que adquirió para Cristo a todos los hombres oprimidos por el error gentil y la servidumbre. Nuestro precio es la buena reputación; porque la serie de méritos de cada uno de nosotros se estima. Nuestro precio es la pureza y la simplicidad; porque está escrito: Posesión preciosa es el hombre puro (Prov. XII, 27); pues nada es más precioso que el hombre simple. De donde el Apóstol dice hermosamente: Abundó, dice, en las riquezas de su simplicidad (II Cor. VIII, 2). Pues ¿qué más rico que la simplicidad: que como un buen padre de familia se basta a sí misma, y contenta con su pureza, no busca lo ajeno, ni lo devora; sino que de sí misma forma a los demás? Pues el inocente cree toda palabra, ni se cambia a menudo en diversas artes; como la astucia que para ser cauta, teme todo, ni se fía de sus propios consejos: da vueltas a sus propias sentencias. Pero la simplicidad no sabe temer nada. Con este género, pues, intentaron rechazar el precio del justo; aunque también puede entenderse aquello, que tomaban su oro con las manos, lo rechazaban en su corazón, reteniendo el botín, negando la fe.

22. De donde también dice: Corrí en la sed; porque buscaba la fe, y no podía encontrarla, abandonado por los compañeros, dejado por los suyos. Así leemos que el Señor Jesús en el Evangelio tuvo hambre y sed (Mat. IV, 2, y Juan XIX, 28); cuando tenía hambre de nuestra fe, tenía sed de nuestras obras, parecía buscar lo ajeno. O para referirnos a la sed del cuerpo, con cuánta indignidad dice: Corrí en la sed? esto es: Yo tenía sed, mientras otros eructaban mis vinos; y desde aquel trono de sublime imperio, y opulencia real, fui llevado a los extremos de la sed con una cierta vileza plebeya.

23. Y porque el griego tiene ἔδραμον, que significa tanto corrí singularmente, como corrieron pluralmente, también puede entenderse así: Corrieron en la sed, cuyas gargantas se secaron por el excesivo ardor de derramar mi sangre. Pues así como hay sed de fe, también hay sed de perfidia. Aquella sed la tiene el justo, que dice: Mi alma tiene sed de ti, Dios (Sal. XLI, 3).

Esta la tienen los pérfidos, cuya lengua se secó por la sed. ¿Cuánta sed tuvo aquel que, estando entre los manjares y copas del banquete, tramaba la muerte del inocente comensal del Augusto? ¿No te parecía, impío, cuando comías, preparabas la matanza, que bajo tus dientes humanos crujían los huesos? Cuando bebías vino, y pensabas en el parricidio, que en aquellas copas se te infundía la sangre del inocente? Así, ciertamente, ajeno no solo a la imitación, sino incluso a la lectura divina; que no te venía a la mente aquel versículo de los salmos: Tú, en verdad, hombre unánime, mi guía y conocido mío, que conmigo tomabas dulces manjares (Sal. LIV, 14 y 15). Y aquel otro, del cual el mismo Señor Jesús hace mención en el Evangelio: El que comía mi pan, levantará contra mí su talón (Juan XIII, 18).

24. ¿Qué te haré, Efraín; qué te haré, Judá (Ose. VI, 4)? Dejaste a muchos herederos de tu traición y fraude; pues esto también puede derivarse por apóstrofe al traidor Judas. Traicionaste la vida, el reino, al Señor. Pero Jesús el Señor es traicionado una vez en sí mismo, frecuentemente en sus siervos. Pues lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40). Tú recibiste los cofres confiados a ti y el dinero de los pobres, estas las provincias confiadas a él. Tú el honor de apóstol, él la dignidad de la milicia, las insignias de la administración. Enumero sus honores, para exagerar su crimen. Violasteis ambos la compañía del banquete: tú, sin embargo, te levantaste del banquete a la traición, este a la muerte; esto es, tú, aunque en el crimen, más vergonzoso, que negaste que creías que se infligiría la muerte al Señor que traicionabas, que devolviste el precio; para que no pareciera que residía en ti la recompensa del parricidio. Este no solo retuvo la aceptada, sino que también extorsionó la no ofrecida recompensa de la traición. Este no solo no fue engañado por la mentira ajena: sino que engañó con la suya, y engañó para matar. Y mientras aquel rehusaba el banquete, que se veía a sí mismo ser asesinado, este ofreció el sacramento; para que no se perdiera para él ninguna parte de la acumulación del crimen. Finalmente, el dinero del traidor anterior fue útil para la sepultura de los extranjeros: este negó la sepultura completa a su príncipe.

25. No faltó quien lavara sus manos diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo (Mat. XXVII, 24); en lo cual Pilato no se limpió, sino que se manchó: y se implicó, no se despojó. Pues aunque ningún peso en los juicios de los perdidos, sin embargo, un vínculo mayor en las confesiones. Pues los justos no son absueltos por la sentencia ajena, sino por su vida: los injustos se atan a sí mismos más vehementemente con sus voces, que no pueden atar a otros. Sin embargo, para que a este tampoco le faltara la confesión propia, juró para perjurarse. Lavó sus manos, cuando tocaba el Evangelio: para que nada faltara al ejemplo. Lavó sus manos con agua, para mancharse más criminalmente con la sangre del inocente. Tampoco faltó Herodes, a quien otro Pilato creyó que agradaría, si enviaba al príncipe capturado. ¿Qué diré también de aquello, que también se vistió con una vestidura blanca para burlarse: después también fue donado con una vestidura real para morir; para que no pareciera haber perdido el honor debido? Pues aunque pereció por el crimen, sin embargo, el derecho del poder conferido a él incluso muerto lo reservaba, por el ministerio o el consentimiento de aquellos mismos a quienes se les negaba.

26. A este gran crimen se añadía una pompa fúnebre; si aquel que lloraba impientemente estas cosas, al conocer lo que se preparaba, movido por un justo dolor, no hubiera increpado al victorioso soberbio, que estas cosas solían infligirse a los tiranos, no a los reyes. Así, aterrorizado por el horror del crimen, depuso el aparato del crimen más atroz. No faltó, pues, quien pidiera la sepultura, aunque faltó aquel José que se decía justo. Pero Maximus, mucho más cruel, negaba lo que el mismo Pilato no pudo quitar. En lo cual faltó la humanidad al parricida, sin embargo, no faltó la gracia al inocente: y la paciencia asumida por un tiempo, la venganza fue diferida un poco.

27. (Vers. 6, 7.) Por eso dice: Sin embargo, mi alma está sujeta a Dios; porque de él es mi paciencia. Porque él es mi Dios, y mi salvador, mi protector, no emigraré. Esto es, ¿acaso la sepultura del cuerpo negada me ha quitado la mansión del descanso perpetuo? Tengo mi morada en el tabernáculo del Señor, y en su monte santo descansaré. No emigraré por el crimen humano; porque he sido acogido por el favor del Señor; porque ni la muerte, ni la espada, ni la tribulación podrán separarme del amor de Cristo. Pues no el inocente de los tabernáculos de los justos, sino el pecador emigra. Emigran los herederos del traidor Judas, de los cuales y de los semejantes a ellos con razón se dice: Que sus hijos sean movidos y mendiguen; sean expulsados de sus moradas (Sal. CVIII, 10).

28. Esto se refiere bien al Señor Jesucristo, quien al descender a la tierra, para ser crucificado y sepultado, no se alejó del Padre, sino que permaneció en Él. "Fui entregado, y no me alejé" (Sal. 87, 9). No dejó de ser lo que era, sino que lo conservó: no dejó de estar en la forma de Dios, sino que perseveró: la gloria de Dios no se alteró por la ascensión del cuerpo, sino que permaneciendo, adquirió el triunfo, no perdió el poder. Por eso Él mismo dice: "Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del poder" (Marcos 14, 62).

29. (Vers. 9.) Por eso convoca a los pueblos de las naciones, adquiridos para el Padre con su sangre, exhortándolos a la fe diciendo: "Esperad en Él todos los grupos de mi pueblo"; es decir, no solo Israel, sino todos, dice: no solo los restos, sino también la plenitud de las naciones: no solo las naciones, sino Israel; pues cuando haya entrado la plenitud de las naciones, entonces todo Israel será salvo. ¿Quién puede comprender los misterios divinos? De los cuales hay tanta multitud, que con razón Pablo se maravilla, y con mérito dice: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios!" (Rom. 11, 33). Las naciones fueron rechazadas para que Israel fuera elegido: luego Israel fue cegado por la vocación de las naciones; y los restos de Israel cegado fueron salvados según la elección de la gracia, después de que entró la plenitud de las naciones. Así, la culpa de Israel benefició a las naciones: la fe de las naciones liberó al pueblo israelita.

30. "Derramad", dice, "delante de Él vuestros corazones". Quien se reviste de fe, primero debe despojarse de la perfidia, vaciar su corazón de toda mancha de malicia; para que su corazón sea capaz de la gracia espiritual. Por eso el Apóstol dice: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente" (Efesios 4, 23). Pues cuando se derrama la vieja malicia, se toma la nueva gracia, por la cual cada uno se renueva. Dice entonces el Hijo de Dios: "Derramad delante de Él vuestros corazones"; porque sabía que el Padre iba a decir: "Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne" (Joel 2, 28). También existe esa tradición, de que parece que derramamos nuestro corazón, cuando abrimos a alguien todos los pensamientos y voluntades de nuestro corazón. Por tanto, arrojemos en Dios nuestros pensamientos, y no creamos que algo le es oculto. Derramamos nuestro corazón delante de Él, cuando eliminamos las disputas humanas.

31. (Vers. 10.) "Sin embargo, vanos son los hijos de los hombres: mentirosos son los hijos de los hombres en las balanzas para engañar". Si los hijos de los hombres son vanos, y mentirosos los hijos de los hombres, pueden no ser vanos los hijos de Dios; que no nacen de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón; sino que nacen de Dios. Pues los hijos de los hombres parecen ponderar la equidad y examinar la justicia con la gravedad de un juicio más severo, duros con otros, indulgentes consigo mismos, inicuos en obras, censores en palabras. Por eso Salomón dice: "Abominable es para el Señor el doble peso, y la balanza engañosa no es buena" (Prov. 20, 23). En lo cual significa a aquellos que meditan el robo con un corazón insaciable, y pretenden sobriedad en el rostro. Tales son los escribas de

los judíos, que imponen cargas pesadas de observancia más dura a otros, no teniendo el yugo recto de su alma; sino inclinados por la iniquidad: ellos mismos son los que rehuyen sus propios preceptos. Se encuentra, por tanto, en la avaricia como en la raíz de todos los vicios, que es la cabeza de la iniquidad y el combustible: a la cual el hombre renunciando al mundo, y sepultado con Cristo por el sacramento del bautismo, quien ha muerto al mundo, debe declinar y huir.

32. (Vers. 11.) "No esperéis", dice, "en la iniquidad, y no codiciéis el robo: si las riquezas fluyen, no pongáis el corazón en ellas". ¿Ves que abundan, no ves que pasan? Naciste desnudo, morirás desnudo. ¿Qué buscas recibir que no puedas llevar contigo? Son corrientes las que admiras: como vienen, así pasan y se van. Solo el Jordán se volvió hacia atrás, en el cual descendiste: que te advierte, para que vuelvas a la misma fuente y origen de la naturaleza, que te produjo desnudo, no vestido; para que aprendas a no buscar lo superfluo. Esto que te avergüenza, ser desnudo, la culpa lo enseñó, no la naturaleza. Pues no habría vergüenza de los genitales, si no hubiera culpa. Ni los demás animales se visten para cubrirse; ni se visten para protegerse. Todos están suficientemente protegidos con el manto de su naturaleza; nosotros, mientras buscamos lo superfluo, hemos perdido el manto de la naturaleza, hemos perdido el derecho común. Por eso en este salmo se atribuye la doctrina curativa; porque ya sea Idithum, o él mismo en nombre de aquel, con ejercicio espiritual, se instruyó en soportar tentaciones, para que en las angustias quien esté sometido a Dios; y si pecó antes, deje de pecar, y no se mueva por el error recurrente.

33. (Vers. 12.) "Una vez habló Dios, dos cosas he oído". Una vez habló Dios, y se escucharon muchas cosas; porque no habló por letras y sílabas. Habló por enigmas, habló por visiones, habló por divisiones de gracias, habló por el Espíritu de cada uno. Nosotros, sin embargo, hablamos muchas cosas, y apenas somos escuchados. Una vez habló en la Ley, lo mismo habló de nuevo en el Evangelio. O tal vez, como yo pienso, porque de muchas maneras habló en los profetas, últimamente habló en su Hijo. Una vez habló, cuando habló en el Hijo; y se escucharon también aquellas cosas que antes no se habían escuchado por aquellos a quienes había hablado por los profetas. Una vez, por tanto, habló en el Nuevo Testamento, y se escuchó el Antiguo Testamento, que no se escuchaba; porque el mismo Señor dijo del pueblo de los judíos: "Verán, y no verán: oirán, y no oirán" (Marcos 4, 12). Oirán con el oído corporal, pero no oirán con el oído de la mente.

34. Por tanto, a nosotros, es decir, a la Iglesia, una vez habló, y se escucharon dos cosas; porque también escuchamos y entendimos aquellas cosas que no entendieron, quienes leyeron: no escucharon, quienes escucharon. Solo Cristo abrió el oído humano para conocer los misterios; solo Él rompió el sello del libro, y resolvió los enigmas de los profetas.

35. (Vers. 13.) Por eso Él mismo recompensará a cada uno según sus obras, en lo cual también comprende la calidad de las obras; para que o bien restituya las recompensas de muchos y mejores méritos individuales; o por el contrario, seamos gravados tanto por el número como por la severidad de los méritos.